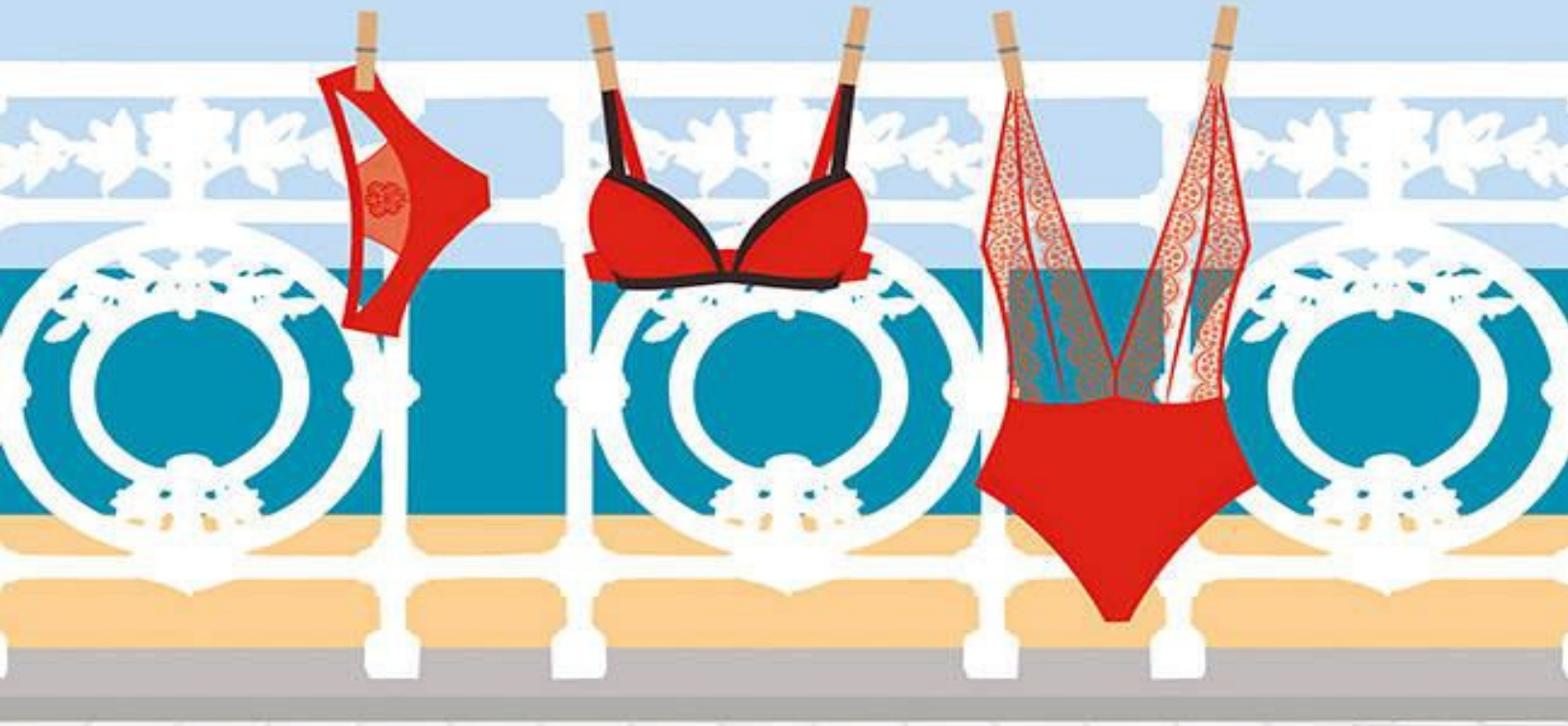
PATTY McMAHOU

Muchos apellidos



y yo solo quiero a un vasco

esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo 1
Epílogo 2
Agradecimientos
Referencias a las canciones
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Recién divorciada y con un hijo, Alina nunca encuentra el momento de dar un giro a su vida, ni siquiera de divertirse.

Junto con sus peculiares amigas, Elena e Irache, crea una empresa de lo más particular y, además, se da de alta en una red de ligues. Ella, que solo buscaba una noche de sexo sin compromiso en la que desatar sus instintos más básicos, encuentra, sin quererlo, a Ander, un atractivo médico vasco que se cuelga de ella desde el primer instante.

Entre mentiras, medias verdades, venta de ropa interior usada, una madre vasca y un amor imposible, Alina se adentra en una historia de amor muy de película con el convencimiento de que las cosas no van a ir nunca bien.

No te pierdas esta divertida novela en la que al final lo único que vale es el amor. ¿O no?

MUCHOS APELLIDOS Y YO SOLO QUIERO A UN VASCO

Patty McMahou

Esencia/Planeta

A todos los que se nos han ido

Capítulo 1

Lo cierto es que siempre he sido una mujer muy echada «pa'lante», pero desde hacía ya varios meses, y cada vez que estaba aquí, me preguntaba cuál era la motivación exacta que me llevaba, cada dos o tres días, a tirarme por los suelos, haciendo el mono o mirando el mundo desde una posición bastante incómoda, para ser más exactos: haciendo el pino. Y no, no es dormir en la cama de mala manera, tener una pesadilla y caer, o tal vez echar un polvo y hacer el tonto. Ni siquiera es echar una siestecilla y de tanto rodar en la cama acabar en esa postura tan rica, dándole la espalda a la vida. No, es simplemente que no sé por qué se me ocurrió apuntarme a esto del…

—¡Vamos, no quiero más excusas! —oí gritar.

«¿En serio, Jorge?» A ver, no. La que grita no se llama así, pero me acordé del anuncio en el que sale George Clooney y la agricultora de café sudamericana le replica, porque cae una gota de dicha bebida al suelo.

Estoy, en estos instantes, intentando no olvidar cómo era eso de respirar, porque si me pongo a hacer lo que me piden, sigo corriendo y se me olvida respirar, al final dirán que sí que soy rubia. Bueno, sí, soy rubia pero natural, nada de eso de «rubia de bote chocho morenote», aunque si digo la verdad, muy claritos no los tengo. Pero a ver, que me voy por las ramas y solo necesito concentrarme en no olvidar eso de inspirar y espirar.

—Que nadie se quede atrás, os estoy viendo hacer trampas —oí de nuevo los aullidos de la entrenadora.

—Recuérdame por qué nos apuntamos a esto. —Me llegó el resuello envuelto en palabras de Elena.

—¿Porque querías aprender inglés y aquí todo son palabras raras? —le respondí sin aliento.

—¿Qué? —Me miró como si estuviera viendo a un fantasma.

Le devolví la mirada y respondí con algo más de coherencia.

—Yo no tengo ni puta idea, tú ya estabas aquí antes de que llegara yo —dije, volviendo a coger la barra de hierro y a cargarla por encima de mis hombros como si me creyera la medallista olímpica Lydia Valentín.

—Vamos, no os quejéis que hoy es un día muy suave —metió baza Irache, que, después de haber vuelto a poner más peso en su barra, regresaba donde estaba en un principio.

Elena y yo nos miramos anonadadas, observando cómo después de haber corrido un kilómetro, hecho cincuenta *sit ups*, otros cincuenta *burpees* y diez *box jump*, colocaba en la barra

que tenía en el *rack* diez kilos más a cada lado para seguir haciendo máximos en *shoulder press*.

A ver, que todo esto que estoy hablando es un poco raro, a mí, por lo menos, me lo pareció el primer día que vine a CrossFit. ¿Habéis visto por qué decía lo del inglés? Es fundamental para poder practicar este deporte del infierno, pero ahora tranquilos, que voy a explicar en palabras sencillas lo que se supone que estábamos haciendo: abdominales, unas flexiones raras con saltito al final, salto a una caja de madera y lo último es poner la barra de halterofilia en un tipo de sujeciones que se parecen más a unos aparatos de sadomasoquismo que a algo deportivo, para coger desde allí el peso y levantarlo por encima de los hombros.

De acuerdo, estamos locas, lo admitimos y comprendemos que esto que estoy contando solo lo pueden entender algunos desquiciados más que hacen el mismo deporte. Pero de algo hay que morir, ¿no? Pues yo quiero morirme rápido y que así la sangre, al no llegarme a la cabeza, me haga perder el sentido y no me entere de nada. ¡Plof! De golpe, sin dolor… Aunque si lo pienso bien, en realidad eso del dolor no es de lo que me estoy librando cada vez que vengo al box (abro paréntesis para continuar explicando que es así como se llaman los gimnasios de CrossFit).

—Qué «ajco» le tengo —soltó Elena.

—Es una profesional —intenté defender a Irache.

—No la defiendas tanto —volvió a resoplar intentando tomar aire—, es una «ajquerosa».

—A ver, chicas, que si podéis hablar es que aún no estáis cansadas —dijo Betty, nuestra coach de CrossFit.

—Es que yo no soy tío y puedo hacer dos cosas a la vez —se justificó Elena.

—Pues aún no te he visto levantar ni una vez la barra, Elena —apuntó la entrenadora.

—Voy, voy… Es que estoy midiendo mis fuerzas.

—Ya, las que vas a necesitar después para comerte el bocata de beicon con queso, ¿no? —la piqué mientras ya me marchaba a levantar lo mío, que ahí se había quedado solito, para no oír su respuesta.

Pero sí, en algo tenía razón Elena, bueno en un par de cosas. Primera, siempre nos preguntábamos por qué nos habíamos apuntado a esto si nos mataba poco a poco. Y segunda, sí, Irache era una «ajquerosa», aparte de ser guapa, fuerte y disciplinada como la que más.

Cualquiera que nos conociera pensaría que era imposible que fuéramos amigas o quizás, pensando que lo éramos, lo raro de juntarnos a hacer este deporte de locos. Sí, éramos un grupo un poco dispar que se había conocido entre los dolores de manos, muñecas, espalda, agujetas imposibles de soportar y varias dolencias más que, aunque fastidiosas, nos hacía estar cada vez más enganchadas a esta modalidad deportiva. Cierto es que alguna vez había pensado seriamente sobre la semejanza entre el CrossFit y los hombres, ya que nos hacen daño, pero nos enganchan de la misma manera. ¿Sadomasoquistas? Posiblemente, pero no veas cómo lo disfrutábamos.

Bueno, pues Elena, Irache y yo, que me llamo Alina, nos conocimos aquí, en este raro lugar al que llamamos *box*. Al principio, hace cuatro años, cada una iba a su bola. Hacíamos el entreno, nos reíamos y poco más, pero todo cambió el día que Elena apareció con los ojos rojos y

después de echar hasta la última papilla en el *WOD* del día, por lo duro que fue (*Work of day*, o lo que es lo mismo, el entreno principal), se nos abrió de par en par en las duchas y nos contó lo que le pasaba.

Aquel mismo día, su novio había recogido todas sus pertenencias de la casa que compartían y se había marchado a los brazos de otra mujer…

Así que ni cortas ni perezosas y sabiendo que nadie nos esperaba en casa, Irache tenía a su marido de turno y yo, bueno… os lo cuento en un momento, nos la llevamos a tomar algo para que la pobre se sintiera arropada y pudiera desahogarse fuera de los vestuarios sin que nadie la estuviera agobiando más de lo que ella ya se sentía.

Desde ese día, y hasta hoy, hemos seguido manteniendo la rutina de tomarnos un café, o lo que surgiera, después de acabar la clase. Y sí, desgraciadamente para los *coaches*, nos hemos convertido en el trío calavera del *box*.

—¡Buen trabajo chicos! —dijo Betty justo en el momento en que el reloj sonó, marcando el fin de la clase.

Yo me tiré al suelo, creo que Elena hizo lo mismo, suficiente tenía yo con lo mío como para preocuparme de lo de los demás, e Irache vino a darnos la enhorabuena por la clase.

—Ni suda, la hija de puta —señaló Elena—. ¡Y yo no puedo respirar!

—Anda que no sudo. —Irache se levantó la camiseta para enseñarnos un hilito de lo que parecía sudor que caía por su pulcro y liso estómago.

—¡Puaj! —Me puse las manos en la cara—. No nos enseñes eso, so perra.

Irache la pobre se miró asustada, quizá pensó que se le estaba viendo la cicatriz de la cesárea, aunque pensándolo mejor, se debió dar cuenta de que eso no era posible.

—¡Joder! ¿qué os pasa? —Tanto Elena como yo conseguimos levantarnos—. ¿Es que se me ve algo raro?

—Algo asquerosísimo —solté, señalando uno de aquellos pequeñitos bultitos que sobresalían ligeramente por debajo de la piel del estómago.

—Oye en serio, ¿qué? Me estoy asustando. —La pobre no hacía más que mirarse debajo de la camiseta.

—A ver, nena, que estás más fuerte que el vinagre, que das mucho asco… —le soltó Elena en tono de burla.

—¡Qué imbéciles sois! Y lo mío es constitución. —Se bajó la camiseta dándose la vuelta y se fue camino del vestuario para no hablarnos.

—Sí, la española que es inamovible, como tus abdominales —le dije yo, siguiéndola después de haber tenido que usar de nuevo mis doloridos músculos para levantarme.

*

—¡Ya están aquí mis clientas favoritas! —Chiki, el dueño del bar nos dio la bienvenida.

—No seas tan efusivo que estamos para el arrastre —soltó Elena en voz alta sin ni siquiera mirarle.

—Con lo que yo te quiero y qué poco caso me haces… —respondió él.

—Anda, calla y ponte a currar —bufó mi amiga.

Ya sentadas a la mesa le dije por lo bajo:

—Si no supiera que es casi imposible, juraría que vosotros dos habéis tenido algo.

—Eso es lo que él quiere, repetir…

Irache y yo nos miramos con los ojos abiertos de par en par. Sabíamos que Elena era de las que tomaba lo que le apetecía, fuera humano o no. Pero cada día nos sorprendía con nueva información.

—¿En serio te has tirado al Chiki? —preguntó seria Irache.

—Oye, que una mala tarde la tiene cualquiera —se defendió Elena.

—Joder, tía, que es el colega más pesado del planeta Tierra —solté.

—Repito, una mala tarde…

—… la tiene cualquiera —respondimos las dos a la vez.

—Pero ¿cómo fue? —Irache insistió.

—Un viernes vine a última hora a entrenar y no tenía plan, me tomé unas cañas con algunos compañeros y con la tontería…

—¿Y esto fue…? —pregunté yo.

—El viernes pasado, y no veas qué pesado el tío…

Abrimos mucho más los ojos…

—¿Lo de siempre, chicas? —le oímos preguntar de lejos.

—Sí, por favor —le respondí.

—A veces me pregunto… —Elena cambió de tema sin dejar que pudiéramos seguir metiendo el dedo en él.

—¿Tú te haces preguntas? —le soltó Irache señalando con la cabeza hacia la barra.

—Oye, que me estoy poniendo seria. —Elena intentó poner seriedad al momento.

Irache levantó las cejas y la dejó continuar; yo pasaba de decir nada, después de lo oído podía recibir algún dardo y eran las seis de la tarde. Además, acababan de ponerme un bocadillo de jamón delante de mis narices que estaba a punto de hacerme llorar. Así que mientras ellas dos se pasaban los turnos, mi principal función era darle caña al bocata como si no hubiera un mañana.

Este era nuestro pequeño momento de relax después de nuestra clase. Nos duchábamos y ya, limpitas y aseaditas, nos tomábamos algo antes de tener que salir corriendo para darle continuación a nuestras vidas.

—A lo que voy, que estoy un poco hasta las narices de mi trabajo y de mis jefes. Estoy pensando en dejarlo todo y comenzar de nuevo. —Y le dio un mordisco a su bocadillo de beicon con queso recién hecho.

—Vamos a ver —le dije yo—, esto que estás contando es fruto de tu falta de oxígeno en

estos instantes —me limpié la boca con una de aquellas inútiles servilletas de bar— o soy yo que después de la otra noticia te he entendido mal, así que come, anda.

—Oye, creo que después de mucho tiempo la acabo de oír decir algo con sentido —Irache le echó un cable.

—¿Ves? Ella me entiende —se defendió Elena.

—Hombre, es que la última vez que hablamos contaste lo del tío con el que te enrollaste y que después de correrse se te durmió encima. O sea, eso no es muy normal —intervino de nuevo Irache.

—Joder, qué capulla eres; por lo menos yo follo, no como otras… —Elena la miró directamente.

—Ya, pero lo mío lo puedo remediar cuando quiera y sin follarme a cualquier cosa —soltó Irache indignada, haciendo referencia a lo del camarero.

—Bueno, a ver —me metí por medio—, eso no es lo que nos cuentas, Irache, que desde que tuvisteis a la niña, entre los turnos de tu marido, los tuyos y que la niña siempre está en el medio… como que la cosa va mal en ese sentido.

—¿Me prestas tu *satisfyer*? —Irache me miró.

—Ni de coña, que tu marido te coma el coño como mandan los cánones —le solté.

—Si es que no sé de qué manera. —Se llevó las manos a la cabeza—. No coincidimos sin que la niña esté en el medio y si no es el uno, el otro se duerme…

—Oye, la que estaba hablando era yo. —Elena quería su cuota de atención.

Irache y yo la miramos y asentimos, dándole a entender que queríamos seguir escuchando lo que tenía que decir.

—Pues que creo que necesito un cambio de vida. No doy con el hombre de mis sueños, no soy capaz de ser feliz en mi trabajo y lo dicho…

—Pues te aseguro que buscándolo en esta barra de bar… —Irache volvió a lanzar una pulla.

—¿Y qué piensas hacer? —le pregunté yo, después de ver la cara de Elena, a punto de soltar una burrada.

—No lo sé, pero creo que admitirlo es un primer paso. —Elena dio un sorbo a su café, olvidando responder a Irache.

—Madre mía, esto parece alcohólicos anónimos, pero con café con leche —puse los ojos en blanco.

—Tú ríete, pero dime si te encanta la vida que tienes, ¿eh? —me provocó.

—Bueno, no creo que ser madre soltera sea una de las cosas más maravillosas del planeta, pero me apaño —me defendí.

—Soltera, pero no entera —puñaladita de Irache.

—No comencemos, por favor —quise cambiar de tema—, yo ya estoy divorciada.

—Ya, ya… —Elena metió el dedo en la llaga.

Mi móvil comenzó a sonar. ¡Salvada por la campana! Miré la pantalla y tuve que poner los

ojos en blanco. Me pillaron, era mi ex llamándome por teléfono.

—Es él. —Irache se terminó su café.

—Claro que es él —sentenció Elena.

—Pues claro que es él, me tiene que traer al niño. —Dejé el dinero en la mesa y me marché sin despedirme.

Menos mal que ya me había comido el bocadillo.

Capítulo 2

A veces me daban ganas de no volver a hablar con estas dos para no tener que dar ninguna explicación de mi vida. Bueno, en realidad no tenía por qué darles ninguna, pero no paraba de hacerlo. Creo que había comenzado a tener una relación en plan síndrome de Estocolmo.

Admito que cuando comencé a abrirme en canal con ellas no estaba en mi mejor momento en pareja, de ahí que a los pocos meses mi ex y yo pusiéramos sobre la mesa los papeles del divorcio y, a pesar de tener un niño pequeño en común, decidiéramos que lo mejor era que cada uno hiciera su propio camino y que solo nos uniera el bienestar de nuestro hijo. Habían sido demasiados años acomodados en la rutina, si bien cuando comenzamos a salir todo eran fuegos artificiales en todas partes, hasta en los cuartos de baño de algunos restaurantes a los que íbamos. Después nos convertimos en dos compañeros que comparten piso en vez de ser una pareja que compartía vida y no solo gastos.

Samuel, que así se llama mi exmarido, es un hombre extraordinario, un chico simpático, de familia agradable y de esas que se metían poco en la vida de los demás. Tenía un trabajo bueno, y por bueno me refiero a estable, cosa poco común hoy en día, y le encantaba salir los fines de semana a cualquier parte. Yo me enamoré de él a segunda vista, pues no era uno de esos hombres que te hacían girar la cabeza cuando pasaba a tu lado, aunque a mí sí me sucedió, pues tuve que volverme para ver quién me había dado un golpe en el hombro en un supermercado. Bueno, original el encuentro no fue, ¿qué le vamos a hacer?, pero entre berenjena y pepino, la cosa se puso tonta y acabamos tomando algo en la misma cafetería de aquel inmenso centro comercial.

De ese momento al actual, ese en el que iba en el coche en dirección a mi casa para esperar que Samuel llamara al portero automático para dejarme a Diego en casa, habían pasado diez años más o menos.

¿Cuándo dejamos de querernos? Creo que nunca dejaremos de querernos, pero lo de la chispita al mirarnos, lo de sentir que te carcomen el estómago las mariposas y lo de que la piel se te ponga de gallina, hacía mucho que no lo sentíamos. Si mal no recuerdo, ocurrió en el tercer cumpleaños de Diego, cuando nos miramos un día a los ojos y nos dimos cuenta de que aquello había acabado. Fue triste, no hubo mucho drama, la verdad, pues las cosas que teníamos en común se dividieron. La casa se vendió, cada uno con lo suyo, y ahora solo compartimos un precioso niño que es rubio como su madre y con los ojos azules, también como su madre. Sí, que pena, se parece más a mí que a él y eso, aunque nunca lo reconoceré en voz alta, me llena de orgullo y satisfacción como decía el emérito en los discursos de Navidad.

Él siempre salía del trabajo antes que yo, así que no me importaba que fuera a por el pequeño todas las tardes que quisiera y que pasara el mayor tiempo posible con su hijo. Normal, ¿no? Lo que estas dos desquiciadas de CrossFit no comprendían es que me pudiese llevar bien con él; Elena porque acabó fatal con su ex, ella tuvo que quedarse sola en su casa con armarios vacíos, e Irache porque su hermana está también divorciada, él no le pasa ni un duro por los dos niños y están todo el día en juzgados y demandas. Un rollo. Pero ¿qué le iba a hacer? Si como dijo la más grande (por si alguno no lo sabe aún, Rocío Jurado), se nos rompió el amor de tanto usarlo. Y mira que lo usábamos…

Lo peor de todo es que alguna vez que ha venido a casa con la excusa de algún papel o documento que tenía que entregarme, cuando Diego estaba en el cole, hemos acabado en la cama follando como descosidos para, al finalizar, mirarnos repetidas veces para decir: «Esto no tiene que volver a pasar».

Pero volvíamos a caer.

Yo era la única que estaba cumpliendo a las mil maravillas la promesa de no volver a acabar en la cama con él, aunque tenía que decir que ahora que no estábamos casados lo hacíamos como cuando éramos novios. Salvajemente y disfrutando como locos.

Procuraba quitarme esas imágenes de la cabeza para no volver a caer, aunque es cierto que alguna vez había estado a punto de hacerlo. «No, no… Caca, mal, muy mal…», me repetía, convenciéndome de que hacer eso solo nos iba a traer problemas, pues no distinguía entre una cosa y otra.

Pero oye, que el cuerpo es débil y a pesar de tener una de esas maravillosas máquinas en casa que no necesita hombre que trabaje, lo de tener algo calentito entre las piernas, pues como que también motiva un poco, ¿no?

Es que Samuel tendría lo que quiera que fuera para que nos hubiésemos separado, pero está como para parar un tren o diez si son necesarios. Es alto, de pelo oscuro y piel morena, buen cuerpo y sonrisa arrebatadora. Pero eso no lo es todo en la vida, ¡dímelo a mí y a mi *satisfyer*!

Aparqué el coche en el garaje, saqué la bolsa de deporte y colgándomela del hombro caminé hacia el ascensor. Un par de vecinos, los mismos saludos educados, y al llegar al rellano de mi casa y meter la llave, noté que había llegado alguien antes que yo. Sí, él, de nuevo Samuel, tiene una llave de mi casa, pero solo para casos de emergencia y esperaba que ese fuera uno de ellos si no se las quitaría.

—¡Mira, Diego! Ya ha llegado mamá.

El rubiales vino corriendo a darme un beso.

—Mamá, esto me lo han dado en el cole para ti. —Era un cuento para leer juntos.

—Muy bien, cielo, déjalo en la mesa. —Tiré la bolsa al suelo de la entrada y miré el reloj, solo eran las seis y media de la tarde y no tenía ganas de discutir con nadie.

—Hola, Alina. —Samuel me dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Espero que tengas una explicación para este allanamiento de morada —le dije levantando

una ceja.

—Ostras —se separó de golpe—. Es que hacía mucho frío en la calle y Diego quería hacer pis.

—Pues entras en la cafetería de al lado de casa y esperáis allí —le respondí algo borde.

—¿Te pasa algo? —Volvió a intentar acercarse cordialmente.

—Samuel, ya te lo dije. Esto se ha acabado, no hay vuelta de hoja. La llave te la di por si ocurría algo, puedes quedarte con Diego en tu casa hasta que yo esté aquí, vives a tres calles.

—Pero yo creía que…

—No, porfa, dale un beso a Diego —que en ese momento estaba en su cuarto dejando el libro— y vete a casa.

—De acuerdo, Alina, me voy. —Se dirigió a la habitación para darle un beso a su hijo—. Recuerda que mañana me voy de viaje y no podré ir a por él por la tarde.

—Tranquilo, a mí nunca se me olvida nada.

—Eres… —Se pasó una mano por la cara.

¡Ah! Es que se me ha olvidado contaros que, aunque lo nuestro acabó bien, la verdad es que todo se vio precipitado por la aparición de una compañera de trabajo que hizo como las brujas malas de los cuentos, echó un polvo mágico, según él, y después desapareció. Pero ahí se quedó la cosa hasta el día que yo me enteré. Y os diré que me importó una mierda pinchada en un palo, pero lo cierto es que, si íbamos a empezar con ese tipo de historias, mejor sería por separado y así Diego feliz, papá feliz y mamá mucho más.

—¡Diego! Despidamos a papá en la puerta —llamé al pequeño. Así Samuel no tendría escapatoria ni justificación para quedarse ni un minuto más—. Y la llave, solo para emergencias —susurré antes de cerrar la puerta y echar el cerrojo.

Suspiré al ver que Diego, sin darle más importancia, pues ya estaba acostumbrado a esa vida, salía corriendo de nuevo a su habitación a jugar un rato, mientras yo lo preparaba todo para bañarlo, darle la cena, jugar un poco con él y acostarlo. La rutina de siempre, nuestra rutina juntos.

Sonreí de camino al baño.

*

Miré de nuevo el reloj, eran solo las diez de la noche y acababa de sentarme para poner una serie o lo que fuera en la televisión y así despejarme un poco. El pequeño ya estaba dormido, la cocina recogida, la comida del día siguiente en sus táperes y yo hecha papilla y sin ganas de irme a la cama. Y no, no era por falta de sueño, pero me apetecía…

¡Ding! Sonó el móvil y vi en la pantalla el nombre de Elena.

¿Qué hacéis? Me aburro.

Yo estoy de guardia.

Irache fue la primera en responder.

Tirada en el sofá.

Le seguí yo.

¡Qué susto! Cuando he leído tira… Pensé que estabas tirándote a alguien.

Eso quisiera yo.

Solté sin darle más importancia.

Nena, deja de llorar y busca,
busca, busca…

Elena continuó.

Joder, parece que estés
azuzando a un perro.

Irache metió baza.

Mira, ahora mismo no estoy
para buscar ni las zapatillas
de estar por casa.

Contesté cansada.

Oye, Alina, deberías darle alegría a tu cuerpo. ¿No tienes el fin de semana que viene libre?

Preguntó Elena.

Sí, Samuel se lleva
a Diego a su casa.

Pues entonces nos ponemos bellas y nos vamos de caza, que hace mucho que tú no le das al mambo y debes quitarle las telarañas al chichi.

¿Puedo ir yo?

Irache iba contestando a trompicones.

Es sábado yo no trabajo, mi madre viene a vernos y Jesús tiene turno.

¿Viene tu madre? Aprovecha
para echar un polvo…

Le dije yo.

Eso voy a intentar, lo que no sé
es cómo estará Jesús después
del trabajo…

Pues lo coges, lo metes en la ducha y así, pegaditos los dos, entre espumita y espumita, la cosa escurridiza, ¡zas!,
se cuela por donde debe y después
a empujar.

Elena profundizó en la explicación.

A ver, hija, que no es necesaria

tanta ilustración.

Irache escribió de golpe.

¡Qué fina! Yo solo quería ayudar a que la cosa mejorara un poco.

Se excusó Elena.

Chicas, de acuerdo, el sábado noche salimos a tomar algo y ver qué pasa. Pero ahora mismo voy a intentar entrar en coma viendo alguna serie, nos vemos el miércoles.

Corté por lo sano sin más ganas de dar conversación, necesitaba desconectar un poco antes de irme a la cama. Pero en lo que sí tenía razón Elena era en que debía salir al mercado a ver si podía volver a comparar, para no estar pensando siempre en el tiempo perdido con Samuel.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono móvil y, por un momento, como si de una iluminación divina se tratara, o más bien un «vamos a intentar echar un polvete rápido», me vino a la mente aquella aplicación que me instaló en el móvil Elena y que yo nunca quise usar por reparo: ¡Tinder! A ella, según contaba, para echar un polvo de vez en cuando le estaba yendo bastante bien. Era de sentido común, dos quedaban para follar y punto pelota. Nada más.

Y creo que fue de las mejores ideas que he tenido nunca, o eso quiero pensar.

Capítulo 3

—Otra jornada más así y dimito de mi puesto echando leches, *¡kabenzotz!*

Ander aún estaba intentando hacerse un hueco en su nuevo puesto de trabajo. Cuando le ofrecieron ser jefe de cirujanos de un equipo nuevo que se estaba formando con los mejores neurocirujanos de toda España, no esperaba que todo estuviera tan manga por hombro. Llevaba dos semanas en el puesto y la verdad era que estaba empezando a subirse por las paredes. Todo eran problemas, todo eran papeles, todo eran «hoy no, mañana». Y a él lo que le gustaba era entrar en el quirófano y operar, lo de los papeles no le iba nada…

Todavía se preguntaba por qué dijo que sí.

Se tiró al sofá y abrió la cerveza que había sacado de la nevera. Miró el reloj, ese sería por fin el primer día en que podría dormir más de cinco horas, al día siguiente no tenía que ir al hospital.

Bufó antes de darle un gran trago a la botella que tenía entre las manos, después alargó la otra para coger y darle un mordisco al pobre sándwich que se había hecho con lo poco que aún quedaba en la nevera. Para más información: lechuga y atún. Lo miró con aún más desdén que a su cuadrante mensual de guardias. No paraba de preguntarse por qué había dejado su puesto en el hospital de Baltimore. Ni siquiera estaba en su San Sebastián querido, sino en Madrid…

El móvil sonó y vio que en la aplicación que tenía para ligar había recibido un mensaje. Pensó en no hacerle caso, pero al mirar la pantalla del teléfono, lo pensó mejor. Estaba cansado de salir siempre con las compañeras de trabajo y, aunque había pasado demasiado tiempo fuera de casa, aquello de «donde tengas la olla no metas la polla» lo quería seguir manteniendo a raya. Aún recordaba algún que otro lío con alguna compañera en Estados Unidos, y no solo se acordaba de ello como un lío de faldas, sino como un verdadero lío, al descubrir con el tiempo que esas mujeres tenían pareja. Así que decidió cambiar un poco el *modus operandi* en lo de pasar un buen rato con alguna mujer y que no fuera de su círculo laboral o cercano.

Pero lo curioso del caso fue que en el instante en que se instaló la aplicación, tuvo que olvidarse de ella, pues le ofrecieron aquel nuevo puesto en España y lo de ligar tuvo que dejarlo para otro rato.

Y el rato parecía ser ese mismo instante. Llevaba dos semanas en España y, sin tener mucho tiempo fuera del hospital, siempre estaba bien eso de quedar con alguien para tener sexo. Y olvidarse de lo que se quedó en EE. UU.

Cogió el teléfono y se puso a navegar por aquella extraña aplicación en la que más bien se vendía humo. Y bueno, ¿qué más daba si el humo estaba bueno y al día siguiente iba a tener toda

la mañana para él solo?

Le dio a la primera de las chicas que se había interesado por él con una mano y con la otra volvió a beber de la cerveza, dejando a un lado el insulso bocadillo que se había preparado con pan de molde.

Capítulo 4

Estábamos a mitad de semana y la cosa no es que estuviera yendo a mejor, sino más bien todo lo contrario. Me estaba volviendo loca en mi oficina, parecía que las cuatro paredes que sujetaban el techo se encogieran de manera inexorable. Ya sabéis, como en las películas esas en las que los buenos entran en un habitáculo lleno de humedad y tal, y el listo de turno (nótese el sarcasmo) pisa un dispositivo que hace que las paredes comiencen a acercarse las unas a las otras, aplastando lo que quede en el centro como si de una prensa de coches se tratara.

Necesitaba salir de allí, ir a tomar un café, el aire, un poco de agua… pero fuera de la oficina.

Lo sé, ni soy ni seré la única madre soltera del mundo, y tampoco puedo decir exactamente que lo sea, ya que mi hijo tiene un padre que se ocupa de él, pero estar todo el día preocupada por si vas a llegar a todo, agota. Sé que sí llego y no me hace falta que nadie me lo diga, pero a veces una recuerda ese tiempo en que éramos dos personas y podíamos compaginar nuestra vida profesional con la personal. Ahora nada de nada. Solo estoy yo con mi mecanismo e intentando conjugar las dos vidas que se han asentado en mi existencia, la de madre y la de los fines de semana «no-madre».

Miré el reloj, quedaban solo unos minutos para que pudiera salir corriendo de allí y me di cuenta de que en la pantalla de mi móvil se encendía y apagaba una lucecita. Vamos, un mensaje en toda regla. Desbloqueé el móvil, más por inercia que por ganas de saber quién podía ser y al no ver ningún mensaje en WhatsApp, pensé que se había estropeado el aparato, lo que tampoco me parecería nada raro, con la de veces que se me había caído al suelo, pero entonces lo vi, el programita de citas de marras. Ese era el culpable de que la lucecita estuviera parpadeando.

No era ni de lejos el mejor lugar para ver qué estaba ocurriendo en ese mundo cibernético del sexo fácil y rápido, pero con las pocas ganas que tenía de seguir dándole al papeleo y los números, entré en él.

—¡Madre del amor hermoso! —solté en voz alta.

Mi compañera me miró y puso cara de preocupación:

—¿Va algo mal? —preguntó.

—No, tranquila —le enseñé el móvil, aunque no la pantalla—. Es que me acaba de saltar la alarma de una cosa que tengo que hacer esta tarde y me había olvidado.

—Vale. —Y siguió a lo suyo.

Vaya trola que le había soltado a las primeras de cambio, pero cómo iba a decirle a la bocazas de la lameculos del jefe que estaba buscando polvo por Tinder. Solo me faltaba que el

baboso de mi coordinador se enterara de que estaba buscando un tío con el que pasar un rato. ¡Puaj! ¡Asco puro!

Volví a adentrarme en los entresijos de la aplicación y creo que, si en ese instante no hubiera llevado las gafas puestas, los ojos se me hubieran caído al suelo y sin hacer ruido. Tenía como unos veinte avisos de tipos que querían tomar algo conmigo. Pero… ¿para qué si lo único que íbamos a hacer era echar un polvo? Ni que fuéramos a pasar la vida juntos.

Me miré la piel del brazo al soltar ese pensamiento, ¿para toda la vida? Ja, ja y ja… Eso pensé yo el día de mi boda y aquí me tenías, buscando un pinchito por internet para desaflojar la tensión «arterial» acumulada, después de tomar la drástica decisión de no volver a caer en la tentación de Samuel. Que sí, que todo parece muy raro y que si hemos decidido divorciarnos tiene que ser del todo, no puede ser eso de que «sólo la puntita», porque al final se tropieza y va todo para dentro. No, no y no.

Abrí la aplicación y, escondida de incómodas miradas, me dispuse a navegar entre un mar de perfiles y palabras bobas, para ver qué era o quién era el que se iba a llevar el gato al agua. O bueno, intentar que el que a mí me interesara se interesara del todo por mí y ¡chas!

Pasé más de media hora mirando a chicos que, aunque no estaban nada mal, parecía que siempre tenían un defecto. Si no era porque escribían mal, ya sabéis, esos que acortan palabras o ponen uves donde han de ir bes, era porque el jersey de la foto no me gustaba, los zapatos no le pegaban o porque… Todo eran excusas para no dar el primer paso y mandarles un mensaje. «Alina querida —me decía—, solo será una vez, no una vida.» Y finalmente, haciendo caso a mi otro yo, respondí a dos perfiles. Uno de un rubiales tipo estadounidense que aparecía en bañador encima de un barco, por los abdominales que tenía, y a otro vestido de manera más normal, con el pelo castaño, ojos claros, barba y sonrisa arrebatadora.

Así, tras contestar a esos dos, me levanté de la silla y, mirando a mi compañera, recogí todo lo que tenía a mi alrededor para marcharme. Eso era lo que tenía disfrutar de jornada reducida, que salía un par de horas antes que todo el mundo, pero, aunque mi bolsillo lo notaba, mi hijo también y era lo que más importaba.

En el metro de camino a mi casa, miré de nuevo el móvil y de los dos mensajes que había enviado solo uno fue respondido, el rubiales del barco había picado mi anzuelo (¿habéis visto qué ágil soy haciendo juegos de palabras? Barco, anzuelo, pez… Vale, lo dejo). Hablaba de quedar a tomar algo ese mismo día, pero, aunque hubiera podido, preferí quedar con él el viernes por la tarde, ya llegaba tarde al entrenamiento y quería estar en casa pronto. Diego estaba con su padre; no le tocaba, pero como el martes no estuvo…

*

—Me duele el chichi —soltó Elena al sentarse en la silla de la cafetería.

En ese momento nos pusieron los cafés en la mesa y el famoso Chiki oyó su comentario.

—Si quieres, yo puedo… —La mirada que Elena le echó fue tan expeditiva que se marchó nada más dejar las cosas.

Sin querer echar más leña al fuego, continué con lo que Elena había dicho.

—Pues como no sea el uso fuera del *box*, hoy no ha sido más que correr y correr —le respondí yo, dando un sorbo a mi café.

—A ver si ha sido de eso, de correr —Irache suspiró—. Qué bonito verbo, tú corres, ella corre y yo me corro sola…

Las tres nos echamos a reír de golpe, mientras Irache, cómicamente, apoyaba un brazo en la mesa y dejaba caer la cabeza sobre él. Yo alargué la mano y acaricié un poco su larga cabellera rizada.

—Anda, no te quejes, que vendrán tiempos mejores —la alenté.

—No sé si vendrán o no, pero lo quiero ya —se quejó—. Que está muy bien eso de hacerse un apaño, pero que yo lo que quiero es que mi marido me apañe hasta el fondo.

—Pero ¿es que no coincidís nunca? —le preguntó Elena.

—Con eso que os dije de que este fin de semana está mi madre, le digo que se quede con la niña entre turno y turno, lo meto en la ducha y ¡zas!, aunque sea un apaño tonto.

—¿Ves? No es tan malo —la animé.

—No es que sea malo, es que necesito que me empotren, no un meneíto. —Volvió a hacer que lloraba.

—Bueno, hija, lo mío es peor —se confesó Elena, mientras todas esperábamos expectantes, pensando que diría algo más del camarero que no supiéramos—. Ayer quedé con uno y se presentó con un amigo ¡hala, sin avisar! Que si quería montar un trío.

Abrimos la boca de par en par. Aquella mujer cada día nos dejaba más ojipláticas.

—¿Sin avisarte antes? —le pregunté.

—Pues tal como te lo cuento. —Bebió de su vaso caliente—. Yo no sé en qué piensan los tíos hoy en día, pero me dio la sensación de que en mi cara ponía «Abierto las veinticuatro horas del día, siete días a la semana».

—¿Y qué hiciste? Porque tal como estoy yo de frustrada, hasta les hubiera puesto la alfombra roja —dijo Irache, dejándonos con la boca abierta.

—Irache, por Dios…

—Bueno, que sí, que soy un poco exagerada, que no son maneras.

—Ni maneras ni hostias. Solo porque un día hablamos por chat de una fantasía, va el tío y me trae al amigo —bufó Elena—. Luego todo eran excusas, que si pensó, que si en el chat, que lo sentía, que él no pensaba que me iba a sentar tan mal… ¿Estamos gilipollas o qué?

—¿Y qué hiciste? —pregunté seria.

—Pues follármelos, pero dejando las cosas claras.

Irache y yo estábamos pasmadas. Elena continuó:

—Que nooooo, que los eché de mi casa de la misma manera que habían venido, rápido. Lo

dicho, estoy un poco harta de todo.

—Pues yo he quedado el viernes con uno —confesé, dándole un mordisco a mi bocadillo.

—Esto se merece otra cosa. —Elena levantó la mano y pidió tres cañas.

—Yo no puedo, que trabajo esta noche —dijo Irache.

—Tú te la tomas, que hay que brindar por el adiós de las telarañas de Alina.

—Oye, no echéis las campanas al vuelo, que aún no he follado con nadie —me defendí.

—Pero lo harás. —Elena dio el primer paso para brindar con las cervezas—. ¡Despidamos como es debido a las telarañas! ¡Para que no vuelvan!

—Eso, para que no vuelvan en la vida —la secundó Irache.

Yo las acompañé bebiendo un sorbo.

—Oye, ¿y de dónde es el muchacho en cuestión? —preguntó Irache.

—De Tinder… —respondí sin pensar.

—¡Tinder! —Elena se sorprendió—. Ten cuidado y deja las cosas claras, que, en vez de uno, va y te vienen dos a casa.

—No, no, tranquila, hemos quedado para tomar algo fuera el viernes por la noche que no tengo al niño. A ver qué surge. —Saqué el móvil de la bolsa de deporte—. Mirad, es este.

—Pues no está nada mal, el chico —dijo Elena.

—Oinssss, tan rubitos los dos. Vais a tener unos niños tan bonitos que van a parecer noruegos. —Irache puso las dos manos como si fuera a hacerse una fotografía ochentera de comunión.

—Eres muy tonta —le solté.

—De todas formas —continuó Elena—, queremos detalles el sábado durante la cena. Si es que puedes llegar y no tienes agujetas…

—Me parece a mí que las únicas agujetas que voy a tener son las de hoy —comenté, recordando la sesión de CrossFit que nos habíamos metido entre pecho y espalda.

—Pues que sepáis que yo sigo decidida a dejar mi trabajo y ponerme manos a la obra para ser mi propia jefa —añadió Elena.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Irache muy interesada—. Es que a mí esto de los turnos rotatorios y no coincidir con mi marido me está matando.

—Pero si tu marido es un bendito —apunté yo.

—Lo sé, pero quiero estar más tiempo con él —sonrió bobalicona.

—No sé —Elena iba a lo suyo—, necesito algo innovador, algo que no se haya visto aún por aquí y que tenga tirón.

—El otro día vi un documental que me dio que pensar —dijo Irache—. A ver, es una locura, pero…

—¿De qué se trata? —preguntó mi otra amiga.

—Todas sabéis que los japoneses son un poco raritos, ¿no? —Asentimos las dos—. Pues oye, que estos tipos, que ya sabéis que para ponerse palotes lamen pomos de puerta o los globos

oculares —las dos pusimos cara de asquito y ella asintió toda seria—, tienen expendedores de bragas usadas.

—¡Dios, qué asco! —solté.

—¡Oh-Dios-mío! —A Elena se le iluminó la cara.

—Lo ves, ¿verdad? —Irache se emocionó.

—¿Estáis considerándolo? —Me preocupé seriamente.

—Sí, mira —Irache se puso seria—, no pondremos máquinas expendedoras, primero, porque no creo que duren mucho sin que algún «flipao» las asalte, y, además, aquí no somos tan civilizados como los japoneses, pero se puede hacer mediante una web y ninguna de nosotras…

—¡Para el carro, que yo no he dicho que vaya a participar en esta gilipollez! —exclamé.

—Tú a callar —dijo Elena de sopetón—. O follamos todas, o el *satisfyer* al río.

Me callé para seguir escuchando.

—A lo que voy —continuó Irache, que movía su melena de un lado a otro—. Podríamos usar la página web para ofrecer diferentes tipos de modelo de bragas y, además —puntualizó, moviendo el dedo índice para dar más énfasis a su explicación—, se enviarían como los aparatos sexuales que recibimos en casa. Con un sobre de color marrón y ningún tipo de logo que pudiera identificar lo que hay dentro.

—¡Me parece maquiavélico! ¡Maravilloso! ¡Espectacular! —Elena se bebió la cerveza de golpe y pidió otra—. Lo veo, lo veo. Y además ninguna de nosotras tendríamos que dejar el trabajo de golpe, podríamos ir viendo si la cosa va bien y…

—Yo podría daros alguna idea —lanzó desde la barra el cotilla de Chiki.

—¡Tú a callar! —saltamos las tres.

Eché la cabeza hacia atrás. ¿Qué hacía yo entre aquellas locas? No es que estuviese mucho mejor que ellas, pero… ¿Dedicarme a vender bragas usadas? ¡Joder, qué asco!

—Mira, yo sé hacer webs. Vamos, de aquella manera —se excusó Irache.

—Hija, tú qué no sabes hacer —arremetió Elena, acelerada por el subidón que le había generado la idea.

—Creo que ya no sé follar, pero lo mismo si me hago rica con esto, me voy a hartar con mi marido —le contestó seria—. Déjame terminar, por favor. —Elena asintió—. Bueno, que eso, que yo puedo hacer la web poniendo las cosas básicas. Quiero decir, los tipos de bragas, el uso, la edad de la susodicha y hasta podemos poner cosas tipo: tanga deporte, tanga noche, tanga diario, bragafaja…

—Empezaríamos nosotras tres y si la cosa se nos va de madre, pues ya pondríamos una sección en plan «colaboraciones».

—Pero ¿vosotras os estáis oyendo? —les dije—. ¿Y quién va a hacer los controles de calidad? Porque yo no meto el hocico ahí ni harta de vino. ¿Cómo vamos a saber si la cosa está usada o no? ¿Cuánto tiempo podemos mantener el olor?

—Se lo pasamos al… —Irache señaló al camarero.

Las tres nos echamos a reír por la ocurrencia.

—Bueno, estos son pormenores que vamos a tener que ir viendo cuando se presenten los problemas —respondió Elena, mientras apuntaba en su móvil—. ¿Ves como tienes que estar en el grupo? Sin ti estas cosas no nos hubieran surgido a la primera.

—Estáis fatal —comenté.

—No, lo que queremos es dinerito fácil. —Irache finalmente se bebió su cerveza entera.

—Y mandar a tomar por culo a los jefes, seremos nuestras propias dueñas. Viviremos como siempre hemos querido, «tocándonos el coño».

—Desisto, y no quiero saber nada más de vosotras —solté riéndome.

—Vale, pero cuando te pregunten: «¿Y tú de qué vives?», y respondas eso de «de tocarme el coño», te va a saber a gloria bendita —apostilló Elena.

—Amén, hermana —le siguió el juego Irache.

—Ah, y el sábado queremos pelos y señales de esa maravillosa cita con el primo de Thor —añadió la loca del pelo corto y castaño de Elena.

—Pues no sé yo si contaros nada, si luego vais a querer mis bragas para ponerlas en una sección de «bragas after polvo».

—Apunta —le indicó Irache a Elena—. Otra sección.

—¿En serio lo estáis considerando? —pregunté.

—Aquí no se dice que no a nada, esto es lo que se llama un *brainstorming*. Soltamos cosas a cascoporro y fijo que alguna de ellas sirve para hacernos ricas —respondió a mi pregunta Elena.

—Pero vamos a ver —me puse seria—, ¿de verdad estáis considerando hacer esto así por las buenas? Hay que hacer un estudio de mercado como mínimo, hay que ver las posibilidades de venta real que podemos tener.

—Mira, yo ahora mismo —Irache se hizo la ofendida— no estoy como para ir tío por tío a preguntar si comprarían unas bragas usadas. Creo que debemos lanzarnos al abismo, que la inversión inicial sea mínima y que nosotras vayamos gestionando el tema.

—Esa es la actitud, si no, mira a los de Apple, en un garaje. Que sí, que esos eran ingenieros nucleares como poco…

—Les gustaba la electrónica y eran muy jóvenes —la interrumpí.

—Hija, eres la mujer que todo lo sabe —se quejó Elena antes de continuar—, pero bueno, a lo que voy. Que estos se montaron un chiringuito en el garaje de su casa. Se hicieron ricos y, hale, a vender móviles a cholón que valen el sueldo de un mes. ¿Por qué no vamos a ser nosotras capaces de hacer algo así?

—¿Ordenadores? Pero ¿no íbamos a vender bragas usadas? —Irache se había perdido un poco.

—No, empanada, digo que ¿por qué nosotras no nos vamos a hacer de oro desde nuestra casa?

—Pues porque no somos Steve Jobs ni Steve Wozniak —me quejé.

—Pero somos Elena, Irache y Alina, ¿qué más queremos? Ofrecemos a los hombres, y seguro que a alguna mujer, lo que buscan —dijo mi amiga de pelo corto.

—Yo lo veo. —Irache se levantó para pagar.

—Yo lo que veo es que estáis fatal —volví a ponerles pegas.

—Estaremos como quieras, pero que sepas que, si no entras y luego nos vamos por la milla de oro a comprar bolsos, ni un monedero te vamos a regalar —me advirtió Elena.

—¡Eso, eso! —apostilló Irache.

—Vaaaaale. —Metí la mano en mi bolsa de deporte y saqué las bragas que tenía guardadas para meter en la lavadora nada más llegar a casa. Se las lancé a Elena al regazo—. ¡Ahí van las primeras mías!

—Pero ¡qué puta cerdaaaa! —gritó ella, quitándoselas de encima a manotazos para tirarlas al suelo.

Irache y yo nos miramos antes de echarnos a reír a carcajadas.

Capítulo 5

Joder, ya era viernes y la semana había pasado mejor de lo que pensaba. Me esperaba un fin de semana sin mi pequeño, pero también necesario para que su madre fuera una señora medianamente cuerda y con algo de vida, para estar al cien por cien con él.

—Mamá, ¿voy a poder llevarme a Spiderman? —Estaba recogiendo los juguetes que iba a llevarse a casa de Samuel.

—Claro que sí, mi vida. —Se lo metí en su mochila—. Como si quieres llevarte también a Superman.

—No, mamá. A Superman le gusta vivir aquí, es Spiderman al que le gusta salir más —argumentó, siguiendo su imaginación.

—Normal, en casa de mamá hace lo que le da la gana —le guiñé un ojo.

Se abalanzó sobre mí para darme un abrazo y un beso en cuanto sonó el timbre del telefonillo.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunté, aunque solo tenía que bajar un tramo de escalera hasta el portal.

—No, mamá, yo bajo solo. Papá me estará esperando en el portal, dentro.

Abrí la puerta del portal para que Samuel se quedara abajo, esperando a que Diego llegara. Eso fue lo que le dije cuando pulsé el botón del telefonillo. Y que, de igual manera, él me volviese a avisar cuando estuviera con él.

—¿Me das otro beso? —le pedí a mi pequeño.

No me dijo nada, solo se abalanzó sobre mí de nuevo y me abrazó, para después darme otro beso.

—Pásalo bien, llámame cuando quieras y haz caso a papá, ¿vale?

—Sí, mamá, te llamaré.

Abrí la puerta de casa y lo vi bajar la escalera poco a poco. Cuando desapareció de mi vista, oí a Samuel dándole la bienvenida y contándole lo que tenía preparado para esa noche y el sábado.

La puerta del portal se cerró y sonó el convenido timbrazo al telefonillo.

—Ya está conmigo.

—Perfecto —respondí—. Cualquier cosa me avisas.

—Sí, tranquila.

Miré el reloj después de cerrar la puerta con llave, quedaba rato para mi cita con el rubio. Y

sí, tenía nombre, se llamaba Rafa y, según había leído en los mensajes que nos habíamos ido enviando, era comercial de no sé qué aparatos para grandes superficies. Viajaba bastante y tenía dos hermanos menores que él, se había separado no hacía mucho tras una relación larguísima y no quería nada serio, de momento.

Me sonó bastante bien lo que me contó para lo que yo quería, así que quedamos para cenar en un restaurante del centro y tomar algo si surgía.

Estaba nerviosa, el tipo de nervios que se te plantan en el estómago cuando vas a hacer una cosa de la que no estás nada convencida. Y digo que no estaba nada convencida, porque no es lo mismo salir con alguien a quien conoces, aunque sea de vista, que con una persona a la que no has visto en tu vida y que dice ser una cosa, pero que quizás puede que sea un sádico salido del mismísimo infierno, que solo está buscando presas para hacer su propio sacrificio a Satán con su sangre.

De acuerdo, puede que esté siendo un poquito exagerada, pero este tipo de encuentros dan para mucha imaginación, ¿no? Seguro que otro tipo de mujer ya estaría imaginado de qué manera se lo iba a montar, o quizás en las próximas treinta citas terminadas en boda, pero a mí solo me daba urticaria pensar en esas cosas.

Despejé todas las tonterías de mi cabeza y me dispuse a arreglarme para ir a conocer a Rafa, un posible candidato para que limpiara un poco las telarañas de mi solitario «corazón». Como ya había visto un poco de qué iba el local donde cenaríamos, me arreglé acorde con el ambiente, guapa pero informal. Tampoco quería parecer desesperada a la hora de conocer a un hombre, así que un vestido sencillo y unos tacones me bastarían para estar lo más cómoda posible.

La suerte parecía estar de mi parte y, no delante, pero cerca, pude aparcar el vehículo, de modo que unos minutos antes de la hora convenida allí estaba yo, entrando por la puerta del restaurante. Lo curioso es que pensaba que iba a ser la primera en llegar, pero me equivoqué, porque en la barra vi a Rafa esperando, mientras se tomaba una copa de vino. No hizo falta que le dijera nada, pues al momento se dio cuenta de que había entrado y bajó del taburete en el que estaba sentado para acercarse y darme un par de besos.

—Hola, Alina. —Me acompañó hasta la barra, donde me ayudó a quitarme el abrigo—. He llegado un poco pronto, estaba nervioso.

—Hola, Rafa —pedí una cerveza—. Me ha pasado lo mismo —expliqué.

Y a partir de ese momento he de confesar que mantuve una de las conversaciones más interesantes que nunca había tenido con un hombre. Quiero decir, aparte de contarnos nuestras respectivas situaciones sentimentales, hablamos de cosas más allá del físico, el deporte, fútbol y demás banalidades que normalmente se suelen tratar en una primera cita. Conversamos de su trabajo, del mío, de lo mucho que le gustaba viajar y yo de lo enamorada que estaba de la gastronomía exótica. No sé, creo que hubo una química especial, que, por desgracia, nos hizo darnos cuenta de que podríamos ser los mejores amigos, pero que a los dos nos daba una pereza

horrible eso de tener sexo. Así que las telarañas, por lo menos por mi parte, aquella noche iban a seguir donde estaban.

Una pérdida de tiempo.

*

Hacía unas horas que la madre de Irache había llegado a su casa, su hija fue a buscarla al aeropuerto y de allí se marcharon directas a recoger a la pequeña a la guardería. Todo fue muy rápido, ya que esa noche también tenía turno, y mientras preparaba sus cosas para marcharse y su marido entraba por la puerta, ella puso su cabeza a maquinar; si su madre estaba entretenida con su hija y Jesús se iba directo a la ducha, como todos los días cuando llegaba de trabajar…

Su marido saludó a su suegra con afecto, después a su pequeña Angélica y, por último, con un ligero beso, a su mujer.

—¿Qué tal el día, preciosa? —le acarició la cintura.

—Como siempre, me he despertado tarde —su marido había llevado a la niña a la guardería antes de entrar a trabajar— y he ido a por mi madre. Por lo demás —miró su reloj—, en un rato vuelvo al trabajo. Pero mañana ¡libre!

—Sí —sonrió Jesús—. Fin de semana.

Lo bueno que tenían era eso, que, aunque trabajaban por turnos separados, los fines de semana los tenían libres para poder estar con su hija. Si no sí que hubiera sido imposible mantener el ritmo de vida que llevaban como pareja y como familia.

Jesús dejó las cosas en la habitación y se dispuso a darse la correspondiente ducha antes de poder descansar hasta el lunes siguiente, que entraba a trabajar por la noche.

Cuando Irache oyó que la puerta del cuarto de baño se había cerrado, miró alrededor un momento, escudriñando la situación para evitar interrupciones. La niña con la abuela, la abuela con la niña, la merienda de Angélica ya terminada y los dibujitos en la televisión.

—¡Mamá! —la avisó.

—Dime, hija. —No levantó la mirada de su nieta.

—Voy a ir preparándome todas las cosas para marcharme al trabajo.

—Perfecto, no te preocupes, que yo lo tengo todo controlado por aquí —dijo desde el salón.

Irache caminó hasta su habitación, cerró la puerta despacio, para que nadie se enterara de sus planes, que de eso iba el ser discreto. El agua de la ducha hacía ya rato que estaba cayendo por el cuerpo de Jesús y ya solo de imaginarlo desnudo se estaba poniendo más caliente que una plancha en modo algodón. Respiró un momento y esperó a que su marido cerrara el grifo, ese era el instante adecuado para entrar en el cuarto de baño y pillarlo desprevenido, allí medio mojadito y desnudo para poder disfrutar, aunque fuera solo de diez minutitos, de sexo rápido.

Abrió la puerta y lo vio con la toalla anudada a la cintura y algunas gotas de agua cayéndole por el pecho.

—¿Qué, preparando las cosas para tu turno? —le preguntó él sin más.

Ella no habló, solo se quitó la camiseta dejando al aire sus pechos desnudos, Jesús la miró, abriendo los ojos de par en par. No es que no hubiera visto a su mujer desnuda unas cuantas veces, es que estaba pensando en quién había en la casa…

—Irache…

Ella le calló la boca con un beso y antes de que él pudiera decir nada más, su mano desanudó la toalla, que cayó al suelo. Acarició el sexo de su marido despacio a la vez que su lengua iba indicándole que a continuación pasaría por aquel lugar en el que su mano estaba tomándose tanto tiempo. Jesús cerró los ojos, dejándose llevar por el momento, era verdad que no tenían muchas oportunidades para llevar a cabo ese tipo de cosas, vamos, hacía mucho que no había hecho el amor con su mujer y la deseaba como el primer día.

Irache se apartó de su boca y besándole el pecho despacio, bajó hasta su pene, que la esperaba ansioso, preparado y listo para recibir las atenciones de una juguetona lengua que deseaba ser usada para algo más que para hablar.

—Cielo, hacía tanto tiempo… —balbuceó él, notando el aliento caliente de la boca de Irache en su miembro.

—Disfrútalo —dijo ella, antes de que su lengua saliera al encuentro de su sexo.

—¡Dios! —exclamó Jesús con la voz ahogada, apoyando las manos en el lavabo.

Necesitaba hacer eso más veces con su mujer, necesitaba pasar un fin de semana a solas con ella y que los dos volvieran a retomar aquella vida sexual tan loca que siempre habían tenido. Aquello era…

—Ohhh. —Los labios de ella se cerraron alrededor de su sexo.

Irache sonreía, al fin había podido pasar un ratito con su marido sin interrupciones, sin que nadie les fastidiara un momento íntimo entre los dos. Se afanaba en dar placer a Jesús, en usar sus manos y lengua para que sintiera que era importante para ella. A su vez, su necesidad iba aumentando y lo que deseaba era que antes de que él se corriera, pudieran tener un encuentro rápido.

—Cuánto te he echado de menos, Irache… —Jesús la miró a los ojos a pesar de que ella estaba de rodillas, más atenta a su entrepierna que a otra cosa.

Irache notaba que se estaba aguantando, que Jesús hacía el esfuerzo de no correrse inmediatamente…

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió de golpe y entró su madre con la niña:

—Irache, Angelica se ha hecho caca, ¿dónde tienes los paña…?

Y allí, de frente, con la puerta del cuarto de baño abierta, estaba Irache con toda la polla de su marido en la boca, las tetas al aire y su madre viéndola.

—¡Dios, lo siento! —Salió corriendo de la habitación.

Jesús perdió todo el deseo sexual de golpe, el color rojo corrió como la pólvora por toda su cara y cogió la toalla del suelo para ponérsela en la cabeza.

—¡Mamá! —fue lo único capaz de decir la pobre Irache cuando ya no tenía nada en la boca que le impidiera hablar.

—Quiero morirme —era lo único que decía el azorado Jesús—. Ahora voy a ser yo quien se quede a solas con tu madre, quiero morirmeeeee.

Irache le quitó de la cabeza la toalla, lo miró a los ojos y lo besó despacio.

—Lo siento, cielo, lo siento…

—Está visto que tú y yo no podemos follar —le sonrió él de medio lado.

—Al final va a ser que no vamos a poder —le respondió ella, volviendo a besarlo y recogiendo la camiseta.

Se marchó al salón para ver qué podía hacer con aquel desaguisado antes de irse al trabajo.

*

Elena pasaba la tarde aburrida en su casa, después de haber ido a tomar unas cervezas con sus compañeras de trabajo. Miraba sin ganas la televisión y un par de libros que reposaban a medias en la mesita que estaba al lado del sofá donde descansaba la miraban con ganas de volver a sentir cómo les pasaban las hojas. Pero no, allí se quedaron.

Ella no dejaba de darle vueltas a la idea de montarse su propia empresa. La idea era buena, las tres juntas podían crear un pequeño negocio que quizás no las sacara de pobres, pero sí les podría servir de pequeño colchón por si alguna se quedaba en la calle sin nada.

Sonrió pensando en alguna que otra maquiavélica idea y cogió su móvil, buscó un vídeo porno y, con ganas de masturbarse para crear una nueva sección en la web, fue en busca de su *satisfyer*.

Miró la pantalla de su teléfono mientras aparecían las imágenes y ella se iba poniendo a tono. Sí, la nueva sección para elegir bragas se llamaría «las del *satisfyer*».

Capítulo 6

Me desperté por el sonido insistente del teléfono móvil, ni siquiera miré la hora que era, quizás demasiado pronto o demasiado tarde. Mentiría si dijera que me importaba mucho, así que me lo puse en la oreja y casi con la babilla cayéndome por la comisura de los labios, pregunté:

—¿Quién es?

—Hola, mami, ¿te pasa algo? —Mi hijo había notado la voz cavernosa de una recién levantada.

—Nada, cielo, es que acabo de despertarme ahora mismo.

—¿Ahora, mami? Pero si ya hace mucho que yo estoy despierto. —En su mundo, si él está despierto todos tenemos que estarlo.

—Lo sé, mi vida, pero al no estar tú en casa, ayer me puse a leer un libro y me acosté muy tarde —mentí.

—¿Y es bonito el libro?

—La historia es muy chula, si quieres te lo cuento cuando vuelvas, ¿vale? —Artimañas de madre al ataque.

—Sí, mamá —dijo muy animado—. Solo te he llamado para decirte que te quiero.

Y sí, en ese momento me derretí por dentro. Está bien que un hombre te abrace, que te dé besos de amor, que te diga que quiere hacerte la mujer más feliz del planeta Tierra, pero cuando tu hijo te dice eso, ya no te hace falta poner cara de felicidad, eres felicidad.

—Oh, yo también te quiero, cielo —le respondí.

—Vale, pues un beso y adiós.

Colgó, porque también tienen esas cosas. Te llaman, te dicen que te quieren, pero como no tienen filtro, cuando te han dicho lo que querían, te cuelgan y se quedan tan tranquilos. Su cerebro es maravilloso. ¿Para qué dar más vueltas? Si querían decirte una cosa, ¿por qué necesitan hablar sobre ella cuando está claro? Te quieren y punto, no necesitan disertar sobre el tema ni hablarlo más. Qué fácil sería todo si los adultos fuéramos un poco más como los niños y las cosas que pasan por nuestra cabeza estuvieran mejor esquematizadas y separadas en el cerebro.

Sólo por curiosidad miré el número desde el que me llamaba Diego y vi que era el de su padre. ¿Desde cuál me iba a llamar si no? Pero como no me fiaba ni un pelo de él, capaz era de darle a un niño de seis años un móvil para que lo dejara en paz mientras veía sus series. Ya, lo sé,

siempre hemos de pensar mal y lo cierto es que Samuel se portaba con Diego como lo que era, su padre. Y un buen padre para más señas.

Me incorporé un poco en la cama y cogí uno de los cojines para ponérmelo en la espalda y estar más cómoda. Ya sentada, me dispuse a echarle un vistacillo a las redes sociales, más por desperezarme que por otra cosa. Tampoco es que fuera tan tarde, solo las diez de la mañana de un bonito y soleado sábado. O eso era lo que yo quería creer antes de levantar la persiana de mi habitación. Por lo tanto, a oscuras y con la compañía de la luz del aparato electrónico, le di a eso de ver las historias y algunos posts nuevos. Vamos, lo que vienen siendo las fotos de Instagram de personas que nos hacen creer que su vida es perfecta con esas instantáneas tomadas con luz de atardecer, un bebé entre sus brazos y un café en la mano. ¡Y una mierda «pa'ti»!

La verdad es que alucino pepinillos viendo cómo algunas de esas que se llaman *influencers* hacen de su vida un escaparate imposible. A ver, hay un par o veinte de esas, que tienen más de un hijo, están siempre perfectas, tienen, además, unas casas que ya quisiera yo, unos niños que van siempre bien vestidos y sin manchas en la ropa, sus mesas a la hora de comer son preciosas y todo es maravilloso, lleno de algodón de azúcar y nubes. Las odio, las odio profundamente, a pesar de que sé que es su negocio, que se pasan tres días haciéndose fotos para subirlas durante tres meses para engañarnos con su maldita vida perfecta, pero ahí estamos, siguiéndolas como si fuéramos unos perfectos acosadores. Y sí, lo admito, yo la primera, para infligirme dolor. Bueno y para insultarlas también un poquito al ver los cuerpos que tienen ya a las dos semanas de haber dado a luz.

Yo tardé un año en volver a ser persona… solo persona, no como estaba antes del embarazo. Por no hablar de Diego, no de él en sí, que es un niño sano, divertido y muy bueno (abro paréntesis para explicar que es un niño revoltoso, «enfadica» y muy cabezota), dentro de lo que es alguien de su edad. Pero bueno, él sale vestido guapo de casa y no quiero contaros cómo vuelve del cole, así que imaginad una tarde en un parque o un fin de semana…

Pues eso, que vale, que después de esta diatriba de recién levantada, odiando esas perfectas fotografías, las miro un poquito más para desperezarme y volcar mis frustraciones en esas mentiras. Vaaale, soy un poco pesada con el tema, pero es que a mí no me habéis visto recién levantada y eso sí da miedo.

Me cansé rápido, como suele cansarme todo lo que tiene que ver con las redes sociales, y me di una vuelta por Tinder para ver si otro de mi misma especie y sexo contrario me había dicho algo. Me sorprendí al ver que, de nuevo, tenía un montón de muchachos queriendo tener algo conmigo… pero ninguno me llamaba la atención, solo aquel al que le había enviado un mensaje después de que él me lo enviara a mí el mismo día que hablé con Rafa.

Volví a investigar en su perfil y lo único que ponía de su vida personal es que era médico. Me gustaba mucho su fotografía…

Dejé el teléfono y me levanté de la cama, a ese, si se daba la oportunidad, sí que lo cazaba para un buen meneo y no lo dejaría hablar, no fuera que me pasara como con Rafa y me volviese

a encontrar en la cama y sin polvo.

Levanté la persiana y sí, hacía un maravilloso día.

*

El portero automático de casa sonó a la hora indicada, Elena ya estaba abajo, esperándome. Yo era la última a la que recoger para irnos al centro a cenar en aquel sitio donde ella siempre decía que la vida parecía mejor. En realidad, lo que le parecía mejor eran las croquetas de queso Idiazábal que hacían, que la verdad es que estaban para morirse.

Irache ya estaba dentro del coche, íbamos en el suyo, decía que se fiaba más de ella conduciendo que de ninguna de nosotras. Y la entendía, es una mujer responsable, que no suele beber cuando sale de fiesta, aunque he de confesar que antes del embarazo la vi pedo en un par de ocasiones. Eso sí, si estaba Jesús con ella, que decía que si no se ponía muy tonta y no había Dios que la aguantara.

Elena tenía cara de felicidad.

—Cuenta, cuenta —me dijo, y dio un par de saltitos infantiles—. ¿Cómo la tenía? ¿Lo comía bien? ¿Ya no hay telarañas ahí? —Y me tocó el pubis, haciendo que yo, a mi vez, diera un salto apartándome de ella.

—Estate quieta, fiera. Vamos al coche y os lo cuento todo.

Pasé junto a Elena y fui directa a sentarme en el asiento trasero, al lado de la sillita de la hija de Irache, después de apartar dos juguetes, una botella de agua, dos gusanitos de maíz y algo que parecía una piruleta medio chupada.

—Joder, qué asco de coche —solté.

—Ya, bonita, ni que el tuyo fuera el coche más limpio del planeta —se quejó Irache con razón.

—Tienes razón, no me acordaba de lo que era esto, perdona.

—Oins, cómo están las dos mamás. ¿Echando de menos a las crías humanas? —Elena se metió con nosotras.

—No, idiota, es que por poco me mancho el vestido con una piruleta o lo que fuera eso.

—¿Estaba ahí? —preguntó Irache arrancando el coche para dirigirnos al restaurante—. Menos mal, pensaba que se la había tragado y me pasé toda la tarde obligándola a beber agua para que se le deshiciera en el estómago.

—Y no se le pegara, ¿no? —Elena se burló, pero Irache no se dio cuenta.

—Claro, es que…

—Se está quedando contigo —le advertí.

—Sí —reconoció Elena.

—Vamos a ver, ¿algún día me vas a tomar en serio? —se quejó Irache.

—Claro que sí, pero a veces tienes cosas tipo «señoras que…».

—A ver, ¿tu madre nunca te dijo que si te comías un chicle se te podía pegar en el estómago? —le rebatió la morena de pelo rizado, mientras, como siempre, yo escuchaba sus «matrimoniadas».

—Sí, y también que tenía que esperar dos horas antes de meterme en el agua si había comido. Y, la verdad, yo creo que lo hacían para poder echarse la siesta tranquilos y no tener que vigilar si alguno de nosotros se ahogaba —le contestó Elena sin perder la calma.

—Irache, entiendo que lo hicieras para que la chiquilla no se ahogase, pero… —intenté quitarle hierro al asunto.

—Bueno, vale, joder… Es que no sabéis la de cosas que he tenido que ver yo en el trabajo. Me acuerdo de la vez que estuve en Reino Unido y… —empezó.

—Va, venga, que nos cuente Alina lo suyo con el Dios del Trueno, ese rubiales —cambió de tercio mi amiga copiloto.

—Eso —dijo la conductora, sin quitar la vista de la carretera—, ¿cómo fue?

—¿No preferís que os lo cuente cenando? Es que, si no, no vamos a tener nada de que hablar…

—O puede que pasemos toda la noche hablando de ello —añadió Elena, buscando un chicle en su bolso que luego ofreció a las demás.

—Hacedme caso, os lo cuento mejor con una copa de vino en la mano —insistí, para no decepcionarlas inmediatamente.

—Pues yo sí que necesitaré dos o tres copas para contaros lo que pasó ayer —Irache cambió hasta el tono de voz.

—¿Algo malo? —me alarmé.

—Algo malísimo, pero todos estamos bien…

*

Tardamos en poder aparcar, casi diez minutos dando vueltas, pero al final allí estábamos, sentadas a una mesa para tres, con el mismo número de copas llenas de vino. Sí, habían estado intentando sonsacarme durante el trayecto, pero igual que Irache, preferí dejar en suspenso mi penosa vida sexual para después de la segunda copa, que estaba a punto de llegar y sin nada más en la mesa que un penoso platito de aceitunas.

—Mira que son siesos en estos sitios, te vas a gastar una pasta en cenar y te ponen cuatro aceitunas chuchurrías —dijo Irache, llevándose una a la boca.

—Toda la razón del mundo, y quien pierde son ellos, porque si ponen un buen aperitivo, fijo que ya habría caído la segunda botella de vino… Así no hay quien beba bien —se quejó Elena.

—¡Mira, un plato de croquetas! —solté a propósito, para ver la cara de mi amiga.

—Idiota, no era para nosotras —se enfurruñó Elena—. Solo por eso ya puedes comenzar con tu historia.

—Vosotras lo habéis querido, pero… —di un sorbo a mi copa para hacer más melodramática mi respuesta— no pasó nada.

—¡¿Cómo?! —exclamaron mis dos amigas a la vez.

—Qué triste, ¿no? —Me miraban con ganas de interrumpir, pero no lo hicieron—. Pues eso, que al final cada uno a su casa y ¡chimpón!

—Pero… ¿la tenía pequeña? ¿Era mentira y la foto era de su hermano? ¿Le faltaba un ojo, una pierna, un…? —Irache preguntó sin ton ni son.

—No, la verdad es que todo fue superbién. Tan bien y tan agradable que nos dimos cuenta de que el tema sexo no iba a funcionar, así que preferimos cenar echando un buen rato y poco más —expliqué la «puritita» verdad.

—Jo, hija, pues si ya ni con esas… —Elena nos rellenó la copa—, vas a tener que darle más a eso del Tinder.

—Y no lo descarto. —Me guardé para mí las ganas que tenía de liarme con el médico ese que no contestaba.

—¿Y tú qué? —Cambié de tema dirigiéndome a Irache—. ¿Pudiste hacer algo con Jesús?

Vimos que el color de su cara pasaba a rojo carmesí, que se llevaba la copa a la boca, la que no bebía, y que se la bebía de golpe, cerrando los ojos al notar cómo el alcohol bajaba por su garganta calentándosela.

Elena y yo nos acordamos de lo que nos dijo en el coche, así que nos asustamos.

—Pero ¿ha pasado algo? ¿Todos estáis bien? —pregunté espantada.

—Ya os he dicho que todos estamos bien —levantó la copa para que Elena se la rellenara—, aunque no nuestro amor propio.

—Ay, hija, suelta ya, que nos tienes en ascuas. —Elena le rellenó la copa.

—Pues mientras le estaba haciendo un trabajito en el baño de nuestra habitación a Jesús… entró mi madre y nos pilló. —Bebió de nuevo.

—¡Hostia! —solté.

—¡Joder! —me secundó Elena.

—Sí, eso es lo que yo quería. Pero ¿veis como los astros están conjugados para que yo no vuelva a follar con mi marido en la vida?

—¿Y qué pasó después…? —le pregunté, intrigada por el suceso.

—Pues imagina, vergüenza por todas partes, miradas al suelo. Mi madre pidiendo disculpas, yo justificándome y el pobre Jesús no sabiendo dónde meterse, porque se quedaba con ella. Fue todo muy incómodo.

—Madre mía, si me pasa eso a mí, me muero —confesó Elena.

—Creo que yo me morí un poquito, pero mi pobre Jesús me contó que después de cenar se fue directo a la cama y que esta noche ha dormido con la niña. —Al fin trajeron algo de cenar—. Esta mañana, cuando me he despertado, Jesús se había ido al gimnasio y mi madre aún continuaba muerta de vergüenza.

—Estamos abocadas al fracaso sexual —dije.

—Eso serás tú, bonita, que yo tengo lo mío en Tinder y con mi amor, el *satisfyer*. —Nos reímos de la ocurrencia de Elena, pero en el fondo, también de nuestra propia suerte.

Al final, la cena se nos fue un poco de las manos y posiblemente pedimos un plato de cada postre que vimos en la carta. No sé si la culpa fue de la tercera botella, que acabó vacía en la mesa, o de eso que dicen del sexo y el chocolate, pues los cuatro platos que había en la mesa estaban llenos de restos de ese delicioso manjar. ¿Quién lo iba a averiguar? Yo no, pues solo me faltó desabrocharme las medias de lo mucho que había comido. Y sí, lo sé. Sé muy bien que es imposible desabrocharse algo que no lleva botones y que, si lo haces, puede que salgas con una carrera más larga que la de ingeniero en telecomunicaciones.

A lo que voy, después de aquella pantagruélica cena, que parecía más para diez personas que para tres mujeres, hasta el mismo camarero se sorprendió de nuestra capacidad de engullir, decidimos que lo mejor para aflojar un poco el tema era irnos a tomar una copa. Aún no era lo bastante tarde como para decir aquello de «Una y me voy», así que, mientras nos encaminábamos a un garito de esos que están, o dicen, de moda, Irache y yo caminábamos agarradas del brazo, intentando mantener una compostura, perdida por culpa de la altura de los tacones que llevábamos.

—¿En qué hora se me ocurriría ponerme esto? —me quejé.

—¿Y yo? ¿Yo que estoy todo el día con zapato plano? —dijo ella.

—Va, dignidad, queridas, los pies nos matan a todas con tacones, pero que nadie lo sepa —apuntó Elena, la única que parecía haber nacido con ellos incrustados en las extremidades—. Es como cuando te da el sol en la cara, si cierras los ojos te salen arrugas, así que mejor te aguantas y los dejas abiertos.

—Eso —contesté alegremente—, y que luego las lesiones oculares inunden nuestros maravillosos iris.

—Tampoco es eso hija… —Elena se puso a mi lado, reprendiéndome—Va, que ya hemos llegado. Dentro hay varios amigos míos, a ver si puedo presentarte a alguno y así pinchamos el globito.

—Huy, deja de decir eso, que por ese pinchazo Angélica está en el mundo. Creo que es su venganza, no dejarnos follar por ser ella el despiste de un condón —rio Irache.

—Pues lo está haciendo muy bien la «jodía» —me reí con ella, mientras veía que Elena hablaba con el tipo de la puerta del local donde se suponía que íbamos a entrar.

Nos hizo un gesto con las manos para que nos acercáramos:

—Vamos, chicas, hasta nos invitan a una copa. —Nos dio una tarjeta a cada una.

Eso de trabajar en una empresa de comunicación hacía que conociera muchos sitios y a gente de todo tipo. Lo malo era que cuando nos invitaba a algo chulo de verdad, al final solo podía ir ella. Es lo que tiene ser madre.

El local estaba a reventar de gente. Irache nos dijo que ella sería la primera en marcharse, así

que si queríamos irnos a la par… avisadas estábamos.

Elena se juntó con algunos conocidos que estaban celebrando un cumpleaños, yo me fui a la barra a pedir una copa y un refresco para la conductora, que en esos momentos estaba saludando a algunas personas que le presentaba mi otra amiga.

—¿Me pones un gin-tonic poco cargado y un refresco? —conseguí que la camarera me hiciera caso.

—¿Alguna marca en especial? —preguntó ella.

—Seagram's, por favor.

—¿Y el refresco es para…? —oí una voz a mi lado, que pensé que sería un camarero preguntando por la persona que había pedido, pero no.

Me di la vuelta para mirar de dónde provenía aquella voz. Se trataba de un hombre más alto que yo y tal vez también algo más mayor. Confesaré que nunca he sido de las que les gusta que le entren en las discotecas, normalmente borrachos, subidos de ego o a saber, así que puse el modo borde *«on»* y le contesté:

—Para ti no. —Y me volví al otro lado sin más.

—Ufff, vaya humos. Perdona —contestó él, apoyando la espalda en la barra.

—*Absolvo te* —le solté, recordando mis años de latín.

—Encima sabes lenguas muertas.

¿Me estaba provocando?

—Aunque la mía no lo está, te lo aseguro. —Pero justo en el momento en el que mi lengua dijo eso, me arrepentí. Madre mía, parecía que estuviese buscando guerra… ¿Aunque no era eso lo que estaba haciendo en Tinder?

No respondió, su mirada se paseó con descaro por mi cuerpo de arriba abajo. Momento en que yo también pude echarle un vistazo. Alto, de mandíbula ancha, fuerte, sonrisa pícara, ojos serios, pelo bien cortado y parecía recién afeitado. Para una noche…

—¿Me dejas que te invite al gin-tonic? —preguntó.

—Llegas tarde, me ha invitado la persona que se va a beber el refresco, lo siento. Otra vez será —dije y, dejándolo con la palabra en la boca, cogí los dos vasos y me acerqué a mis amigas.

—Toma —le di su refresco a Irache.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, por lo que había podido ver de mi intercambio en la barra.

—Nada, el típico pesadito listo —le dije, mientras Elena andaba ya a lo suyo con un par de amigas.

—Me gustaría advertirte que el típico pesadito listo, que por cierto está para mojar pan, viene hacia aquí —me avisó Irache, dándole un sorbo a su bebida.

—Pues seguro que no será para hablar conmigo, porque borde he sido un rato y además lo he dejado con la palabra en la boca.

—Jo, para un tío bueno que se te acerca… —me pinchó.

Y sí, se acercó, me tocó la cintura y miré, pero me sonrió un par de segundos y pasó por mi lado. Solo me apartaba para continuar su camino hacia dondequiera que fuera, que dio la casualidad que era al lado del chico que estaba hablando con Elena. Lo miré…

—Ya veo que lo has dejado sin palabras, vamos, que ni una ha gastado contigo —soltó Irache.

—Me da igual —agarré su mano—, ya que Elena está ahí con sus amigos, vámonos a bailar un rato.

—Yo me marcharé pronto, piensa que tengo a mi madre en casa y no quiero que mi pobre Jesús tenga que sufrir más. —Se tapó la cara, de nuevo avergonzada, y yo me reí, mientras caminamos hacia la pista.

Capítulo 7

Con un par de copas más, el mundo se veía de otra manera, las preocupaciones parecían menos importantes y, sobre todo, bailar como si nadie te estuviera mirando hacía que me sintiera como la chiquilla sin mochila que un día fui. Sonreí al ver que Irache también daba saltos locos, mientras aquella canción que siempre nos hacía sudar en el *box* sonaba por los altavoces.

—Me están dando ganas de hacer un *burpee* —dijo muerta de risa.

—Lo que nos faltaba —casi grité por encima de la música—, con tacones, falda y tiradas por los suelos de una discoteca llena de mierda.

—En peores sitios me he metido yo. Mira, recuerdo una vez que estuve en…

—Ya, nena —la corté—, pero ¿y lo mona que vas ahora? ¿Y si resulta que llegas a casa con ganas de cariño y Jesús se deja? —finalicé.

—Mira, creo que hasta que mi madre no se vaya, ni con un palo me toca. —Reí por su ocurrencia—. Oye —miró su reloj—, voy al baño y me marcho, ¿te vienes?

—Al baño no, pero cuando vuelvas, avísame y me llevas a casa. —Pensé que, al día siguiente, a pesar de que Diego regresaría después de comer, me gustaría estar despierta y con un par de cosas terminadas para estar por él.

Irache se marchó dejándome en medio de la pista. Estuve a punto de seguirla y esperarla allí, pero ya era tarde, porque pusieron una de esas canciones que no puedes dejar de bailar. No es que yo fuera muy fan del cantante en sí, pero la noche y el ritmillo que llevaba daba para seguir con un par de meneos. Y así lo hice, me quedé sujetando la copa vacía, moviendo el cuerpo acompasadamente, hasta que noté que una mano me agarraba de la cintura. Intenté darme la vuelta para quitármelo de encima, pero en ese momento me habló:

—No creo que tu cuerpo esté igual de muerto que las lenguas que sabes. —Era el engreído de la barra.

Tardé dos segundos en darme la vuelta y quitármelo de encima. No es que no me hubiera gustado su tono de voz tan cerca de mi oído, mientras sujetaba mi estómago con toda su mano, apretándome contra él, era más bien al contrario; había notado tal descarga eléctrica que necesitaba separar nuestros cuerpos.

—Lo siento —se disculpó al ver mi cara y la copa a modo de defensa.

La miré y la bajé a una posición menos agresiva:

—Perdona, no me lo esperaba —me disculpé sin cambiar el rictus de mi cara.

Nos quedamos los dos parados, mientras la gente bailaba a nuestro alrededor, ninguno volvió

a decir nada. Parecía que esperásemos que fuera el otro el que rompiera la tensión que se había instalado entre nosotros.

Al parecer, él se dio por aludido y aplaudí por dentro:

—Al quedarte sola me he atrevido a bailar contigo, pero he debido haberte pedido permiso —se justificó.

—Sí, deberías haber pedido permiso antes de tocar —respondí.

—Tienes toda la razón del mundo. —La música comenzó a sonar de nuevo y el ritmo cambió —. Por ello, y ya que ha cambiado la canción, ¿me permitiría este baile?

Levanté una ceja, asombrada por la floritura de la petición. En ese instante pasó un camarero recogiendo copas y le di la mía. Agarré los dos lados de mi falda y, haciendo una cómica reverencia, acepté. Él colocó una mano en mi cintura y extendió la otra esperando la mía, con una actitud más propia de un vals que del ritmo sencillo que sonaba por los altavoces.

—Así sí se le pide bailar a una mujer —le dije mirándole a los ojos—, no a traición y sin posibilidad de defensa.

—Es que después de tu respuesta anterior, me daba miedo pillarte por delante y que me patearas en «medio». —Puso cara de dolor fingido por una supuesta patada.

—Creo que tienes una imaginación increíble.

—Y yo que bailas increíblemente bien —seguía mis pasos a duras penas.

—Que se noten mis años estudiando en Juilliard —solté, refiriéndome al famoso Conservatorio de artes de Nueva York.

—¿Has estado viviendo en *New York*? —preguntó él, mientras yo reparaba en su buen acento en inglés.

—No, nunca, pero como es superconocido, lo he dicho a lo loco —le expliqué, acercándome peligrosamente a su oído para que me oyera bien. Y lo bien era cómo olía ese hombre…

—Ah. —No dijo más, pero apretó un poco más su mano en mi cintura para acercarme a él—. Oye, ¿salimos un rato fuera? Es que aquí es imposible hablar —así justificó su acercamiento físico.

—Es que me iba a ir ya —le respondí.

—Bueno, no pasa nada, seguro que otro día…

«Alina, deja de decir tonterías, tienes la oportunidad de echar un pinchito y ¿lo tiras a la basura? Nenaaaa, que tienes un Tinder real delante de tus narices.»

—Espera. —Me marché al baño corriendo para decirle a Irache que la esperaba fuera, ya que, como bien imaginé, la pobre aún estaba en la cola.

Al regresar, él me esperaba en el mismo sitio, así que sin más y diciéndole adiós con la mano a Elena, que flipaba por momentos y que hizo el gesto de llamarme, caminé hacia la salida con paso presto.

—Ostras, qué frío hace. ¿Qué hora debe ser?

Él giró la mano y miró un reloj de esos que, o haces pesas o se te luxa la muñeca, fijo, y al

momento resolvió mi duda:

—Son las tres menos cuarto de la madrugada.

Lo miré por primera vez con atención, ya que las luces de la calle le daban de lleno en la cara.

Pues sí que estaba el tío de toma pan y moja, moja, moja y moja. Vale, lo he repetido unas cuantas veces, pero es que era de esos hombres que tiene cara angulada, nariz perfecta y labios mulliditos, para dejar ahí los tuyos un rato largo. Y, si no, que se quedaran en otro lugar…

—¿Es tarde? —me sacó de mi ensoñamiento.

—No, lo que pasa es que he perdido la noción del tiempo. He dejado el móvil en el bolso en el guardarropa y hasta ahora no sabía la hora. —Toma explicación para nada.

—Te invitaría a algo, pero ya no sé ni cómo ligar —se confesó de golpe.

—Hombre, no es por meterme contigo, pero un poco torpe, teniendo en cuenta las circunstancias sociales que vivimos con el «no es no», sí que eres. —Verdad verdadera.

Se pasó una mano por la cara, parecía cansado:

—Es que hace mucho que no salgo por la noche y me temo que estoy oxidado.

—No te creas que yo soy una experta —respondí sin más explicaciones.

—Creo que nos hemos ido a juntar el hilo y la rueca. —Se apoyó contra la pared que tenía detrás.

—Va a sonar raro, pero… —y ahí salió la leona desesperada—, te invito a una copa en casa.

Levantó las dos cejas entre sorprendido y sin saber qué responder.

—A ver, que si no quieres no pasa nada —me justifiqué, no queriendo sonar desesperada.

—No, es que… A ver si me explico sin que te parezca extraño. ¿Esto que me has propuesto es prudente? —Y sonrió, haciendo que aparecieran dos hoyuelos en sus mejillas.

—No lo sé —dije la verdad, y levanté una mano al ver la luz verde de un taxi, olvidándome de Irache—. Yo me voy.

Comencé a dar los pasos que me llevarían hacia el vehículo, que ya había parado frente a mí. Noté que él me seguía y sonreí nerviosa; la había liado y ya no había vuelta atrás.

—Espera. —Se puso a mi lado y, abriendo la puerta, me dijo su nombre—. Me llaman Hierro.

Yo pensé, «Coñe, como el futbolista retirado del Madrid», pero nombres más raros he oído en la vida:

—Yo Alina.

Y después de darme un par de besos, entré en el coche y él me siguió. Le di la dirección al conductor e hicimos el trayecto casi sin dirigirnos la palabra más allá de un par de tonterías.

Irache me llamó por teléfono para preguntar dónde estaba, tuve que contarle que me había ido a casa y que le escribiría por WhatsApp. Al colgar, en el grupo escribí que me había ido a casa con el chico con el que me habían visto en la barra.

Sólo recibí un insulto cariñoso por parte de Irache, apostillando que tuviera cuidado, y Elena

me recomendaba que escondiera todos mis aparatos sexuales para que no se sintiera intimidado por mi «necesidad».

Guardé el móvil en el bolso justo en el momento en que el taxi paró frente a mi casa. La carrera la pagó Hierro, no hubo discusión.

—Si pagas una copa, aunque sea en tu casa, creo que lo mínimo es pagar la carrera —dijo, y sonrió al ofrecerme la mano para salir del coche.

Estaba nerviosa, pero no tenía por qué. Lo que el viernes podía haber ocurrido con Rafa iba a pasar con ese hombre de nombre raro. Aunque, pensándolo despacio, me temo que me estaba dando un nombre de mentira.

Abrí la puerta de la casa, necesitaba cambiar de aroma, ya que había estado inspirando el de él desde el momento en que entró en el taxi y me estaba volviendo loca. Era una mezcla de olor corporal con perfume, que le daba un toque intenso sin ser nada desagradable. No es que estuviéramos ninguno de los dos recién salido de la ducha, pero la suya no era una esencia que me pudiera echar atrás, sino más bien de las que dejan huella.

—¿Qué te apetece tomar? —pregunté para intentar comenzar una conversación, mientras dejaba el abrigo en el perchero y cogía el de él, que me dio tras cerrar la puerta.

—Lo que sea, en realidad no he bebido nada de alcohol. —Me miró como justificándose.

«¿Un exalcohólico? ¿Eso es lo que me he traído? Madre del amor hermoso, deja de pensar esas cosas, que, si no, al final vas a salir corriendo de tu propia casa, y sin mirar atrás. Para más tarde encontrarte con que había cambiado la cerradura y así habrías perdido tu vivienda por una nueva forma de “okupación por donjuanismo”.»

Salí de mi «gillipoloquio» y pensé, sí, al fin pensé, que lo mejor sería preguntarle, como a las personas normales.

—¿Y eso? —Abrí la nevera ofreciéndole un refresco y cogiendo otro para mí.

—Es que mañana trabajo y no quiero, vamos, no debo ir borracho —sonrió excusándose, mientras asía la lata y el vaso pertinente que también le ofrecí.

Caminamos hacia el salón, que por suerte estaba recién recogido; en general, solía estar lleno de camiones, coches y demás juguetes de Diego. Y sí, la casa era otra cuando no había un niño pequeño dando tumbos por ella.

—Siéntate, ponemos algo de música, no sé. —Joder, pues sí que estaba nerviosa.

—Tienes una casa muy bonita, pero quizás no tanto como tú. —Me miró a los ojos sin cortarse.

«Hale, venga, ahora nooo.» Estaba notando cómo los colores comenzaban a subir a mis mejillas, y la verdad es que no era lo mejor para una mujer rubia de piel clara, se iba a notar demasiado. Ufff, qué calor estaba notando en la cara. Madre, sería mejor que le diera un sorbo al contenido de mi vaso.

—Creo que no voy a poder decir nada más sobre ti —sonrió él, mostrando unos preciosos dientes—, se nota demasiado que o te ha gustado o hace mucho que no te lo dicen.

—Podría decirse que un poco de las dos cosas —volví a beber.

Sentí que aquel hombre se acercaba un poco más a mí y alargaba la mano hacia mi cara. Pensaba que quizás me iba a acariciar o algo así, pero lo único que hizo fue quitarme un fastidioso pelo que tenía cruzado en ella y del que yo ni me había dado cuenta por culpa del calorazo que sentía. Pero ¿cómo podía ser tan boba?

—Mira —me mostró el pelo—, ya está.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta? —Él asintió—. Dime que lo de Hierro es tu apellido, por favor.

Se echó a reír a carcajadas. Unas que sonaron muy profundas y sensuales, o eso era lo que a mí me parecía todo lo de él.

—No, no me llamo Hierro. Es el mote que me pusieron algunos compañeros de trabajo, mi nombre es Ander.

«Para, Alina que te estoy viendo, dile a tu cerebro que pare de inmediato o todo se irá al traste… Díselo, dís… "Ander, ander, ander, la marimorena. Ander, ander, ander que es la nocheee buenaaaa".»

Moví la cabeza de un lado a otro intentando calmar a mi yo gilipollas. Pero bueno, ese yo era normal que apareciera en los momentos menos indicados de mi vida. Hasta el día que firmamos el divorcio, mi ex y yo se entiende, acabé cantando, pero por dentro, que conste, por una chorrada que dijo el juez.

—¿Estás bien? —preguntó Ander al ver mi expresión ida.

—Sí, perfectamente. —Y me lancé, o todo o nada—. Me preguntaba si, a ver… Sí querrías que… Bueno, tú y yo…

Dejó su refresco en la mesa y ahí sí que me di cuenta de que había despertado al lobo que llevaba dentro. Se acercó, ahora de verdad, y, sin mediar palabra, se inclinó hacia mí, acercando su cara a mi rostro. Me besó despacio, con torpeza. Es verdad que la postura que teníamos en el sofá no era la más cómoda, el uno sentado al lado del otro y con la mitad del cuerpo girado para encararnos. Las manos de él en mi cintura, las mías, una sujetando un vaso y la otra apoyada en el asiento mientras recibía sus labios. Vale, no era muy romántico. Pero ¿quién había hablado de eso?

—¿Era esto de lo que hablabas? —me preguntó separándose un poco de mí.

Yo saqué instintivamente la lengua y me la pasé por los labios, como intentando saber si se podían saborear los besos de la otra persona solo por el recuerdo dejado. Pero no dije nada, dejé el vaso en la mesa y me levanté del sofá, mientras Ander seguía todos mis movimientos. Se quedó expectante, me coloqué frente a él. Abrí un poco las piernas y empecé a bajar para sentarme a horcajadas sobre las suyas. Volví a sentir sus manos sujetando mi cintura, esta vez para que no me dejara caer encima de golpe.

—Sí, es de esto de lo que hablaba —respondí, sujetando su cabeza por la nuca, mientras me encajaba en su regazo.

Sentí que se colocaba mejor entre mis piernas y, si bien es cierto que en ese momento no notaba nada demasiado inflamado, sus manos pasaron a buscar por debajo de mi falda.

—Desde que te vi en la discoteca quise estar así —dijo, con mis labios a milímetros.

—Yo, por el contrario, ni me lo imaginaba. —Bravo sinceridad.

Noté la sonrisa en su boca cuando lo besé. Tenía unas manos fuertes, lo aprecié cuando apretó mis nalgas, pero lo que él no sabía era que, en efecto, yo no tenía la «lengua muerta». Mordí un par de veces su labio inferior para que me dejara entrar, fue a la tercera, cuando lo chupé, cuando sus dientes me dieron paso. Primero lo tenté despacio, sin prisa. Mis caderas acompasaban ese suave movimiento de la lengua y mis manos acariciaban el final de su perfecto corte de pelo en la nuca.

Llevó una de sus manos a mi cintura y me agarró con fuerza. No me había dado cuenta hasta ese momento de su tamaño. Eran grandes, como él, y casi podía rodear la mitad de aquella parte de mi cuerpo sin problemas.

—Quiero quitarte el vestido —me dijo entre labios y lenguas.

Separé mi cuerpo un poco, solo lo suficiente para que el vestido pudiera salir volando por mi cabeza y lanzado bien lejos, a cualquier parte del salón. No diré que siempre vaya de punta en blanco debajo de la ropa, no. Pero sí diré que soy maniática y tengo varios tangas según el color de los sujetadores, así que pase lo que pase, voy conjuntada. Ese día había tocado color verde botella, original que es una.

—¡Ah! —solté sorprendida, porque mientras pensaba en el vestido y la ropa interior, él me dio un mordisco por encima de la tela del sujetador, en el pezón.

—¿Te he hecho daño? —Me miró preocupado.

—No, es que no me lo esperaba. —La verdad, ante todo.

Me agarró fuerte para darse la vuelta y tumbarme en el sofá de mi salón. No dijo nada, solo me miraba como si fuera un trozo de carne, tenía en los ojos la mirada del depredador a punto de comer. Se tumbó encima, sin dejar que todo su peso cayera sobre mi cuerpo, y su boca se dedicó a recorrer mi cuello, mordiendo, lamiendo y dejando que sus labios acariciaran el recorrido que hizo hasta llegar a mi ombligo. Sus grandes manos se introdujeron en la cinturilla del panti, que bajó por mis caderas y piernas, quitándome a la vez los zapatos, que aún llevaba puestos.

—Me parecía que serías preciosa, pero no podía imaginar que tanto —dijo, al verme tumbada en ropa interior.

No he sido una mujer pudorosa en mi vida, pero verme expuesta de esa manera con un hombre al que no conocía de nada y que iba a meterme hasta el fondo, o eso esperaba yo, lo más grande, también rezaba para que lo fuera, hacía que mi respiración se acelerara más de lo normal.

—Creo que quizás deberías quitarte algo de ropa, ¿no? —Lo siento, no me daba para más la cosa.

Y sin decir mucho más, Ander hizo desaparecer su camisa, pantalón, calcetines y zapatos.

—¿Mejor?

Asentí, aún mirando y valorando si la incursión por el mundo del «unipincho», dícese del polvo de una sola noche, iba a merecer la pena. Y la verdad era que estaba bueno, muy bueno, más que el pan con chocolate, y lo que por allí asomaba, escondido en la tela del bóxer, parecía que iba a estar más que bien.

Me levanté de golpe del sofá. Vi cómo levantaba una ceja a modo de pregunta y le tendí la mano. No, no quería follar en el sofá en el que luego iba a jugar con mi hijo, así que lo llevaría a la cama y luego, por la mañana, cambiaría las sábanas.

—Ven —dije—, vayamos a un lugar más cómodo.

Se levantó y, agarrando mi mano, me siguió, mientras con la otra mano me acariciaba la cintura, a la par que sus labios perseguían el hueco de mi cuello.

—Hueles muy bien, Alina. —Me mordió el lóbulo de la oreja—. Espero que sepas mejor.

Luego me pasó aquella mano por el vientre y dejó que un par de dedos pasearan por el interior de la cinturilla del tanga.

Vale, que sí, que debía hacer alguna cosa ya y no comportarme como una primeriza. Pero qué os voy a decir, hacía mucho que no follaba con nadie que no fuera el padre de mi hijo y ahí ya sabíamos lo que teníamos que hacer cada uno para acabar bien follados. Aquello en cambio era terreno nuevo y, o me dejaba guiar un poco, o la cagaría haciendo lo mismo que siempre hacía.

Encendí la luz del dormitorio y sin siquiera entrar en él, sus dos dedos acariciaron mi clítoris, a la vez que con la otra mano agarraba uno de mis pechos. Suspiré, lo hice porque me gustaba y porque esperaba que Ander lo notara. Me estaba besando el cuello e instintivamente me volví hacia él para que mi boca se uniera a la suya, mientras apoyaba las manos en el marco de la puerta.

—Eres poco habladora —comentó, sin dejar de tocar mi sexo—. Pero vas a tener que decirme qué te gusta para que los dos pasemos un buen rato.

Si supiera que no había dejado de darle vueltas a la cabeza y hacerme preguntas…

—No suelo follar con desconocidos —confesé.

—Pues piensa que yo ya no lo soy. —Me dio la vuelta para alzarme y yo le rodeé la cintura con las piernas. Solo un segundo para desplazarnos unos metros, hasta que él me dejó sobre mi cama.

—Dime qué cosas te gustan —insistió, pegando su nariz a la mía.

Yo trataba de dejar a un lado todos mis pensamientos y centrarme de una vez en el hombre que quería hacerme disfrutar. Respiré un par de veces, saqué la lengua y recorrí con ella sus labios.

—Me gusta que me hagan ver las estrellas con la lengua. —Sí, adoro que me hagan un buen *cunnilingus*.

—Sus deseos son órdenes, querida —respondió, descendiendo por mi cuerpo dejando un reguero de saliva y besos húmedos, a la par que me sacaba los pechos por encima del sostén.

Cuando llegó a mi sexo, lo mordió despacio por encima de la tela. Yo soy muy genital, he de confesarlo, y en ese momento mi piel se erizó. Ander se dio cuenta y, sonriendo al mirarme a los ojos, repitió esa acción. Sentí sus brazos pasando por debajo de mis piernas, me las agarró a la altura de las ingles y me abrió para él.

—Me encanta. —Volvió a morderme para, justo después, apartar el tanga a un lado.

Sopló sobre él y volví a estremecerme, sentí cómo la punta de su lengua se posaba despacio, dando suaves toques. Sacó una de las manos de debajo de mis nalgas y noté que me abría del todo con dos dedos, me exponía sin remedio a lo que estaba a punto de recibir. Sentí algo que nunca había sentido antes, era como si aquel hombre supiera exactamente cómo y de qué manera entrar en mí solo con la lengua. Quería gritar sin ni siquiera haber llegado al orgasmo, y miedo me daba llegar a él.

Su boca no se había despegado de mi sexo, no paraba de mover labios, lengua y, ¡oh, Dios!, ahora dos dedos se introducían en mi cuerpo buscando un punto que, aunque sabía que existía, nunca habíamos localizadooooooooooo…

Me corrí sin remedio, el orgasmo me llegó de tal manera que no recuerdo si mis manos le agarraban la cabeza, las sábanas o si me movía de manera inconsciente sobre la cama. Solo cuando volvió a trepar sobre mi cuerpo sentí de nuevo su boca, llena de mí, besándome con desesperación.

—Necesito follarte —me dijo.

—¿Y tú? —le pregunté.

—¿Crees acaso que solo lo vamos a hacer una vez esta noche? —Me miró serio.

Abrí la mesilla y saqué un condón. Se bajó los calzoncillos, se lo puso más rápido que Superman salvando a Lois Lane y me penetró de golpe. Admito que aún estaba un poco atontada después del orgasmo, pero aquello me hizo despertar.

—Oh. Espera un momento —pedí, y él, sin dejar de acariciar mi rostro, se detuvo hasta que le dije que continuara.

Se movía despacio, con calma, como si quisiera alargar el momento más de lo que ninguno de los dos necesitábamos. Pero después de darme un par de empellones fuertes, de esos que te hacen cerrar los ojos y pedir a gritos que no pare, salió de mí.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—Quiero quitarte toda la ropa —contestó, metiendo las manos por debajo de mi tanga y bajándomelo por las piernas.

Al verlo realizar esa acción, yo me desabroché el sujetador y lo dejé a un lado. Pero lo que no me esperaba era que me diese la vuelta para que quedara yo encima de él; quería que folláramos mientras yo manejaba la situación. Así pues, me coloqué con su polla entre las piernas y, antes de meterla, jugué un rato con ella. Así pude mirar mejor su expresión, cómo se mordía el labio si le gustaba algo, cómo cerraba los ojos cuando estaba a punto de perder el control y cómo manejaba sus reacciones…

Hasta que decidí que era suficiente y de un certero golpe y sin manos, introduje su miembro en mi interior. Sí, yo también tuve que parar un momento, pensaba que sería por la hipersensibilidad después del orgasmo, pero no… Era grande.

Tardé un momento en moverme, en bambolearme encima de aquel monumental hombre de facciones duras. Iba a ser uno de los mejores polvos que iba a echar en mi vida, eso fijo.

Volvió a sujetarme por la cintura, como no queriendo dejarme escapar, yo dejé mis manos apoyadas en aquellos pectorales duros como piedras y comencé a moverme de manera acompasada con él. Cerraba los ojos, eso era que estaba cerca del orgasmo, y sus manos me apretaban fuerte. Estaba a punto.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Dios, que si me gusta…

Ahí fue donde saqué la bomba atómica que sabía, o por lo menos me había funcionado antes, que iba a hacer que no pudiera más. Comencé a mover las caderas en círculos y subiendo y bajando. Abrió los ojos e intentó acercarme a él, pero yo no paré ni le dejé hacerlo, así que fue él quien se izó en la cama para besarme y agarrarme un pecho justo en el momento en que se corría.

He de confesar que cuando volvió a dar unas cuantas arremetidas, me volví a correr, mientras nuestras bocas estaban juntas. Fue demasiado intenso para ser lo que era.

Me separé de Ander justo cuando recobré el aliento.

—Madre mía —dijo aún con la polla tiesa y el condón puesto—. Esto ha sido la bomba.

—Lo tuyo tampoco ha estado nada mal —dije, refiriéndome a lo de su lengua y manos.

—¿Sabías que podrías volver a correrte ahora mismo? —me tentó.

—Pero si me acab… —empecé a responder, sentada desnuda a su lado.

—¿De correr? —terminó él.

Se quitó el condón, que anudó y dejó junto al envoltorio en la mesilla. Se acercó a mí, me besó despacio y, despacio, volvió a tentar mi clítoris, para después volver a bajar su boca hasta allí.

Y sí, volví a correrme dos veces más y él una, antes de caer desmadejada en la cama a las seis de la mañana.

Capítulo 8

Me desperté dolorida en lugares donde nunca lo había estado. ¡Y yo que pensaba que lo que Samuel y yo hacíamos era buen sexo! ¡Madre del amor hermoso lo de aquel hombre!

Sin duda, si me volvieran a preguntar, repetiría. Pero… una noche y habíamos puesto el contador a cero, así que, a otra cosa, mariposa, me dije tumbándome en la cama, antes de oír un sonido en la cocina que me hizo salir corriendo tal como me trajo Dios al mundo, en pelotas.

—Si lo sé hago ruido antes. —Ander estaba en la cocina intentando preparar café.

—¡Joder! ¿Tú no te habías ido? —solté sin pensar, y sin darme cuenta de que iba desnuda.

—Estaba preparando café, siento haberte despertado. Me iba ya. —Volvió a mirar su carísimo reloj y entonces me di cuenta del tipo de ropa que llevaba, camisa de marca y pantalones de una tela casi perfecta—. Entro a trabajar en un par de horas, solo hacía tiempo hasta que llegara el taxi. —Se me acercó como un felino a su presa—. Pero si aún estás dispuesta… —colocó sus manos en mis caderas—, podemos hacer alguna cosa que quieras.

Bajó una de las manos entre mis piernas y me acarició despacio. Admito que cerré los ojos y tuve que sujetarme en el marco de la puerta. Su nariz se enterró en mi cuello, para ser un segundo más tarde sus dientes los que me lo mordían. Salió un pequeño gemido de mi garganta y eso alentó que sus movimientos fueran cada vez más rápidos, que mis manos se apoyaran en sus hombros y que mi teléfono móvil comenzara a sonar… Pensé en dejar que lo hiciera por los siglos de los siglos, pero después me vino a la mente Diego.

—Perdona. —Me separé de él dejándolo a punto de volver a quitarse la ropa y yo me sentí vacía.

Pero sí, era el móvil de Samuel, por lo tanto, Diego me llamaba a las diez de la mañana.

—¿Sí? —pregunté primero, pensado que sería mi ex, pero no, era mi hijo.

—Mamá, ¿puedo ir a casa? Es que me duele la barriga y quiero que me cuides tú.

—¿Qué te pasa, amor?

Cada una de las palabras que yo estaba pronunciando las estaba escuchando Ander.

—Creo que cené algo malo —dijo mi pequeño.

—Ven a casa, mi vida, te espero.

Colgué el teléfono y me fui a la habitación para ponerme el pijama, luego regresé a la cocina y vi la cara de circunstancias de Ander.

—Tienes que irte ya —le dije sin miramientos.

—¿Casada? —Él ya se temió lo peor.

—Vete ya. —No pensaba darle más información que la que obtuvo la noche anterior en mi cama, y creo que fue bastante.

—¿Ni un café? —Me miró con la mosca tras la oreja.

—No, vete.

Si Diego me llamaba era porque ya estaba vestido y su padre casi saliendo por la puerta para venir y eso no eran más de diez minutos. Así que Ander cogió las pocas cosas que había dejado por la casa y, pillándome desprevenida, se volvió para darme un beso de esos que suenan más a promesa que a despedida.

—Seguro que otro día me contarás a qué viene echarme —dijo riendo.

—Es probable que nunca más volvamos a vernos —contesté, empujándolo y cerrando la puerta.

*

En el portal, dos hombres se cruzaban. Uno salía con pintas de haber dormido poco y otro entraba con un niño pequeño rubio, al que el que salía saludó con un afable «buenos días».

Samuel se lo quedó mirando, le parecía raro, pues siempre presumía de conocer a todos los vecinos de la finca. Pero no le dio más importancia, había varios pisos alquilados y ¿quién sabía?

Iba a dejar a su hijo en casa de Alina, no quería que subiera solo después de la noche que había pasado.

*

Ander tuvo la suerte de su parte y al salir a la calle paró un taxi que había llegado justo en el momento adecuado. Se montó en él en dirección a su casa y sonrió para sí mismo. Aquella mujer era de las que merecía la pena conocer, a pesar de las circunstancias, que lo hicieron suspirar algo contrariado. Al final sí que iba a tener que mirar más con quién se liaba; demasiados problemas sin querer o tal vez solo atraía a mujeres con pareja.

Se pasó una mano por la cara, notaba que la barba ya estaba pugnando por salir. No, esta vez no iba a volver a afeitársela. El motor del coche rugió rumbo a su casa, en un rato tenía que estar en el hospital.

*

El timbre de la puerta me sobresaltó, en un primer momento pensé que sería Ander, que volvía por algo que se había olvidado, y recé con fuerza para que no fuera así. No tenía ganas de darle explicaciones sobre mi vida privada a mi ex, y mucho menos explicarle nada a mi pequeño, pero al abrir mi hijo se echó a mis brazos.

—¡Mamá! —Lo abracé con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —Acaricié su cabeza para pedirle después que me enseñara la lengua. Que, tal como me imaginé, tenía muy blanca.

—He vomitado esta noche —contestó, poniendo cara de pucherito.

—Anda, ve al sofá, que me despido de papá.

—Lo siento, he intentado que se quedara un ratito más durmiendo, pero solo quería estar contigo —Samuel se justificó, mirándome de arriba abajo desde la puerta—. Cenó demasiada pizza anoche, y eso que le dije que no comiera más.

—No pasa nada —mentí—, me he despertado hace un rato —mentí más.

—Imagino que la noche con tus amigas fue movidita —me señaló—. Llevas el pijama al revés.

Me lo había puesto apresuradamente, pero con Samuel delante haciéndome el tercer grado era más fácil confesar que había vuelto borracha que decirle que hacía un par de minutos había salido de casa el tío con el que había estado follando toda la noche y que, además, una inoportuna llamada había cortado lo que podía haber sido otro polvo de despedida. Así que…

—Bueno, me acosté casi sin encender la luz —dije.

—Si necesitas algo, avísame —señaló mi cuello—. Y si es crema para las rozaduras, también…

Abrí los ojos de par en par y sin darle más explicaciones cerré la puerta. Solo esperaba que no se hubieran cruzado en el portal, pero visto el poco tiempo entre la salida de uno y la llegada del otro… Miré mi reflejo en el espejo, era la viva imagen de una mujer muy bien follada. Coleta mal hecha, ojos cansados, labios aún inflamados y un mordisco en la clavícula que medio asomaba por el cuello dado de sí de la camiseta del pijama. Me atusé el pelo y fui al salón a ver cómo se encontraba mi hijo, que ya había puesto la televisión y el canal de dibujos animados que le gustaba.

Lo que le pasaba al pequeño tenía un nombre, «empacho». Pero estaba lo bastante blando para que solo quisiera estar con su mamá. Así que me preparé para pasar una tarde de domingo de lo más animada, con mis padres llamando por teléfono para preguntar por el pequeño y el padre preguntando si yo necesitaba algo. Un coñazo.

Menos mal que a partir de las siete de aquel tedioso día comencé a recibir mensajes de WhatsApp de las que formábamos el «Trío Calavera». Irache dio el pistoletazo de salida:

Oye, ¿cómo fue anoche? ¿Triunfo?

Desfiló por la pasarela y los jueces le dieron un 12.

Solté sin dar más información.

Me da la sensación de que has mezclado dos realities y uno de ellos es para reírse, así que…

Apostilló Elena.

Bueno, pues la cosa fue bien, muy bien y para ponerle una

medalla.

¡Bravoooo!

Irache puso un par de emoticonos de la bailarina, mientras Elena, sin decir nada, añadía el melocotón y la berenjena.

Pero qué orgullosa estoy de ti, y parece que fue ayer cuando te metí en el mundo del Tinder.

Dijo Elena luego, jocosamente.

Nena, que a este lo encontró en la calle.

Informó Irache.

Ni que lo hubiera recogido de un contenedor. Ligué a la antigua usanza: «Hola, ¿cómo te llamas? ¿Qué haces esta noche?».

Ya, sí, claro. Me imagino que la conversación fue de esa manera. Estoy segura de que lo mandaste a la mierda nada más entrarte, ¿o me equivoco?

Elena me conocía bien. Paré un par de segundos para pensar mi respuesta. No sabía si decirle toda la verdad o mejor lo dejaba en tablas para que ni ella ni yo nos sintiéramos decepcionadas.

Bueno, un poco sí lo mandé a la mierda. Pero que conste en mi defensa, que fui yo la que luego le dijo lo de irnos.

Eso no lo sé, pero lo que sí sé es que nos íbamos a ir las dos y me dejó sola meando, la cabrona.

Irache volvió a meter baza.

Pero qué mala amiga eres, dejar a la pobre que no folla por un polvo. Eso no se le hace ni a tu peor enemigo.

Se metió conmigo Elena.

Tranqui, Elena, ya que unos no vemos el momento, déjala, que lo suyo estaba a puntito de cerrarse.

Intervino Irache.

¿Podéis dejarme en paz las dos?

Pues que sepas que es amigo de un amigo mío.

Añadió Elena.

¿Ah, sí?

Me picó la curiosidad.

Chicas, os dejo, que tengo que hacer una cosa en casa con Jesús.

Irache se despidió y Elena atacó de nuevo:

¡Follar, eso es lo que tienes que hacer! Y tú, Alina, ¿no era un polvo de una noche? Nada, solo sé que es médico, que acaba de llegar de EE.UU.

y que lo invitó este amigo de
mi amigo a tomar algo ya que
no trabajaba.

Ah.

Porque, ¿qué más podía decir? ¿Que quería que me pasara su teléfono? ¿Que me gustaría volver a quedar con él para que me empotrara contra la cama, y el aparador que tengo en la habitación, apostillo? ¿Que me gustaría volver a…?

¿Cómo que «ah»? Primero preguntas
y luego pasas. Eres un poquito rara, que lo sepas.

Oye, no me juzgues, Elena. Tú te follas a tíos de Tinder y si te he
visto no me acuerdo. ¿Qué problema hay en eso? Ninguno, ¿verdad?

Pues yo he hecho
lo mismo con un tío de una discoteca. Y punto.

Valeeeeeee.

Te dejo, tengo a Diego pachucho
y me reclama.

Mentí, hacía ya rato que Diego estaba la mar de tranquilo, después de haber merendado un poquito, así que dejé el móvil a un lado y me dispuse a volver a entrar en el sopor de los dibujos animados que tenía puestos en la televisión.

Casi era mejor darse a la droga, que estar todo el día viendo perros que hablan, aviones que son robots y animales que se dedican a repartir cachorros por el mundo… Me levanté para prepararme la comida del día siguiente y la cena.

—Diego, estoy en la cocina, ¿vale?

—Vale, mamá, ya estoy mejor —levantó el dedo pulgar, mostrándomelo.

Cena, bañito y pijama. Cuento, cuento, cuento y al final apagamos la luz. Mi domingo se acababa y yo, lo admito, solo pensaba en la mirada de Ander cuando se acercaba a besarme, en sus manos cuando me acariciaba y en su cuerpo cuando se juntaba con el mío.

Apagué la luz de mi mesilla. Cerré los ojos y la cama olía a sexo.

Se me había olvidado cambiar las sábanas. Me dormí, agotada.

Capítulo 9

—¡Estoy hasta los mismísimos cojones de mi jefe! —Elena se sentó a la mesa de siempre, mientras esperábamos a que el «famoso Chiki», que por cierto se la quedó mirando con ojos de corderito, nos trajera la comanda.

—Oye, ¿cómo va el estudio de mercado? —Irache me miró.

—El lunes estuve mirando algo, pero si de verdad decís que la inversión es mínima —saqué un par de cajas de bolsas para congelar, de esas que llevan doble cierre y que tenía en casa—, aquí pongo el primer material para comenzar.

—Así me gusta —Elena se animó un poco—. En este tipo de bolsas se pueden enviar las bragas. Pero os lo digo en serio, sería mejor que nos juntáramos un día en mi casa, que soy la que vive sola y no tengo compromisos si ese día no follo, para darle forma de verdad. Nada de hablar aquí, hacer la broma y soltar tonterías una detrás de otra.

—Si quieres, yo te acompaño a tu casa —Chiki dejó las cosas en la mesa—, así podemos retomar…

—De retomar nada —Elena ya lo miró seria—, tú allí y yo aquí —y lo envió sin miramientos a la barra.

—Pobre chico, está enamoradito de ti —le dije, sintiendo pena real por él.

—Es verdad que a mí me da también pena —se defendió Elena—, tanta que ni para volver a tirármelo me valdría.

—Oye, mira la que dice ahora tonterías —Irache desvió la conversación devolviéndola a lo de la empresa—. Venga, que yo ya he buscado un par sitios que nos harán de *hosting*, tenemos que ver el que mejor nos vaya por dinero.

—Pero ¿acaso tenemos planteado el formato de la web? —pregunté, removiendo el café que acababa de ponernos el enamoradizo camarero.

—Por eso mismo digo que hay que quedar en mi casa ¡ya! —Elena se dispuso a coger el móvil para mirar la agenda.

—A ver, yo esta semana estoy de tarde, imposible —dijo Irache.

—Yo este fin de semana estoy con el niño —me quejé por no poder quedar.

—Joder, ¿veis?, así no nos vamos a poder hacer de oro.

—Ya, bonita —le dije—, pero las que tenemos obligaciones debemos cumplirlas.

—Bah, por eso estoy mejor sola —replicó Elena burlándose de nosotras—. Y además no pienso procrear en mi vida. Mirad cómo estáis vosotras dos. No os podéis ni mirar el ombligo.

Que si el trabajo, que si el niño o la niña, que si mi marido o mi ex, que si no me da la vida… Mientras que yo llego a mi casa, me pongo mona o no, y salgo o no. Pero solo tengo que pensar en mí.

—Elena, creo que es una visión del mundo muy egocéntrica, la tuya —le dije, terminando mi merienda—. Cada uno puede hacer lo que le dé la gana, y si no quieres procrear, pues no lo hagas, pero oye, que mi vida es maravillosa con mi hijo.

—Exacto —entró al trapo Irache—. No hace falta estar todo el día de fiesta para ser feliz.

—A ver, que yo no he dicho que esté de fiesta todo el día, simplemente que solo he de pensar en mí misma y lo que me apetece en ese momento. Pero que, vamos —levantó los brazos en señal de rendición—, que cada uno haga lo que le apetezca.

—Ahí le has dado —dije yo, levantándome para pagar—. Y a mí me apetece irme a mi casa ya, estoy muerta.

—Qué suerte, yo ahora me voy a trabajar —continuó Irache la conversación—. Voy a casa, le doy un beso a mi hija, a Jesús y a mi madre…

—¿Todavía sigue tu madre en casa? —preguntó Elena, recibiendo un asentimiento por parte de Irache.

—Pues eso, que los vuelvo a dejar solos ante el peligro —se echó a reír y las demás la secundamos.

—Pobre Jesús, si es que es un bendito —dije yo.

—Yo había quedado para tomar algo —levantamos las manos señalando a Elena—, peeeeero… me voy a casa, que no quiero dejar pasar la oportunidad de comprar tangas para el negocio.

—¡Elenita! —se oyó desde la barra—, que yo te acompaño…

Ella se levantó de golpe y, sin mediar palabra, dejó el dinero justo en la mesa, nos lanzó un beso y se marchó sin más. Por mi parte, me despedí de Irache y puse rumbo a mi casa.

*

Elena no era una de esas que se conforma con cualquier cosa. Normalmente solía ser bastante exigente con eso de las relaciones interpersonales. Y los intercambios sexuales de una sola vez eran considerados así, por lo tanto, no era de las que se llevaba a su casa a cualquiera. Aunque, por norma, era ella la que se solía desplazar a la casa de aquellos con los que iba a compartir un rato de su vida y sus fluidos.

No quería que nadie entrara en su hogar por las buenas y por eso era tan exigente. Sí, aquel chico con el que quedó y confundió los términos trayendo a otro invitado le hizo reafirmarse en su pensamiento, nunca en mi casa. Había pasado demasiado tiempo creyendo que iba a ser feliz para siempre con el que durante un montón de años fue su novio. Y aunque el piso en que vivía era suyo, lo compartió con él, que un día se marchó diciéndole que llevaban demasiado tiempo

juntos y que él quería, necesitaba, ir con otras personas, descubrir nuevas aventuras que le hicieran latir el corazón.

Se atusó un poco su corto pelo antes de abrir la puerta del coche y bajarse para dirigirse a su domicilio, no sin antes pasar por la panadería, que estaba al lado de su portal. Una barra de pan y para casa, se tiraría en el sofá y pondría cualquier cosa en la televisión que la haría olvidar todo lo que le recordaba demasiado a aquel hombre que hacía ya más de cuatro años que se marchó por el mismo portal por el que ella entró con una sonrisa y un montón de proyectos.

—Perdón —oyó decir a alguien, justo cuando sintió que su hombro colisionaba con otra persona.

—No ha sido nada. —Elena levantó la mirada de sus pies para mirar a la persona que se había disculpado.

—Sí, ha sido mi culpa. Voy cargado de cosas y no he mirado.

—¿Subes en el ascensor? —le preguntó.

—Sí, gracias. Acabo de mudarme y aún estoy subiendo cosas a la casa. No es que tenga muchas, pero…

Y de repente Elena desconectó, solo veía a aquel chico que no paraba de hablar y a ella no le importaba nada de su vida. Le pareció bastante extraño, porque en general solía ser bastante educada, pero por alguna extraña razón decidió que no quería escuchar ni una palabra más.

—Así que aquí estoy, nueva vida y nuevo barrio.

—Ah —fue lo único que contestó.

—Creo que los dos nos bajamos en la misma planta —añadió aquel hombre de pelo rubio y ojos claros.

—Ya veo —sonrió por educación.

Él salió antes que ella y los dos fueron caminando en la misma dirección. Por un segundo, Elena se quedó un poco extrañada al ver que iban hacia su puerta, pero cuando él se paró en la que estaba justo al lado sonrió.

—Me temo que vamos a ser vecinos puerta con puerta —añadió él.

—Eso veo. —Ella sacó las llaves de la suya y comenzó a abrir.

—Por cierto, me llamo Mario —le tendió la mano después de dejar las dos cajas que llevaba en el suelo.

—Elena —se la estrechó.

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes, azúcar, arroz, un poco de leche… tocas el timbre y te lo dejaré —sonrió enseñando una dentadura perfecta.

—Suelo estar poco en casa, pero te lo agradezco. —Soltó su mano y después de abrir la puerta se metió en el piso, cerró y dejó la bolsa de deporte en el suelo, de la que sacó la ropa sucia y la metió en la lavadora.

Se cambió para ponerse el pijama y, sin ganas de hacerse la cena, se tumbó en el sofá, cuando de repente, el ruido de una taladradora comenzó a sonar. Puso mala cara pensando en el

tiempo que tendría que pasar hasta que dejara de oír al vecino instalarse en su casa.

Miró el reloj, habían pasado más de dos horas y, aunque el taladro había pasado a mejor vida, el martillo no paraba de oírse a través de las paredes. Parecía que en alguno de esos golpes fuese a atravesar el muro y presentarse en su salón. No sabía si pensar que el tipo quería hacer un agujero para tener comunicadas las dos casas o que se había venido arriba. Volvió a suspirar a la vez que subía el volumen del televisor.

Capítulo 10

Estaba sentada en un banco del parque, mirando a Diego que jugaba en los columpios con amigos del colegio. Era pronto y había conseguido escaparme para llegar a recogerlo. Ya había avisado a Samuel, así que allí estábamos los dos. Bueno, mejor dicho, allí estaba él jugando y yo vigilando sus juegos. Pero creo que esos momentos eran maravillosos para los dos y él se sentía seguro al tener a su madre vigilando mientras hacía lo que pensaba que era lo que quería, hasta que yo me cansara y nos fuéramos a casa.

—¡Mira, mamá! —me gritó desde lo alto de un tobogán.

—Muy bien, ten cuidado —respondí, viendo cómo se lanzaba de cabeza creyéndose Superman y yo con ganas de cerrar los ojos para no ver lo que pensaba que iba a ser un tortazo, que no fue.

—¿Has visto? ¿Has visto? —preguntó.

—Sí, pero ten cuidado. —¿Qué más podía decir?

Sonó mi teléfono y al ver quién me llamaba lo cogí de inmediato.

—Hola, Elena, ¿cómo estás?

—¡Hasta los cojones! —respondió con voz cabreada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Naaaaada, que se acaba de mudar un nuevo vecino a la casa de al lado y no sé si va a poner una tienda Ikea o ha decidido ser el mismísimo presentador de *Bricomanía* en su propio domicilio. El muy cabrón estuvo hasta las once dando golpes y moviendo muebles —suspiró—. Y yo solo quería dormir.

—Bueno, hay que ser un poco más paciente, lo mismo ya no vuelve a hacer más ruido. Recuerda cuando tú te mudaste, ¿no hiciste el mismo ruido? —le planteé, rezando para que fuera verdad.

—A ver, imagino que sí. Pero lo hacía con mi padre, mi madre y mi hermano en horas normales. Además, respetábamos la siesta…

—¿Y qué sabrás tú si él va a respetar o no tu siesta?

—Eso se veeeeee —soltó con voz maligna—. Y después de lo de anoche, estoy segura de que el sábado me va a joder el siestorro. Lo veeeeeeoooooo.

—¡Ja, ja, ja! Pues sí que es verdad que te ha sentado mal lo de no dormir suficientes horas.

—Eso sí, lo bueno que ha tenido no poder dormir es que he comprado tangas por internet. Para ti y para Irache también, así que en el chat voy a poner el coste y ya me podéis estar

haciendo el bizum.

—Madre del amor hermoso, no vas a parar, ¿eh?

—Para nada, nena, os los daré en CrossFit. Oye, cambiando de tercio, ¿no has vuelto a saber nada del buenorro?

—No, ni quiero. Además, no sabría cómo volver a quedar con él. Solo sé su nombre y lo eché de casa por la mañana, así que cuéntame tú a mí.

—Bueno, si quieres, yo puedo hablar con mi amigo para que él a su vez hable con el suyo y…

—No, no y no —la corté—. El propósito fue alcanzado, follar con alguien que no fuera Samuel —ahí bajé la voz—. Ahora, a otra cosa, mariposa.

—Mira que eres rancia, hija, podrías tenerlo de «follamigo», de pinchito ocasional sin más.

—Elena, que ya.

—Joder, tía, pero si dijiste que te hizo ver las estrellas, las constelaciones y la galaxia.

—Bueno, pero me temo que fue por la de tiempo que llevaba sin hacer uso del sexo fuera de lo conocido —me defendí.

Oí un suspiro.

—Lo dicho, me debes unas bragas, odio a mi vecino y si quieres te averiguo el teléfono del follador sin fronteras ese que te dejó toda loca el sábado.

—Adiós, Elena, ha sido un placer hablar contigo, como siempre.

Colgué sin más y vi que al momento en el chat de las tres acababa de entrar un mensaje. Era Elena poniendo el precio de cada pack de tangas que había comprado. La pobre de Irache flipó, yo no metí más baza, le hice el pago por bizum y punto. No quería más rollos, aquello se nos iba a ir de las manos, lo estaba viendo clarísimo.

—Mamá, estoy cansado, ¿nos vamos a casa?

Abrí los ojos de par en par, Diego nunca me pedía que nos fuéramos a casa, así que no desaproveché el momento y caminamos tranquilamente, mientras me hablaba de sus correrías en el cole y en el patio.

Los días de entre semana eran bastante aburridos, trabajo, el día que tocaba CrossFit, juegos en el parque, baño, cena y cama. Solo me quedaba un poquito de tiempo para leer o mirar un rato el móvil, eso sí, bien metida en la cama, que después nos levantábamos muy prontito para ir al colegio Diego y yo al infierno, a mi oficina.

Y ya con las sábanas y el edredón bien colocadito, intentaba no ponerme mucho más nerviosa con las páginas del libro que leía. Estaba toda metida en una novela policiaca y la verdad es que no entendía cómo el protagonista no sacaba ya la pistola y se ponía a meter tiros a «to cristofer». Vamos, al antagonista, que no al malo, yo también me lo habría quitado de en medio. Lo peor de todo es que sabía que estas novelas me cabreaban mucho, pero ahí estaba yo, dándolo todo, porque en el fondo siempre he sabido que soy un poco masoquista con los libros, y con todo en general en la vida.

¡Din! Otra vez sonó el móvil, miré y vi que era mi madre preguntando por Diego. No llamaba a casa porque era tarde y acababan de llegar del cine. Respondí que muy bien, en la cama y que tenía ganas de verlos. Lo de siempre. Si no fuera por ellos…

Cerré la aplicación y me fijé en que tenía una alerta en la de ligar. Después del sábado, admito que la olvidé por completo, ya tenía el cupo bien servido. Pero como siempre he sido muy gata, sabía que la curiosidad me iba a matar. Abrí el programa de marras e investigué los mensajes.

Descarté la gran mayoría, parecía que ahora sí de verdad ninguno de los que me «pretendía» tenía nada que me llamara la atención. Solo había uno que sí, el que me respondió, aquel con el que intenté entablar una conversación el día que apareció Rafa y no volvió a decir nada nunca más.

Abrí su mensaje, pero más que su mensaje me sorprendió otra cosa, su fotografía. Tuve que volver a mirarla un par de veces porque no podía creerlo, era imposible que aquel hombre que me estaba enviando un mensaje fuera…

—¡Venga ya! —dije en voz alta—. Es que es increíble.

La amplié un poco. No había lugar a dudas, en la foto llevaba barba, pero era él. Parecía una cosa como de película de esas románticas, en las que la protagonista es una chica mona que no tiene suerte en el amor y por Tinder conoce al hombre de su vida, aunque ella no esté muy convencida…

Escribí medio enfadada y medio incrédula, para ver si me respondía de inmediato.

¿Ander?

Hola, Alina, sí soy yo.

¡Joder! ¡Joder! Pero ¿qué era aquello? No sabía cómo tomármelo, ni siquiera sabía si debía seguir escribiéndole. Tenía el móvil en la mano y estaba totalmente paralizada.

¿Sigues ahí? ¿Me gustaría
tomar un café contigo?

Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Cómo era posible? ¿Sabía quién era yo el día que…?

¿El día que nos acostamos
sabías quién era yo?

Mejor así, a bocajarro y sin posibilidad de que se lo pensase mucho.

Y la verdad es que no tuvo ningún tipo de reparo a la hora de contestarme.

Sí, sabía quién eras. Por eso
me acerqué a ti sin dudarlo.

¿Por qué no me dijiste
nada entonces?

Juro que no sabía cómo actuar. Tiraba el teléfono, dejaba de hablarle o… ¿o qué, Alina?

Después de lo que me soltaste,
¿cómo querías que te lo dijera?
Mira, oye, soy el de Tinder.

Lo más normal, lo que hubiera hecho cualquier ser humano en ese momento habría sido

cerrar Tinder, borrarlo, bloquearlo o como coño se hiciera… Pero es que estaba en shock.

¿Y después?

¿Cuándo? ¿Cuando me echaste
de tu casa sin una explicación?

Madre mía, ¿qué cojones estaba haciendo yo en ese momento? ¿Qué necesidad tenía de liarme? «Respira, Alina, que todo esto es mentira, hay una cámara en tu habitación y en un momento saldrá Jorge Javier diciendo que todo es una broma que han querido gastarte tus amigas y que lo han orquestado para reírse. Aunque me temo que esto no va a ser mentira, sino una jugarreta de esas que solo lees en los libros o ves en esas películas románticas en las que al final todo sale bien.»

Bueno, Ander, pues ¿qué
quieres que te diga?

Que quedarás a tomar un café
conmigo una tarde.

No, lo siento. Encontré lo que buscaba la noche del sábado.

Y cerré la aplicación sin querer hablar más del tema ni con él ni con nadie. Luego apagué la luz de la mesilla, dejé el móvil en modo avión y me tumbé a ver si los angelitos que cuidan las cuatro esquinitas de mi cama me daban un porrazo en la cabeza y me hacían dormir.

Pero nada. Miré la hora y pensé que la única que podría estar disponible sería Irache, así que cogí el teléfono y le envié un mensaje:

¿Estás despierta?

Vi que lo recibía, pero tuve que esperar unos minutos para que me escribiera en respuesta.

¿Ha pasado algo? ¿Te llamo?

Si puedes, sí.

No tuve que esperar mucho más hasta ver que en la pantalla aparecía su nombre. Lo cogí de inmediato.

—¿Pasa algo? ¿Estás mal?

—Sí pasa, pasa que el tío con el que me lie el sábado es el «otro», el que no me contestó en Tinder.

—¿Cómo? —Irache estaba fuera de juego.

—Sí, el tío con el que me li…

—Vamos a ver, Alina, eso lo he entendido, es lo otro lo que me falla.

—¿Recuerdas que me abrí el Tinder? —Oí un asentimiento—. Que de los varios tíos que quisieron hacer *match* conmigo, solo elegí a dos. De esos dos, solo uno me contestó al momento.

—Vale, voy pillando el concepto de que te liaste con el otro tipo que… ¡¿Quéééééé?! —Debió de mirar a un lado y a otro al darse cuenta del grito que había soltado en medio de su turno.

—Sí Irache, al parecer Ander es el otro tío que no me dijo nada en Tinder. Hoy he hablado con él por la aplicación y me ha dicho que sí, que era él.

—Madre mía, ¡qué fuerteeeeee! ¿Qué vas a hacer?

—Lo que tenía pensado desde un principio, pasar de él. ¿No buscaba un polvo de una noche en la aplicación? —Irache asintió—. Pues eso es lo que voy a hacer, pasar de él, aunque quiera quedar conmigo.

—Joder, Alina, ¿no me dijiste que follaba de miedo? Pues otro pinchito y…

—Que no, que no tengo yo el chichi para farolillos. Solo quería una vez y ahora este me quiere invitar a un café. ¿Qué será lo siguiente? ¿Presentarme a sus padres?

—Hija, relájate, que lo mismo el hombre se quedó con buen sabor de boca y quiere repetir y no sabe cómo decírtelo.

—Ains, no sé Irache, no sé qué debo hacer. ¿Tal vez tenía que haberme comportado como una de esas actrices de telenovela mala y haberle dicho eso de «nunca más me platiques»? —solté de golpe.

—Qué tonta eres, Alina. Las emociones humanas son impredecibles. Y a menos que tengas la mente más fría que el congelador de un bar, no solemos saber cómo vamos a reaccionar. Así que tranquila, no pasa nada si no le has mandado a tomar por culo, la gente tiene sus explicaciones y sus porqués. Pídele una…

—Pero si me la ha dado el pobre, me ha dicho que después de lo borde que fui no se atrevió a decirme lo de Tinder. Y como después lo eché de casa sin contemplaciones porque venía Diego…

—Pues ahí lo tienes, Alina, no tienes que ser como la mala de las telenovelas que has dicho.

—Joder, tú siempre tienes respuestas para todo —dije.

—Menos a cómo poder hacer el amor con mi marido —contestó divertida.

—Tranquila, te compensaré quedándome una noche que tú quieras con la niña. Cena, copita y folleteo —me ofrecí sincera.

—¿En serio? ¿No te importaría?

—Lo raro es que no se me haya ocurrido antes —confesé.

—A mí sí, pero nunca me hubiera atrevido a pedírtelo —me dijo.

Oí que la llamaban.

—Te cuelgo, Alina, tengo lío.

Y sin más, el sonido al otro lado del hilo telefónico dejó de oírse. Apagué el móvil y me di la vuelta en la cama, me costó mucho dormirme aquella noche. ¿Por qué le daré tantas vueltas a las cosas?

Capítulo 11

—Buenas tardes.

Elena oyó la puerta de al lado de su casa cerrarse.

Se dio la vuelta y vio al «bricovecino». Ella llevaba su bolsa para ir a CrossFit al hombro y acababa de cambiarse para ir al *box*, después de una maratoniana jornada en la empresa para la que trabajaba. Estaba hasta las narices de los continuos cambios con los que tenía que lidiar cada vez que se le antojaba al jefe. Y lo que menos necesitaba era que el vecino se hiciera el simpático.

—Serán para ti —soltó sin más.

El pobre se quedó parado, sin mucho más que decir al ver la respuesta que Elena le había dado.

—Y, por cierto —continuó ella antes de marcharse—, te agradecería que dejaras de dar golpes más allá de las diez de la noche. Hay gente que se levanta muy temprano para ir a trabajar.

Se dio la vuelta sin más y, sin esperar a que el ascensor llegara a su planta, bajó por la escalera al trote hasta el garaje. Sí, se había quedado más a gusto que un arbusto. A ver si esa noche podía dormir un poco más.

Mario se quedó mirando a aquella mujer sin explicarse el porqué de su mala leche. No quiso darle más importancia, procuraría no hacer ruido esa noche, terminaría antes, lo último que le apetecía era tener problemas con los vecinos. Así que sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta de su casa, pero al ir a cerrarla vio algo en el pasillo. Caminó un par de pasos y recogió los paquetes que estaban en el suelo. Sonrió al ver de lo que se trataba. Se los metió en casa.

*

—No puedo correr más —me quejé la tercera vez que corrí.

—Pues el sábado bien que lo hiciste. —Elena me picó, lo de correr se le daba mejor que a mí.

—Me… gusta… más… ese… estilo… de… deporte. —Casi no podía hablar.

—Vamos, chicas, que solo queda un minuto. —Irache nos pasó por tercera vez.

—Un minuto, una vida. —Elena aceleró su ritmo, yo simplemente lo dejé estar.

Sonó el final de la clase y me abalancé contra una rueda de camión gigante, solo quería descansar, respirar. Madre mía qué locura, y todo esto solo para estar en forma, por eso de

sentirse bien con uno mismo.

Me agarraba como podía a aquella gran rueda, pero no es que ayudara mucho, pues entre lo cansada que estaba y lo cochina que me estaba poniendo al sentarme en esa cosa, iba buena.

—¡Buen trabajo, chicos! Apuntad vuestros resultados en la pizarra.

—Yo paso —dije.

—Y qué más da, tú lo pones y ya. —Elena, con mejor aliento que yo, se puso frente a mí con los brazos en jarra.

—Que no, que ni siquiera he llegado a tiempo.

—Vamos, que lo importante es participar. —Irache se rio de nosotras mientras iba hacia la ducha.

—La odio —confesé, como cada día que nos veíamos en el gimnasio.

—Ya pongo yo tu tiempo, ve a la ducha, hija —se ofreció Elena.

—¡Pon «no terminado» o lo que te salga del papo! —le dije camino yo también de la ducha.

—Oíd —nos dijo Elena, poniéndose los vaqueros en el vestuario—, recordadme que os dé una cosa.

—Elena… —le contestó Irache.

—¿Qué?

—Que nos tienes que dar una cosa. —Elena no vio venir la broma.

—Idiota —se quejó.

—Os espero fuera, que aquí hace mucho calor. —Me recogí la melena en una especie de moño mojado.

—Yo también. Elena, te esperamos fuera, y no se te olvide darnos una cosa.

Ella alzó su dedo corazón en nuestra dirección, dándonos a entender que nos podíamos ir a tomar por culo en cualquier momento y que ella nos indicaría el camino con mucho gusto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Irache después de ponerle su bocata en la mesa—. Por cierto, ¿hoy no está el enamorado?

—Tiene el día libre —le dije, y luego me referí a Elena—. Y lo que le pasa es que no duerme bien.

—Es verdad, tengo un vecino que se ha convertido en el McGyver del edificio, pero solo dando por saco a mi casa —explicó Elena.

—¿No me digas que tienes a uno de esos que no paran de hacer cosas? —Irache puso el modo investigación en verde.

—No, tranquila, lo hace en sus horas, pero como me levanto tan temprano por las mañanas, llevo unos días un poco cabreada.

—Bueno, ya acabará —le dije—. Y, si dura demasiado, te vienes a mi casa y punto.

—Te estás convirtiendo en nuestra salvadora. —Irache explicó lo que le ofrecí por teléfono.

—¿Y tú qué haces hablando a esas horas con esta mujer búho? —Elena se picó y yo comencé a explicarle lo del Tinder y el hombre con barba, que había descubierto que era Ander y la breve

conversación que tuve con él a través de la aplicación móvil.

—Pero tía, ¿no te das cuenta de que es una señal? —Elena abrió los ojos de par en par.

—Sí, la de que tengo que borrar esa aplicación y dedicarme a otra cosa. No sé, apuntarme a un grupo de macramé…

—No, mira, idiota, mejor te apuntas a uno de encaje de bolillo. —Elena me miró seria.

—Yo le dije que fuera un poco menos radical. —Irache metió baza.

—Sí, hija, es que todo te lo tomas a lo radical. O sí o no, o blanco o negro, y la vida está llena de colores.

—Lo sé, Elena, pero no sé, me da miedo pillarme por él.

—Ya, claro. —Se tocó el pelo haciéndose la interesante—. A mí me pasa de continuo, echo un par de polvos o tres y me enamoro «locamente», como decían Las Grecas.

—Las Grecas no decían eso, era más bien… —Quise empezar a cantarles la canción, pero las dos se taparon las orejas.

—Tiene razón, Alina, dale una oportunidad, quizás solo quiera lo mismo que tú. —Formó un círculo con los dedos de una mano y metió el índice de la otra, haciendo ese gesto obsceno que nos da tanta risa como a un niño decir «caca, culo, pedo, pis».

—Y si…

Elena me cortó de golpe.

—Y si, y si, y si… Joder, ¿y si solo quiere volver a follar contigo?

—Ains, dejadme, que si lo hiciera tendría que esperar hasta la semana que viene —confesé solo de pensar en esa posibilidad.

—¿Ves? —Ya por lo menos lo piensas—. Por cierto, Elena.

—Dime, Irache.

—Nos tienes que dar una cosa. —Hizo amago de esconderse de una posible represalia—. A veces me das más miedo que la tía esa que conocí en Guatem…

—Tranquila, tienes razón. —Elena rebuscaba entre sus cosas y cortó a su amiga, abrió un par de bolsillos de la bolsa y al parecer no encontraba nada—. Joder, ¿dónde las habré puesto? ¿A que me las he dejado en casa?

—Pero ¿el qué? —pregunté yo.

—Las bragas que os compré —bufó—. Vaya mierda, yo que quería ir probando.

—Chicas —anuncié—, podéis venir a casa el viernes por la tarde y así hablamos un poco del tema. —Me sentía mal por la otra vez que casi discutimos.

—Yo puedo, en vez de ir a CrossFit iré a tu casa, así podremos avanzar de una vez —dijo Irache.

—¿Cuántas veces vas tú a CrossFit? —pregunté.

—Todos los días —contestó ella como si nada, y yo levanté una ceja como si hubiera visto un fantasma. Por suerte, Elena no la oyó.

—Vale, pero nada de tonterías. Vamos al grano, vemos qué podemos hacer y nos marchamos

pronto, que yo he quedado y seguro que a Diego le molestamos —dijo Elena.

—No es verdad, sabéis que Diego os adora. —Las había visto varias veces y le gustaba mucho jugar con ellas—. Lo que sí intentaré es que se vaya a la cama pronto, para que así podamos hablar libremente.

—Venga, y así os llevo las bragas y unas cuantas ideas que tengo para ponerlo todo en marcha.

—Perfecto, Elena. Lo dicho, chicas, ya nos hablamos por chat, que yo tengo que irme a casa y después al curro. —Irache fue la primera en despedirse.

—Nena, no seas tonta, habla con él aunque sea para tomar un café. Lo mismo podéis quedar otro día y así follar.

—No sé, según su perfil decía que era médico, vamos, neurocirujano. —Elena abrió los ojos de par en par—. Y vasco.

—Oye, que sea vasco no es malo. Bueno, lo único es que dicen que no saben ligar, vamos, que follan poco porque no ligan mucho. —Se encogió de hombros.

—Ya estamos con los tópicos. Y los madrileños somos unos chulos, ¿no?

—Pero ¿qué dices, pava? —Elena se echó a reír, exagerando su comentario.

—Qué pesada eres cuando quieres. —Le di un golpe figurado en la cabeza. Mi teléfono sonó —. Me voy, que ya me está buscando la INTERPOL.

Y me marché corriendo a casa. Diego estaba a punto de llegar y Samuel lo dejaría en la puerta. Como siempre.

*

Elena cerró con llave la puerta de su hogar. Llegaba cansada, como siempre, y no por el deporte, sino por toda la carga que tenía en el trabajo y que a poca gente le contaba. Lo cierto era que estaba realmente frustrada y lo único que le apetecía era llamar para pedir una hamburguesa y abrirse una cerveza mientras esperaba a que los repartidores se la trajeran, al tiempo que veía cualquier cosa en la televisión. Que sí, que estaba muy bien eso de currar desde las ocho de la mañana y salir a las cinco de la tarde. Pero solo si hacías el trabajo de una persona, no de tres que habían ido echando a la calle.

Se sentó en el sofá, después de realizar su ritual de meter la ropa sucia en la lavadora, guardar la bolsa de deporte e ir a la nevera a coger una lata de cerveza mientras hacía el pedido de su cena.

No llevaba más de un minuto cuando llamaron a su puerta. Por un milisegundo pensó que serían los del reparto, pero luego se dio cuenta de que ni siquiera le había dado al botón de pedir.

—¿Quién es? —preguntó desde el salón, acercándose a la puerta.

—Soy Mario.

«¿Quién coño es Mario?», pensó, a la vez que se acercaba a la mirilla. Abrió los ojos de par

en par al reconocer a su vecino de al lado. ¿Qué cojones querría? Abrió la puerta.

—Hola —dijo fastidiada.

—Hola, Elena, disculpa que te moleste, pero es que esta tarde cuando te has marchado, he visto en el suelo un par de paquetes. He supuesto que serían tuyos. —Y le mostró los dos paquetes de tangas que no encontraba en su bolsa de deporte.

Sin más, se los cogió de la mano y los dejó en el aparador de la entrada.

—Pues si eso es todo, muchas gracias.

Estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices, pero se lo pensó un segundo y esperó a que fuera él quien se marchara. El pobre, aparte de dar mucho por culo con los golpes, no tenía la culpa de su mala leche.

—De nada, espero que por mi culpa no hayas pasado frío. —Se le dibujó una sonrisa bastante pícara en la cara.

Elena sonrió por la ocurrencia.

—Oh, qué amable por tu parte esa preocupación hacia mi persona, es todo un detalle. Espero que esta noche también te acuerdes un poco de mí y no des tantos golpes en la pared.

—Seguro que me acordaré de ti esta noche. —Y se dio la vuelta, sonriendo de manera descarada.

Elena no cerró la puerta de inmediato, se quedó mirando cómo su vecino se daba la vuelta y caminaba hacia su puerta con tranquilidad. En ese instante tuvo la posibilidad de echarle un vistazo más allá de lo que estaba establecido en las directrices de la comunidad de vecinos.

Ahora sí se sentó en el sofá y le dio al botón de pedir en la aplicación de comida. Estaba segura de que esa noche dormiría bien.

Capítulo 12

Miraba la comida que tenía encima de la mesa, metida en un insulso táper en el que se mezclaba el sabor de las lentejas con un ligero tufillo a plástico. Me había dicho más de cien veces que tenía que comprármelos de cristal, pero ahí estaba yo, que cada vez que iba al supermercado caía en la tentación de volver a reponer los rotos, perdidos o dejados entre mi casa y la de mis padres. Porque, oye, una es muy de su casa, pero eso no quita para que tu madre te alegre la semana diciéndote que te pases por la suya, que tiene unas cuantas cenas preparadas para ti. Y, además, sus croquetas son las mejores que he comido en mi vida y Diego piensa exactamente lo mismo que yo.

Pero no voy a mentir, y mucho menos a mí misma: soy la culpable, en realidad no era que las lentejas no me gustaran, hubo una época en que no nos tuvimos mucho cariño, pero finalmente el amor triunfó entre ellas y yo. El problema era que aún le estaba dando vueltas a decir que sí o que no a la invitación de Ander de tomar un café. No era algo tan malo, y si no era un café, pues un refresco, una copa de vino o una cerveza. No sé, pero sería en un sitio público y a la vista de todo el mundo. Muy cerdos tendríamos que ser para hacer nada en esas circunstancias. Aunque cosas peores he visto en la vida.

—Alina —mi compañera de mesa me miraba—, ¿te encuentras bien? Es que llevas unos días muy rara.

—¿Por qué lo dices? —Cerda cotilla, pensé yo.

—No, es que te quedas mirando las musarañas y a veces dices cosas.

«No jodas que hablo en voz alta.»

—¿Ah, sí? —«Eso, tú hazte la loca, lo que te faltaba.»

—Sí, a veces sueltas cosas raras como: «Ni de coña, así no. No voy a ir. Me estoy volviendo loca…».

Por primera vez en los años que llevaba en la empresa, vi que aquella cotilla me miraba realmente preocupada. Igual pensaba que me había dado un brote psicótico y estaba barajando varias posibilidades para que me echaran, o no sé…

—No, tranquila —le dije—. Es que estoy teniendo un pequeño conflicto por los horarios del niño.

Y se acabó, no pensaba darle más explicaciones que las que todo el mundo sabía: que estaba divorciada y que el niño estaba tanto con su padre como con su madre.

—Vale, pero si necesitas algo, aquí estoy —me dijo marchándose por un café, antes de

volver a sentarse en su silla.

Yo solo tenía veinte minutos con eso de la reducción de jornada, y, o me comía las lentejas como los pavos, o me parecía a mí que me iba a quedar de nuevo con la comida a medias.

Comí varias cucharadas llenitas de deliciosas lentejas al aroma de plástico, pero finalmente las dejé. Pensé que mejor las dejaba para otro momento o me olvidaba ya del todo de ellas; ganó lo segundo. Cerré la tapa de color naranja del recipiente y lo guardé en la bolsa. Cogí el móvil y me fui al baño.

No es que me importara que me vieran mandando mensajes, pero desde que la compañera que ahora se preocupaba tanto por mí había ido por toda la empresa contando que me separaba, la verdad es que no le tenía demasiado cariño que se diga. Y lo que menos me apetecía era que me viera utilizando una aplicación de contactos, lo que me faltaba.

Sí, hice pis, pero después bajé la tapa y, sentada en tan higiénico lugar, abrí la aplicación en la que había dejado colgado a Ander, que, tras nuestra breve conversación, me envió un mensaje más que yo ignoré.

Espero que vuelvas a buscar
y que encuentres.

No supe cómo contestar a esa frase. ¿Intentaba decirme que volviera a buscarle? ¿Me mandaba a freír espárragos? Lo que por otro lado era lo más probable. ¿Y yo qué le respondía ahora?

Un café, de acuerdo.

Lo que yo no sabía en aquel momento era que quedar iba a ser algo así como una misión imposible, teniendo en cuenta nuestras circunstancias vitales.

*

—¿Mamá?

—Hola, Alina, hija, ¿qué pasa?

—¿Tenéis algo que hacer esta tarde?

—No, hoy tu padre va al ensayo de su grupo de teatro. ¿Necesitas algo?

—Sí, mami. ¿Podrías quedarte con Diego un rato esta tarde? —Le expliqué que venían unas amigas a casa para tratar un tema y no me apetecía que Diego nos oyera.

—¿Y Samuel? —La palabra mágica tuvo que salir de sus labios.

—Mamá, Samuel está muy bien en su casa. Al niño le toca estar conmigo y no quiero, ni te estoy pidiendo, que se quede a dormir contigo, solo que estés un rato con él.

—Tranquila, hija, no te enfades. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

Le dije que yo iría a buscarlo al colegio y que lo llevaría directamente a su casa. Que si después de su ensayo papá quería traerlo a casa, fenomenal, y si no, que me avisara y yo iba a por él. Después hablamos de un par de cosas más sin importancia y colgamos.

Sabía que Diego estaría encantado en casa, con mis amigas, pero si de verdad Elena quería

llevar a cabo aquel descalabro de empresa sería mejor hacerlo rápido y sin que el pequeñajo estuviera haciendo de las suyas entre nosotras.

*

Sonó el timbre, imaginé que la primera en llegar sería Irache y no me equivoqué. Traía un ordenador y un par de bolsas llenas de comida.

—¿Y esto? —le pregunté.

—Como curro esta noche, he dejado a la pequeña con Jesús y me iré directa al trabajo. Así que ceno, bueno, cenamos en tu casa.

—Joder, pero hija, parece que hayas traído comida para una cuarentena.

Entró en la cocina sin que yo le dijese nada y se puso a colocarlo todo en el frigorífico.

—Mira, dejo esto por si acaso luego te da hambre por la noche. —Me miró agachada, mientras metía algo parecido a una empanada en la parte baja de la nevera.

No nos dio tiempo a dejar su bolsa en mi habitación cuando ya estaba sonando de nuevo el portero automático. Solo podía ser la única que nos faltaba. Y, efectivamente, al momento Elena estaba en la puerta, con unas cuantas latas de cerveza y un par de botellas de vino.

—La una trae la comida y la otra la bebida… —Las miré a las dos cerrando la puerta—. ¿Así me podéis explicar quién va a trabajar?

—Pues nosotras, porque yo me tengo que ir a las nueve, así que pongámonos manos a la obra —Irache miró su reloj—, que solo tenemos tres horas.

—¿Quién quiere una birra? Están fresquitas, las he pillado en el chino de abajo. —Elena cogió tres antes de meter el resto en la nevera.

—Yo no puedo —Irache negó.

Así que yo pillé un par de bolsas de patatas y un refresco para ella y nos sentamos a la mesa, que había dejado preparada antes. Había puesto tres cuadernos y sus correspondientes bolígrafos, exactamente igual que cuando teníamos reunión en la oficina. Todo mucho más fácil, ¿no?

—Madre mía, qué profesionalidad —soltó Elena abriendo la lata de cerveza.

—Vamos al tajo. —Irache abrió el ordenador—. Yo ya tengo un par de empresas que nos alojan la web, tienen buen precio, y ahora debemos saber qué nombre queremos ponerle. Miraremos si están libres y si podemos usarlos.

—Yo ya tengo uno: ¡Hagasloquehagasllevabragas! —Elena se aplaudió.

—A ver —dije yo—, el nombre es divertido, eso no se niega, pero ¿no crees que debe ser algo más corto y que la gente recuerde?

—Si es un depravadillo, se va a acordar igual. —Dio un sorbo, y después cogió una patata.

—Estoy con Alina, no es fácil esto de encontrar un nombre que suene divertido y con el que la gente se quede. —Irache tecleaba sin parar.

—Jo, pues a mí me gustaba mucho ese… —se medio enfurruñó Elena.

—Tenemos que pensar algo que suene y que se quede —sentencié.

—Por cierto, estoy triste —dijo Irache—. El otro día busqué información sobre el tema de las máquinas expendedoras de las que os hablé y ya no existen. En Japón las han quitado por una cuestión de menores y tal.

—Menos mal —añadí.

—Sí, menos mal. Aunque, por otro lado, así nos dan más posibilidades a nosotras, que somos mujeres adultas que queremos dejar de servir a los jefes capitalistas —reivindicó Elena.

—Lo dicho, estás fatal…

—Huelemitanga.com —soltó Irache.

—Es un poco asqueroso, ¿no? —puse algo de pega.

—Joder, tía, vendemos tangas usados, no bolas perladas de esas que dan buen olor a la ropa en la lavadora —se quejó Elena.

—Vale, vale. —Era verdad que siempre le estaba poniendo pegas a todo—. ¿Qué os parece? ¿Mitangaestutanga.com?

—Madre mía. —Elena bebió un sorbo de cerveza antes de continuar—. Casi mejor que tú seas la que lleve el tema de contenidos y fotografías.

—Hija, lo hago lo mejor que puedo —repliqué.

—Vamos a ver, dadle un par de sorbos más a la cerveza, que lo mismo os ilumina. Yo estoy mirando un par de plantillas para comenzar a hacer esto de manera ágil y rápida.

—Otra cosa más.

—¿Otra pega, Alina?

—No y sí, Elena. Esto me temo que no va a ser solo un intercambio de dinero y envío. Habrá que hacer algo más.

—Claro, por eso te he dicho que tú serás la que te encargues de los contenidos y de las fotografías. Habrá que hacer una descripción de cada uno de los productos y contar un poco de historia inventada, porque vamos a inventarla, de cada uno de los tangas.

—También veo que se venden muy bien los calcetines. —Irache continuaba con los ojos fijos en la pantalla.

—Pues hale, también calcetines. ¿Será por olores marranos? —Elena apuntaba en su papel.

—locasdelcoño.com —apunté muy seria en mi hoja del cuaderno.

—No me disgusta, pero perderemos a un público objetivo bastante importante por la «eñe» —comentó Irache—. Piensa que solo la gente que hablamos castellano usamos esa letra. Así que sigamos dándole vueltas al nombre, mientras diseñamos la web. ¿Qué os parece esta?

Giró la pantalla de su portátil y nos enseñó una propuesta que estaba muy bien. Después de eso comenzamos a hablar de las secciones, de cómo se llevarían a cabo las transacciones, las fotografías y el tipo de venta que realizaríamos.

Pasamos un par de horas discutiendo cómo empezar a trabajar, cómo darle publicidad y, sobre todo, de abrir una cuenta para tener allí todo el capital que tendríamos que destinar a las

compras.

—Ahí entro yo, queridas —dijo Elena—. Dejádmelo a mí, tengo una cuenta medio muerta que no uso, pero que podríamos comenzar a usar para ver cómo funciona todo. No vamos a dar esto de alta como una empresa hasta que veamos que funciona, si no va a ser una mierda pinchada en un palo.

—Perfecto. Yo puedo comenzar con el tema del diseño ya. —Se ofreció Irache enseguida.

—Yo me pongo con lo de los números, para ver cuál es la mínima inversión inicial, aunque los primeros tangas los tenéis aquí —y sacó de su bolso las cajas que le había devuelto su vecino.

—¿Qué pasó con ellos? —pregunté.

—Nada, se me cayeron cuando cerré la puerta de casa y discutía con mi vecino. Fue él quien luego me los trajo.

—¿Cómo? —Irache abrió los ojos de par en par—. Me pasa eso y me muero de vergüenza.

—Lo que te faltaba, Elena, que tu vecino sea un incordio y encima un cara —sonreí.

—Bueno, al parecer hemos llegado a un entendimiento. Él no me da por culo con los golpes y yo le dejo vivir. Así de sencillo.

Me levanté y fui a la cocina para coger las bolsas de congelación que ya había llevado un día al bar.

—Aquí las tenéis, ya sabéis lo que tenéis que hacer con ellas.

—¡Lo tengo! —Elena volvió a aplaudirse, lo que se le había ocurrido debía de molarle mucho—. Conbragasyaloloco.com.

—Es un poco largo, pero podría valer —dije pensativa.

—Creo que sí podría valer. —Irache también secundó la propuesta.

—Es un nombre divertido, suena como la película y creo que la gente puede recordarlo con facilidad —explicó Elena.

En ese mismo instante, Irache compró el dominio, que vio que estaba libre, y comenzó a manejar el ordenador, con el teléfono en la oreja, mientras iba haciendo gestiones. Elena se puso a mi lado para confeccionar un esquema de lo que podría ser la web, lo que necesitábamos y las fotografías, de las que yo me encargaría, y los textos inventados de cada una de las bragas y tangas que usaríamos. Sí, todo muy profesional para vender única y exclusivamente ropa sucia.

—Oye, ¿quién se va a quedar con toda la mercancía? —pensé en voz alta—. Yo me puedo quedar con toda la ropa nueva, pero la sucia con Diego por aquí no me fío. Más que nada que un día no las esparza por toda la casa preguntando para qué quiero tantas bragas y se lo diga a su padre.

—Pues mira, si se entera, que entre y compre un par de ellas. Y si quiere le decimos justo cuáles son las tuyas, así no se olvidará de tu olor nunca —soltó de golpe Elena.

—Mira que eres bestia, pero en mi caso pasa lo mismo con mi peque. ¿Te las quedas tú, Elena? —Con la cara de gatito que puso Irache, era casi imposible decirle que no.

—Vale, pero compraré cajas y post-its para archivarlas y lo descontaré del total o de la

primera compra. ¿De acuerdo?

Las dos asentimos sin problemas. A mí no me importaba guardar miles de tangas; sin embargo, los sucios, como había comentado, me podían dar algún que otro quebradero de cabeza.

—Venga, chicas —Irache levantó su segundo refresco—, brindemos por el principio de algo que nos puede hacer dejar el curro.

—Yo no pienso dejarlo —puntualicé—. No me fío de estas cosas. Tengo una conocida que pasó ocho años trabajando en la misma empresa y después de varias mierdas se quedó en la calle y montó un negocio por internet que ya ni existe. Así que yo no lo dejo a menos que nos compre la web un príncipe saudí por más de cinco millones de euros.

—La idea de crearla y venderla no es ninguna tontería, pero de momento vamos a hacerlo, vamos a ver si valemos como empresarias y…

—¡Y a tomar por culo! —gritó Elena levantando la cerveza—. Vendamos bragas para decir eso de: «trabajo tocándome el coño».

—Qué miedito me da todo esto —confesé.

—No te preocupes, a las malas perdemos unos eurillos y punto —me consoló Irache, que ya estaba recogiendo todas sus cosas—. Yo me voy ya, chicas.

Elena miró el reloj y vio que aún era pronto.

—¿No entrabas a las nueve? —preguntó.

—Sí, pero así puedo ir un rato a ver a la peque y a Jesús.

—Venga, te acompaño a la puerta.

—Eso, a ver si consigues darle un meneo a Jesús, y las bragas luego las guardas, ¿eh? —soltó Elena—. Que hay que ir recogiendo material.

—Que sí, depravada. —Irache le mandó un beso de lejos y ella, haciendo el tonto, hizo como si lo cogiera con la mano y se lo plantó en el corazón.

—¡Tonta! —Se rio desde la puerta la preciosa morena de pelo rizado antes de cerrarla.

—Estás fatal.

—¡Ay, Alina! —Se quejó Elena—. Si no fuera por estos momentos, sería por otros.

Me dejó con la palabra en la boca, se marchó por otra cerveza, me dio una a mí y picó algo de lo mucho que había en la mesa.

Capítulo 13

Ander llevaba más de veinte horas despierto. Le había tocado una guardia de esas que odiaba, pues estaba en urgencias. Desgraciadamente, un par de horas antes de su salida había entrado un paciente con un golpe en la cabeza y llevaba ya cinco horas metido en el quirófano, intentando succionar un coágulo que, aunque en un principio podía haberse dejado que se reabsorbiera, se acabó complicando.

Terminó de quitarse la última de las batas que llevaba; solo le quedaba volver a lavarse las manos antes de salir del quirófano. Tenía ganas de despojarse del pijama de color verde, pero aún tuvo que ponerse encima la bata de médico para ir a hablar con los familiares.

Caminó despacio por el pasillo. Estaba cansado, ahora que ya había terminado, sentía como la adrenalina iba abandonando su cuerpo a pasos agigantados. Quiso pasarse una mano por el pelo, pero reparó en que aún llevaba el gorro, se lo quitó y se lo metió en el bolsillo de la bata. Ahora sí que pudo darse un buen masaje en el cuero cabelludo… Allí a lo lejos, sentados, vio a una mujer y a dos hombres más jóvenes que ella que se levantaron al verlo. Sabía que serían los familiares del paciente al que acababa de operar con total éxito.

*

—Son*, ¿de verdad tienes que marcharte tan lejos? —le preguntó su madre, más enfadada que preocupada.*

—Ama*, es la oportunidad que cualquier médico desearía. Es —y puso énfasis en esas dos palabras— mi oportunidad.*

—Ya, no fue suficiente quedarte allí a estudiar. En tu pisito de soltero, ¿no?

—Ama*, por favor, que eran casi tres horas perdidas a diario. ¡Y eso en coche! —Se quejó de nuevo Ander.*

—Deja al chico, Ama*, que por lo menos no nos ha costado dinero —intervino el padre, conciliador—. Se lo ha sacado todo a base de becas y de hincar los codos.*

—Pues por eso me quejo, que ni los fines de semana venía a vernos. Y ahora que llevaba dos meses en el hospital, va y nos dice que se marcha a Estados Unidos. ¿Y qué leches se le ha perdido allí? Ni que fuera un indiano de esos que iban allí a hacerse ricos.

—Cariño, los indianos eran los que volvían con dinero. Los demás, como mis padres, unos pringadillos que regresaron con lo justo para montar la ferretería que nos dio de comer. —

Volvió a meter baza su padre.

—Ama*, por favor. Es mi oportunidad, es el mejor de los hospitales. —Ander, aun sabiendo que se iba a marchar de todos modos, necesitaba saber que se marchaba con el permiso de su madre.*

*

Podría haber vuelto a casa en un taxi, pero al tener el coche en el garaje del hospital, le daba quizás menos pereza ir a buscarlo en ese momento, que tener que pedir al día siguiente otro transporte para ir al trabajo.

Entró en el vehículo, ya iba con ropa de calle. Se había duchado y, aunque refrescado, notaba que su cuerpo le estaba pidiendo meterse en una cama corriendo.

Cuando llegó a la salida del garaje, se dio cuenta de que el sol comenzaba a ponerse. Suspiró pensando que solo tendría tiempo para cenar, mal, mirar un par de carpetas con casos que tenía pendientes e irse a la cama de inmediato. Al día siguiente entraba tarde al hospital, pero no lo suficiente como para poder estar todo el día vagueando. No tenía guardia más que una vez por semana, pero lo dejaba agotado.

Recordó cuando le dijo a su madre que regresaba a España. Los gritos de alegría que dio pensó que podrían oírse desde la ventana de su apartamento en la Gran Manzana sin necesidad de teléfono. Lo que ella no esperaba es que sería Madrid su lugar de residencia y no San Sebastián. Parecía que estaba oyendo su voz grave diciéndole que eso no se le podía hacer a una madre, que estaba bien marcharse de casa para ser mejor médico, después de todo era el mejor, pero lo de quedarse en un lugar que no fuera San Sebastián no iba a perdonárselo.

Sonrió al rememorar aquella conversación, la conocía lo bastante bien como para saber que se le pasaría y que lo único que quería su *ama* era tener cerca a su único hijo. Al niño de sus entrañas que la había «abandonado» para irse a Estados Unidos. Eso sí, ni mencionar al pobre de su padre, que era el que la sufría a todas horas.

Diez años fuera de casa, bueno, de San Sebastián. Tiempo suficiente para olvidar en la ciudad de los rascacielos al que él pensó que sería el amor de su vida, para olvidarla en camas calientes que aliviaran un poco su corazón, por no decir otra cosa. La mayoría de ellas compañeras de trabajo, desde enfermeras hasta médicos, de las que desconocía su vida personal. El problema, en la mayoría de los casos, era que cuando volvían a encontrarse en el hospital, casi siempre iban acompañadas de sus maridos o de sus novios. Ander no se lo tomaba como algo personal, si ellas querían repetir, ellas decidían, que eran las que estaban ocupadas. Él simplemente necesitaba pasar un buen rato con la que se ofreciera a acompañarlo en aquellos momentos.

Cerró la puerta del garaje de su domicilio con más inconsciencia que fuerza. Subió a pie la escalera hacia su casa en un intento de mantenerse despierto un poco más de tiempo. Casi no lo

consiguió, pues, sin ni siquiera cenar, se quitó la ropa y, diciéndose que solo necesitaba descansar un momento antes de poder leer los documentos que tenía sobre la mesa para la reunión del comité médico, cerró los ojos en la cama, pensando en el día siguiente y en lo bien que estaría dejar a un lado a aquel hombre que solo pensaba en trabajar, ser el mejor y que usaba el sexo como una simple escapatoria y no como una parte más de su vida.

Capítulo 14

Habían pasado más de dos semanas desde que le envié el mensaje a aquel hombre del que hubiera querido no acordarme más, pero no era así. Aún recordaba todas las cosas que hicimos en la cama en la que ahora estaba metida.

Era viernes, un triste viernes, Diego ya dormía y yo estaba a punto de cerrar los ojos, mientras miraba un par de mensajes que Elena nos había enviado sobre la web de bragas guarras… Oye, podría haber sido un gran nombre, porque en verdad lo que vendíamos, o venderíamos en breve, eran bragas cochinas con olor marrano. Y quien dice marrano dice a esencia humana bien usadita.

Joder, si es que cada vez que lo pensaba más cositica me daba.

Necesitaba descansar ya, se me estaba yendo la cabeza a marchas forzadas.

De repente, rememoré la tarde pasada con mi hijo. Al día siguiente, sábado, era el cumpleaños de Samuel y Diego estaba tan ilusionado por ello, que verle elegir el regalo para su padre me llenó de ilusión incluso a mí. Pasó el resto de la tarde feliz, después de haber envuelto el obsequio y diseñado una tarjeta que probablemente el homenajeado pondría en la mesa de su oficina.

Suspiré y dejé volar un rato más la imaginación, mientras seguía mirando distraída la pantalla del móvil. Recordé cuando celebrábamos los cumpleaños en familia y todos creíamos ser felices. Sonreí al pensar en el tiempo que Samuel y yo habíamos perdido haciendo el imbécil, pensando que lo que tuvimos podía salvarse. Había cosas que ni con salvavidas, ni con el madero del *Titanic*.

Volví a mi menester, que era responder a Elena sobre un par de cosas más funcionales que interesantes sobre la empresa y pasarle un par de documentos escritos y… En realidad, iba a cerrar la aplicación, cuando me acordé de que hacía tiempo que no miraba la otra, la de ligar. Intenté mentirme al decir que esperaba ver si algún tío buenorro me había hecho ojitos cibernéticos por si el sábado, o lo que era lo mismo, al día siguiente, me podía salir un plan de pincho esporádico y punto. Ya que iba a pasar el día sola, mejor aprovecharlo, ¿no?

Pero no me dejé llevar por la mentira mucho tiempo, lo que quería era ver si Ander había escrito algo. Me daba igual lo que fuera, pero me comía la curiosidad, teniendo en cuenta la falta que tenía de que él me comiera otra cosa.

Entré, miré y allí estaba el indicador de que aquel doctor había enviado un mensaje a mi buzón. Miré, más por la cosa esa que sientes en la boca del estómago que por curiosidad. Que sí,

que se llama ansiedad y era algo que no necesitaba, sobre todo teniendo en cuenta que solo se trataba de un polvo. Pero quizás, si lo pensaba un poco más, bueno un poco más no, lo pensaba de nuevo, después de cientochomilsetecientascuarentaynuevemil veces más, el polvo que eché con el colegiado en medicina me dio lo que necesitaba. Y probablemente mi cuerpo requería que me recetara más de esa medicina que él tenía.

Dejé que ese pequeño nudo de ansiedad que me atenazaba la boca del estómago se hiciera más grande cuando mi dedo acarició la pantalla del móvil para entrar en su mensaje.

Hola, Alina. Sé que no te he escrito. Soy yo quien debería haber puesto fecha para tomar un café, pero he estado demasiado ocupado en el hospital. ¿Escoges tú fecha y hora entre estas que te ofrezco?

Abrí los ojos atónita. Y no porque lo acompañara con una foto de su pene, cosa que por suerte no hizo. No porque lo tuviera mal, sino porque no estaría para nada acorde con aquel mensaje tan escueto y extraño.

¿Era así como follaban los millennials? Porque a mí aquello me venía muy mal, la verdad. Quiero decir que lo de que me pusieran el cuadrante de trabajo y las guardias era como planificar los polvos, ¿no? Porque a mí me molaba eso de la libertad. Que sí, que era una puñetera contradicción, si se suponía que solo quería un polvo. Pero no sé, de momento solo se trataba de un café y veríamos si luego me picaba el chichi cómo hacíamos para coincidir.

Buf, qué complicado. Aunque miré despacio lo que me había mandado, uno sí, uno no, uno sí, uno no… para ver si coincidía con mis fines de semana libres u ocupados con mi hijo. Yo volvía a tener libre el fin de semana siguiente, que Diego se quedaba con Samuel.

Hale, ahí te va, querido. Comencé a teclear la respuesta.

Hola, Ander. Tengo el fin de semana que viene libre desde el viernes a las 18h hasta el domingo a las 18 h. Dime qué día de todos te va mejor.

No tardé más de unos segundos en enviar el mensaje y recibí respuesta inmediata:

¿Estás despierta?

Miré un par de veces más la pantalla pensando si sería un mensaje de otro tío que querría ligar.

¿Ander?

Vaya respuesta la mía, para premio en la tómbola.

El mismo que acaba de llegar a casa y tiene ganas de meterse en la cama para no salir en tres días.

¿Trabajo?

Sí. Acabo de terminar una guardia de esas que no tienen fin.

Bueno, pues lo dicho. Escoge el día que mejor te vaya y quedamos para tomar un café.

Perfecto, te digo algo mañana,
que ahora el cerebro no me da
para mucho más.

Y ahí se quedó. Me dejó sin decirme ni una palabra más, bueno, sin escribirme ni una palabra más. Y yo, metida entre las sábanas, con los ojos más abiertos que un búho en una fiesta de ratones.

«Pero vamos a ver, Alina querida —me dije mentalmente—, ¿qué más quieres que te diga? Lo has pillado por sorpresa en el chat ese misterioso y te ha respondido por educación. Tú has vuelto a tirar la pelota a su tejado al dejarle claro que el fin de semana que viene lo tienes libre. Y, sobre todo, teniendo en cuenta la efusividad que los dos habéis demostrado, tienes lo que tienes.»

Me odiaba a mí misma cuando me ponía intensita, así que apagué el móvil e intenté dormir. Me costaría, pero probablemente después de diez vueltas, cuatro pensamientos y tres suspiros, caería.

Y así fue.

*

—¡Feliz cumpleaños, papi! —gritó Diego cuando lo llevé a casa de su padre.

—¿Quieres entrar? —Me ofreció Samuel, después de abrazar a Diego y dejar que fuese a saludar a sus abuelos.

—No, gracias. Te lo agradezco mucho, pero está toda tu familia y no me apetece. —«Sobre todo por el insoportable de tu cuñado Antonio, es asqueroso.» Eso no lo dije en alto, pero lo pensé.

—De acuerdo. —Sonrió de medio lado, como sintiendo que me fuera.

—Feliz cumpleaños, Samuel. —Le di un beso en la mejilla y me marché.

Oí el sonido de la puerta cuando cerró y la verdad es que no me fastidió tanto como podría haber imaginado. Por el contrario, sonreí al pensar que no había recibido de él ningún elogio, a pesar de que iba vestida para salir. Imagino que tener a tus padres y familiares en el cogote escuchando la conversación no daba para mucho más que para lo que nos habíamos dicho hacía un momento.

Y sí, salía el sábado noche. Elena me había convencido para ir a cenar y luego tomar una copa por ahí. Lo cierto es que no tuvo que insistirme mucho, la otra opción era pijama y series en algún canal de pago. Esa vez no nos acompañó Irache, con buen criterio, prefirió quedarse en casa con Jesús y su hija, la semana para ella había sido agotadora.

Pensé que Elena querría salir a cenar fuera, pero no, pensó que lo mejor era que lo hiciéramos en su casa y después nos marchásemos a uno de esos sitios fetiche en los que ella siempre encontraba plan. Así que pensé que la tía me estaba usando como Sancho Panza en sus incursiones a la caza y captura de un hombre de una sola noche.

No tardó mucho en abrir la puerta de su casa cuando llamé, así que me sorprendió ver que la de al lado se abría a la par, y dio la casualidad de que era la del vecino ese al que ella aún le tenía un poquito de resquemor. Iba arreglado, muy guapo, por cierto. Cuando se volvió después de echar la llave, miró a Elena:

—Buenas noches, Elena —saludó con voz afable.

—Hola. —Ella ni siquiera lo miró, y me prestó atención solo a mí—. Hola, cariño, pasa, ya te estaba esperando.

—Que paséis una buena noche —dijo el vecino, bajando la mirada.

—Eso esperamos. —Y cerró la puerta sin más.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, más perdida que un cocodrilo en el Pisuerga.

—Hala, ahí lleva esa el «bricoman» —soltó Elena.

—Me ha dado pena, el pobre —le respondí, quitándome el abrigo—. Pero si solo te ha dicho buenas noches.

—Pues que se lo hubiera pensado antes de vacilarme con lo de las bragas…

—¿Las bragas…?

Al parecer, después de que le devolviera las bragas y se pusiera un poco intensito con Elena, ella volvió a mostrarse borde con él. No consentía que ningún tipo le vacilara y mucho menos uno que ni siquiera era su amigo.

—Joder, tía —dije, después de que me lo contara—, así no hay dios que ligue contigo.

—Tranquila, que si quiero un polvo ya sé dónde encontrarlo.

—He dicho ligar, nada de follar, querida mía.

Es verdad que lo de salir aquel sábado por la noche había sido más bien improvisado y, a pesar de que Elena quería ir a cazar algo de carnaza, al final conseguí que cambiara de opinión y nos marcháramos a un lugar más tranquilo. Me apetecía tomar algo, pero no tenía ganas de garitos con música atronadora; no quería ir a uno de esos locales llenos de gente, en los que la luz oscura hacía parecer a todos los gatos pardos. Es cierto que mi cuerpo pedía copazo, pero en plan viejuno, sentaditas y con una charlita de esas que te hacen pensar y, sobre todo, echarme unas risas viendo a la gente que iba de un lado para otro intentando ligar o cómo algunos iban ya muy piojos, dando tumbos por el local en plan baboso.

La convencí y acabamos en un sitio bastante majo, con música. Se podía bailar, pero también tomar algo sentadas, para beber y charlar. Además, ya nos habíamos tomado una botella de vino entre las dos y al día siguiente tenía que parecer una madre normal y no una con gafas de sol dentro de casa.

—Vale, nos sentamos aquí, ¿de acuerdo? —Elena asintió a mi pregunta.

—Yo voy por las copas —ofrecí, sin posibilidad de negativa por su parte, ya que desaparecí al ver que se sentaba.

Caminé despacio entre las mesas y un numeroso grupo de gente que parecía estar celebrando algo, pues había bastante algarabía y la verdad es que no era tan tarde como para ir montando

jarana si no era por una celebración. Miré a un lado y a otro intentando encontrar algún pasillo para poder pasar entre tanto barullo y mi corazón dio un vuelco de golpe.

—Joder. —Y lo cierto es que no sé si lo dije en alto o por lo bajo, pero lo dije.

Allí, entre el montón de gente que se arremolinaba a mi alrededor, lo vi y me temo que él también a mí. Pero lo peor no era que nos hubiéramos encontrado, sino las circunstancias en las que él estaba.

Si me hubiesen dado a elegir en aquel momento, habría escogido irnos a aquella atronadora discoteca que desde el primer momento Elena tenía pensada para nosotras. Pero ya no existía la posibilidad de dar marcha atrás, de darse la vuelta, de hacer como si no nos hubiéramos visto.

Y lo cierto es que era una verdadera putada.

Capítulo 15

Respiré un par de veces antes de volver a poner en orden mis pensamientos. Estaban dando demasiadas vueltas en mi cabeza.

—Va. —Me repetí—. Sigue a lo tuyo. ¡Ya!

Y esa vez estaba segura de que me lo había dicho en voz baja.

«Deja de mirarlo tan directamente, Alina. A ti te da igual, no es nadie. Cambia de carril, pon el intermitente y da un volantazo. Seguro que nadie se ha dado cuenta de que has invadido la vía contraria y podrás continuar tu camino.

»¿Lo ves? Lo has conseguido, nadie te sigue, has podido llegar a la barra y, aunque ahora no puedas respirar, todo pasará. Aunque quizás lo más lógico sería decirle a Elena que Ander está en este mismo local y que lo mejor sería irnos. No, no se lo digas, porque es capaz de ir a por él y sentarlo a la misma mesa en la que estamos nosotras. Pero eso que piensas es imposible, mejor me doy la vuelta y me voy.»

Lo estoy intentando, pero no paro. Mi cabeza no deja de hablar consigo misma y me estoy poniendo cada vez más nerviosa.

«Respira, bonita, ya sabes… un, dos, tres, cuatro. Retén. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho.

»Pero ¡míralo! ¿Por qué me está observando mientras esa tía le quiere comer la boca? Que no me mire. ¡Que no me mire!», me grité a mí misma, sin ser capaz de apartar mis ojos de los suyos, al tiempo que aquella mujer le besaba el cuello y él se dejaba hacer.

«A ver, Alina, vuelve a respirar despacio, como tú sabes, que no es nada tuyo. Y además solo ibas a quedar a tomar un café y si… vale que la noche en que follamos fue buena, para ser exactos, muy muy buena, pero ya pasó. No te pusiste una aplicación en el móvil para encontrar novio, así que lo que él haga en su tiempo libre no es tu problema.»

Creo que al final mi cerebro reaccionó y fui capaz de llegar a la barra y pedir las copas que quería. Había fiesta, así que allí estaba yo, esperando que la camarera se dignara notar que estaba esperando a que me atendiera y así poder pedirle el gin-tonic que me apetecía tomarme.

—¿Puedo invitarte? —oí la voz de Ander casi acariciando mi cuello.

Mentiría si dijera que no sentí que mi estómago se encogía, un poquito más de lo que ya estaba, al notar que su cuerpo estaba casi pegado al mío.

—No, gracias, aunque es un detalle por tu parte. —Me volví para enfrentarlo—. Pero quizás la chica con la que estabas te espera.

—¿Acaso noto un poco de resquemor en tus palabras? —Sonrió marcando aquel mentón que parecía como su apodo, de hierro.

—Ninguno, pero no entiendo qué quieres de mí si estás allí. —Señalé el lugar donde estaba con la chica.

—Allí no hay nada que me interese y resulta que aquí sí.

—¿Y esa chica? —le pregunté descaradamente. Ni un hola, ni un cómo estás, ni un eh, ¿qué pasa?

Desde la vez que estuvimos juntos se había dejado crecer la barba igual que en la fotografía de Tinder, estaba muy atractivo.

—Una que quería irse a la cama conmigo, pero yo no tengo ganas de irme a dormir ya. —Me guiñó un ojo.

—Pues yo lo mismo hago de madre —«huy, cuidado que te sale la mamá que llevas dentro»— y te mando a lavarte los dientes, que lo mismo están llenos de virus.

—¿Eso quiere decir que tengo alguna posibilidad de que me beses? —Acercó su rostro al mío peligrosamente.

—No, eso quiere decir que, siendo tú médico, deberías saber que la mononucleosis se puede pegar con facilidad por los besos llenos de saliva —solté en plan serio.

—¿Qué queréis, chicos? —preguntó por fin la camarera.

—Dos gin-tonics —respondí.

—Para mí un whisky. —Miró las marcas que tenían y le señaló uno muy caro a la camarera —. Ese de ahí.

—Ahora mismo os lo traigo.

—Perdón —volvió a mirarme—, ¿dos? ¿No vienes sola? —Ni contesté—. ¿Crees que si me lavo los dientes se irán todos los virus y bacterias? Aunque te advierto que aún no he besado a nadie.

Levanté una ceja mientras él iba acercándose cada vez más y sentí cómo con un brazo intentaba rodearme la cintura. Lo que yo no sabía era que no quería tocarme, sino coger su bebida, que ya estaba en la barra.

Se llevó el vaso a los labios y saboreó el contenido despacio, como si lo moviera por todo el interior de su boca antes de tragárselo.

—¿Ves? Ahora sí que es posible que con el alcohol haya matado todos los bichos que temes.

—No es que los tema, es que no me gusta comerme las babas de nadie —respondí bastante alterada, pero por lo que estaba notando al oler su perfume y sentir tan cerca el calor de su aliento en mi oído.

—Repito, aún no he besado a nadie, así que, ¿eso quiere decir que estás pensando en serio volver a besarme? Porque si he de ser sincero, yo lo estoy deseando.

En ese momento sí sentí su mano agarrando mi cintura con fuerza.

—Si lo hago, no quiero que pienses que…

No me dejó hablar más, y casi mejor, acercó sus labios a los míos y, sin pedir permiso, su lengua se atrevió a entrar en el interior de mi boca, impregnándola de aquel sabor ahumado. Oí que dejaban un vaso en la barra e imaginé que era el suyo. Luego, su mano libre se unió a la otra, sujetándome por el otro lado de la cintura. Sus grandes manos me agarraban con fuerza cada vez que su lengua intentaba encontrar resistencia en la mía.

No luché, no quise, aunque mi mente me decía que aquello no estaba bien. Pero para buenas las pedazo de sacudidas que estaba dando mi cuerpo por aquel hombre.

Tardé algo más de lo normal, lo admito, pero al final interpuse las manos entre nuestros cuerpos y lo separé casi con rudeza. Me costó mucho, la verdad, pero lo de jugar al ahora beso a una y luego a otra delante de tu cara, no me iba mucho. Desgraciadamente, y lo repito, desgraciadamente, el beso me dejó volando, con los pies en las nubes, hasta que una voz me hizo darme cuenta de que estaba en la tierra y separada de Ander por mis manos.

—Oye, perdona —dijo una voz a la espalda de Ander.

Él se dio la vuelta y vio que se trataba de la chica que antes estaba besándole el cuello.

—Dime. —Sonrió.

—¿Qué haces con esta? —preguntó ella, airada.

—Besándola —respondió altivo—. ¿Por? —Volvió a enseñarle sus blancos dientes.

—Pensaba que… —La chica se quedó sin palabras, pude ver que su rostro cambiaba al rojo enfado en segundos—. ¡Déjalo! Ya me lo advirtieron en el hospital. Gilipollas.

—¿Hospital?

Aún seguía con las manos en mi cintura y ahora me miraba.

—Sí, algunos sábados, cuando no trabajo, acepto algunas invitaciones para salir. Soy nuevo y no tengo muchas amistades en Madrid.

—Pero veo que las haces rápido, y muy buenas. —Yo también sabía jugar a ese juego.

—Bueno, no tan rápido. —Intentó volver a besarme, pero yo me separé—. Ya la conocía de otras veces y hemos vuelto a coincidir. —Se encogió de hombros.

—Yuju. ¿Soy el segundo plato?

Esa sensación no me gustaba y me aparté de él al tiempo que cogía una de las copas que ya estaban servidas y le daba un sorbo. Necesitaba borrar el sabor de su saliva en mi boca.

—No, eres la comida que me apetecía desde el principio. —Quiso volver a lanzarse.

—Para el carro, querido, que me pongas burra y que lo pasáramos bien en la cama no quiere decir que siempre esté dispuesta. —«Ea, *pa* chula yo, que también puedo follar con otros.»

—Oye, que podría haberme hecho el loco y hacer como si no te hubiera visto. Pero a mí quien me gusta eres tú.

—¡Bien, bravo! Qué suerte la mía. —Volví a beber.

Ander se llevó una mano a la cabeza y acarició su pelo antes de volver a darle otro trago a su bebida. Me miró mientras sus labios carnosos se posaban sobre el cristal y, mientras lo hacía, yo solo pensaba en ser aquel líquido ambarino…

—Joder, lo siento —dijo después de tragar—. Es que… —Se miró los pies—. Mira, se me da muy mal esto de ligar, ya lo viste la otra vez. Y lo de ir de malote, veo que mucho peor.

—Pues la verdad es que sí. Estoy de acuerdo con la tía esa, eres un gilipollas.

Y yo más, por estar dándole palique cuando lo que tendría que hacer era darme la vuelta y pasar de él, de su Tinder y de la madre que me parió en bikini. Hombre ya, hombre.

Cogí las dos copas y me volví para marcharme a la mesa con Elena, que sabía que estaba mirándome con la boca abierta.

Cuando llegué a la mesa, dejé las copas y no tardó ni un segundo en preguntarme, cual reportera dicharachera:

—¿Eso que he visto qué era? ¿Era Ander? —Cogió su copa y bebió.

—Sí, era él. —Me senté y giré la cabeza. Él seguía allí, quieto y mirándome con su copa en la mano.

—Oye, pero me puedes explicar un poco más. Vamos, que te ha dado un beso de esos de película y tú ahora estás aquí sentada conmigo. ¿Qué ha pasado?

—Pues que es un gilipollas. Ha intentado ir de chulo y al final lo que le pasa es que es idiota perdido. —Necesitaba descargar un poco mi frustración.

—Pues el gilipollas viene para aquí. —Me advirtió Elena.

—Me piro, en serio —dije.

—Para…

—Alina. —Su voz de nuevo volvió a removerme.

—Hola, soy Elena. —Mi amiga salió al rescate para intentar que no hiciera el bobo.

—Hola, encantado, me llamo Ander.

Ella se levantó de la silla y se le acercó para darle un par de besos.

—Oye, siéntate y así no dejas sola a mi amiga. Lo digo porque necesito ir al baño y hay mucho gilipollas suelto por aquí —dijo mirándome con guasa.

La miré mal, muy mal, y con cara de pocos amigos. Ella ni me tomó en consideración, se dio la vuelta y tomó el camino del aseo. La muy hija de un perro lleno de pulgones asesinos.

—Alina…

—Ander…

Nos miramos sin decir mucho más. Sobre todo, porque yo estaba cabreada por algo por lo que ni siquiera debería estarlo. Ander era libre, yo no quería nada con él… ¿dónde estaba el problema?

—Habla tu primero —me dijo.

—No, tú. Por favor. —Ni de coña iba a romper yo el hielo, no me apetecía cagarla.

—Lo siento. —Dejó el vaso de whisky en la mesa—. Me acosté con esa chica un par de veces antes de conocerte. He vuelto a coincidir con ella hoy y…

—Para. —Levanté una mano para hacerlo callar—. No necesito que me cuentes tu vida. De verdad. Además, no tienes por qué hacerlo. Tú y yo solo nos hemos acostado una vez.

—No me iba a acostar con ella —continuó.

—No necesitas mentir. En serio —insistí.

—Pero es verdad, Alina. Me ha pillado desprevenido. Estábamos hablando y ella…

—Ander, en serio, para. No me debes ninguna explicación.

—Creo que sí te la debo, sobre todo teniendo en cuenta que desde que te he visto entrar no he dejado de querer besarte. —Posó su mano sobre la mía, que descansaba en mi rodilla—. Sin contar la de veces que he soñado con volver a tenerte en la cama.

Me quedé sin palabras. Y no era que no supiera qué decir, porque me habría gustado responderle que yo también tenía muchas ganas de repetir lo de aquel sábado por la noche, en mil posturas diferentes más.

Pero no me salió, no salió nada de mí. Sin saber por qué, cogí mi bolso y sin siquiera despedirme me marché sin querer darle explicaciones a nadie. No me importó que Elena se quedara sola, ni que todo lo que había podido soñar con respecto a lo que Ander y yo podríamos volver a hacer se diluyera en ese instante. Me marché sin más.

Admito que sentir el aire frío de la noche recién comenzada me hizo respirar mejor. Un hombre al que no conocía de nada me daba explicaciones sobre su vida. Alguien al que no necesitaba conocer quería justificar su pasado conmigo. Yo no quería eso, no me daba la gana, yo solo quería follar y si podía ser con él, mejor. Y si no, pues a otra cosa, mariposa.

—Alina. —Me di la vuelta para ver lo que ya sabía.

—¿Esto se va a convertir en algo habitual entre nosotros? —Me refería a lo de encontrarnos en la puerta del garito en el que estuviéramos.

—¿El qué? —preguntó él.

—Nada, déjalo. —Si no se daba cuenta, ¿para qué explicárselo?

—Alina —se acercó despacio, poniéndose a mi altura—, me gustas mucho y no sé cómo manejarlo.

—Mejor no lo manejes de ninguna manera —le espeté—. Deja de pensar en mí como un futurible y aprovecha que estoy aquí.

Y esta vez mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, pues recorrí los pocos centímetros que nos separaban. Ander me miraba sin entender nada de lo que acababa de decirle, cosa que yo aproveché para abalanzarme sobre él.

Le sujeté la cara con las manos al tiempo que me ponía de puntillas y mis labios asaltaban los suyos. Acaricié su rostro, al tacto ahora desconocido por la barba, y me acerqué a su boca sin ningún tipo de cautela. Quería besarlo hasta que ninguno de los dos pudiera respirar más, hasta que uno de nosotros tuviera que separarse para tomar aire. Pero me detuve a unos milímetros, necesitaba sentir su aliento, que me hiciera cosquillas y mis ganas de besarle se volvieran insoportables.

Notaba el calor de su boca sobre la mía, su aliento esperando a que yo diera ese pequeño paso. Ander tenía los brazos a los costados, sin saber qué hacer. Seguro que su mente le gritaba

que se acercase, que se dejara de juegos y se abalanzara sobre mí. Pero no, él esperaba.

Apoyé despacio mis labios sobre los suyos, mucho más despacio de lo que mi mente me estaba exigiendo sin cesar. ¿Os acordáis de esa escena de *La sirenita* en la que Sebastián le susurra al príncipe «Bésala»? Pues creo que lo mismo sonaba en mi cabeza… «Bésale, bésale, bésaleeee».

Abrió despacio la boca, sentí su aliento en mis labios y no pude aguantar más. Tomé posesión de lo que yo pensaba en ese momento que me pertenecía, su beso. Sin pedir permiso, mi lengua tentó su entrada y, sin ningún género de duda, fue bien recibida, con un alarde de maestría que ninguno de los dos necesitaba ganar. Finalmente, me agarró de la cintura para acercar nuestros cuerpos de manera casi imposible.

—Acompáñame a casa, Alina —rompió la magia del momento hablándome labio contra labio.

Y yo le respondí abalanzándome de nuevo a conquistar sus labios, aquel territorio que una vez tomé y en el que de nuevo deseaba poner una bandera en todo lo alto que dijera: «Volvemos a hacerlo».

Nos separamos lo suficiente como para que la magia se escapara de entre nuestros dedos. Pero fue sustituida por la necesidad de volver a tocarnos y nos cogimos de la mano mientras Ander me llevaba donde tenía aparcado el coche y así marcharnos a su casa.

—Vivo cerca, más que tú. —Sonrió de lado.

Qué guapo lo veía y eso que la luz de la calle no es de las que más favorecen. Quizás fuera por la barba, por aquellos labios o porque mi cuerpo estaba pidiendo a gritos un buen polvo, pero podía asegurar que nunca había conocido a un hombre tan atractivo y a la vez tan torpe para algunas cosas. Sonreí.

—¿Pasa algo? —me preguntó al ver que no le respondía nada y solo sonreía divertida.

—No, bueno, sí. Que al final va a ser verdad eso de que los vascos folláis poco…

Levantó una ceja sorprendido:

—¿Cómo?

—Nada, déjalo. —Me solté de su mano y le pasé un brazo por la cintura.

—No. Estas cosas hieren al más pintao *Kabenzotz!* —respondió con un acento que hasta el momento nunca le había oído.

Admito que me dio la risa, pero la de verdad, esa que hace que todo el mundo que pasa por tu lado se dé la vuelta para ver qué sucede. Me sobrepuse un poco antes de contestar.

—Ander —me sequé las lágrimas de los ojos—, estás muy guapo cuando hablas con ese acento tan del norte, pero deberías saber que lo que he dicho es lo que vais comentando vosotros mismos por ahí.

—Pues yo no me puedo quejar. —Se envalentonó, y me miró como ejemplo de ello.

—Eres guapo, bastante guapo, pero un poco torpe con eso de acercarte a las féminas. Anda, admítelo…

Me dio la vuelta en medio de la calle, justo al llegar a la altura de un coche muy grande y me puso contra él. Lo miré y no me dio tiempo más que a sentir cómo sus labios besaban mi cuello y subían lentamente, dibujando un camino hasta mi mentón, para después atacar sin piedad mi boca. Movió las manos hasta asir mi culo y, mientras sentía cómo su lengua recorría todos mis recovecos bucales, dejó de amasarme la nalga para coger la manija del vehículo, que abrió y se separó de mí.

—Creo que los hechos muestran que a mí eso no me pasa.

Abrió del todo la puerta del coche y después, con una sonrisa de complacencia, me indicó que subiera. Acababa de llevar a cabo un alarde masculino de esos que hacen que entre tus piernas se oiga un grito desgarrador. Quería más, definitivamente quería más de aquel hombre.

Capítulo 16

No me atreví a hablar mucho por el camino, más por miedo a soltar un gemido que a decir algo incoherente. Menos mal que nada más encenderse el motor la música inundó el habitáculo del pedazo de coche que manejaba el vasco que sí follaba.

«Ups, ese podría ser el título de una de las novelas que leía Elena: *El vasco que sí follaba*. Se lo propondría, pues sabía que conocía a algunas autoras del género.»

—Ya hemos llegado —anunció Ander, mientras dejaba el coche bien aparcado en el garaje y apagaba el motor.

Se quitó el cinturón de seguridad y giró todo su cuerpo para mirarme de frente.

—¿Quieres subir o nos montamos una fiesta privada en la parte trasera? —Acarició mi rodilla.

La idea me pareció hasta morbosa. Él y yo en el asiento trasero, como dos adolescentes que necesitan el sexo como el comer, los cristales llenos de vaho, el vaivén del vehículo, yo encima de él mientras me agarraba por las caderas… Pero no, mira, si había una casa o una cama, como que mejor subíamos.

—¿En tu casa? —Sonreí al decirlo.

Así que abrimos las puertas del coche y salimos dirección a la escalera. No tardamos mucho en llegar hasta la puerta de su casa, un primer piso. Me sorprendió la austeridad de la decoración, elegante y sin muchas florituras. Ideal para alguien que pasaba más tiempo fuera que allí.

Noté su mano en mi cintura, agarrándome con fuerza.

—Deja las cosas ahí —me señaló una mesa— y acompáñame.

Hice lo que me pedía punto por punto.

Entramos en su habitación, estaba nerviosa de nuevo. Me sentía como si fuera la primera vez que íbamos a estar juntos, pero, aunque lo pretendiéramos, íbamos a repetir lo de acostarnos y tener sexo.

Sentí que mi sangre se aceleraba. Nos miramos y él fue el primero en dar el paso. Se acercó a mí y se abalanzó sobre mis labios con necesidad, deseo, urgencia. Yo respondí de igual manera, quizás hasta con más fuerza, al abrazarlo contra mí. Me acariciaba por debajo de la ropa, aplastándome contra la pared.

Me sentía atrapada entre dos muros, el de hormigón y el que constituía el cuerpo de Ander. Su pene, duro, se restregaba contra mi cadera y eso me hacía sentirme más y más caliente. Noté

su mano por debajo de la falda para agarrar mi muslo y colocárselo cerca de la cadera. Lo recorrió despacio, suspiré y me miró a los ojos.

—Me encanta ver cómo se dilatan las pupilas de tus preciosos iris azules. —Noté su mano en mi culo, que agarró con fuerza al tiempo que no apartaba sus claros ojos de mí.

Metí las manos dentro de su camisa, se la desabroché despacio y acaricié lentamente su pecho y su abdomen. Se la quité y él me agarró de nuevo por la cintura, izándome y sentándome encima de un aparador. Me quitó los zapatos despacio, agachado, mientras me miraba. Yo me sujetaba con fuerza en el filo de aquel mueble, pues sentía cómo sus manos recorrían desde mis tobillos hasta las pantorrillas, volviendo a levantarme el vestido para quitarme los pantis.

—No puedo resistir tocarte, eres tan bonita.

—Ander…

Se colocó entre mis piernas, sus labios recorrieron mi cuello despacio y mis manos buscaron los botones del pantalón para desabrochárselo. Los dejé caer al suelo y él se los quitó, quedándose solo en ropa interior, mientras que yo estaba aún medio vestida.

—Llevo demasiada ropa, Ander —le dije, sintiendo su mirada felina en mi cuerpo.

—Eso vamos a remediarlo.

Metió las manos por debajo de mi camiseta para, lentamente, hacerla subir por mi cuerpo y quitármela.

—Me pones mucho, Alina. —Me besó entre los pechos.

Me quitó también el sujetador y su lengua se entretuvo en jugar con mis pezones. Me los mordía, los lamía y succionaba, mientras yo le acariciaba la cabeza, hundiendo los dedos en su pelo. Quería besarlo, necesitaba que sus labios se juntaran con los míos, deseaba que nuestras lenguas batallaran. Me encantaba cómo aceptaba mis retos, era agresivo en su impulso dentro de mi boca.

Me estaba volviendo loca, aquel hombre sería capaz de hacerme llegar al orgasmo solo con sus acometidas. Su lengua recorría cada rincón de mi boca y acariciaba mis labios con la punta. Me tenía tan obnubilada que cuando me tocó por encima del tanga, apartándolo ligeramente para acariciarme el clítoris, me quedé paralizada.

Le mordí el labio inferior y lo miré cuando se lo liberé. Ander me sonrió y vi que se agachaba entre mis piernas. No me quitó el tanga y sentí la punta de su lengua tocándome el clítoris por encima de la tela. Mi cuerpo me delató, sentí que un escalofrío recorría mi piel y noté cómo sonreía entre mis piernas. Notaba sus dientes mordiendo por encima, sus dedos abriéndose paso entre mis piernas hasta llegar a mi sexo. Despacio, apartó el tanga y sus labios se apretaron contra mí. Ahogué un grito en ese instante, pues metió los dedos en mi interior.

—Dios, Ander —le agarraba la cabeza—. No quiero correrme aún.

Pero ignoró cualquier súplica que pudiera salir de mi boca y, en vez de parar, aumentó el ritmo de sus acometidas en mi interior. Su lengua no paraba de estimular mi sexo y sus dedos

martilleaban hasta que ya no pude aguantar más y grité. Grité fuerte mientras me convulsionaba por culpa del orgasmo que me sacudía de arriba abajo.

Antes de separarse de mí, dejó que su lengua recorriera por completo mi sexo y después volvió a ponerse de pie entre mis piernas. Me besó. Sabía a mí y eso me encantaba. Agarré la mano con la que había estado jugando en mi interior y lamí todos sus dedos después de que nuestro beso finalizó.

Empecé a bajarme del aparador, Ander me ayudó y aproveché para empujarlo encima de la cama y quitarme toda la ropa, me desnudé por completo. Él me miraba mientras lo hacía y pude ver que su pene estaba muy duro. Quería liberarlo de su encierro, así que me tumbé sobre él y recorrí su cuerpo con mi lengua hasta llegar al calzoncillo. Se lo quité, por fin estábamos desnudos los dos y no dejábamos de tocarnos. No parábamos de acariciarnos, sentía que me tocaba las caderas, los pechos…

Despacio, acerqué mi boca a su pene y lo lamí con cuidado, sin prisa. Ander respiraba rápido, expectante. Se lo recorrí desde la base hasta la punta, saboreando con fruición, masajeándoselo, succionando despacio a veces, más rápido otras. Escuchaba su respiración cada vez más agitada, sentía sus manos acariciando mi pelo. Estaba segura de que si continuaba así se correría sin remedio y él mismo me paró.

—Alina, para, por favor.

Lo miré sonriendo.

Alargó una mano hacia mí y me agarró de la muñeca, tirando de mí hacia él. Me puse encima a horcajadas y noté su sexo palpitante contra el mío. Un movimiento, solo un movimiento y estaría dentro de mí.

—Ander, estoy muy caliente —confesé.

Él se incorporó y me abrazó volviendo a besarme. Los dos estábamos sentados en la cama, nos movíamos como si ya estuviéramos el uno dentro del otro. Pero en un segundo se separó de mí y abrió un cajón para coger un condón. Se lo puso. Sonreí, le sonreí. Los dos sabíamos lo que necesitábamos en ese momento, así que simplemente me moví un poco y su pene entró deprisa en mi interior. Gemí al sentirlo dentro. Me sujetó con fuerza por la cintura…

—Me vuelves loco, Alina, estaría así toda la noche —me confesó, y yo mordí despacio su cuello, a la vez que comenzaba a moverme despacio.

Le oí decir algo que no entendí. Cerraba los ojos y lo que comprendí era que estaba a punto de correrse. Lo que no podía imaginar era que yo misma iba a tener otro orgasmo. Sin saber cómo, él lo notó, así que casi sin darme cuenta me hizo dar la vuelta y me puso a cuatro patas. Volvió a entrar en mi cuerpo y mientras con una mano me sujetaba la cadera, con la otra buscó mi clítoris para que volviera a correrme.

No sé cómo pasó, pero de nuevo mi cuerpo se convulsionó, al tiempo que sentía cómo su pene entraba con fuerza en mi interior. Lo noté parar, lo oí gemir y decir algo que, de nuevo, no comprendí. Antes de salir de mi interior me besó en la espalda.

—Cuánto me gusta verte así —dijo.

—A cuatro patas —respondí cansada.

—No, con la piel de gallina. —Me dio la vuelta y se me tumbó encima—. Con los pezones duros, con las pupilas dilatadas.

Volvió a besarme.

Aquel hombre era una maravilla en la cama. Sonrió y me volvió a acariciar el clítoris. Abrí los ojos de par en par.

—¡Ander! No sé si voy a pod… —Calló mis quejas con sus labios.

*

Elena se había quedado sola y, la verdad, sin muchas ganas de continuar la fiesta. Sabía perfectamente que si se acercaba a alguien tendría plan, y que, si cogía el móvil y mandaba un mensaje, alguien la invitaría a una fiesta. Pero miró la hora y prefirió cerrar el chiringuito por esa noche y marcharse a dormir temprano. Así que se acabó su copa y se fue en taxi.

Por desgracia, sus planes se vieron frustrados al llegar a su casa. Justo cuando ella salía del taxi, su vecino, Mario, entraba en el portal acompañado de una mujer. Suspiró pensando que lo mejor sería que se fuera al salón a ver un rato la televisión no fuera a ser que los sonidos de la casa de al lado la molestaran demasiado.

Cerró la puerta de su piso y las risas que se oían a través de la pared ya le dieron una idea…

—¡Qué noche más larga! —Se quejó entrando en el baño.

Capítulo 17

Olía a café, un delicioso aroma que se iba metiendo despacio en mi cerebro. Me desperecé un poco en la cama, notando que algunas partes de mi cansado cuerpo necesitaban descansar un poco más. No recordaba el momento en que me quedé dormida. Yo quería marcharme cuando nuestro encuentro sexual acabara; por desgracia, mi mente tenía otros planes para mí. Desconectar y dormir hasta que sintiera que todo se había reseteado, o, lo que es lo mismo, cargado las baterías después del ejercicio físico realizado durante la noche.

Sonreí al recordar lo bien que lo habíamos pasado y me di la enhorabuena. Sí, repetir con un hombre con el que no quieres nada normalmente no suele salir muy bien, pero en mi caso la segunda vez fue mucho mejor que la primera. Vamos, muchísimo mejor, sin tanta prisa y poniendo mucho más empeño en lo que ya sabíamos que podría gustarnos. Mi sonrisa se dibujaba boba en mi rostro.

Me tumbé en la cama, bien tapada con un edredón de color azul oscuro. La luz entraba por las rendijas de la persiana a medio bajar y me entretuve durante un rato más, el suficiente para echarle un vistazo con más detenimiento a lo que tenía a mi alrededor. Quería saber cómo era la habitación de aquel médico que decía que pasaba muy poco tiempo en casa.

Las mesillas eran muy básicas, bonitas, pero sin nada encima. Frente a la cama, un gran armario empotrado y, a los pies de la misma, una pequeña banqueta en la que reposaban algunas de nuestras prendas, otras yacían esparcidas por el suelo y encima de la cómoda, de la que hicimos buen uso. En el lado contrario al que yo me encontraba, una silla de color blanco y en ella, en el respaldo, una americana colocada de manera impecable.

No había mucho más, aparte de una puerta que daba al baño.

Lo cierto era que la decoración de aquella habitación era bastante espartana, por decirlo de una manera entendible y sin querer ofender a nadie.

Me incorporé para salir de debajo de aquel edredón que me tenía bien cobijada y comenzar a asearme para irme, cuando…

—Buenos días.

Allí estaba, en la puerta de la estancia, apoyado en el marco con una taza de café en la mano. Mentiría si dijera que no era atractivo, lo era, y muy guapo, con aquella pinta de recién despertado estaba arrebatador. Camiseta blanca ajustada y pantalones sencillos de pijama. Iba descalzo.

—Buenos días —respondí sin intentar tapar mi desnudez.

¿Para qué tantos remilgos con un compañero sexual si ya se ha hecho lo más grande? Que sí, que con algunos, según mi experiencia, es mejor ponerse tres capas encima y largarse. Pero en aquel caso no.

Me miró mientras me sentaba en la cama, bajaba los pies al suelo y me levantaba en todo mi esplendor.

—¿Sabías que la luz de la mañana te hace aún más guapa?

Miré mi piel desnuda, las rendijas de la persiana hacían que el sol se convirtiera en pequeñas linternas que se proyectaban sobre mí. Levanté la vista cuando lo oí moverse por la habitación. Pensaba que vendría hacia mí, pero me equivoqué. Abrió el armario, que estaba perfectamente ordenado, y después hizo lo mismo con un cajón, del que sacó una camiseta y unos pantalones.

—Toma. —Me los ofreció—. Te irán grandes, pero por lo menos podrás desayunar con tranquilidad.

—Gracias. —Los cogí y de la misma manera que no había escondido mi desnudez, me vestí delante de él.

—¿Quieres unas zapatillas? —Negué sin hablar—. Había venido a despertarte e invitarte a desayunar —sonrió despacio, casi con vergüenza.

Lo seguí por el pasillo que recorrimos de manera atropellada la noche anterior, ahora, los dos deshacíamos nuestros pasos de manera mucho más calmada. Me indicó que pasara a la cocina y allí encontré una mesa pequeña, puesta para dos personas, y de decoración igual de espartana que la habitación. Limpia, con pocos utensilios a la vista, pero lo suficiente para poder vivir con comodidad, electrodomésticos incluidos.

—¿Café?

—Por favor.

Ander se mostraba demasiado natural y, aunque no me desagradaba, tampoco era algo que en este momento me apeteciera mucho.

—¿Algo para comer? —preguntó.

—Lo que tengas estará bien —respondí, bebiendo el primer sorbo de aquel delicioso café matutino.

—Pan, algún dulce… ¿huevos?

—Lo que desayunes tú, de verdad que me da igual.

Se dio la vuelta y al momento volvió con unos panes un poco raros, no los había visto en mi vida, y algunos embutidos. Estos sí los conocía. Lo colocó todo en la mesa y después sacó algo de fruta. Yo no soy mucho de fruta, y menos por la mañana, pero él tenía pinta de ser de los que se cuidaba.

Hubo un momento de silencio que se convirtió en uno de los que podríamos llamar incómodos. Los dos preparando nuestro desayuno y sin levantar mucho la vista del plato. Pero tenía que preguntarlo, lo tenía en la mano y tenía una pinta un poco rara. Era como cartón.

—Perdona por la pregunta, pero ¿esto realmente es pan? —Lo moví un poco delante de sus

ojos.

Me miró y rio. Y lo entendía, porque estaba moviendo aquello delante de su cara con los ojos un poco estrábicos. Además, aquella cosa soltaba un polvillo que me entró en la nariz y me hizo estornudar, con lo que se me cayó de las manos.

—Toma —Ander me dio una servilleta—. Es un pan tipo cracker, hecho de avena o centeno. Ese que has cogido es de fibra, me acostumbré a comerlo en Nueva York. Allí encontrar un pan como los de aquí era casi misión imposible y lo de hacerlo en casa, menos.

—Pues te diré una cosa, estas cosas solo las he comido con sabor a queso o a beicon. —Me refería a unas galletas saladas, con esos deliciosos sabores, que añadían alegría a mis horas de trabajo.

—Te acostumbras a ellas, aunque si mi madre se entera, seguro que me mata —se rio.

Imaginé que sería una broma muy divertida, pues estuvo un buen rato sonriendo. Mientras, yo cogí el pan y le puse algo encima.

—Tengo el día libre, ¿quieres pasarlo conmigo? —me preguntó todo serio.

—Oh, Ander, no —a ver cómo se lo decía—, es que…

El teléfono me salvó de decirle que aquello había estado muy bien, que el fin de semana siguiente ya no era necesario que nos viéramos y que hasta ahí lo nuestro. La cosa se estaba poniendo demasiado intensita como para dejarla en «follamigos».

—Perdona —le dije levantándome de la mesa de la cocina y caminando hacia el sonido del móvil.

No tenía ni idea de dónde podía estar. Sabía que lo había dejado dentro del bolso, pero ahí estaba el problema, que no sabía dónde abandoné este. Así que allí estaba yo, como los sabuesos que siguen un olor, pero yo con la oreja cual elefante para localizar de dónde venía el sonido.

Al final encontré el bolso colgado en una de las sillas del salón, menos espartano que el resto de la casa y hasta algo desordenado. Me lancé a por el móvil y vi en la pantalla que quien me llamaba era Samuel, por lo tanto, seguro que era Diego.

—Buenos días —dije sin soltar nada cariñoso, no fuera a ser el padre de mi hijo.

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás, cariño? —respondí ya más tranquila.

—Muy bien, era para decirte que no me voy a quedar a comer con papá, así que en un rato iré a casa. ¿Puedo?

—Claro que sí, amor. Yo me he quedado a dormir hoy con Elena —le mentí.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está malita? —preguntó inocentemente.

—Sí, pero ya está mucho mejor, así que me voy ya para casa.

—Te quiero —me respondió.

—Yo también te quiero. —Y sonreí al colgar.

Pero quien no sonreía tanto era Ander, que me miraba desde la entrada del salón.

—¿Tu marido? —preguntó.

Yo tenía claro que no iba a darle ninguna explicación. Quizás hasta era mejor que pensara que estaba casada, para así poder cerrar aquel fabuloso capítulo. Por desgracia, no era el momento para encontrar pareja, así que quizás fuera mejor así.

—Me tengo que ir, Ander.

Puse rumbo a la habitación para recoger mi ropa. Sujetador, localizado. Camisa, localizada. Falda, localizada. Medias, rotas. Zapatos, allí… Pero me faltaban las bragas.

Me metí en el baño sin darle más importancia, aunque esas bragas podrían haber formado parte del fondo de nuestra empresa. Sonreí al darme cuenta de lo que estaba pensando en ese momento.

Salí lo más decente posible, caminé hacia el salón y allí estaba Ander, completamente vestido. Me miraba, lo miré.

—¿Puedo llevarte a casa? —me preguntó con mirada confundida.

—Será mejor que no. Ya he pedido un taxi y estará aquí en tres minutos. —Miré a mis pies sin saber qué más decir.

—No nos volveremos a ver más, ¿verdad? —Se acercó despacio, al tiempo que yo asentía.

No dijo nada más mientras sus manos me enmarcaban la cara y se inclinaba para besarme despacio, a cámara lenta, disfrutando de cada rincón de mi boca. Mis labios lo retenían más de lo que mi mente quería. Solo tenía que recordarme que él era un pinchito, un polvo, un quitatelarañas…

Me separé.

—Ander… —Intenté decir algo coherente.

—Déjalo así, Alina. —Volvió a besarme—. Seguiré intentándolo, sé dónde vives. —Sonrió sin malicia.

Suspiré cuando sus manos dejaron de acariciar mi rostro. Me volví sin más, agarré el bolso y caminé en dirección a la puerta de salida. No me di la vuelta, solo la abrí, me marché y cerré los ojos mientras esperaba el ascensor.

Por esa razón lo mejor era follar solo una vez.

*

Elena se había vuelto a despertar de muy mala leche por culpa de su vecino. El muy desgraciado no había parado de dar golpes con el cabecero de la cama en la pared de su habitación en toda la noche. Se alegraba por él, pero para un día que ella llegaba temprano a casa, resultaba que había rumba en el otro piso. Pasó la noche entre el sofá y su cama.

Así que la llamada de Irache no es que le hubiera hecho demasiada gracia. Decía que necesitaba que la acompañara a hacer una cosa.

Café en mano, estaba sentada en un banco de un parque, esperando a que su amiga apareciera. Hacía frío y el banco ni siquiera estaba al sol.

—Ya estoy aquí —la asaltó Irache por la espalda, dándole un susto de muerte.

—Joder, tía. —Se llevó las manos al pecho después de dejar el café en el banco—. No solo me levantas pronto, sino que me haces venir a un banco a la sombra frente a tu casa. ¿No hubiera sido más fácil que me invitaras a un cafelito en ella?

—No, acompáñame. —La levantó casi a la fuerza, dejando abandonado el tan necesario café.

—¿Qué haces? —preguntó Elena al verse arrastrada detrás de unos setos.

—Ven aquí y agáchate.

Las dos se encogieron detrás de unos setos. Desde allí no oían, pero sí veían bien a Jesús, que llevaba el carrito de su hija y estaba sentado en un banco, al parecer esperando.

—Bueno, ¿para qué me traes aquí? —Elena se quejó—. Veo a tu marido que ha salido a dar un paseo con tu hija.

—Chis —la hizo callar Irache—. Espera y verás.

Elena se quedó alucinada al ver que Irache sabía exactamente a qué hora iba a salir su marido de casa y que iba a encontrarse con alguien en el parque. Jesús estaba hablando con una chica que se sentó a su lado.

—Me cago en toda tu puta vida —soltó Irache bajito—. ¿Lo ves? ¡Este no sabe quién soy yo!

Elena abrió la boca de par en par, para luego reprender a su amiga.

—Tía, me la pela quien seas, pero ¿crees que lo más normal es hacer lo que estamos haciendo?

—Joder, ayúdame. Es el amor de mi vida.

—Céntrate —le dijo Elena, intentando apartar un helecho que se le había metido en el ojo al mirar a Irache—. Solo ha…

—¿Qué? ¿No lo has visto? ¿No lo ves? —Señaló a su marido hablando con aquella chica joven.

—A ver, Irache, que la última vez que intentarais follar os pillara tu madre, no quiere decir que tu marido vaya a encontrarse con otra.

—Y una mierda «pa'ti». Que no, que está harto. —Escupió una hoja del helecho que se le había metido en la boca al moverse—. Que es de los que tuvo un hijo y se dio cuenta de que no era lo suyo.

Elena estaba intentando no salir de detrás de aquel arbusto, donde las hojas, las ramas y demás se le estaban metiendo más allá de lo que cualquier mujer sin vaselina aceptaría.

—Estoy a punto de salir y decir «¡Hola, Jesús, ¿cómo estás?!».

—Si lo haces, juro que haré de tu vida un puto infierno. —Irache la miró con tal expresión, que a Elena se le helaron los pocos pelos de las piernas que aún no tenía fríos.

—Tranquila, querida —puso su voz más profesional—, solo intento no estar al lado de una tía que se dedica a lo que se dedica y está a punto de la esquizofrenia.

—Esquizofrenia mis cojones. —Irache se puso en pie un segundo, pero Elena la enganchó por la cinturilla del pantalón y la obligó a volver a comer musgo.

—¿Quieres dejar de hacer el gilipollas? —Se quejó—. Hostia ya, tía. He quedado con tíos del Tinder en sitios más tétricos que este, pero te juro que…

—¿Qué? ¿Qué? —se envalentonó Irache con el culo lleno de césped.

—Que eres gilipollas, punto. Estás frente a tu casa, él está sentado en un banco con tu hija en la sillita y ella está…

—Está mirándolo con ojitos. ¿O no lo ves, Elena?

—Irache, ¡que tu marido está bueno de cojones! Sí, eso lo sabemos. Pero ¿lo ves capaz de echarle el ojo a una tía así? —A Elena solo le faltaba arrancar un montón de hojas y metérselas por la boca.

—¿Cómo que así? —Irache miró a su amiga como si hubiera visto un fantasma—. Joven, guapa, tetas tersas, mirada traviesa, manos de…

—Te juro que no te doy una hostia porque fijo que me la devuelves y me revientas… —Elena ya estaba perdiendo la paciencia.

En ese instante sonó el teléfono de Irache.

—Cógelo —le ordenó su amiga.

*

—¿Quién es? —Irache respondió al teléfono de mala manera.

—Yo, soy yo —respondí, oyendo lo cabreada que sonaba mi amiga.

—Me alegro de que seas tú, Alina. ¿Qué pasa?

—Alina, sácame de aquí —dijo de pronto Elena. Le debía de haber quitado el teléfono a Irache, a la que oyó intentar quitarle el aparato, cosa que no consiguió, porque Elena siguió hablando—: Está loca, me ha hecho seguir a Jesús porqué cree que tiene un *affaire*.

—¿Qué? —casi grité.

—Pues eso, que llevo detrás de un seto media hora y creo que en breve me voy a convertir en una baya.

—Trae —Irache recuperó su teléfono—. Alina, no podemos seguir hablando. Estamos en medio de un operativo.

—¿Operativo? —Me quedé mirando la pantalla del móvil, de repente mudo.

*

—Estás gilipollas. —Elena finalmente le dio una colleja.

—Cállate, que están mirando para aquí. —Irache la sujetó y la hizo volver a tirarse al suelo.

—Frufrasfef ffdseetrfv. —Trató de zafarse ella, con la boca llena de césped.

—¡Calla! Se han despedido y no lo he visto —se quejó Irache.

—Pues —Elena se soltó de ella y se levantó enfadada— se habrán dicho adiós muy buenas.

—Continuaba alisándose la ropa—. Joder, esto me recuerda una escena que leí en un libro. Aunque ellas eran tres drag queens y había un coche fantástico…

—¿Qué dices? —Irache la miró con cara de loca—. Pero ¿no te has dado cuenta de que han quedado para follar? —Su cara se transformó por completo y se echó a llorar—. ¿No ves que nosotros somos incapaces? No me quiere, Elena, necesita sexo y tiene que buscarlo con alguien de fuera.

Se lanzó a los brazos de su amiga y Elena la abrazó, pero estaba segura de que todo lo que habían visto allí era mera especulación. Seguro que Jesús era incapaz de irse con otra mujer sin antes hablar con Irache.

Madre mía, madre mía…

Capítulo 18

Qué grandísima hija de la gran puta.

Sabía yo que me iba a montar alguna, tanto buen rollo, tanto tiempo dorándome la píldora y en el momento en que menos me lo esperaba, ahí estaba de nuevo, jodiéndome la vida. Además, justo el fin de semana en que íbamos a lanzar ya nuestra web.

Dos meses de trabajo, dos meses guardando ropa interior, para que justo ese día al entrar en la oficina me dijeran eso. Joder, qué putada. ¿Qué cojones iba a hacer yo el fin de semana en Santander? ¿Me lo podía explicar alguien? No, claro que no. Resultaba que la señorita tenía familia en aquella ciudad y convino con la empresa marcharse el viernes para así poder pasar con ellos el fin de semana antes del congreso.

Ahora resultaba que había llamado diciendo que estaba malísima, con fiebre alta y que no podía ir. Claaaaaaaaro, ¿y qué pasaba? Pues que la tonta de Alina ha sido enviada al congreso, pero sin cambiar los billetes. Ni el horario, ni mucho menos el día. ¿La excusa? Que ya no había billetes libres. Además, me habían metido en un hostal fuera de la ciudad, porque el fin de semana mi amada compañera se iba a quedar en casa de sus familiares. Así que yo no solo tenía que estar sola en Santander, sino que además tenía que irme a dormir a un pueblo cercano y a un pequeño hostal.

¿Qué iba a hacer yo allí? Me tocaba estar con mi hijo, me apetecía muchísimo, íbamos a tener un fin de semana de cine, juegos y una fiesta de cumpleaños que le hacía mucha ilusión, la de su mejor amigo.

Pero nada, no pasaba naaaaaaaaaada. Allí estaba yo, haciendo la maleta para marcharme cinco días, aunque el congreso solo duraba dos, y montando la de «sandiós» para que Diego pudiera estar con su padre, además de echar mano de mis padres.

Suspiré en el momento en que la maleta se cerró. Mi avión salía a las diez de la noche. Todo muy chulo, llegar casi de madrugada, buscar un taxi y largarme a dormir y a no hacer nada durante dos días. La verdad era que, aunque sonaba bien eso de descansar, me apetecía tanto como que en ese mismo momento me extirparan el apéndice.

Mi transporte había llegado, eso era lo que decía mi aplicación del móvil. Así que cogí la chaqueta y cerré la puerta. Allá que me iba, para pasar el mejor de mis fines de semana (nótese el sarcasmo en esta última observación).

Todo el lío del billete, pasar controles y llegar a la puerta de embarque fue casi como un regalo, si pensaba lo que iba a tener que pasar después, sí, aquellos dos días aburridos.

Madrecita del santo zapato plano en un día de boda, sabía que no podía ser que todo estuviera yendo tan rodado a la hora de entrar en el avión y que este saliera a su hora. No llevábamos más de veinte minutos de vuelo y aquel aparato comenzó a moverse más que la coctelera de Karen Walker, la de *Will y Grace*. Tanto que, si en un principio pensé en pedirme algo para cenar, deseché la idea de inmediato, sobre todo por el bien de la ropa de mi compañera de asiento.

No solía darme miedo volar, los aviones se mueven, mucho a veces, pero en esa ocasión estaba comenzando a ponerme nerviosa. El aparato se balanceaba de un lado a otro y el color de cara de la chica que me acompañaba no pasaba por su mejor momento. Yo, que ya me olía lo que iba a pasar, busqué en el bolsillo del asiento delantero la bolsa de papel «pa las potas», como decía Diego, y se la di. Fue dicho y hecho, todo para fuera. Pobre chica, qué malita estaba.

—¿Mejor? —me salió del mismísimo corazón preguntarle, aunque tenía cara de pocas respuestas.

—*Malena, stai meglio?* —dijo el hombre que se encontraba sentado a su otro lado, en el asiento del pasillo.

No había reparado en él, la verdad era que nada más entrar en el avión me puse los cascos y miré por la ventanilla hasta que pude encender mi música. Pero ahora que lo había visto, podía decir que estaba muy, muy, muy bien. Vamos, que, si aquella mujer no lo quería, me lo llevaba yo a casa para contarle un par de cosas interesantes sobre la anatomía humana. Sí, tal como había aprendido con Ander. «¿Hola, Alina? ¿Por qué piensas en Ander ahora mismo, mientras miras a este pedazo de tío?»

—Sí, Donatello. —Mis pensamientos se deshicieron al oír a la mujer dirigirse a aquel dios romano—. ¿Me pasas una toallita?

—Toma, Vulcano. —Él se la dio, y también una botella de agua, con una sonrisa en los labios.

—Gracias. —Bebió un poco, no se la veía para muchos trotes.

Se volvió a mirarme después de asearse un poco. —Muchas gracias por la bolsa, no llevo muy bien el tema de los bamboleos.

—Le pasa a mucha gente, no te preocupes. Pero temo que el viaje va a ser movidito, así que, si tienes algún tipo de pastilla antimareo, mejor que te la tomes.

Fue decirlo y apareció una mano masculina delante de su rostro con una pastilla.

—Malena, te dije que te la tomaras antes de subir.

Ella la cogió y se la tragó.

—Donatello, es un viaje corto, no quería llegar a Santander con cara de colgada.

Él le dio un beso en la sien y le cogió la mano.

No hablamos mucho más, porque el avión volvió a hacer un movimiento muy brusco y ella soltó un pequeño grito casi inaudible, al que le siguió un abrazo de aquel pedazo de tío con acento italiano.

Por un momento los envidié. Yo, si me moría en aquel instante, estaría sola…

Menos mal que el comandante habló por los altavoces y cortó mis pensamientos:

—Estimados pasajeros, les habla el comandante González del Valle. Debido a las condiciones meteorológicas en Santander, tenemos que desviarnos a Bilbao y aterrizar en el aeropuerto de Loiu. Gracias y sentimos los inconvenientes.

¿Los inconvenientes? ¿Hola? ¿Cómo cojones iba a ir yo a Santander a las doce de la noche? Aquello no podía estar pasándome a mí. No tenía que haberme sucedido, a la indeseable de mi compañera sí, era ella la que tenía que estar en aquel asiento, sufriendo. Si es que la vida se había empeñado en joderme y no sabía cómo hacerlo…

Oleeeee, otra montañita rusa. Me daba a mí que como aquello siguiera así, les íbamos a hacer la ola a los pilotos. Qué penita me estaba dando la pobre chica sentada a mi lado. Si ya lo estaba pasando mal, con la noticia tenía que estar flipando.

Tardamos un poco más en llegar al aeropuerto de Loiu y comenzamos a descender para aterrizar de una puñetera vez. Íbamos tan rápido que pensé que más que tomar tierra nos la íbamos a comer a cucharadas. Madre mía, cómo bajaba el piloto, cómo sonaban los motores, cómo se meneaba el aparato… ¿Cómo volvíamos al aire? Pero al aire, aire. Estábamos volviendo a despegar como si estuviéramos saliendo de Madrid. ¡Venga ya! ¿Y ahora qué?

Minutos más tarde, el comandante habló de nuevo por los altavoces.

—Estimados pasajeros, lamentamos el suceso anterior. Hemos intentado tomar tierra en el aeropuerto de Bilbao, pero el viento del sur, el ostro, nos lo está impidiendo. Así que finalmente aterrizaremos en el aeropuerto de San Sebastián. Lamentamos los inconvenientes ocasionados.

¿Inconvenientes ocasionados? Y una mierda pinchada en un palo. Pero ¿qué cojones era aquello? ¿Qué iba a hacer yo? ¿Un coche? ¿Un taxi? Sería como la guerra… El primero que llegase se llevaría un coche alquilado… Maldita idea facturar la maleta, ahora sería de las últimas en recuperarla y me quedaría como los mocos colgando, con el asco que me dan.

Pues allí estaba yo, mano sobre mano, esperando que mi maleta saliera por la cinta del aeropuerto de San Sebastián y nada, todo el mundo ya se iba corriendo a su lo que fuera, mientras yo andaba mirando casi todas las aplicaciones para alquilar un coche, coger un taxi o pillarme un cabify o un uber. Pero nada. Lo que más podía acercarse a lo que necesitaba era un vehículo que podría llegar al aeropuerto y recogerme en tres horas.

Miré el reloj y lo único que me apetecía era mandarlo todo a tomar por culo y, como Tom Hanks en la película *La terminal*, quedarme durmiendo en cualquier rinconcillo, recogiendo los carritos y viviendo de panecillos con kétchup. Sí, todo muy idílico, hasta que vi que solo era la una de la madrugada.

Respiré hondo y después de recorrerme un par de puestos de coches de alquiler, no siempre hay que fiarse de las cosas online, me di por vencida. No sabía qué podía hacer, aparte de esperar al primer autobús que pasara por la mañana para ir a Bilbao. Que sí, que podría haber hablado con alguno de los pasajeros, pero los que estaban a mi lado no pudieron echarme una mano, ellos habían alquilado una moto. ¿Una moto? Bueno, mira, allá cada uno con sus locuras.

Salí enfadada de la terminal, aunque no debí hacerlo, porque hacía un frío de mil carajos, pero joder, necesitaba tomar un poco de distancia de mis ganas de ponerme a gritar allí en medio, cosa que podría ser interesante si luego me llevaban a pasar la noche al cuartelillo, o bien quemar algún coche, que eso no lo veía tan claro, por lo de que tenía un hijo y el pobre no se merecía una madre con antecedentes penales o lo que fuera. Así que lo mejor era eso, salir y respirar un poco…

Caminé deprisa, con ganas, eso sí, de darle una patada a la maleta con tal de descargar un poco de adrenalina, que llevaba demasiada acumulada desde la mañana con la buena noticia del viaje. Lo del cambio de aeropuerto estoy segura de que fue el karma, que me castigaba.

Sin saber adónde ir, crucé la carretera frente a la puerta de «Salidas», admito que pensé en mi amiga Elena intentando reírme un poco, y me adentré en territorio comanche, o, lo que es lo mismo, en lo desconocido del aeropuerto de San Sebastián.

La incursión me acercó a una máquina de esas en las que metes el tique del aparcamiento. No estaba sola, me di cuenta de que había un hombre allí. Me di la vuelta intentando que no me viera, por ese miedo ancestral que tenemos, sobre todo las mujeres, a la oscuridad, a la soledad y a un hombre.

—¿Alina? —preguntó una voz conocida.

Hacía ya un par de meses desde aquella última noche, y no nos habíamos vuelto a ver, pero esa profundidad calaba bien hondo. Respiré un par de veces, pensé, como es lógico, que todo era fruto de la asquerosa de mi imaginación, que no hacía más que darme disgustos. Y si no, me cagaba en mi puta suerte. En serio.

—¿Eres tú, Alina?

Vale, a la segunda no pude más que darme por vencida, me volví y mi temor no era infundado, era absolutamente real. Allí, frente a mí y a contraluz, estaba Ander, aquel médico vasco que se había metido hasta lo más hondo de mí, no quiero comentarios a esto, a pesar de que fui yo quien decidió que ya no más (y quien lo reconozca, sí, es Mecano). Ya os he dicho que en el peor de los momentos mi mente me hace pensar cosas muy raras. ¿A qué venía todo eso teniendo a Ander delante? Pues no lo sé. Pero lo que venía después tampoco os creáis que iba a ser mucho mejor.

—¿Qué haces aquí, Ander? —¿Lo veis?

—La pregunta no es qué hago yo aquí, sino qué haces tú aquí —soltó con un ligero tono contrariado—. Creo que olvidas que soy de San Sebastián, pero puedo entenderlo… después de tanto tiempo.

Eso había sido un zasca innecesario, ¿verdad? Decidme que sí, por favor. Creo que me estaba poniendo muy nerviosa, ya ni siquiera la adrenalina corría por mis venas, ni la sangre… Madre mía, qué de malas casualidades.

—Ehhh. —«Venga, va, responde», me dije—. Pues nada, que el avión que iba de Madrid a Santander ha tenido que desviarse y ahora ando por aquí.

—Ah. —Me miró con unas llaves en la mano, a las que yo eché el ojo como si fueran un par de huevos fritos en tu día libre de la dieta.

—¿Y tú qué haces aquí? Qué casualidad, ¿no? —sonreí de medio lado, mirando intensamente las llaves. Sí, un poco aprovechada sí que soy.

—Ya te lo he dicho, soy de San Sebastián y mi avión ha llegado hace media hora. ¿Necesitas algo más de mí?

Sí, se lo veía un poco tenso conmigo, no lo culpaba.

Era posible que su novia lo estuviera esperando.

—No, nada. Lo siento. —Me di la vuelta para marcharme a vivir mi aventura a lo Tom Hanks. Me lo merecía por gilipollas.

—Necesitas ir a Santander y no hay ni un coche libre, ni taxis y mucho menos autobuses. ¿Cómo lo vas a hacer? —Se acercó a mí.

—Pensaba pasar la noche en el aeropuerto y a primera hora ir en bus a Bilbao. Allí ya me apañaría. Me ha sido imposible encontrar nada en San Sebastián. —Me miré la punta de los zapatos, comiéndome el poco orgullo que me quedaba.

—Lo sé, hay un congreso internacional de cardiólogos. —Me miró altivo.

—Ah, ¿por eso estás aquí?

—No, estoy aquí porque vengo a ver a mi gente; además yo soy neurocirujano, ¿recuerdas?

No dije nada más, creo que la vergüenza me estaba carcomiendo de tal manera que el rojo carmesí de mi rostro comenzó a parecerse más a la luz de un faro en medio del Golfo de Vizcaya que a la piel de un ser humano normal y corriente.

Ni me despedí al darme la vuelta para marcharme por donde había venido, con toda la mala leche que mi cuerpo quería destilar. Pero que al final se quedó en una mierda pinchada en un palo, porque encontrarme con Ander me había dejado helada. Y lo peor de todo era que, no sé por qué, recordé una cosa que decía Elena que no venía a cuento, pero que tal vez podría ayudarme en mi batiburrillo mental y era que existen cuatro palabras preciosas en nuestro idioma «ya te lo dije». Aunque las deseché al momento. No podía estar pensando tanto en él, aunque apareciera en el lugar más inesperado.

Eché a andar con mi maletita, cuando…

—Sé que no tienes dónde dormir, ni siquiera dónde poder ir. Ven conmigo, podrás pasar la noche y mañana, en cuanto te despiertes, si quieres te llevo.

—Debería decir que no, Ander —respondí sin pensar.

—Probablemente, pero si dices que no, no sabes cuándo vas a llegar a Santander. Además, como ya has visto, no hay ni un hotel libre en San Sebastián.

Su voz me parecía aún más profunda de lo que recordaba, pero es posible que la culpa tuviera la frialdad que me estaba demostrando.

Bajé la mirada, no me atrevía a enfrentarlo, y le respondí.

—Sí —tan bajo que no me oyó.

—¿Qué has dicho, Alina? —Se acercó lo suficiente para que su olor volviera a inundar mis recuerdos.

—Que sí, Ander. Que acepto…

—Hubiera sonado tan bien en otro momento… —soltó entre dientes, pero lo oí y levanté la mirada.

Los dos nos quedamos enganchados por un momento, es posible que solo fuera un momento, pero me pareció una eternidad. Tanto que se me puso la carne de gallina y un escalofrío recorrió mi espalda.

Capítulo 19

«A este le voy a dar la noche», pensó Elena, rompiendo una de sus reglas al llevarse a uno de sus ligues a casa. Su único propósito era fastidiar a su vecino y devolverle las varias noches en las que no había podido dormir por culpa de sus encuentros amorosos.

Lo había premeditado, sabía seguro que aquel pesado de Mario estaría en casa, así que, sin darle muchas vueltas, después de tomar algo con el pobre incauto de turno, lo invitó.

—Es muy bonita tu casa —comentó el pobre chico.

—Sí, ¿verdad? —Elena lo llevó directo a la habitación.

—¿No vamos a tomar nada antes? —preguntó su víctima.

—¿No crees que ya hemos tomado suficiente? —Elena se lanzó del todo.

Le quitó la camisa, para después dejar que sus manos bajaran a la hebilla del cinturón. Él, sin posibilidad de poder debatir su posición en aquel momento, se abalanzó sobre ella, tirándola en la cama.

Elena sonrió por dentro, ya que pensó que, aparte de molestar a su vecino, podría pasar una buena noche de sexo.

Sudor, suspiros, labios unidos, gemidos que llenaban la habitación por completo y hacían que el calor de la estancia llegara a extremos insospechados.

—¿Tienes un condón? —le preguntó el chico.

—Sí, voy. —Elena abrió un cajón de su mesilla y sacó algunos—. Pero deja que sea yo quien te lo ponga.

—Como quieras, ya veo que eres de las que les gusta llevar el mando.

Efectivamente. Elena se puso encima de él y sujetándose bien al cabecero de su cama, comenzó el espectáculo. Bamboleo para un lado, bamboleo para el otro. Bien agarradita para que aquello diera golpes en la pared…

Sonreía mientras el chico se vestía para marcharse a su casa. Pobre de él, pensaba que la felicidad en el rostro de la chica que había conocido en Tinder era por lo bien que lo había hecho. Lástima, Elena sonreía porque sabía que había pasado más de media hora jodiendo a su vecino de al lado.

Al fin y al cabo, ¿no se trataba de joder?

*

Irache miraba triste el teléfono móvil. Estaba en el trabajo, deseando que llegaran ya los primeros albores de la mañana para marcharse a casa. Llevaba dos meses con la mosca detrás de la oreja. Si bien era cierto que Jesús estaba extrañamente más cariñoso con ella, ¿culpabilidad?, no lo había pillado en ningún renuncio. Hacía lo de siempre, no había cambiado ningún habito. Algo fallaba, pero no era capaz de encontrar la pieza exacta que faltaba…

Volvió a mirar el reloj del móvil. Aún eran las dos de la madrugada.

*

Miré al conductor, Ander. Su mirada estaba puesta en la carretera y no hacía ni el esfuerzo de volverse para saber si yo aún estaba a su lado o era como esos espectros de carretera que piden subir al coche y, en la curva exacta, dicen: «Ahí me maté yo» y desaparecen. Nada, no existía.

Lo peor de todo eso es que me estaba imaginando durmiendo bajo el mismo techo que él y sin hablarnos. ¿Por qué el destino se empeñaba en hacerme estas cosas? ¿No fue ya suficiente lo de la bromita del Tinder/noTinder? Suspiré y ni se inmutó. Cogí el móvil a ver si Irache me podía contestar o algo.

¿Hay alguien ahí?

¿Ya has llegado a Santander?
Has tardado mucho, ¿no?

Hola Irache. Sí, una odisea. He acabado en el aeropuerto de San Sebastián por el mal tiempo.

¿San Sebastián?

Elena entró en la conversación.

¿Tú no estabas de fiesta?

Sí, pero ya se acabó. Estoy en mi cama, de relax.

Alina, si estás en San Sebastián, ¿cómo vas a hacer para llegar a Santander?

Ahí está lo bueno. Irache, Elena, si no estáis sentadas, sentaos.

Ya te he dicho que estoy en la cama.

Insistió Elena.

Yo en el despacho.

Estoy en el coche con Ander camino de su casa…

¡¿QUÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉ?!

Irache casi se queda sin espacio en la pantalla.

Nos estás vacilando.

Elena hasta adjuntó un GIF de un muñeco sacando el dedo anular.

Os juro que no, que todo ha sido muy raro. Me he quedado tirada,

ni coches, ni autobuses, ni taxis… nada de nada. Y cuando he salido a tomar el aire para pensar, he visto a un tío en la oscuridad y me he dado la vuelta, a ver si era un sádico o algo. Pero no, me ha visto él a mí y me ha hablado. Bastante borde, por cierto.

Hija mía, menos mal que solo querías un pincho de una noche, que si lo quieres para novio ya tendríais tres hijos como poco.

Soltó Elena flipando.

Me estás dejando a cuadros ¿Y te ha invitado a su casa?

Irache metió baza.

Sí. Y mañana me llevará a donde necesite.

Este te va a llevar al huerto, verás tú.

Soltó Elena. Decidí cambiar de tema.

Oye, a todo esto, Irache, ¿has vuelto a saber algo más?

No, Jesús está igualito que siempre. Un poco más cariñoso y risueño, aunque no sé si tiene que ver con su cumpleaños o con lo que sea. Pero no lo he pillado en ningún renuncio.

¿Lo ves loca del cencerro? Ya te dije yo que lo que veías, muy real no era.

Respondió Elena.

Tú estabas conmigo.

Se quejó Irache.

Y tú estabas histérica…

—Alina —por primera vez Ander me dirigió la palabra—, ya hemos llegado.

Chicas os dejo, acabamos de llegar.

Guardé el móvil en el bolso y me quité el cinturón de seguridad.

Había estado tan ensimismada en la conversación vía telefónica que ni siquiera sabía dónde estábamos. Pensaba que aquel hombre sería un urbanita de pro, pero me quedé un poco pasmada, pues parecía que estuviésemos en medio de la nada y lo que se veía al fondo era un típico caserío vasco.

Miré por la ventanilla y luego a él. Lo hice un par de veces más, intentando saber si en realidad lo que hacía era llevarme a algún pequeño hostalito con encanto que conocía, para después marcharse.

—Sí, Alina, puedes bajar. Ya hemos llegado a mi casa.

—¿Tu casa? —Lo miré levantando una ceja.

—Sí, esta es la casa donde viven mis padres. Antes residían en el centro, pero desde que se jubilaron y vendieron la ferretería, prefirieron la tranquilidad de las afueras.

Demasiada información personal, pensé. «No quiero saber nada de tu familia, ni de su profesión, ni de la actual situación de tus padres. ¡No quieroooo!» Cerré los ojos y abrí la puerta del coche.

—¡Joder! —solté nada más poner los pies en el suelo.

Noté que mis zapatos estaban metidos en algo mullidito y húmedo. Un tipo de ¿barro?, al menos eso quería creer, que estaba haciendo que empezara a perder el equilibrio por segundos. Me estaba hundiendo, aquello estaba frío y mojadoooo.

—Dame la mano. —Alargué la mano hacia la voz de Ander—. Acabas de meter los pies en una caca de vaca.

—No sabes la ilusión que me hace oír eso —respondí.

—Estamos en un camino rural, lo más normal es que algunos pastores saquen las vacas a pastar.

—Ahora me dirás que eres un chico de campo reformado —dije, mientras él tiraba de mí y me ponía en otro sitio sin cacas.

—No, como ya te he dicho, soy un chico de ciudad, cuyos padres, al jubilarse, se han ido a un lugar más tranquilo —me contestó, para después darme la maleta y él coger la suya—. Eso sí, te pediría que los zapatos los dejes en la entrada.

—Tranquilo, los zapatos pensaba quitármelos ahora mismo y tirarlos a la basura —dije con cara de asco, y él se rio. ¡Se había reído!

—Anda vamos, ya te diré dónde dejarlos.

—¿Tus padres están en casa? —Abrí los ojos de par en par.

—No, tienes suerte. Llegan mañana por la mañana, tenían el cumpleaños de mi *osaba.*

—¿Tu qué? —Mira que yo el inglés lo controlaba, pero aquella palabra… ¿«Osaba» Bin Laden? ¿El malo?

—Mi tío, *osaba* es «tío» en vasco. Vamos, camina que hace frío.

—Sí, mejor.

Eso, mejor, porque si no mi cerebro iba a comenzar con las tonterías y era capaz de decir cosas que no debería.

Dejé los zapatos en la puerta de entrada y, la verdad, al pasar al interior de la vivienda me llevé una sorpresa. En el lugar hacía una deliciosa temperatura y los suelos eran de madera. Estaba decorada de manera sencilla, pero con aquel toque cálido que solo es capaz de darle una madre.

—Imagino que tendrás hambre, ¿no?

—No te preocupes, Ander, no quiero molestar y mucho menos que tengas que hacer algo en la cocina. —Tiré de la maleta hasta dejarla en un lado de la pared para quitarla de en medio—. Mañana me iré y así no te molestaré más.

—Alina, mi madre me ha dejado comida —sonrió—. Y como buena *amatxo* que es, tendré cena para tres días.

Me encogí de hombros y me quité la chaqueta. Si ya estaba allí, qué más me daba cenar, no cenar, irme a la cama a dormir o a mirar el techo. Al día siguiente era sábado y no tenía nada que hacer más que intentar llegar a Santander y aburrirme como una ostra. Por lo menos ese día podría… «¡Alina! ¡Alina! Paraaa. Para el carro. ¡Quieto, Magdalenoooo! Espero que no estuvieras pensando en eso. ¿O sí? ¿O no?»

—¡Eh! —El vozarrón de Ander me despertó.

—¿Qué? Dime.

—Que si quieres un poco de vino —preguntó desde lo que parecía la cocina, a la que me dirigí.

—Bueno, de perdidos al río —solté.

—Cuidado, no te emborraches y quieras hacer cosas que no se deben en un caserío en medio del monte —me vaciló mientras abría una botella y calentaba ya la comida en el microondas.

—En medio del monte… —me quedé pensativa un momento.

—Sí, en medio del monte. El vecino más cercano está a cinco minutos —y puso una cara imposible de descifrar.

—Me quedo muy tranquila pensando que estoy en medio de la nada con un cirujano. —Cogí la copa que me ofrecía y después de darle un sorbo continué—: Sobre todo por eso de saber despedazar un cuerpo de manera perfecta y esparcirlo por ahí. Por cierto, ¿alguna granja de cerdos cerca, para echar los trozos?

No dijo nada, solo levantó una mano y señaló en una dirección indeterminada.

—Mucho más tranquila. —Seguí bebiendo, con tal de no pensar más tonterías.

—En realidad, yo me refería a otro tipo de tonterías. —Dejó la comida en la mesa.

—Ander…

—Alina… ¿Me ayudas a poner la mesa? —cambió de tema de golpe.

Cenamos un riquísimo pescado con verduras. Repetí un par de veces de lo bueno que estaba y, tal como había dicho Ander, las porciones de comida eran gigantescas. Una madre siempre es una madre y para ellas sus hijos siempre comen demasiado poco.

Recogimos la mesa sin mucha conversación. El reloj señalaba casi las tres y media de la madrugada. Demasiado tarde para estar ya despiertos y mucho más para estar de cháchara.

—Ander, no quisiera ser maleducada, pero…

—Tranquila, imagino que debes de estar agotada. Ven.

Cogí mi maleta y lo seguí escaleras arriba. Imaginé que aparte de su habitación y la de sus padres tendría alguna de invitados. Sobre todo, por el tamaño de la casa. Y efectivamente no me equivocaba, me abrió una puerta y entró después de mí.

—Puedes dejar tus cosas donde quieras. El baño está fuera, al final del pasillo.

—Gracias por todo, Ander —le dije, mirando cómo se marchaba.

—Alina —se apoyó en el marco de la puerta—, siento haber sido tan borde. No esperaba volverte a ver y la verdad es que…

—Tranquilo, lo comprendo. A mí me… —Me quedé sin palabras. No era verdad, a mí me dio un vuelco el corazón, pero eso no podía decírselo.

—Buenas noches, Alina, descansa.

—Buenas noches.

Cerró la puerta tras de sí, dejándome sola con mis pensamientos. Y ellos solo me llevaban a uno… dormir.

Capítulo 20

El teléfono sonó demasiado temprano. Tuve que sacar la mano de debajo de aquel edredón tan comodito y caliente para palpar por la mesilla y ver si encontraba el móvil. Tardé unos segundos en dar con él y después miré la pantalla con cara de panda desarropado.

Era Elena, así que abrí el mensaje para leerlo.

Chicas, hoy comenzamos nuestra andadura como empresarias. Hoy lanzamos nuestra web «conbragasyaloloco.com». ¡Viva nuestra nueva vida empresarial!

La primera en responder fue Irache.

Buenos días a ti también, querida mía, salgo del trabajo y me voy a la cama. ¿No has dormido en toda la noche o qué?

Me ha costado un poco. El cabrón de mi vecino ha puesto la música alta desde las ocho.

Alina lo mismo está descansando después de una noche loca.

Pues no, queridas, me acosté a las tres y media, pero no me habéis dejado dormir. Tengo mi propia habitación, que lo sepáis, y cada uno ha dormido en su cama.

Madre mía esta chica, no haremos carrera con ella.

Elena volvió a meterse conmigo.

Bueno, chicas, enhorabuena por nuestro trabajo. Nos ha costado mucho reunir bragas marranas. Siento no estar ahí para brindar esta tarde un ratito.

¡Ja, ja, ja! No te preocupes, podremos soportar que no estés aquí.

Bromeó Elena.

Os dejo, me voy a dormir ya. Apago el móvil y cuando me despierte echo un ojo a los números de la web y a ver si la publi que hemos hecho funciona.

Se despidió Irache.

Yo me voy a matar a mi vecino o algo. Parece la guerra, tía. Ayer me follé a uno y me pasé el rato dando golpes con el cabecero. Ahora va el cabrón y música a tope.

Hija, pues es lo que te mereces.

Si das, recibes…

Y tú fóllate a Ander. Es una señallllllll

y así luego traes las bragas, que de estas «after sex» tenemos pocas.

Adiós.

Borde.

Me tumbé un poco más en la cama. Estaba realmente cansada y, aunque no pensaba levantarme a las mil, sí un poquito más tarde. Ni siquiera habían dado las nueve de la mañana. Tenía dos opciones: o me daba la vuelta y desaparecía de la tierra de los vivos, o me levantaba, me daba una buena ducha y esperaba a que Ander se despertara.

No oía ruidos. Todo estaba muy calmado, así que imaginé que aún no habría nadie en la casa y que él estaría descansando en su habitación. La verdad era que no me apetecía demasiado salir de debajo del edredón, pues el ambiente parecía estar fresco, pero no me quedaba más remedio si quería darme una buena ducha.

—¡Joder!

Qué frío estaba el suelo, tanto es así que se me pusieron los pezones duros como piedras, vamos, como para cortar cristal, y eso que llevaba un pijama de los calentitos. Poco sexy, pero muy mullido por dentro.

Revolví en la maleta y cogí todo lo necesario para ir al baño, hasta toallas me había llevado, intuyendo el sitio infecto donde me habrían metido para pasar el fin de semana. Así que saqué el hocico por la puerta y caminé hasta el cuarto de baño.

Silencio, mejor.

Me metí dentro y de cabeza al agua, que hacía mucho frío por aquellos lares. Al momento comencé a disfrutar de un desperezador chorro caliente. Dejé que mi mente vagara un poco por todo lo sucedido desde el día anterior, sobre la suerte, o no, de haberme encontrado a Ander y su ofrecimiento de quedarme en casa de sus padres.

Creo que todo era posiblemente un plan urdido por mi ángel de la guarda para fastidiar todos mis planes. Sí, y lo digo así de claro, porque durante aquellos dos meses que no había visto a Ander, había tenido la mala suerte de no dejar de «verlo» en mi mente. También en mi aplicación de Tinder, que no, no me había quitado aún con tal de ver su rostro, y en la cara de Elena cada vez que hablábamos de follar. Porque sí, tampoco había vuelto a hacerlo desde aquella última vez. Soy así de rara. Pero, por otro lado, ¿qué era lo que yo quería hacer con él? ¿Me estaba siquiera planteando nada? ¿Y si el destino nos había unido para…?

«Para nada, Alina. —Me enjuagué el pelo y continué hablando conmigo misma—. Tú cerraste esa puerta hace dos meses. No querías nada más con él ni con nadie, solo querías estar contigo misma, así que ni siquiera deberías pensar nada. Ha sido un caballero, te ha ofrecido alojamiento y punto, puede que ahora hasta tenga pareja. Así que olvida…»

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh!

—Aibalaostia!

¡Joder! Que aquel no era Ander. Que había un tío en el baño meando, justo cuando cerré el agua y salí en pelotas por la toalla.

Que no se iba, que no dejaba de mirarme y encima seguía meando…

«¡Pareeee yaaaaaaa!»

Yo no hacía más que mirar de un lado a otro intentando encontrar la toalla. La tenía al lado, pero nos mirábamos sin saber qué hacer. La toalla, joder, la toallaaaaaaaa.

—No eres Ander —soltó él convencido.

—Mierda, ni usted tampoco. —Al final cogí la toalla y me envolví en ella.

—¿Qué pasa aquí? —Ander entró en el baño aún en pijama—. *Aita*, ¿qué haces aquí?

—Tu *ama* está en el baño de abajo y yo no podía aguantarme. Pensaba que eras tú el que estaba en la ducha.

Yo estaba totalmente paralizada, sin saber qué hacer o qué decir. Menos mal que Ander tomó las riendas de la situación y agarró a su padre por el hombro, pues ya había terminado de hacer pis, y lo sacó del baño.

—Anda, sal. Deja que Alina se seque y ahora te lo cuento todo.

—Madre mía, qué vergüenza —pude decir al final, al ver que Ander se llevaba a su padre por el pasillo, aunque antes de marcharse del todo, se dio la vuelta y me guiñó un ojo.

Creo que tardé como mil horas en conseguir borrar de mi cabeza la imagen del padre de Ander meando con toda tranquilidad en su cuarto de baño, pensando que era su hijo el que estaba en la ducha. Entiendo que la prisa hiciera que no viera que la ropa que allí había era de mujer… pero leches, que unas bragas son unas bragas y yo suelo llevar tanga.

Llamaron a la puerta de la habitación y le di paso a quienquiera que fuese, lógicamente pensando que sería Ander. Pero podía esperarme cualquier cosa.

—¿Estás visible? —oí su voz.

—Sí.

Entró con una sonrisa traviesa en los labios:

—Menos mal que ya estás vestida.

—Ander, quiero morirme de vergüenza. Primero, estar en tu casa cuando no debería. Y segundo, que tu padre me haya visto en pelotas antes que tú…

¡Ostras! ¿Acababa de decir eso? Notaba cómo me estaba subiendo la sangre a la cara. Me estaba poniendo colorada.

—¿Es que pensabas desnudarte delante de mí?

—Bueno, ya sabes —carraspeé un poco—. Tú ya me entiendes. Los dos, tú y yo ya hemos. Vamos…

—Tranquila, Alina, que te he entendido —sonrió.

—Repito, quiero morirme de vergüenza. No pienso bajar al salón nunca. —Lo miré—. Y si me sacas por la puerta de atrás, me meto en el coche corriendo, me llevas a Bilbao y así se soluciona todo.

Seguía sonriendo. ¿Cómo podía haber querido olvidar aquella cara? ¿Aquellos labios y aquella sonrisa? Ay, Alina, si todo en la vida fuera tan fácil como decir: «No quiero nada más contigo…».

Se sentó a mi lado en la cama, haciendo que despertara de mis ensoñaciones y pensamientos sobre su belleza y mi cabezonería.

—Venía a hacerte una propuesta mejor. —Me miró.

—Me vas a encerrar aquí hasta que se marchen —dije—. Estoy de acuerdo.

—Anda, calla un momento —posó una mano en mi rodilla—. Había pensado que te quedaras todo el fin de semana aquí, en mi casa. —Vio que abría los ojos de par en par—. Espera, espera. Si quieres te llevo a Santander, nos dejamos de tonterías de Bilbao y te acerco…

—Pero perderías mucho tiempo, con tu familia aquí…

—Alina, me marcho el miércoles, no tengo prisa, pero piénsalo. No tienes nada que hacer en Santander, palabras tuyas, y aquí por lo menos tienes a alguien conocido, a mí. Podía enseñarte San Sebastián y… bueno, no sé. Piénsalo.

Se levantó de golpe y, mientras caminaba hacia la puerta, añadió:

—Te espero abajo. Ya me dirás qué quieres hacer.

Cerró y se marchó, dejándome ojiplática, epatada o lo que viene siendo flipando en colores. ¿El fin de semana con él? ¿Qué era aquello? ¿Una declaración de intenciones? ¿Un ofrecimiento para quedar bien?

Tomé aire y volví a soltarlo. ¿Qué hacía? Si bajaba con la maleta le estaría diciendo que me llevase a Santander a pasar un aburrido fin de semana. Si me quedaba, ni siquiera sabía qué le estaría diciendo. Quizás no hacía falta que le dijese nada y Ander solo fuese un caballero de los de antes y quisiera salvar a la damisela en apuros. Y aunque la comparación no sea de las que más me gustan, era verdad que me había salvado de pasar la noche en el aeropuerto, durmiendo entre carritos de maletas, eso contando con que no lo cerraran, que no tenía ni puñetera idea.

«Sólo estaba siendo considerado, Alina —dijo mi otro yo—. Únicamente quiere ser buena persona. Acepta, si no, vas a aburrirte más que un manatí bajo el agua mientras duerme la siesta. Eso o te apuntas a un curso de surf en Santander, y con el frío que hace ahora mismo, fijo que te mueres en el agua.»

Me levanté con la decisión tomada. Cogí la chaqueta y bajé la escalera.

Oí movimiento en la cocina, platos, vasos y un delicioso olor a café recién hecho que me estaba haciendo revivir. Las voces eran varias, una de mujer, una de hombre y la de Ander. La que parecía más alterada era la de la mujer. Me quedé en el salón, esperando a que se calmara. Y aunque no entendía nada de la conversación, en ese instante me di cuenta de que estaban hablando de mí. Puse un poco más la oreja para ver si pillaba alguna cosa más tipo *chuletoak* o *kalimotxo*.

—Alina? Zein izen da hori…

Pero nada, no había manera de entender ni una palabra. Hasta que de pronto me dio la

sensación de que esa tía me estaba llamando zorrón. Eso sí que no…

—*Zorione afaltzera gonbidatu nuela.*…

Y Ander iba replicando con la voz bastante alterada.

Oí unos pasos y lo vi salir de la cocina hacia el salón.

Me pilló de pie en medio de aquella gran sala llena de muebles de madera.

—Alina —miró hacia la cocina—, perdón, no sé si…

—¿Tu madre me ha llamado zorrón? —pregunté sin cortarme un pelo.

A ver, estaban hablando en euskera y de ahí no se podía sacar nada en claro, seguro que podría entender mejor a un ruso…

Los ojos enfadados de Ander cambiaron de repente y del enfado pasaron al asombro, que hizo que de sus pulmones comenzaran a salir carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿Que me insulten? Pues a mí ninguna. —Hice amago de darme la vuelta y subir de nuevo por todas mis cosas, cuando noté su mano sujetándome la muñeca.

—No, Alina —con la otra mano se enjugó una lágrima que caía por su rostro congestionado de risa—, tranquila, estábamos hablando un poco exaltados, más bien mi madre, a la que ahora te presentaré, y ha salido el nombre de una persona: Zorione.

—¿Eso es un nombre? —pregunté mosqueada.

—Sí, significa Felicidad y es una antigua amiga mía. —Le cambió un poco el tono de voz.

—¡Hijo, ya está el desayuno! —dijo la voz de un hombre. Su padre… Qué vergüenza, madre.

—Vamos, Alina, que estoy un poco cansado del tema nombres. —Levanté un poco la ceja—. Déjalo y sonríe, que estás mucho más guapa.

No me soltó la mano y me hizo pasar a la cocina. Allí estaba sentado a la mesa su padre, me subieron los colores, y su madre de pie, con un plato en la mano. Yo solté la mano de Ander en cuanto ella me miró de arriba abajo. Me había sentido más vestida en la ducha con el padre que con la mirada que su madre me estaba echando en ese instante.

—Mamá, te presento a Alina. Una amiga de Madrid. —Miró luego a su padre—. A ti no te la presento, que ya la conoces.

—Sí, ya la conozco —se rio.

—¿Qué pasa? ¿Que aquí todo el mundo tiene secretos o qué? —se quejó la madre.

—Un placer —respondí, no sabiendo dónde esconderme.

—Siéntate a mi lado —me susurró Ander.

—*Esan beharko.*…

—Mamá —la interrumpió Ander—, ¿podemos hablar en castellano? Así nuestra invitada podrá participar en nuestras conversaciones.

Ella asintió de mala gana y se unió a nosotros a la mesa, con lo que parecía un dulce relleno de crema en la mano.

—¿Has traído *pantxineta*? —preguntó Ander.

—Nos la dio tu tía, hizo de más sabiendo que venías —respondió su padre con toda

tranquilidad—. ¿Café? —me ofreció.

—Sí, por favor. —Sentía la mirada inquisitorial de su madre, me estaba dando bastante miedo aquella señora.

—Aquí tienes leche y pan. Mantequilla, mermelada… —Ander ejercía de anfitrión.

—Gracias. —Observé mi plato, sin ganas de mirar a aquella recia mujer de pelo oscuro y facciones duras.

—Bueno, ahora que estamos todos sentados a la mesa, voy a hacer las presentaciones. Ella es mi *ama*, Nerea. Y él es mi *aita*, Txema. Ella se llama Alina y, como os he dicho, es una amiga de Madrid.

El padre sonrió cálido, mientras su madre seguía con aquella cara de pocos amigos que portaba desde que yo había entrado en la cocina.

—Encantada, espero no haberles molestado mucho. Su hijo me ofreció quedarme —intenté excusarme.

—Tranquila, Alina, puedes quedarte el tiempo que te dé la gana —dijo su padre.

—Muchas gracias, pero pensaba irme lo antes posi…

—Se queda hasta el domingo por la noche, que la llevo a Santander —me cortó Ander—. Tiene que ir a un congreso.

—¿A qué te dedicas? —preguntó el padre con amabilidad.

—Trabajo en una oficina, nos dedicamos a vender piezas para maquinaria agrícola. —Ander me miraba intrigado, pues sabía poco de mí—. Ya sabe, cualquier cosa que se rompa de la segadora, ahí estamos nosotros —sonreí a la vez que me encogía de hombros.

—¿Sabías que Zorione ha abierto su propia clínica? —metió baza Nerea, su madre.

—Me alegro por ella, espero que le vaya muy bien —respondió Ander antes de volver a mirarme—.Y tu responsabilidad en la empresa, ¿cuál es?

—Pues estoy en el departamento de ventas. Pedidos, facturación… Un poco aburrido, pero da de comer —sonreí al decir esa media verdad, pues sí tenía un buen sueldo.

—A mí me parece un trabajo interesante —el padre, Txema, volvió a hablar—. Nosotros nos hemos pasado toda la vida con la ferretería, hasta que me jubilé, así que lo mismo hasta tenemos tema de conversación.

—Posiblemente, rodillos tensores, clips de sujeción…

—Boquillas —aportó su padre haciéndome sonreír.

—Bueno, si ya habéis terminado de desayunar, a recoger, que tengo que limpiar la cocina y preparar la comida. Comes en casa, ¿verdad, Ander?

—No, *ama*, me voy a ir con Alina a que conozca un poco la ciudad.

Ella no dijo nada más, recogió su plato y lo puso en la pila con los demás.

—No os preocupéis, se le pasará —nos susurró Txema guiñándonos un ojo.

Ander se acercó a su madre y le dio un abrazo y un beso en la cabeza.

—Te quiero, *ama*. —Ella hizo un aspaviento echándolo de la cocina.

Yo no esperé a que Ander saliera de allí, me subí a la habitación a coger un jersey. El día se había despertado con niebla y aunque algunos rayos de sol se dejaban ya ver, siempre he sido muy friolera, así que, por si acaso. Me lo puse encima de la camisa que llevaba. Entre esas dos prendas, imaginé que iría abrigada, y si tenía calor, me quitaba el jersey y lo dejaba en cualquier parte.

—Alina —Ander asomó la cabeza por la puerta de la habitación—, ¿te quedas el fin de semana?

—No sé si me arrepentiré si digo que sí. Tu madre me odia —solté sin filtro.

—Mi madre odia todo lo que yo elija.

¿Me había elegido a mí? ¿Para qué? Pero…

—¿Y yo soy…? —pregunté, con miedo a la respuesta.

—Una elección que no quiso ser elegida —me ofreció la mano—. ¿Nos vamos?

«Ay, Alina, dónde te estás metiendo…»

Capítulo 21

—Tengo que llevar el coche de alquiler a la oficina que me indicaron —dijo Ander, ya conduciendo camino a la ciudad—. A la vuelta no te preocupes, cogemos un taxi o les digo a mis padres…

—No —lo corté—, pago yo el taxi si hace falta, pero no quiero que les tengas que pedir ningún favor a tus padres. —Lo miré con cara de pánico.

—Anda, relájate —me puso una mano en el muslo—. Mi madre no es el ogro que aparenta. Solo tiene un pequeñito problema con su único hijo y es que no quiere compartirlo con nadie. Es muy intensa y… bueno, es muy *ama*.

—Ya, yo no soy hija única, pero también es verdad que somos una familia bastante libre. Quiero decir con eso que nos queremos, pero hacemos y dejamos que los demás hagan. Mi hermana vive en Portugal y nos vemos en verano allí y en Navidades aquí, así que imagina.

—¿Y qué más me cuentas sobre tu familia? —La pregunta me sonó un poco inquisitorial, como si quisiera sonsacarme sobre aquello que quedó en el aire entre nosotros.

—Poco más, somos muy normalitos. Mis padres jubilados y yo trabajadora. Casa propia…

—Ya. —Aparcó el coche frente a un local—. Ya hemos llegado, entrego las llaves en la oficina y nos vamos para la playa de La Concha.

Miré mi móvil, dos llamadas de Samuel. Era el mejor momento para llamarlo y hablar un rato con Diego. Ander estaría en la oficina y yo podría hablar con toda tranquilidad con mi pequeño, así que lo llamé y me alejé un poco para tener algo de intimidad.

Me contó lo que había hecho por la noche en casa de mis padres, que esa mañana había ido a buscarlo su padre para ir a jugar al fútbol al parque y que después irían a comer al restaurante que más le gustaba a papá, que en realidad era la hamburguesería de unos amigos nuestros, en la que Diego disfrutaba mucho por lo bien que lo cuidaban.

—Qué bien, mi vida. Te llamo esta tarde. Te quiero. —Una mano me tocó en el hombro.

—¿Con quién hablabas? —Ander me miraba inquisitivo.

—Con nadie. —Me metí el móvil en el bolso y las manos en los bolsillos—. ¿Dónde dices que me ibas a llevar?

—Ven. —Su semblante se había algo más serio.

Sabía lo que le pasaba, qué era lo que pasaba por su mente en esos momentos. En realidad, creía que pensaba que estaba casada desde la primera vez que lo eché de casa y aún no lo había sacado de su equivocación. Ni siquiera sabía por qué me estaba planteando si contárselo o no,

teniendo en cuenta que no sabía qué estaba pasando entre nosotros dos. O qué no estaba pasando…

Respiré y caminé a su lado. Ninguno de los dos habló durante los diez minutos que andamos hasta llegar a la playa de La Concha.

El día estaba frío, pero después de que la niebla se hubiera levantado, el sol parecía comenzar a elevar la temperatura. Se empezaba a estar a gusto bajo los rayos del astro rey.

—Crucemos la calle —me propuso Ander—, acaban de abrir aquella terraza de allí. —Señaló con la mano un restaurante frente a la playa.

—De acuerdo —dije, mirando los edificios en los que se mezclaba la arquitectura más señorial con edificios más modernos, de estructura recia para aguantar los envites del viento. Algunos de ellos convertidos en preciosos apartamentos.

Cruzamos con tranquilidad, acercándonos más al mar. Allí pude ver lo bonito que era el famoso paseo que se había convertido en la seña de identidad de la ciudad de San Sebastián. Miré la playa y pude ver cómo algunos valientes se metían en el agua.

—¿Están locos, esos tíos? —solté.

—Bueno, por el norte hay mucho chicarrón. Ya sabes que algunos tienen la fama y otros cardamos la lana —respondió.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté, apoyada en la barandilla.

—Nada —me miró—. ¿Sabías que esta barandilla fue diseñada en el siglo veinte por el arquitecto Juan Rafael Alday, que además era bombero? No se hizo famosa hasta los ochenta, vamos, que el que la creó no disfrutó de su «fama».

—El Van Gogh de Donostia. —Sonreí sin quitar la vista del mar y la bahía.

—Podría llamarse así. —Ander se volvió para mirarme—. Tus ojos se vuelven muy claros cuando les da el sol.

Lo miré. Debería decirle que no lo sabía, pero sí, lo sabía de sobra. Sabía que con el sol mis ojos parecían mucho más claros de lo que en realidad eran. Solo sonreí y continué mirando el mar. Todo aquello que estaba pasando era muy raro, demasiado extraño para darle ni siquiera un nombre.

—Vamos, Alina, sentémonos en la terraza. Siendo sábado y haciendo tan buen tiempo, no quedará ni una mesa libre en dos minutos —me dijo, agarrándome por la cintura y llevándome hacia el local.

De corte clásico, estaba dividido en dos partes, una un restaurante y la otra una terraza que daba, cómo no, a la playa. Pudimos sentarnos a la única mesa que quedaba libre frente al paseo, con vistas al mar. Sí, el lugar era idílico, para enamorarse, se podría decir…

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó al acercarse el camarero.

—Lo que tú vayas a tomar estará bien —le respondí, sabiendo que pediría algo de la zona. Y así fue.

—Dos *txacolís* y un par de gildas. Gracias.

—¿Vino tan temprano? —pregunté.

—No te creas que es tan temprano, son algo más de las doce. La hora perfecta para tomar un pincho e irnos de poteo. Pero casi mejor con tranquilidad hoy.

—¿De poteo? ¿Tan mal crees que vamos a acabar, que vamos a echar la papilla por ahí? —solté sin saber de qué hablaba.

—No —se rio—. Ir de poteo es como en Madrid ir de cañas. Bebemos un poquito menos que allí y tomamos un pincho en varios bares. ¿Te imaginas que tomáramos un pincho con una copa de las que nos ponen en Madrid? —Levantó una ceja y puso una cara muy graciosa.

—Hombre, en peores plazas he toreado alguna vez… —contesté justo en el momento en que nos traían la bebida.

—Ahora me dirás que eres de las que come lechuga. —Me miró serio.

—Bueno, ya me viste cenar y, si comemos juntos, ya me dirás —respondí, dándole un sorbo al vino—. ¡Hum! Está muy rico.

—¿Crees en las casualidades? —preguntó mirando el mar.

—Debería decir que no, que no creo y que además nunca he tenido suerte con ellas.

—¿Dices entonces que lo que ha sucedido ha sido mala suerte?

—No puedo decir eso, ya que, si no te hubiera encontrado en el aeropuerto, a estas horas estaría en un autobús camino a Bilbao o a Santander y aburrida como una mona.

—Entonces esa sido una buena casualidad, Alina, lo mires como lo mires.

—No sé, Ander, todo depende de cómo lo enfoques. Yo aún no sé cómo tomarlo. —Me temía que él iba a ser más directo que yo. Y la verdad era que no me veía con ganas de tener ninguna conversación de ese tipo.

—Yo sí. —Y dio un sorbo a su bebida, mientras sus ojos no se habían apartado ni un momento del mar.

*

—¡A tomar por culo! —Elena se levantó del sofá.

Ya no era por el hecho de los golpes, sino que, además, su vecino llevaba más de una hora haciendo lo que fuera que estuviera haciendo para joderle la vida.

—Hola, vecina, ¿qué ocurre? —le preguntó al abrirle la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, pero de esas malignas, de las que indicaban que sabía que había conseguido su objetivo.

—Mira, se acabó —soltó enfadada—. No puedo más contigo. Me tienes hasta el último pelo del… No lo digo porque vas a pensar que soy lo que no soy, pero me tienes ya muy harta. ¿Podrías dejar el taladro para otro momento?

—¿Te molesta? No sabes lo que me apena. A mí anoche los golpes en la pared y los gritos tampoco me ayudaron a dormir mucho —dijo con una sonrisa.

—Andaaaaaaa —sonrió ella también—. Lo siento, es que soy actriz y estaba ensayando un

papel.

—¿Ah, sí? ¿Y has trabajado mucho? Es que tu cara no me suena demasiado, la verdad. —Se apoyó en el quicio de la puerta.

—Uish, aquí no mucho. Yo he sido más de Hollywood. He trabajado con Scorsese, con Spielberg. Mira, hasta salí en *E.T.*

—¿Y de qué hacías? —Cruzó los brazos frente al pecho.

—De bicicleta, idiota.

Y se volvió para meterse en su casa, no sin antes dar un buen portazo. Estaba de muy mala leche.

Y ella que pensaba que tendría una convivencia vecinal de lo más tranquila…, el mundo se empeñaba en indicarle que lo suyo con el de al lado no iba a ser amor a primera vista, sino más bien *La guerra de los Rose*.

Suspiró al coger el teléfono y ver si podía echar una charlita antes de ponerse a trabajar un rato en la recién abierta web de «compra-venta de ropa interior de segunda mano sin limpieza previa».

Miró la pantalla, sus amigas estaban calladas. La una durmiendo y la otra follando, bueno, en realidad sabía que no lo estaba haciendo, pero esperaba que de una vez por todas Alina hiciese algo productivo con su anodina vida de madre entera y soltera.

*

El silencio que se había instalado entre nosotros casi podía cortarse con un cuchillo. Estaba allí sentada, contemplando una bonita bahía, sentada al lado de un desconocido. Sí, porque en realidad, tanto él como yo éramos dos desconocidos que habían colisionado como si fuesen dos meteoritos en el espacio. Fuerte, de manera improvisada y con una gran explosión. Pero ¿cuánto más podría haber entre nosotros?

Lo miraba con disimulo, o eso era lo que yo creía que hacía, cada vez que se llevaba la copa a la boca y sus labios formaban una pequeña «u» para tomársela. Admito que rememoraba las veces en que había hecho casi el mismo gesto al besar los míos y en el estómago se me formaba un nudo. Algo que realmente no quería admitir, por eso me forcé a separarme de él, intentando que fuera el tiempo el que hiciera que lo olvidara. Pero visto lo visto, algo, lo que quiera que fuese, se había empeñado en volver a ponerme delante de aquel hombre. Aquel recio vasco de modales impecables, indumentaria impoluta y manos de mago, que servían tanto para salvar vidas como para hacer que yo pudiera tocar el cielo con ellas.

—¿En qué piensas cada vez que me llevo la copa a los labios?

—En tus besos…

¡Dios! ¿Había soltado eso? Sí, lo había soltado y mientras veía que Ander esbozaba una sonrisa vencedora, el calor estaba subiendo por momentos a mis mejillas. Necesitaba escapar,

irme al baño, correr y no volver nunca más.

—Me gustan tus pensamientos. —Volvió a llevarse la copa a la boca.

—Lo siento —me excusé—. No quería decir eso en voz alta.

—Pero lo has hecho y me gusta.

Se volvió hacia mí y, sin darme tiempo a nada, me dio un beso rápido, uno de esos que no se esperan y en aquel caso con sabor a vino blanco. Abrí los ojos de par en par y pude ver que volvía a reírse sin complejos, divertido y con ganas.

—¿Estos besos? ¿O prefieres otros? —preguntó, como si no hubiera pasado nada.

—Ander…

Joder, ¿qué pasaba por mi cabeza cuando estaba con él? Tenía la sensación de que de una neblina incontrolable se apoderaba de mi cerebro y este iba a su rollo, pasaba de mí por completo. Increíble todo.

—Tranquila, Alina. Te pido disculpas por mi arrebato pasional, pero es que me lo has puesto a huevo. —Llamó al camarero para volver a pedir lo mismo.

Lo miré sin saber qué decir. Sobre todo, porque tenía miedo de soltar otra animalada del tipo de la anterior, cuando, además, me quería hacer la dura y debía confesar que me estaba siendo imposible.

—Antes de que vuelvas a hablar, vamos a hacer un poco de turismo visual. —Dejó su copa vacía en la mesa—. Allí, delante de nosotros, está la isla de Santa Clara, que tiene una pequeña playa que solo se puede visitar en verano. A la izquierda está el monte Igueldo —señaló con la mano—, allí hay un parque de atracciones un poco demodé, al que mis padres me llevaban cuando era pequeño. Y la verdad es que en aquella época era la bomba. —Lo vi sonreír de medio lado, quizás recordando algo de su infancia—. Justo detrás de nosotros, allá, un poco más a la izquierda —me hizo girar la cabeza—, está el Palacio de Miramar, al que venían Isabel II y después su nuera María Cristina de vacaciones.

—No, si tontos no eran, los reyes. Vaya vistas —comenté.

—Ya ves —respondió como si fuera un guía y tuviera aprendida la lección—. Y al otro lado, allí —señaló la zona derecha de la bahía—, está el monte Urgull, donde se encuentra la parte vieja. Antes del anochecer subiremos, te encantarán las vistas.

—Tengo la sensación de estar sentada al lado de un guía muy bien informado.

Nos trajeron lo que antes había pedido Ander.

—Es que estoy muy bien informado en muchas cosas. —Me guiñó un ojo.

—A mí lo que me gustaría saber de ti es —«todo, Alina, dile eso, todo…»—, ¿cómo es que estudiaste medicina y te marchaste?

—Bueno, cosas que pasan en la vida. —Recordaba por qué se marchó a la perfección.

*

Zorione abrió la puerta de su habitación, acababa de salir del cuarto de baño y llevaba en la mano una prueba de embarazo. Ander la esperaba nervioso, quizás no fuera el mejor momento para ser padres, aún les faltaba terminar el MIR e iba a ser todo un verdadero lío, pero…

—¿Qué? —preguntó nervioso.

—Positivo —dijo ella con lágrimas en los ojos, y Ander se emocionó pensando que serían de felicidad.

—Cariño, es un poco pronto, pero no pasa nada. Podemos montárnoslo para…

—No, Ander, lo siento, pero esto no entra en mis planes. —Lo miró a los ojos—. Mañana me ocuparé.

—Zorione… —Ander se quedó sin palabras.

—Lo siento, Ander.

Desde aquel momento, ninguno de los dos volvió a ser el mismo y en el instante en que a él le ofrecieron marcharse a Estados Unidos no lo pensó, no pensó en ella, así como ella no había pensado en él ni en sus sentimientos.

No hubo lágrimas en su despedida, no hubo reproches, no hubo siquiera un adiós. Todo quedó colgado en el aire, pero finalizado para él.

*

—Una buena oportunidad no la puede despreciar nadie. —Miró nostálgico al mar Cantábrico —. Además, allí solo estaba centrado en mi trabajo y en nadie más.

—¿En nadie? —pregunté, intentando sonsacarle algo.

—No, perdón, en nada más —mentía con descaro—. Pasaba demasiadas horas en el hospital estudiando, aprendiendo y haciendo horas para poder ser bueno en lo mío. Y lo conseguí. —Me miró—. Me llamaron de varios hospitales, pero decidí regresar a España. Hacía demasiado tiempo que estaba fuera…

—¿Y te gusta Madrid? —Le estaba haciendo casi un tercer grado.

—Ni me gusta ni me disgusta. Me pasa como en Nueva York, paso demasiado tiempo trabajando. Quizá cuando regresemos, podrías enseñarme algo de la ciudad y así me devuelves el favor.

—Ya veremos. —Me hice la interesante. Por primera vez pude detener a mi yo kamikaze.

Pasamos una jornada de lo más apacible. Sin más. No podía decir que fuera algo para enamorarse o desenamorarse, pues los dos teníamos mucho cuidado, desde lo del beso, de no soltar demasiadas indirectas. En la Parte Vieja, hablamos de lo divino y de lo humano entre zurito y zurito de cerveza, mezclado con pinchos a cuál más delicioso.

—Te lo juro, Ander —caminábamos hacia el monte Urgull.

—No me lo puedo creer. —Volvía a reírse de aquella manera—. ¿En serio pillaste los mensajes de tu jefe con otra mujer?

—No solo eso, sino que, además, el muy básico, me dejó el móvil para que se lo configurara y me encontré fotografías de él en pelotas que le enviaba a la otra. —Puse cara de asco—. Qué cositica que me dio.

—Madre mía. Lo más raro que he visto yo en el hospital ha sido lo de follar en las habitaciones de descanso o en algún cuarto oscuro.

—Mira, como en *Anatomía de Grey* —respondí.

—Sí, pero te aseguro que allí los médicos no estaban todos tan buenos.

—Alguno sí, ¿no? —De nuevo, si no lo retenía, salía mi otro yo.

—Bueno, sí. Había un tipo de Ohio que las tenía a todas loquitas.

—¿Lo ves? Lo sabía.

—Vamos. —Me tendió la mano—. Es tardísimo y allí arriba no va a caber ni un alma.

Se la cogí sin pensar y comenzamos a caminar rápido para llegar al lugar donde me quería llevar.

No sé cuánto tiempo tardamos en subir a pie, pero os aseguro que ni una de las más duras clases de CrossFit en el *box* podía compararse. Qué desnivel y qué piernas tenía aquel hombre, ¿no se cansaba o qué?

—Ander, o llegamos ya o me planto aquí en el suelo —le dije parando y agachándome con las manos en las rodillas para tomar aire.

—No quiero decir nada indecente, pero el cuerpo que tienes no es de una mujer que no hace deporte, así que lo mismo me estás escondiendo algo —dijo divertido.

—Hago deporte, mucho, pero esto me mata. Lo juro, no puedo…

—Se nota. —Me guiñó un ojo—. Esas piernas no las tiene cualquiera.

—Gracias por el cumplido, pero ¿queda mucho? —Ya estaba cansada de estar todo el día pateando.

—No, solo subir esa escalera y ya.

—La madre que me parió. —Lo miré—. ¿Tú qué, no te cansas nunca?

—Trabajo la mayor parte del tiempo de pie y hago natación, por la espalda —se justificó—, así que… ¡Vamos, que no queda nada!

Yo ya no sabía cuánto tiempo llevábamos subiendo, pero al llegar al sitio me quedé asombrada. La tarde ya comenzaba a despedirse y el sol estaba a punto de ponerse. Un antiguo polvorín convertido en un simple bar con mesas de plástico daba paso a un increíble lugar desde donde poder ver y disfrutar de unas maravillosas vistas de la ciudad de San Sebastián.

—¡Qué preciosidad! —exclamé.

—Merecía la pena, ¿verdad?

—Sí que merecía la pena esta caminata para bajar los pinchos —comenté medio en broma medio en serio.

—¿Una cerveza? —me propuso antes de buscar el mejor sitio para ver la puesta de sol.

—No, gracias, ya he bebido suficiente por hoy. Con un refresco me conformo —respondí.

Miraba lo bonito que era todo aquello cuando me sonó el móvil. Recordé que le había prometido a Diego llamarlo, y sí, era él, aparte de que vi que tenía varios mensajes de mis amigas.

—Mamá, no me has llamado —me regañó Diego.

—Es verdad, no te he llamado, pero es que he estado un poco liada.

—Vale, te lo perdono. ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, mi vida, lo estoy pasando muy bien. Esto es muy bonito, un día vendremos juntos.

—Vale, me gusta viajar contigo —lo oí reír—. Te dejo, que papá me está haciendo cosquillas. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho, cielo —colgué. Y cómo no, Ander estaba detrás de mí, mirándome con las dos manos ocupadas.

—¿Una llamada importante? —Casi resoplaba.

—Sí. —No iba a darle más información.

—Toma, tu refresco. —Y se colocó a mi lado.

Dejó la lata sobre el muro y él también apoyó los brazos. Miraba el infinito y el mar, mientras yo admiraba la ciudad bajo nuestros pies. Estuvimos un rato en silencio, había vuelto a desaparecer la magia de antes. Lo miré, esa vez sintiendo que la piel se me erizaba de frío, pero, aunque hacía aire, no era ese frío lo que me molestaba, sino el que se acababa de cernir sobre nosotros.

El pelo se me venía a la cara, molestándome, por la brisa que corría en lo alto de aquel monte. Ander se volvió con el rostro ceñudo, parecía enfadado y me merecía que lo estuviera. Pensé que me iba a decir algo, que me echaría en cara que no fuese clara con él y que no hubiera puesto las cartas sobre la mesa, en vez de andar jugando al gato y al ratón. Pero no, sus manos se acercaron a mi cintura y de golpe, sin mediar palabra, me acercó a él, a su cuerpo con fuerza. Me miró a los ojos. Yo posé las dos manos en su pecho. No sabía qué decir o qué hacer y mi mente solo gritaba que me dejara llevar, que dejara de pensar y disfrutara. Sentí que una de sus manos me sujetaba por la nuca y me acercaba a su cara.

—Me da igual el juego al que juegas, Alina, pero yo quiero ganar.

Sus labios bajaron para encontrarse con los míos. Noté la fuerza con que sus manos me agarraban, tanto en la cintura como en la nuca, me sujetaban con fuerza para que no escapara. Lo que él no sabía era que no quería hacerlo y que tampoco quería jugar a ese juego que él decía. Me devoró con su boca, me acarició con su lengua, me dejó sin respiración y…

De nuevo mi teléfono comenzó a sonar de manera insistente. Ander me soltó y hablando sin separar sus labios de los míos, dijo:

—Descuelga, seguro que es importante.

Me dolía, me dolían los labios al separarme y, sin dejar de mirarlo, descolgué.

—¡Alinaaaa! —Era Elena, vaya cortada de rollo.

—Dime, Elena.

Ander no dejaba de mirarme, mientras el sol ya estaba a punto de esconderse en el mar.

—Tía, tía… que no haces ni caso de los mensajes. Irache ha entrado esta tarde al despertarse y lo estamos petando. Yo al final había podido echarme una siesta, después de mirar varias cosas, pero no dejan de llegar pedidos. ¡¡¡Que nos faltan bragas!!!

—¿Bragas? —Estaba absolutamente descolocada, no comprendía nada de lo que me estaba diciendo.

—¿Alina? ¿Eres tú? ¿Estás bien? La web, hija, nuestro negocio —bufó, haciendo que lo recordara todo de golpe.

—Ah, sí. Oh…

—Ostras, te he pillado en mal momento, ¿verdad?

—Sí, ahora mismo la verdad es que sí —respondí azorada.

—Cuelgo, espero que estuvieras follando. Trae las bragas, que nos estamos quedando sin stock —soltó, sin dejar que me despidiera.

Miré a Ander sin saber cómo reaccionar o qué decir. Él me agarró de nuevo de la cintura y me hizo girar para que viera cómo se ponía el sol por el horizonte, sin decir nada más.

*

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —Irache iba con el portátil por toda la casa.

Su marido la miraba con cara de extrañado. Al levantarse de la cama no le había dado ni un beso, ni le había dicho hola, se había ido directa a coger el portátil para mirar algo.

—A ver, Irache, ¿me puedes contar de qué va esto? —le preguntó.

—¿Te acuerdas de la locura que acometimos Alina, Elena y yo? —Él asintió—. ¡Pues funciona! ¡Está funcionando! Tenemos un montón de peticiones. ¡Mira!

Jesús conocía a la perfección la empresa que estaban llevando a cabo las tres amigas y, aunque pensaba que estaban totalmente idas de la cabeza, lo que su mujer le estaba enseñando en la pantalla lo estaba dejando sin palabras.

—Jolín, cuánto pervertido hay por el mundo, chiqui —le dijo, besándole la cabeza.

—Pues esto nos va a ayudar a pagar la hipoteca, fijo —se rio ella.

—Y yo que hoy quería darte una sorpresa… —Se dio media vuelta.

—¿Sorpresa? ¿Cómo? —Dejó el ordenador encima de la mesa del salón para coger a su hija del suelo y darle un beso.

—Esta noche vamos a salir tú y yo —dijo—. Solos, cena y copa. ¿Qué te parece?

—¿Y la niña? —preguntó Irache.

—Por eso no te preocupes, tú ponte guapa para esta noche a las nueve. La nena ya estará dormida y así nos iremos más tranquilos. ¿Sí?

—Pues sabes qué te digo, que sí, que nos lo merecemos. —Le dio un beso a su marido.

*

El teléfono que sonaba no era el mío. Ander lo cogió casi sin ganas:

—*Bai, ama…* —bufó Y no entendí ni una palabra más.

Su expresión era como de una piedra, hierática e imposible de descifrar en el momento en el que la conversación finalizó. Me miró y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Tenemos que marcharnos —anunció—. Mi madre ha organizado una cena sin avisar, ya sabes, y quiere que vaya. ¿Te vienes? A mí me gustaría.

—No quisiera molestar, si quieres, me puedo coger un taxi o subirme a la habitación.

—Te vienes —sentenció, cogiéndome de la mano.

Habíamos llegado un poco tarde, y en su casa se oía algo de algarabía. Cuando bajamos del taxi, volví a sentir esa vergüenza que te atenaza cuando no estás convencida de querer conocer a los padres de «tu chico». Todo una estupidez, pero ya sabemos que lo estúpido a veces es más fuerte que tú mismo. Respiré y seguí a Ander.

—Tranquila, son solo familiares que hace mucho tiempo que no veo —me explicó.

Asentí medio sonriendo, pero temiendo a la vez que estuviera también la Zorione esa o como se llamara…

—*¡Kaixo!* —dijeron un montón de voces al vernos en la puerta de entrada.

—Ay, *maitia* —una mujer mayor se abalanzó hacia Ander—, qué guapo estás.

—Hola, *izeba*. Tú sí que estás guapa. —Se dieron dos besos, a los que siguieron unos pocos más. Tíos y primos de Ander que habían ido a verle.

—Hola, Alina —el padre de Ander me saludó. Y sí, me subieron los colores—. Anda, muchacha, ven, que te presento a la familia. Ya les he contado —«dime que lo les has dicho nada de lo del baño»—, la suerte que tuviste al encontrarte a Ander en el aeropuerto.

—Hola, pues la verdad es que sí.

Mientras saludaba a un par de tíos y unos cuantos primos, me di cuenta de que Nerea no estaba en el salón y pude respirar tranquila unos segundos. Aquella mujer me daba miedo, mucho miedo, me miraba siempre mal.

—Tranquila, que la *ama* está en la cocina. —Sentí el aliento de Ander en mi oído.

—Eh, no. Es que no sabía dónde dejar la chaqueta. —Joder, qué mala era mintiendo—. Subo a la habitación y bajo.

Quería quedarme escondida allá arriba. No quería salir y enfrentarme a toda aquella gente. Estar con ellos era como dar por sentadas cosas que ni yo misma quería conocer de mí, de mis sentimientos y mucho menos dejar que Ander pudiera saber más sobre ellos. Solo era una comida familiar, pero era suya y yo no tenía derecho a entrometerme en su intimidad.

Me senté en la cama y miré por la ventana de la habitación. En ese momento todo era oscuridad salpicada por algunas luces de la misma casa y la carretera que llegaba hasta allí. ¿Qué

había pasado durante el día? ¿Por qué no había sido capaz de contarle la verdad a Ander? ¿Por qué no aclararle que me daba miedo volver a ilusionarme?

Llamaron a la puerta de la habitación. Un quedo «adelante» salió de mis labios y el pomo giró para dar paso a Ander. Sí, me lo imaginaba, pero aún estaba decidiendo si quería o no bajar con su familia a cenar.

—¿Bajas? Está todo listo.

—No sé si debiera, Ander. Es tu familia y han venido a verte a ti. No me importa quedarme en la habitación. Además, estoy cansada. —Era verdad.

—Alina, son solo mis primos y tíos. Hace mucho que no me ven, pero al rato será como si no hubiera pasado el tiempo. —Se acercó y se sentó a mi lado—. Y así estarás un rato más conmigo.

Lo miré a los ojos.

—Hemos estado todo el día juntos, tu *ama* querrá estar un rato contigo a solas.

—Mi madre tendrá todo el tiempo conmigo después. —Me levantó la barbilla—. Pero yo aún no he tenido suficiente contigo.

Besó mi boca lentamente, intentando poder entrar en un espacio que yo me empeñaba en vetarle una y otra vez. Pero al final consiguió, como siempre, desarmarme al atacar con fuerza mis atalayas.

Me comía con sus labios, me acariciaba con su lengua y sus manos jugaban despacio, acariciando mi cintura con cada una de sus acometidas. Me dejaba, le dejaba, le aceptaba cada vez que me pedía permiso para entrar…

—¡Ay, Alina! Si me dijeras que sí a todo… —Se levantó de golpe y me tendió una mano—. Va, acompáñame.

¿Y yo qué iba a hacer? Pues eso, levantarme de la cama y acompañarlo.

—Necesitaría arreglarme un poco —quise excusarme antes de bajar.

—No, ahora sí que tienes los labios preciosos. —Y sin más tiró de mí.

Es verdad que, exceptuando a la madre de Ander, que me ignoraba, los demás se portaron conmigo de maravilla. Cenamos muy bien y no me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que comenzaron a ponerme comida en el plato.

—Pero ¿la habéis visto? —soltó un primo suyo—. Si come más que yo —se tocó la incipiente tripa—, y está seca.

—Seguro que algo de vasca tiene por ahí —dijo la mujer del primo.

—¿Quieres algo más? —me preguntó la hermana de Txema.

—No debería —me iba a arrepentir por la noche en la cama—, pero es que está tan bueno.

—Pues no se hable más. —Cayó otro trozo de carne.

A Ander lo habían colocado, mejor dicho, Nerea lo había colocado a su lado. Y yo, entre sonrisa y sonrisa, había acabado en la otra esquina de la gran mesa.

—Pues sí que comes —me dijo él de lejos.

—Te lo he advertido —sonreí y me volví a meter un trozo de carne en la boca.

—Fijo que es *harrijasotzailea* —comentó con la boca llena uno de sus tíos.

Ander vio mi cara al oír esa palabra y me la tradujo:

—De los que levantan piedras.

—Bueno, algo de eso hago —les dije, refiriéndome al CrossFit y a algún que otro ejercicio en el que había que levantar ruedas de camiones.

—Os lo he dicho. —El tío levantó la copa y le dio después un trago.

—¿Qué dices que haces? —inquirió Ander desde lejos.

—CrossFit —solté sin más y vi que algunos de los invitados a la mesa me miraban igual que yo a ellos cuando hablaban en euskera.

—Un deporte que une varias disciplinas deportivas en una —explicó Ander—. Para resumir: halterofilia, gimnasia deportiva y un tipo de entrenamiento funcional.

—¡Aibalaostia! Mañana la llevamos para que se haga *aizkolari*. —Volvió a hablar el primo de antes.

—Cariño —lo cortó su mujer—, a veces eres tan predecible. Deja a la pobre chica —y se volvió hacia mí—. ¿Y está bien eso? Lo pregunto porque por aquí hay varios gimnasios y me han hablado bastante bien.

—Pues aquí tenéis a un pedazo de campeón, Alex Anasagasti.

—Mírale —le pasó el móvil una mujer a la otra—, si además está para regalarle un piso.

—Mañana mismo busco el gimnasio y me apunto —soltó Miren, que era la mujer de Unai, el primo de Ander, la que le había pasado el móvil era su prima Alba.

—Pues yo no le veo tanta diferencia con nosotros —dijo Unai mirando, mientras se tocaba la barriga.

Ander no había dicho nada, solo miraba sonriendo. Ahora entendía muchas cosas sobre mi anatomía y ciertos músculos de los que nunca habíamos hablado en concreto.

Sonó el timbre de la puerta, era bastante tarde y ninguno de los allí congregados parecía esperar a nadie. La única que pareció alegrarse de aquella visita sorpresa era Nerea. Y al verla a ella se me ocurrió, y me temía que a Ander también: Zorione.

Capítulo 22

Irache se había cambiado de ropa y estaba preciosa, con su pelo suelto rizado y una sonrisa de felicidad en la cara, que acentuaba sus rasgos aniñados.

Angélica acababa de dormirse y Jesús terminaba de acicalarse cuando llamaron a la puerta de casa.

—¿Puedes abrir, cielo? —le pidió él desde el baño—. Seguro que es la niñera.

Ella, sin darle más importancia, abrió la puerta. Su rostro cambió por completo, tenía enfrente a la mujer con la que Jesús había estado viéndose en el parque. Y había tenido los santísimos de presentarse en su casa para…

—Ah, hola, Lola. —Jesús apareció detrás de ella.

—¿Lola? —Irache lo miró con cara de pocos amigos.

—Sí, Lola es la chica que se va a quedar en casa esta noche, mientras nosotros vamos a ir a cenar. —Conocía demasiado bien a su mujer como para saber que aquella cara demudada auguraba tormenta—. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? —Señaló a la chica de la puerta.

—Sí, ella es Lola, una niñera que me ha recomendado Juancho. —Jesús la miró extrañado—. ¿El de mi turno? ¿Tres hijos?

Irache parecía a punto de explotar, de comenzar una discusión, la tercera guerra mundial.

—Ya, ahora os pasáis las amantes, ¿no?

—¿Qué estás diciendo, Irache? ¿Estás bien? —Miró a Lola—. Entra por favor.

—No, esta no entra en mi casa. —La miró y le dio un empujón.

—Irache, por favor…

—¿Por favor qué? ¿Quieres meterme a tu amante en casa? —La pobre de Lola miraba a uno y a otro, incapaz de meter baza. ¿Amante de quién?—. Pero ¿tú quién te has creído que eres, Jude Law?

—¿Quieres callarte ya?, ¡vas a despertar a la niña! —Jesús estaba comenzando a perder la paciencia.

—Que se marche de mi casa, que se vaya —gritó Irache, haciendo que, en efecto, la niña se despertara. Ella y probablemente todo el vecindario.

—Jesús —Lola alzó un poco la voz—, voy a ver a la niña y me marcho, así podéis discutir.

—Pero ¿qué hace? ¡Mírala! Si encima sabe en qué habitación está la niña. ¡Le reviento la cara! —Irache se lanzó a por ella, y se dio de bruces con su marido.

—¡Para! ¡Se acabó! —gritó él también—. ¿Qué cojones te pasa con la pobre Lola?

—¿Qué me pasa? ¡Que os vi en el parque! Los dos juntos haciéndole arrumacos a mi hija, ¡a mi hija! —le echó en cara—. Elena estaba conmigo, así que no puedes mentir.

—¿Me has estado siguiendo? —La niña ya parecía haberse calmado—. Esto es muy fuerte.

—Más fuerte es lo tuyo, sé que no tenemos sexo, que no follamos, pero joder… ¡Joder, Jesús!

—Lo siento, pero eres muy tonta. —La agarró por los hombros y la llevó al salón como pudo —. Ya no tengo ganas de salir.

—Ni yo, no te jode —soltó enfadada.

—¡Cállate ya!

Irache iba a contestar, pero al verle la cara prefirió esperar a ver cuál iba a ser su siguiente paso.

—No quiero que te muevas de aquí —bufó él, marchándose a la habitación de la niña.

La pequeña ya estaba dormida y Lola resultó que estaba esperando en la habitación, con miedo a salir. Jesús le hizo una seña para que fuese con él.

—Lo siento mucho, Lola, esto ha sido un espectáculo —Jesús se excusó—. Toma el dinero por el trabajo y te llamo.

—No, de verdad —dijo la joven—. No pasa nada, yo me voy y aquí santas pascuas.

—Lola, por favor —le dio el dinero—. Toma esto y te llamo. De verdad.

Ella sonrió de medio lado y se marchó tal como había venido. Jesús cerró la puerta y se desabrochó la camisa que llevaba puesta, pensando cómo enfrentarse a la inconsciente de su mujer.

—Ya le has dado un beso de despedida…

—A veces ni sé cómo he podido aguantarte tanto tiempo —soltó Jesús para empezar.

—Por eso ya te has buscado otra, ¿no?

La ignoró por completo y la hizo sentar en el sofá.

—Como puedes imaginar, no vamos a salir. —Irache puso cara de «ni de coña contigo»—. Pero todo esto lo he hecho por ti. Llevaba varias semanas buscando a alguien que pudiera quedarse con la niña y Juancho me dio la opción de contratar a su niñera, que por cierto es la sobrina de su mujer. Quería salir a cenar contigo para contarte que al final he aprobado el examen y me han ascendido. Pero ya todo da igual.

Terminó de hablar sin querer escuchar o ver más por aquella noche a su mujer. Se quitó la camisa mientras se encaminaba hacia su habitación. Aquella noche la sorpresa se había ido a la mierda e Irache de verdad sí que ya no iba a follar en mucho tiempo.

*

El silencio en el salón se hizo casi insoportable. Alina miraba las caras de los tíos, primos y

el padre de Ander y lo cierto es que eran inescrutables. La de Ander quizás era la más reveladora, pues fruncía el cejo de manera preocupada al mirar a aquella mujer que entraba pidiendo disculpas por no haber podido asistir a la cena y saludando efusivamente a Nerea.

Algo fuerte debió pasar entre ellos dos para que aquella incómoda situación afectara a toda la familia menos a la madre de Ander.

—Ander, ¿cómo estás? —La joven se acercó a él temerosa.

—Bien, Zorione, ya estoy muy bien.

Levanté una ceja desde donde estaba, aún sentada y con una taza de café a medias, porque aquella respuesta sonaba a resquemor. ¿Qué habría pasado entre ellos? Era una chica muy bonita, muy estilosa y de esas que se pone cualquier trapito y parece recién salida de la mismísima portada de *Vogue*. Sí, a esas yo las había envidiado de siempre. Lo mío con la ropa había sido más bien un «me tapo para que no se me vean las vergüenzas y si encima tengo suerte, conjunta y todo». Y eso que lo había intentado…

Ops, se acercaba a mí. ¿Por qué? No era necesario. Yo me tomaba el café y me escabullía y desaparecía en mi habitación para dormir, que estaba cansada.

—Tú debes de ser Alina —me dijo al llegar a mi lado.

—Sí. —Hice amago de levantarme.

—No te levantes, tranquila. —Se agachó para darme dos besos—. Ya me han hablado de ti. Un placer.

—Ah, pues de ti a mí no —respondí sincera, aunque vi que el padre de Ander, Txema, se reía por lo bajo recibiendo un codazo de Nerea.

—Zorione tiene ya su propia clínica, por eso ha llegado tan tarde un sábado —explicó Nerea, haciéndose la importante.

—Por favor, Nerea —dijo la joven, mientras se sentaba al lado de Ander, que no decía nada —. No hace falta. He tenido una urgencia, un encapsulamiento de unos implantes.

¡Ja! Ahora entendía aquella cara tan perfecta. Cirujana plástica, la tía.

—Ha sido un verdadero placer conocerlos a todos —yo sí que no quería más malos rollos—, pero me voy a despedir, estoy cansadísima.

—No te marches, me tienes que enseñar más fotos del Alex ese —pidió la mujer del primo de Ander.

—Eso, eso, el lunes nos apuntamos a CrossFit —dijo su prima.

—CrossFit dice —soltó su marido—, se llama cruasán y te has comido tres esta mañana.

—Joder, macho, qué malo. —Txema le dio una colleja.

—Lo siento, de verdad, mil gracias por acogerme en esta cena. —Me despedí con la mano de todos.

—Buenas noches, Alina, ha sido un placer. —Oí la voz de Zorione y sentí un escalofrío.

Noté la mirada de Ander mientras me marchaba, pero casi mejor así. Para qué forzar lo que no se debía forzar. Eso sí, me carcomía la curiosidad, ¿qué habría pasado entre Zorione y él?

Después de asearme, me encerré en la habitación y cogí el teléfono. Era la una de la madrugada, tardísimo para llamar, pero vi un millón de mensajes de nuestro grupo. ¿Qué habría pasado?

Leí los primeros, que hablaban de la web, de lo bien que iban los números y de que ya habíamos hecho un ingreso de mil euros. Algo impensable, vamos, increíble. Después seguía un mensaje de voz de Irache contando lo que le había pasado. Yo no podía creer que aquella muchacha, con lo lista que era para algunas cosas y lo que había vivido, la hubiese liado de aquella manera. Elena le había escrito que si estaba loca, «¿Lo ves? Te lo dije, ahora sí que ya no vuelves a follar en tu vida…».

Yo ya no sabía si responder a lo de la web o a lo de Irache, todo se me había entremezclado, y si decía algo en el grupo, Elena iba a ir a por mí a degüello, preguntándolo todo con pelos y señales, así que le envié un mensaje a Irache en privado dándole ánimos e intentando hacerle ver que se había precipitado un poco con Jesús.

Me tumbé en la cama y oí voces bajo mi ventana. Una de ellas la distinguía perfectamente, la otra me la imaginaba. Ains, que mi profesión frustrada no era la de espía y me iban a pillar si abría la ventana para escuchar. Hacía frío, mucho, pero despacito, conseguí pegar la oreja a la abertura, después de apagar la luz. Digna espía de la T.I.A.

—¿Por qué has venido ahora, Zorione? —Ander preguntó seco.

—Me ha invitado tu madre.

—Sabes que eso es una excusa. Sé que llevas tiempo intentando ponerte en contacto conmigo —le dijo—. ¿O crees que no me dicen nada en el hospital?

—¿Lo sabes?

—Claro que lo sé. También sé que quieres mudarte a Madrid, desde el momento en que mi madre te dijo que había regresado.

—¿Y si quisiera arreglar lo nuestro, Ander? —La oí decir.

—Podrías haberlo hecho hace muchos años. No ahora.

—Necesitaba mi espacio, mi tiempo. Necesitaba pensar después de lo que nos pasó. —Se excusó.

—¿Nos pasó? —Ander subió el tono de voz—. Nos pasó algo y tú sola lo solucionaste. ¿Crees que no imagino como podría haber sido nuestra vida juntos? ¿Cómo podríamos haber criado a ese niño?

¡Joder! Me escondí como si pudieran haber oído mi pensamiento. ¿Un niño? Pues sí que iban en serio.

—Ander, éramos muy jóvenes. No habíamos ni comenzado el MIR. Yo quería ser lo que soy ahora, ahora sí estoy dispuesta a retomar todo lo que dejé. Estoy dispuesta a volver a estar contigo y tener ese niño que no tuvimos.

Madre mía, madre mía… ¿A que yo no era la única cagada de la vida? Qué fuerte todo aquello. Mejor sería que cerrara la ventana y me fuese a dormir, que todo eso se me estaba

haciendo grande y yo no era la más indicada.

El clic de la ventana sonó más fuerte de lo que me hubiera gustado, pero imaginé que aquellos dos estarían demasiado enfrascados en lo suyo como para oírlo. Me metí en la cama y me puse a ojear algo de Instagram. Estaba desvelada.

*

—¿Alina? —Oí la voz de Ander.

—Hummm. —Estaba medio dormida.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Sí, pasa, pero no hagas ruido. Tengo sueño. —Estaba a puntito de caer en los brazos de Morfeo.

—¿Me dejas dormir contigo?

No sabía la hora que era ni tenía ganas de saberlo. No le respondí inmediatamente, me eché hacia un lado de la cama, pues solía dormir en el medio, y casi sin darme cuenta dije:

—Ven.

Se acurrucó a mi lado. Tenía los pies muy fríos. Me abrazó y sentí su respiración en mi cuello.

—Necesitaba olerte, Alina.

—Chis. Duérmete.

Capítulo 23

Se me había olvidado bajar la persiana con mi intento de espionaje y en ese momento el sol estaba dándome de pleno. Tenía sueño y quería seguir durmiendo, así que me di la vuelta para que no me diera la luz y me encontré con la cara de Ander delante de la mía. Me asusté.

—*Zurekin nengoela amesten ari nintzela iratzarri nintzen* —susurró, mirándome y acariciándome la mejilla.

Levanté una ceja y debió de entender que lo que quería era preguntarle sobre el significado de lo que me acababa de decir. Eso o yo estaba tan dormida que pensaba que me había hablado en vasco. Sonrió.

—Me he despertado soñando que estaba a tu lado —tradujo.

—Pues ya ves que no ha sido un sueño —dije todavía adormilada—. ¿Por qué viniste?

—Necesitaba sentirte, después de la conversación que escuchaste anoche desde la ventana —soltó de golpe, haciendo que me subieran los colores.

Me había pillado con el kit del Superagente 86 al completo.

—Lo siento. —No podía decir otra cosa.

—Tranquila, todos tenemos cosas que esconder. —Sonrió.

—No hace falta que me cuentes nada —le dije.

—No, es que no lo voy a hacer. —Me besó despacio.

Acercó su rostro al mío acariciando mi mejilla. Se acomodó algo mejor y su cuerpo fue lo siguiente que se acercó a mí. Me dejé, sí, estaba cansada de luchar contra mí misma y mis miedos. Quería estar con él, así que metí una mano por debajo de la camiseta que llevaba y le acaricié despacio los músculos. Recorrí su piel con mis uñas, haciendo que se le erizara el vello.

—Me encanta tenerte así —dijo.

—¿Cómo así? —pregunté, volviendo a besarlo.

—Cerca de mí. —Bajó una mano a mi cintura y me apretó contra él.

Se movió para ponerme contra la cama. Lo miraba a la cara mientras el sol le daba de lleno; no sé qué tenían sus ojos, que cada vez que se clavaban en mí me hacían estremecer. Volvió a besarme, esta vez con pasión contenida. Mis manos luchaban por quitarle la camiseta, mientras él hacía lo mismo con la parte de arriba de mi pijama.

Liberados, jugó con mis pechos acariciándolos despacio, masajeándolos, a la vez que sentía cómo sus labios bajaban por mi cuello y se escondían en el valle entre mis senos. Me los mordió

despacio, sus dientes y lengua jugaron con ellos y entonces sentí que una de sus manos bajó a mi sexo y se metió entre mis piernas, acariciándome despacio.

—Ander. —Fue lo único que logré decir cuando introdujo un dedo en mi interior.

—Chis.

—Quítame los pantalones. —Casi ordené desesperada. Necesitaba volver a estar con él ya.

Se quitó el edredón de encima dejándonos semidesnudos. Sus manos luchaban con la cinturilla de mi pantalón hasta conseguir quitármelos por los pies. Él se quitó también los suyos, permitiéndome ver cómo su sexo palpitaba deseoso de mí.

—Ven.

Me agarró por las piernas y tiró hacia él, antes de agacharse para esconder su rostro entre ellas…

—¡Ander, estás aquí!

La voz de Nerea lo interrumpió todo. La puerta se abrió de par en par y, como si de una DANA se tratara, entró ella seguida de Zorione.

Pero ¡qué mierdas era aquello!

Grité y me lancé al suelo junto a la cama, intentando tapar mis desnudeces con la sábana arrugada. Ander se subió los pantalones del pijama y lanzó el edredón por encima de mi cuerpo.

—¿Qué es esto? ¡Qué desfachatez! —gritaba indignada Nerea—. ¡Y en mi casa!

—¡Fuera! —En ese momento fue Ander el que gritó como un loco—. ¡Es la habitación de invitados! ¡¿Qué hacéis las dos aquí?!

—No estabas en tu habitación y… —dijo su madre, haciéndose la ofendida— Zorione quería verte.

—Eso no te da derecho a entrar así en la habitación de Alina. —Se puso frente a ellas, con el pantalón puesto y el pecho al aire.

—Es mi casa. —Zorione miraba al suelo mientras Nerea hablaba.

—Lo sé, pero hay un invitado —le contestó Ander a su madre—. Lo has hecho a propósito, *ama*. ¡Fuera!

Yo estaba en el suelo, mirando la escena con el edredón haciendo de tienda de campaña. Tiritaba, y no era de frío. ¿Cómo iba yo ahora a mirar a la cara a aquella familia? Me puse a llorar.

—No, Alina, no llores. —No me había dado cuenta de que Ander estaba a mi lado.

—Es que… No sé, Ander. ¿Lo ves? No puede ser.

Me acarició la cara.

—Tranquila, Alina, el problema no es tuyo, es solo de mi madre.

—Por favor, déjame sola.

Me miró serio, muy serio, pero esta vez sabía que la seriedad no era para mí, sino para Nerea. Me besó antes de marcharse, pero lo oí bajar los escalones de la casa de tres en tres. Los gritos

que se escucharon después me hicieron encogerme un poco más. No los entendía, pero sabía que todo aquello no iba a acabar bien.

Lo mejor que podía hacer era vestirme, recoger mis cosas y esperar en el exterior a que viniera a recogerme un taxi y me llevara a Santander. ¿Que me gastaría un sueldo en llegar allí? Sí, pero no podía quedarme ni un minuto más bajo el mismo techo que Ander. Y no era porque no me hubiera sentido bien con él, sino porque su madre no lo estaba poniendo fácil. Cierto que lo que había sucedido no era lo más adecuado, lo de tener sexo en casa de sus padres, pero entrar en la habitación…

Tonta la mujer no era y seguro que se olía que nosotros teníamos algo. Invitar a Zorione para que estuviera por allí impediría que Ander y yo estuviéramos solos, pero entrar en la habitación era sobrepasar cualquier límite.

El silencio había llenado la casa. Oí una puerta que se cerraba y un coche que se alejaba. Después, algún comentario me llegaba, pero eran voces masculinas. Imaginé que serían Ander y su padre. Pobre hombre, si ha tenido que aguantar a una mujer así.

—Alina. —Miré a Ander en la puerta abierta de la habitación—. Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —Yo ya lo tenía todo recogido—. Me voy yo. Tú te quedas en tu casa y se acabó.

—En cinco minutos estoy vestido y nos marchamos. No hay más que hablar. —Y cerró la puerta.

Me quedé mirando la madera con la boca abierta. ¿Cómo que nos íbamos? No, eso sí que no. Me marchaba yo sola y sin que nadie tuviera que aguantarme las velas. Cogí mi maleta, me puse la chaqueta y bajé la escalera. En el salón solo estaba el padre de Ander, sentado con un libro entre las manos. Al oírme, levantó la mirada y, sonriendo, me dijo:

—Ya no soy el único que te ha visto en pelotas.

—Lo siento muchísimo. Siento todo lo que está pasando por mi culpa. —Me excusé—. Me voy ya, no quiero causar más molestias.

—Lo sé, Ander me ha dicho que os marcháis. —Se levantó—. Solo espero que nos podamos ver en mejores circunstancias de nuevo. Mi mujer es especial con respecto a su hijo, pero no es mala persona. Tenía la esperanza de pasar todos los días con él y bueno…

—No pasa nada. Sé que he molestado y me marcho ya, he avisado a un taxi —sonó un claxon—, que, por cierto, ya está aquí.

—Pero Ander ha dicho…

—Despídame de él, Txema, no quiero causar más molestias aquí. —Abrí la puerta para marcharme, era lo mejor que podía hacer en esos momentos.

Salí del caserío y, sin mirar atrás, me monté en el taxi. Le indiqué al conductor que me dejara en San Sebastián, pues al final había pensado que alquilaría un vehículo allí y conduciría yo misma hasta Santander. Había encontrado una oficina abierta y reservado un coche pequeñito.

—¡Ahí va la hostia! —gritó el taxista, dando un frenazo justo a los cinco minutos de ponerse

en marcha.

—¿Qué ocurre? —Me asusté.

—Un gilipollas que me ha adelantado y acaba de pararse ahí. —Él frenó a su vez.

Era Ander. Allí parado en medio de la carretera secundaria que llevaba a la ciudad, tenía una expresión terrible. Había bajado del vehículo y cerrado la puerta con mucha brusquedad. En ese momento se acercaba al taxi y tanto el conductor como yo nos quedamos mirándolo sin saber qué hacer.

—*Alina, jaitsi taxitik* —dijo mirándome a través de la ventanilla. Yo no comprendí nada.

—Señora, ¿llamo a la ertzaina? —El taxista se puso alerta.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté.

—Que baje del taxi. Si quiere, echo marcha atrás y llamo corriendo.

Aquello se nos estaba yendo de las manos. Ander no me iba a hacer ningún daño, pero eso no lo sabía el taxista. Si el pobre supiera lo que había pasado aquella mañana, tendría la misma cara que Ander.

—No ocurre nada. —Lo tranquilicé.

—¿Está segura? —Y yo asentí.

—Ander —bajé la ventanilla—, deja que me marche sola, será lo mejor para los dos.

—Joder, cuando me enfado hablo en euskera, perdona —se excusó—, te he pedido que me esperaras, que nos íbamos los dos juntos.

—No, de verdad, Ander. Ve a casa con tu madre, soluciona lo que tengas que solucionar y ya está. Yo me marcho a Santander.

—Baja, por favor. —Miró el taxímetro y sacó dinero—. Tome —se lo dio al conductor—, y no quiero cambio.

—Ander…

¿Qué podía hacer en esa situación? ¿Montar más el espectáculo? ¿Largarme de una vez por todas y cerrar aquel extraño capítulo con él?

Abrió la puerta y me tendió una mano.

«Alina, piensa rápido y dile al taxista que acelere sin mirar atrás, eso me ayudaría a olvidarme de uno de los hombres que más se me han metido bajo la piel.»

Pero no, agarré su mano. La Alina más inconsciente salió a la luz, la que hacía las cosas sin pensar se puso farruca y le tapó la boca a la otra, a la que tenía un hijo y responsabilidades suficientes como para no pensar en hombres, no pensar en Ander.

—Te llevo a Santander —sentenció él, mientras mirábamos cómo el taxi se marchaba.

—No sé qué estoy haciendo, Ander —dije yo.

*

Irache volvió a mirar a Jesús. Estaban los dos sentados en el sofá, viendo como su pequeña

jugaba con algunas piezas de un rompecabezas. No se habían dirigido la palabra desde que se habían levantado. En realidad, llevaban sin hablarse desde la noche anterior y eso a Irache estaba matándola.

Sabía que la culpa era suya, que solo ella tenía la capacidad de darle vueltas a cosas innecesarias. Lo primero que le enseñaron en la academia fue a preguntar. Las cosas más simples se descubren así, preguntando. Pero ella no fue capaz de hacerle la pregunta más simple a su marido: «¿Me quieres?». Últimamente lo daba todo por hecho y dar por hecho lo que se ve con los ojos tampoco da una visión real de lo que está sucediendo. Y ese había sido el caso. Su marido hablaba con una chica que se iba a quedar una noche con su pequeña, pero ella vio a una mujer que quería robarle la familia.

Se levantó del sofá y cogió el teléfono. Necesitaba hablar con alguien, llamó a Elena.

—Dime, Antoñita *la Fantástica* —le dijo su amiga nada más descolgar.

—No me hagas más daño del necesario —se quejó Irache.

—Pero ¿cómo no te lo voy a hacer? —Elena defendió su postura—. Si te lo dije desde el primer momento, que Jesús no te iba a hacer eso.

—Y yo qué sé, Elena. No hacemos el amor, él es un hombre, tiene necesidades y quizás…

—A ver, alma de cántaro, tú eres una mujer, también tienes necesidades y quizás él puede pensar…

—Ok. De acuerdo. Lo he pillado. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Pues apechugar con la que liaste. No te queda otra que hacer de tripas corazón, intentar que se olvide de eso lo antes posible y no volver a desconfiar de tu marido, hija. No te queda más salida —soltó—. Por cierto, cambiando de tema. Tenemos un montón de envíos por hacer, así que ya podéis estar echando una mano lo antes posible.

—Lo sé, he visto los números. Yo puedo echar una mano mañana por la mañana, antes de irme a dormir —suspiró—. Por lo demás, tal como me has dicho, en cuanto a Jesús, solo me queda apechugar con lo que hice.

—Ay, hija, es que tienes unas cosas… Oye, te cuelgo, le envío un mensaje a la siesa de Alina a ver si responde y me pongo con las cositas estas. —Elena miró las bragas envasadas.

—Sí, me envió un mensaje, pero vamos, que debe de estar muy «ocupada» —puso énfasis en esa palabra.

—Ojalá sea verdad y se lance de una vez a la piscina.

—Jo, lo que es raro —Irache pensó en voz alta— es que un tío de Tinder sea tan insistente.

—Le ha tocado el único, hija, porque si no es por una cosa es por otra, pero todos salen corriendo después del polvo —se quejó Elena.

—¿Y si tú dejas de buscar virtualmente y lo haces en persona?

—Ya, ¿para follarme al del bar otra vez? Paso…

—La verdad es que sí. —Irache rio por lo bajo.

—Te he oído…

—Adiós. —Colgó y volvió al salón.

Jesús ni la miró cuando se sentó en el sofá, estaba jugando con su hija.

Suspiró y se los quedó mirando.

*

Elena caminó descalza por el salón de su casa. Estaba buscando la otra zapatilla, la muy maldita, tenía por costumbre esconderse en cualquier sitio que no fuera a la vista. Le había salido bromista, la pantufla de marras.

Al final, cuando se lanzó al suelo como para hacer una *burpee* en el *box*, ya sabéis, la flexión esa con salto, la vio escondida debajo del sofá. Alargó la mano y al agarrarla le dijo:

—¿Tú qué? ¿Como todos los hombres que aparecen por mi vida?

Pensaba en Alina y su encuentro fortuito en Tinder con el único tío que parecía que se quería comprometer. Suspiró pensando que lo mismo ella también se había vuelto un poco como todos aquellos a los que se llevaba a la cama, una persona que se había convencido de que solo le estaba permitido echar un polvo y después borrar todo tipo de señal. Fuera del tipo que fuera. Un momento, pasar un buen rato y después olvidarse hasta el próximo.

Suspiró al sentarse para ponerse la zapatilla rebelde y miró las dos cajas que tenía preparadas. Una ya lista para enviar y otra con aquellas preciadas prendas de algodón que se convertirían en un ratito de diversión para alguien. Como el sexo que ella tenía.

Alargó la mano para coger el móvil y abrió la aplicación para borrar su perfil. Después, sin dudarlo, tiró también otras aplicaciones parecidas a la basura de su teléfono y las eliminó de un tirón. Las decisiones se tomaban así, de golpe, y ella había decidido en aquel instante que iba a pasar del sexo por un tiempo indeterminado.

Volvieron a oírse los sonidos de alguna extraña herramienta que su vecino estaba usando. Se puso los cascos inalámbricos del móvil con música y encima unos que se había comprado online y le habían llegado la tarde anterior, unos protectores auditivos. Sonrió y continuó con su trabajo de empaquetado.

Ojalá Alina estuviera pasando un domingo mejor que el de ella, sola en su casa.

Capítulo 24

—¿Qué pasa contigo, Alina? —Soltó de golpe Ander.

La música en el coche sonaba sin parar. Después de aquel extraño suceso en la carretera de la casa de sus padres, las personas normales hubieran hablado de ello, pero como yo no era normal, preferí no decir nada y esperar a que todo aquel ambiente raro que se había creado en el coche desapareciera.

Pero no, no desapareció, y además vi que Ander era de los que esperaban a ver quién era el primero que la soltaba y si no era el otro, él no tenía problemas en ser el primero en hablar.

—¿Qué? —respondí, no porque no lo hubiese oído, sino intentando que quizás lo preguntara por otra cosa.

—Ya me has oído, Alina. ¿Qué ocurre contigo? Me estás volviendo loco, ya no sé qué hacer. —Hablaba sin mirarme, más pendiente de la carretera que de otra cosa.

—No pasa nada, Ander. —«A ver qué tontería vas a soltar ahora, bonita»—. Solo que creo que todo esto que está ocurriendo es un error.

—Ya, un error que no paras de cometer, ¿no? —Se volvió un momento, solo uno, pero me clavó su mirada—. No sé qué tienes, no sé quién eres en realidad, pero no hago más que intentar olvidarte y no paras de aparecerte. ¿Acaso crees que me encantó verte en el aeropuerto y salté de alegría?

Ni siquiera esperó a que yo respondiera a aquella pregunta retórica.

—No, Alina. No me gustó volver a verte, porque eso significaba que volvías a estar presente en mi vida.

—Podías haberme llevado a una parada de taxis y después marcharte —dije.

—¿En serio me crees capaz de eso? —preguntó.

—Ander, no sé de qué eres capaz. No sé de qué soy capaz. No sé nada. —Me enfadé.

—Para no saber de qué eres capaz, estás aquí a mi lado, dejándote querer… Y no me malinterpretes cuando digo eso. Solo intento comprender qué ocurre contigo. Quería olvidarte, pero ahí estabas. Y aquí estás ahora —suspiró—. Alina, me gustas. Me gustas mucho más de lo que estoy dispuesto a admitir, teniendo en cuenta la manera en que nos conocimos y lo que yo pretendía contigo.

No sabía qué responderle, no sabía si debía contestarle o callar. A mí me había ocurrido exactamente lo mismo, pero yo no tenía la suficiente valentía como para admitirlo. Yo quería

mantenerme en mis trece, diciéndome que lo que teníamos debía acabar cuanto antes. Olvidarle, no volver a hablar de él, no mencionar su nombre…

No nos conocíamos más allá de unos polvos, pero había algo en él que me hacía querer volver una y otra vez.

—¿No sabes qué decir? ¿O no quieres decir nada?

—Es que no sé qué responderte, Ander. No sé qué decir. —Era verdad a medias. Lo que no quería era contarle toda la verdad, decirle que me ocurría lo mismo que a él.

—Joder, Alina —bufó.

—Joder no, Ander. Déjame en Santander o en el primer pueblo que tenga transporte, me da igual dónde. Lo dejamos así y punto. Yo no te pedí que me trajeras, no te pedí quedarme en tu casa, no te pedí nada. —Hablé con calma, aunque por dentro me deshacía de nervios—. ¿Qué hacía yo en tu casa con tu familia? ¿Qué hacía yo en medio de todo eso?

—¿En serio no has entendido nada?

—Ander, no nos conocemos. No sabemos quiénes somos ni lo que cada uno tiene en su mochila, en su casa, en su vida. —Lo miré intensamente, aunque no me sirvió de mucho, pues él no apartaba la vista de la carretera.

—Alina, te estoy pidiendo justo eso, que nos conozcamos de verdad. Que hagamos por vernos más allá de lo que estamos haciendo ahora. No sé si hay algo o alguien en tu vida, aunque lo intuyo. Pero si es así, dímelo y hablemos, porque si no, no estarías aquí ahora, conmigo.

Miré la carretera y me callé. No quería seguir con aquello y menos en el coche. Ander lo entendió y después de decir algo en euskera, no volvió a abrir la boca.

Creo que después de firmar el divorcio, aquellas fueron las dos horas más tensas que había pasado con alguien. Él conducía, mientras yo solo miraba el paisaje y al mar. Hasta que me delató un extraño ruido en el estómago, el hambre quería hacer su aparición de manera estelar, haciéndose notar.

—¿Dónde dices que está el sitio donde tienes que quedarte? —Fue lo único que preguntó Ander al oír mi grito estomacal.

—En una posada en Ajo —respondí sin más.

—Toma. —Cogió el móvil del salpicadero, donde lo había dejado, y me lo dio—. Introduce la dirección en el GPS y dale a…

—Sé cómo funciona —respondí.

—Perfecto, pues entonces… —dijo él a su vez sin más.

—Su destino se encuentra a treinta kilómetros —informó la voz que nos indicaría cómo llegar a aquel lugar donde Ander me dejaría.

Fin, se acabaría y podría pasar a otra cosa.

Pero ya sabéis cómo es de hijo de puta el destino, y aquel lugar no solo no era un lugar infecto, sino que estaba en medio del campo, con vistas preciosas. Se trataba de una bonita casa de campo gigantesca.

Debí de poner la cara más tonta del mundo, porque Ander volvió a hablar.

—Sí que te cuidan bien los de tu empresa…

—¿Esto es una posada? —pregunté sin esperar respuesta.

—Sí, no te dejes engañar por el nombre, hay algunos alojamientos rurales que se denominan a sí mismos de esa manera, pero tienen todas las comodidades del mundo.

Y aquel parecía ser uno de ellos. Madera cuidada, terraza con flores, ventanales preciosos.

—Ander —lo miré casi avergonzada cuando aparcó el coche—, creo que lo mínimo que te debo después de este fin de semana y de que me hayas traído hasta aquí es invitarte a comer.

—Déjalo, Alina —sonrió con tristeza.

Mi teléfono empezó a sonar, sabía quién era, pero si respondía fuera del coche, Ander arrancaría y se marcharía sin que ni siquiera pudiera darle las gracias. Yo había querido hacer eso mismo por la mañana, pero él se merecía algo más después de cómo me había tratado.

—Cógelo —me instó, sabiendo que me ponía en un aprieto.

—Hola —era mi hijo—. ¿Cómo estás?

Mantuve una conversación con Diego de lo menos propio, como nunca la había tenido con él, no se merecía que fuera tan seca.

—Sí, claro —quería finalizar la llamada—. No te preocupes. ¡No! Claro que no, es que tengo gente. Sí, yo también.

Ander no me miró cuando dijo:

—Bueno, pues esto es todo, ¿no?

—Por favor, acepta comer conmigo. —Yo no apartaba los ojos de él y cuando finalmente me miró, mi estómago volvió a tomar parte en la historia y rugió.

Ander sonrió.

—El cuerpo es más sabio que nuestra mente la mayoría de las veces. No dejes que tu cerebro te diga que no tienes que comer si tú tienes hambre.

—¿Comerás conmigo? —Volví a preguntar.

Abrió la puerta del coche y se bajó. Entonces lo hice yo también, cuando ya estuve segura de que no se iba a marchar en plan *Fast & Furious*. A ver, lo veía bastante más cabal que eso, pero ya no sabía qué pensar a aquellas alturas.

Me cogió el equipaje y caminó con él hasta la puerta del establecimiento.

Después de hacer el *check in* y dejar la maleta en una gran y cómoda habitación, fui al restaurante, donde me esperaba Ander. Bebía un vaso de agua mientras miraba la carta. Si aquella iba a ser la última vez que nos íbamos a ver, por lo menos tener una conversación adulta y dejar las cosas claras entre nosotros. Era lo mínimo que se merecía, aunque no le contara toda la verdad.

—¿Tiene buena pinta la carta? —pregunté.

Levantó los ojos y me miró, dejando el vaso en la mesa.

—Sí, la verdad es que está bastante bien. ¿La habitación, qué?

—Más de lo que esperaba. —Sonreí levantando una ceja.

—Claro, te imaginabas una habitación de hostal cutre, ¿no?

Asentí y me senté frente a él en la mesa, quería tenerlo cara a cara.

—¿Quieren algo de beber? —preguntó el camarero.

—Yo con el agua estoy bien, luego conduzco.

—El agua está bien, para dos, por favor —contesté yo.

Pedimos tranquilamente y comimos mientras hablábamos de estupideces sin más. Yo le pregunté sobre su carrera, su trabajo en el hospital y la verdad es que parecía no querer hablar mucho de ello, parecía que lo estresaba demasiado. Por mi parte, le hablé de lo aburrido que era estar todo el día con las piezas de maquinaria.

—¿Cómo te dio por hacer CrossFit? —cambió de tema, cuando se comió el último trozo de entrecot, que yo hacía un momento ya me había acabado.

—Uhm. —Lo miré mientras él bebía agua—. Bueno, la verdad es que siempre me ha gustado el deporte, pero tuve una racha personal un poco dura y, para intentar despejarme la mente, me apunté. Después me enganché a sufrir de más.

No, no le iba a contar que me apunté justo el día que decidí separarme de Samuel. Ni que allí conocí a las dos personas que me hicieron embarcarme en un proyecto laboral que creía era una locura y que, por cierto, estaba dejando en sus manos por completo.

—Me sorprendió mucho el día que te conocí, el oblicuo que tenías. —Fruncí un poco el cejo —. No, nada malo. Es que lo tenías tan bien definido y los cuádriceps tan duros…

—¿Vas a darme una clase de anatomía? —pregunté divertida.

—No, tranquila, ya sabes que lo mío es más bien de abrir cabezas con sierras…

—Ay, para —lo corté—, me lo estoy imaginando y la verdad es que no me apetece nada que continúes.

—¿Mejor la clase de anatomía? —Parecía estar algo menos tenso.

—Puede, yo no es que sepa mucho, pero cuatro cosillas sí que sé.

—¿Examen? —Me retó.

—¿Teórico o práctico?

«¡Alina! —soltó mi cerebro—. ¿Otra vez liándola? Habías dicho que no ibas a hacer nada, ni decir nada, ni incitar a nada. Sabes que estos juegos suelen complicarse más de lo que…»

—Perdón, Ander, era una broma —añadí—. Siempre me han dado pánico los exámenes.

—No te preocupes. —Se echó para atrás en la silla.

—¿Un café? —pregunté.

—Gracias, pero me voy a ir. Tengo un largo camino a casa y quiero llegar pronto. Mi móvil está que va a echar chispas. —Y sabía a qué se refería.

Yo me llevé las manos a la cara, quería morirme solo con recordar la escena.

—Madre mía —exclamé—, no sé si voy a poder superar lo de esta mañana. Ni cuando era joven me pillaron haciendo nada y ahora que soy adulta… —estuve a punto de decir «madre»—,

con dos dedos de frente…

Admito que la cara de horror de la madre de Ander aún no había podido olvidarla. Eso y a la otra mujer mirando al que había sido su novio en la cama conmigo.

—Bueno, es cierto que no has tenido muy buena entrada en mi casa —se rio—. Primero mi padre —le cambió un poco el gesto— y después mi madre. Pero ella es un mundo aparte. —Vio mi rostro compungido—. Es muy especial con todo lo que tiene que ver conmigo. Es muy mamá gallina y quiere que su hijo esté toda la vida a su lado, que elija la novia que ella quiera, si es vasca mejor, y que no me vaya a vivir más allá de dos casas, para poder estar con sus nietos. De ahí que sea algo rara, pero es buena.

—No lo dudo, pero joder, estaba completamente desnuda y ahí toda —hice unos movimientos un poco ridículos para señalar mi completa exposición—. Y luego ella, Zorrone…

—Zorione —me corrigió.

—Pues eso… —resoplé, muy azorada.

—Alina, yo también estoy muy afectado con el suceso. Ni siquiera sé por qué mi madre ha hecho eso. Pero bueno, ya está.

Se levantó de la silla y yo con él.

—Me voy ya, quisiera llegar con algo de luz —me explicó.

—Te acompaño al coche —me ofrecí.

—Déjalo, Alina. Me marcho y ya veremos si el destino quiere que te quedes varada de nuevo en San Sebastián o ¿quién sabe dónde? —Me miró triste.

—Pues aquí me despido. —Lo acompañé hasta la puerta de la posada.

Las nubes cubrían todo el cielo amenazando lluvia. La verdad es que parecía el final perfecto para una de esas películas que no acaban bien. ¿Qué hacía luego? ¿Levantaba una mano para decirle adiós? ¿Lo abrazaba? ¿Un par de besos en la mejilla? Qué incómodo y sin sentido se estaba volviendo todo.

No tuve que pensar más, Ander me dio un beso en la mejilla, y luego, sin más, se dio la vuelta y le alejó con las manos metidas en los bolsillos hacia el vehículo.

Me sentía ridícula allí en la entrada, sola, bajo la mirada del recepcionista, que, aunque estaba haciendo algunas cosas, sé que miraba.

Subí a la habitación y abrí la puerta. No sé qué me pasó en el instante en que se cerró, pero el aire me faltaba. Sentía que mis pulmones no eran capaces de hacer que el oxígeno entrara en ellos. Lo intenté un par de veces más y no pude; el techo, las paredes se me echaban encima y me aplastaban. Me llevé una mano al pecho y después a la garganta. No lo estaba haciendo bien, no era así…

Abrí la puerta y corrí, corrí con la intención de parar a Ander. El pasillo era larguísimo, los escalones como piedras y al abrir la puerta vi que su coche ya había tomado el giro que llevaba a la carretera principal. Corrí un poco más, solo lo suficiente para ver cómo se marchaba y no, no lloré. Podría haberlo hecho, pero no habría servido de nada.

«¿Para qué corrías, Alina, si tú lo has echado? ¿De qué te quejas si no eres capaz de decirle la verdad?»

De nuevo me costaba respirar. Solo una vez en mi vida me sentí así y fue el día en que me enteré de que Samuel me había puesto los cuernos.

Las gotas de lluvia comenzaban a caer con fuerza.

Deshice el camino recorrido para nada, entré empapada en el alojamiento y subí a la habitación con más desgana que otra cosa.

Podía haberlo llamado por teléfono, pero no lo sabía. Habíamos pasado el fin de semana juntos y ninguno de los dos había siquiera planteado darle su número al otro. Suspiré, arrastrando los pies hasta la puerta de la habitación y la abrí. Había dejado todo el suelo de la recepción, de la escalera y del pasillo mojado. Estaba empapada por haberme quedado bajo la lluvia pensando en lo gilipollas que era a veces… Suspiré y al final me di cuenta de que lo que caía por mis mejillas cuando me senté a los pies de la cama no era agua, sino mis lágrimas.

Capítulo 25

Me quedé mirando la pared, no sé cuánto rato estuve así, si fueron tres minutos o tres horas, pero hacía frío, sentía frío, y era porque tenía la ropa mojada.

Llamaron a la puerta y me asusté. No quería abrirle a nadie, ni a los de recepción, ni al servicio de habitaciones, ni nada.

No hablé, no me moví, no quería que nadie supiera que dentro de aquella habitación había una gilipollas de manual que no sabía manejar su vida.

—Abre la puerta, Alina. —La profunda voz de Ander me hizo asustarme—. Abre la puerta, sé que estás ahí dentro y no quiero montar un escándalo en el pasillo.

Caminé hacia allá y abrí. Ander se abalanzó sobre mí sin pedir permiso, agarró mi rostro y me acercó a sus labios, a la vez que con el pie cerraba la puerta. Me llevó hacia la pared más cercana y me mantuvo allí con su boca, mientras sus manos me abrían la camisa, haciendo saltar todos los botones. Me sobresaltó, pero no me dejó moverme. Solo en el instante en el que se apartó para quitarse el jersey pude decir algo.

—Ander… —Lo miré sorprendida, respirando con fuerza.

—Cállate, Alina, por primera vez te pido que te calles.

—Pero…

—Joder, Alina, cállate. —Bajó su rostro hasta mis labios para silenciarme.

Su lengua se abría paso por el interior de mi boca. Nunca se había mostrado de aquella manera. Las veces que habíamos estado juntos los dos preguntábamos, dábamos, recibíamos, pero esta vez era diferente, sentía que lo que estábamos haciendo era desesperado.

Bajó las manos hasta mi cintura y me desabrochó el pantalón para bajármelo por completo y hacerlo desaparecer, lo mismo que los zapatos. Continuó besándome, el cuello, mordiéndome la clavícula con la fuerza suficiente como para hacerme saltar de la impresión. Se separó y me miró un segundo, pero no paró, solo lamió el sitio donde había dejado una pequeña marca de dientes en mi piel.

—Me vuelves loco, Alina —gruñó.

—Ander, por favor. —No sabía siquiera qué era lo que le pedía.

—¿Qué? ¿Por favor, qué? —Mordió por encima de mi sujetador.

Metí las manos en su cabello cuando llegó a mi ombligo, enredé los dedos en él y tiré ligeramente. Yo también sabía jugar a aquel extraño juego de dos. Se quejó con un bronco gruñido y clavó los dientes en la piel de mi cintura, haciendo que echara la cabeza hacia atrás. Lo

aprovechó bien, pues se puso de pie y, mientras sus dientes se paseaban por mi garganta, apretó su cuerpo contra el mío y me agarró por el culo, izándome. Le rodeé la cintura con las piernas y él volvió a besarme, ahora clavando su sexo escondido tras la tela de los vaqueros contra mí. Gemí. Volvió a hacerlo varias veces más. Bajé las manos por su espalda y lo arañé lo suficiente para que abriera más la boca. Entonces aproveché para meter la lengua en su interior, demostrarle que yo también estaba allí. Lo entendió al instante, pues me dio la vuelta y me empujó contra la cama.

Lo miré desde allí, vi que se estaba desabrochando los pantalones y se bajaba los calzoncillos, dejando al aire su pene. Estaba listo, preparado para que mi cuerpo lo aceptara.

Se agachó acercándose a mí y me incorporé para besarlo, pero él me dio la vuelta y me puso boca abajo, levantándome después un poco para colocarme a cuatro patas. Quise replicar…

—¡Ander! —solté de nuevo, sorprendida por su comportamiento.

—Chis, Alina —casi susurraba—. *Maite zaitut*. Que te quiero.

—¿Qué? —pregunté azorada.

—Que te calles —su tono había vuelto a cambiar.

Entró en mí sin miramientos. Gruñó. Me removí. Su mano derecha buscaba mi clítoris, se agachaba para tocar mis pechos y comenzó a moverse. Sentía que mi propio orgasmo se estaba fraguando, sus manos se movían con tal maestría que me faltaba el aire.

—Oh, Dios —gemí.

—Sí, Alina. Quiero oírte gritar mi nombre. —Noté sus embestidas más fuertes.

Y llegó, grité su nombre mientras una corriente recorría todo mi cuerpo, dejándolo totalmente sensible, con la carne de gallina y mis sentidos embotados. Creí oír sus gemidos mientras me hablaba, decía mi nombre y algo más en euskera. Luego caímos los dos en la cama…

Me aparté un poco, necesitaba espacio y aire. Me recoloqué la ropa interior, aún la llevaba puesta, y me arrastré debajo del edredón, haciéndome una bola. Oí que Ander dejaba caer sus pantalones al suelo, para después entrar en la cama y tumbarse a mi lado, abrazándome por la espalda y acariciando mi pelo.

—Tienes el pelo mojado —susurró en mi oído.

No dije nada, solo suspiré exageradamente mientras miraba la pared y su mano me acariciaba el estómago. Nuestras pieles, antes calientes de necesidad, estaban frías.

—Lo siento, Alina —volvió a hablar en aquel tono que me rasgaba la dermis—. Sé que ha sido una locura volver y esto que ha pasado también, además sin cond…

—No te preocupes —logré decir para tranquilizarlo—. Llevo un DIU y eres el único hombre con el que he hecho esto sin preservativo desde hace años.

—Yo… —lo noté incómodo—. Yo estoy sano. —Volvió a tomar aire—. Alina, quiero estar contigo.

—Ander… —comencé de nuevo, sin darme la vuelta.

—Déjame hablar. —Me hizo girar para mirarme a los ojos—. Zorione y yo nos quedamos embarazados y ella decidió que tener un hijo en el momento en que comenzábamos el MIR iba a ser un estorbo. Nos separamos, me separé de ella sin más, me marché fuera y desde entonces no había vuelto a sentir esto que estoy sintiendo contigo. Es verdad que solo buscaba algo esporádico con aquella aplicación móvil, pero todo cambió cuando nos vimos en persona y…

—¿Por qué no lo dejamos así? —dije—. Todos tenemos mochilas que pesan más o menos.

—Porque voy a luchar por lo que quiero y si no te pasara lo mismo, sabes que me hubieras parado al instante. —Me tomó el rostro y me lo acarició despacio.

—Ander… —sentí sus labios suaves.

—¿Por qué no lo intentamos, Alina? —me preguntó serio—. ¿Por qué no al volver a Madrid nos vemos y lo intentamos?

—Pues porque todo es difícil allí —me justifiqué.

—¿Te espera alguien? Si es así, ¿por qué de nuevo estás aquí conmigo en la cama?

—No lo sé, Ander, hay algo de ti que me hace caer una y otra vez. ¿Conoces la canción de Sara Bareilles? —Él negó moviendo su cabeza—. *Gravity*, se llama. —Y comencé a cantar.

Me miró con intensidad, casi como si me traspasara con sus ojos. No sé qué estaría pasando por su cabeza, ni siquiera yo sabía por qué le estaba diciendo eso, pero al final mi historia con él era como en aquella canción. Caer una y otra vez sin saber por qué o por qué no podía escapar de sus caricias a pesar de haber estado alejada de él. Sí, era como la gravedad, él me atraía hacía su mundo de manera inexorable. ¿Cómo iba a solucionarlo, si yo solo quería estar sola?

—Estás casada, ¿verdad? —Se levantó de la cama y miró por la ventana llena de gotas de agua de aquella posada en Ajo.

—No —le dije la verdad.

—Pero tienes a alguien que te espera en casa. —Se volvió desnudo a mirarme y yo asentí, sentada en aquella vacía cama sin él—. Voy a luchar por ti, Alina y me da igual a quién tenga que echar, a quién tenga que…

—Tengo un hijo, Ander.

De nuevo se acercó a la cama.

—Me da igual, quiero estar a tu lado. —Agarró mi rostro y me besó de nuevo con pasión.

¿Qué iba a hacer? No le estaba dejando las cosas claras. Hablaba con medias verdades sin decirle claro cuál era mi situación. Le estaba dando a entender que, aunque no estaba casada, era madre de un niño y que era probable que el padre del crío viviera con nosotros. Tomé aire.

—Ander —aparté sin ganas mis labios de los suyos—, ven aquí, quiero contarte algo.

—Si es para decirme que esta es la última vez que nos vemos, prefiero que no digas nada, ya que nunca cumples tus promesas. —Me acarició la mejilla.

—Calla o no te lo contaré.

Y le conté toda mi historia. Sí, la historia del matrimonio feliz que acabó siendo un verdadero desastre después de un montón de años. De un matrimonio que tuvo un hijo y que decidió tomar

caminos separados para que aquel niño tuviera mejor vida que la de unos padres que ya no se querían de la manera que lo hacían cuando se conocieron. Y que yo había estado cayendo en las redes de Samuel una y otra vez, hasta que mis amigas me dijeron que debía probar fuera. Y al hacerlo apareció él, Ander. El hombre que solo debía ser un pinchito de una noche…

—Joder, Alina. —Se levantó de golpe—. Joder.

—¿Qué ocurre, Ander? —me asusté por su reacción.

—Pues ocurre que han pasado tres o cuatro meses desde que nos conocemos…

—Cuatro —puntualicé.

—Pues eso, cuatro. —Se movía nervioso por la habitación—. Y he estado perdiendo el tiempo, un tiempo precioso por tus silencios y tus medias verdades. Joder —se mesó el cabello alborotado.

—Lo siento, lo siento —quise justificar lo injustificable por mi cabezonería—. Entendería que quisieras irte por no haberte contado la verdad. Probablemente habría sido más fácil para ti que estuviera casada y así tener algo por lo que luchar. Pero como has visto, te he mentido…

—Pero es que no entiendo nada. —Se volvió a sentar a mi lado—. ¿Tanto miedo tienes? ¿Es que no te he mostrado como soy?

—Ander —le cogí las manos—, nunca fuiste tú, fui yo la que me alejaba por miedo a enamorarme. Mi vida no es fácil. Con mi hijo y con…

—¿Aún amas a Samuel? —preguntó mirando nuestras manos unidas.

—No, Ander. Eso es lo que más miedo me da de todo esto, que ya no le quiero a él. —Levantó la mirada y nuestros ojos se quedaron fijos en los del otro.

Me besó despacio, como sabiendo la continuación de aquella frase que había quedado a medias. Consciente de que si preguntaba probablemente yo diría algo de lo que los dos nos arrepentiríamos en algún momento.

Apartó el edredón que hacía que nuestros cuerpos no se tocaran y me tumbó. Su piel se pegaba por completo a la mía y en aquel momento todo lo que nos rodeaba desapareció. Me quitó con cuidado la ropa interior que aún llevaba puesta. Y no fue solo sexo lo que en ese instante flotaba en el aire, ni siquiera un sentimiento de amor incondicional, era algo parecido a una promesa que nos rodeaba mientras nuestras manos recorrían cada centímetro escondido entre nuestros suspiros. Los vaivenes que hacían de nosotros uno, se convertían en descargas eléctricas que se desvanecían entre las gotas de sudor que caían libres entre las sábanas.

No sé si hicimos el amor, no sé si en aquel momento pasó algo que ninguno de los dos pudiera remediar más adelante, pero de nuevo vino a mi cabeza la canción de Sara Bareilles…

Por la mañana seguía lloviendo cuando nos despertamos. No hacía especialmente frío, pero parecía que el tiempo quisiera unirse a mi estado. No, no estaba triste, aunque había algo que se había instalado en mi estómago, como una fuerte bola de metal que no me dejaba respirar. Todo parecía en aquel instante incertidumbre y miedo y sobre todo no sabía si Ander iba a entender que necesitaba mi propio espacio para digerir todo lo que había sucedido en aquella habitación.

*

—Bueno, ya estamos en el majestuoso hotel en el que vas a alojarte estos días de congreso —anunció Ander a la llegada.

—Gracias. —Lo miré sin saber si sonreír o no.

—Sólo tienes que avisarme para que vuelva a por ti por la noche. —Me acarició con la palma de la mano, cosa que aproveché para apoyar mi rostro en ella.

—Lo sé, Ander, pero…

—Necesitas espacio para saber qué es lo que realmente pasó anoche —soltó, dejándome sorprendida—. Te esperaré en Madrid. Llámame o iré un día a verte a tu casa, aunque esté tu hijo —sonrió al decir eso, y yo sabía que era verdad.

Abrí la puerta del coche para salir, no sin antes besarlo despacio en los labios.

—Te… espero en Madrid. —Me recordó de nuevo.

—Lo sé.

—*Bihar ere eguzkia aterako duk* —le oí decir antes de salir del coche— Mañana también saldrá el sol, te lo traduzco por si no lo has entendido.

Bajo la ligera lluvia de Santander, vi cómo el coche del padre de Ander se alejaba por la carretera.

Capítulo 26

No solo me aburrí como una ostra en aquella convención, sino que, además, solo pensaba en Ander. En lo que haría, en lo que no… Pero tenía claro que necesitaba tiempo para mí, para aclarar qué quería con él.

Habían pasado ya dos días desde que aquel fin de semana hubiera trastocado mi vida por completo y entre el niño, mi trabajo y la nueva web de ventas, mi tiempo se dividía en compartimentos tan bien separados que no tenía ni un segundo para mí. Ni para otras cosas…

—Oye, ¿has guardado ya tus bragas postCrossFit? —Elena se acercó con el pelo mojado después de la ducha.

—Sí, las tengo en la bolsita y he traído unas pocas más que tenía por casa —respondí—. Lo que pasa es que necesito ir de compras y no me da la vida. En serio.

—Os espero fuera —Irache nos dijo sin más.

—Jolín, desde lo de la *nani* sí que está rara. —Miré hacia la puerta.

—Normal, hija, es que tú no sabes lo que fue aquel día. —Levanté una ceja—. Sí, tú no tuviste que tirarte por el suelo para vigilar.

—Elena —una de las chicas del *box* se acercó con una bolsa—, te paso unas pocas más.

—Guay, espero que estén selladas, si no ni las cogemos —advirtió.

—Tranquila, exactamente como nos explicaste —le respondió la otra.

—Perfecto, si las vendemos, ya sabes…

La chica levantó una mano a modo de despedida y se marchó.

—Parecemos camellos, tía —le dije.

—Y tú aún nos tienes que contar mucho. —Se puso el abrigo.

Irache ya nos esperaba con una cerveza y una bolsa de patatas para ella sola.

—¿Qué está pasando aquí? —se quejó Elena—. Una vez bien, pero todos los días no. A ver, a mí me da igual, yo las bolsas me las como a pares, pero ¿tú?

—Me da igual todo —dijo Irache y le dio un sorbo a su cerveza, mientras las demás esperábamos nuestro café y bocadillo—. Jesús sigue sin hablarme más de lo estrictamente necesario.

—Ay, nena, ¿y si le pides perdón? No sé, vuelve a contratar a aquella chica. Empótralo contra la pared —le dije—. Tu Jesús no te va a dejar de querer, pero lo has tratado un poco regulero y está dolido.

—Bah. —Pasó de nosotras y pidió otra cerveza.

—Esta se nos alcoholiza —me dijo por lo bajo Elena.

—Bla, bla, bla —se burló Irache de ella—. Y lo tuyo en San Sebastián tuvo que ser de órdago para que ni nos hicieras caso el día D a la hora H.

—Bueno, ya os lo conté por encima…

—Sí, hija, no sé qué tenéis con las madres y/o suegras vosotras dos. Existen unas cosas que se llaman «cerrojos», ¿los conocéis? Funcionan que te cagas de bien y hacen que la gente no entre en las habitaciones —nos soltó Elena.

—Ya, y también hay otra cosa que se llama «cerebro» y que tú ahora mismo tienes embotado —le respondí, recibiendo un gesto obsceno de su dedo, mientras removía el café—. Pero bueno, el resumen de todo esto es que han pasado dos días y Ander y yo aún no nos hemos visto —suspiré.

—Deberías verlo, si has decidido intentarlo. —Irache me miró seria, echándose el pelo para atrás, aún lo tenía mojado.

—Lo sé. Pero es que…

—Tía —Elena me miró—, no hay «es ques» que valgan. Tú misma viste lo que hizo. Y no me refiero a hacerte ver las estrellas a pollazos.

—A veces eres más básica… —solté—. Pero ¿y si le dejo entrar en mi vida y luego se marcha? Yo estaré jodida, pero mi hijo se merece tener una madre que esté centrada, que no traiga novios cada dos por tres…

—Alina, te mereces ser feliz. Inténtalo antes de presentarle a tu hijo. Queda con él los días que Diego no esté, ve a su casa y, cuando estés segura, das el paso… No es que vayáis a formar inmediatamente una familia, ¿no? —me dijo Irache, a la par que yo asentía.

—No es mala idea —opinó Elena—. Y, por cierto, yo también os tengo que contar una cosa. —Irache y yo la miramos—. Hace dos semanas que no follo, me he quitado todas las aplicaciones para ligar y estoy en modo monja. Sí, quiero pensar más en mí como persona y no como disfrutadora.

—¡Enhorabuena! —soltamos las dos a la vez.

—Sí, estaba un poco cansada de ir de un lado a otro sin más, sin querer buscar nada serio, así que he decidido no buscar nada. Si ha de llegar algo, que venga —sonrió—. Fijaos cómo estoy de bien y de centrada, que hasta mi vecino me parece majo.

—¿En serio? ¿Y qué ha pasado? —preguntó Irache.

—Pues que desde que tengo unos cascos aislantes ya no le doy por culo y hasta parece que ha parado un poco.

—Mira tú, si al final estos dos…

—Lo llevas claro, Alina —me contestó.

—Por cierto —Irache sacó un par de paquetes de tangas para cada una—, de repuesto, que no sé si tenéis. Estos son de los buenos, los he comprado caros. Se han de poner a un precio mayor, Alina. Ya te paso los datos para que subas los *copys*.

—Perfecto. —Cogí mis paquetes y me decidí a poner día y hora para ver a Ander.

—Nena, qué guapa estás hoy. —Chiki, el camarero, se acercó a Elena.

—Sí, ¿has visto? Es por no follar. —Le guiñó un ojo, pagó su consumición y las tres nos levantamos para irnos a casa.

—Esta noche reviso mails y hablamos, chicas —les dije, despidiéndome de ellas.

—Genial. Las cosas no nos van nada mal —Elena sonrió.

*

Había terminado de hacer todas las cosas de casa, después de jugar un rato con Diego, ducharlo, preparar la cena para él y para mí, la comida del día siguiente y contarle tres cuentos antes de que cayera en la cama dormido. Eran las once de la noche y abría el ordenador sin ninguna gana de ponerme con la parte que me tocaba. Pero era un curro de tres y cada una debíamos hacer lo que pudiéramos.

Y allí estaba yo al cabo de una hora, con los ojos rojos como tomates, cerrando mi sesión en el portátil y echándome en la cama a dormir…

Abrí los ojos de golpe, me había prometido escribirle a Ander para quedar y dejarnos de tanta llamada y mensaje de móvil.

Hola, Ander, ¿cuándo nos vemos? Tengo muchas ganas.

*

Ander tiró la bata y el gorro desechables a la papelera, antes de quitarse los guantes. Después de salir de quirófano se metió en la ducha en el hospital. Bostezó bajo el agua mientras se enjabonaba despacio, estaba muy cansado. Tendría que haberse marchado a casa a las diez de la noche, pero una urgencia de última hora le había complicado un poco la noche hasta el amanecer.

Miró el reloj antes de salir del hospital. Las siete de la mañana. Encendió el teléfono y sonrió al ver un mensaje. Alina finalmente le había escrito.

Le había dado su espacio, quería que fuera ella la que fijara día y hora para verse, aunque ninguno de los dos hizo caso a lo que se dijeron y no habían parado de llamarse y mandarse mensajes.

Después de Santander, dejó que fuera ella la primera en dar señales de vida y Alina no tardó más que unas horas en hacerlo aquel lunes por la mañana. Desde entonces no habían parado de hablar, pero quería que fuera ella la que dijese en qué momento quería que volvieran a verse. Sabía que, si era él quien tomaba la iniciativa, volverían a caer el uno en brazos del otro y lo que en realidad necesitaba era que Alina le dijera eso de «Ven a casa y entra en mi vida».

Sonrió mientras se iba despidiendo de algunos compañeros de camino hacia el aparcamiento.

Ella había preguntado cuándo y él le iba a responder en un rato.

Arrancó su coche y puso rumbo a la casa de aquella mujer que lo estaba volviendo loco. Sabía que si se daba un poco de prisa, podía verla salir de casa. Con eso se conformaría.

Volvió a sonreír. Tampoco había sido tan mala la guardia.

*

—Vamos, Diego, que siempre estamos igual a estas horas —alentaba a mi hijo a darse prisa.

El colegio estaba a cinco minutos de casa y se quedaba en acogida para que yo pudiera llegar más o menos a las nueve de la mañana al trabajo, pero era como una guerra.

—Ya voy, mamá, es que le estoy diciendo adiós a Batman.

Puse los ojos en blanco.

—Al final, como no nos lleve con el Batimovil, no llegamos —dije, y lo oí reírse.

Menos mal que ya estábamos de camino al ascensor justo a tiempo. Abrí la puerta del portal y mi móvil comenzó a sonar, estuve a punto de no cogerlo, pero…

—Un momento, Diego. —Le solté la mano mientras sacaba el móvil y miraba quién me llamaba. Me sorprendí—. Hola, Ander.

—Hola, Alina. Mi respuesta a la pregunta que me hiciste anoche es ahora.

¿Cómo que «ahora»? Estaba yendo al colegio con mi hijo. ¿Estaba loco aquel hombre? ¿Qué hacía?

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunté, intentando aparentar toda la calma que no tenía.

—Mira al otro lado de la calle.

Levanté la mirada y lo vi apoyado en su coche. Sonreía y solo movió la cabeza saludándome.

—Acabo de salir del hospital. —Lo oí respirar—. Quería verte. Solo eso.

—Ander, estoy con…

—Tu hijo, lo sé. Tranquila, solo quería verte ya.

Sonreí, entendiendo lo que estaba haciendo. No se iba a acercar, no en ese momento.

—Tienes cara de cansado. —Lo miré.

—Sí, estoy agotado…

—Mamá —Diego me tiró del bolso—, llegamos tarde al cole. Diles a tus amigos que no te llamen a estas horas.

—Lo siento, Ander, te tengo que dejar. —Me encogí de hombros.

—Tranquila. Te llamaré esta tarde. Que tengas un buen día.

Y colgó, se metió en su coche y lo vi arrancar. Yo volví a coger la mano de Diego y salimos corriendo hacia el colegio.

*

—¿En serio, tía? —Elena casi me gritaba al oído.

—Sí, pero no grites tanto. Hija, desde que te pones los cascos esos parece que no oyes.

—¿Qué quieres que te diga? —Me ignoró—. Me parece monísimo. Voy a preguntarle a mi amigo, ese que lo conocía, a ver si tiene alguno para mí. —Suspiró.

—Pues yo aún estoy un poco cagada, para qué mentir.

—A mí un tío me hace eso después de salir de una guardia y me lo como a besos. —A través del móvil oía que iba caminando—. Jolín, le planteas quedar después de estar unos días sin veros en persona y va y ese mismo día por la mañana se presenta al otro lado de la acera.

—Lo sé, pero…

—Pero se te ha hecho el chichi «pechicola». Admítelo —Elena seguía a lo suyo.

—Un poco sí, eso es verdad. —No lo iba a negar.

—Nena, este hombre es de esos que todas buscamos y muy pocas encuentran. —La oí suspirar—. Yo te confesaré que sueño con ello todos los días de mi vida.

—Ya, y con Henry Cavill también —bromeé.

—Con él también… ¿Tú has visto que miraditas echa el muchacho? Puro acero, puro Superman.

—Estás fatal —le dije.

—Tú mucho peor, por perder el tiempo sin aprovechar a ese pedazo de maromo.

Y me colgó sin más. Ella solía hacerlo. Cuando creía que todo lo que tenía que decir estaba dicho, acababa la conversación. Era de esas personas que odiaba que la cortaran cuando interrumpía. Sí, así era mi amiga Elena, la chica que siempre estaba para todos y todos querían estar con ella.

Lo que más me estaba sorprendiendo de ella era ese arrebato del celibato en el que se había metido. En realidad pensaba que sería algo transitorio, que quizás se le pasaría cuando la regla se le fuera y de nuevo andaría buscando presa para cazar. Pero no, ahí estaba, fuerte como un roble y sin ninguna aplicación en su teléfono. Algo estaba pasando con Elena y no era malo.

—¡Vamos, Alina! —dijo la horrible voz de mi compañera—. Nos espera el jefe ya.

—Voy.

Teníamos reunión a primera hora y a mí se me había olvidado por completo. Quería haberle enviado un mensaje a Ander, pero eso tendría que esperar un poco más.

Tanto esperó que la mañana se convirtió en tarde y la tarde me pilló sin paraguas cuando salí de la boca del metro para ir a mi casa. Eran solo diez minutos, pero en mi vida pensé que aquellos diez minutos serían tan largos. Lo suficiente como para que la chaqueta, los zapatos, el bolso y toda yo se empapara por completo a un minuto de llegar a mi portal. Menos mal que Diego estaba esa tarde con su padre, porque si no, el pobre se habría mojado entero desde que yo lo recogiera hasta casa.

No veía nada mientras corría como una desesperada hasta llegar al portal. ¡Las llaves!

«Busca las llaves antes, que si no te vas a pillar una pulmonía de película de terror.» Vaya puñeteros goterones me estaban cayendo en los ojos. Así no había Cristo que encontrase nada. Vamos, ahí, sí… Allí estaban. Las encontré finalmente y al levantar la vista para meter la llave en la cerradura lo vi. Estaba esperando en el portal y me quedé paralizada bajo la lluvia y sin cantar, no como Gene Kelly.

—And…

No dejó siquiera que terminara de decir su nombre, alargó un brazo y tiró de mí hacia él. Estaba empapada por la lluvia y lo único que sentía eran las caricias de sus labios en mi boca y como su barba rascaba con suavidad la piel de mi barbilla, mientras su lengua y la mía se dedicaban a bailar bajo el aguacero. Se me pasó de golpe la mala uva, el frío y hasta la sensación de humedad en mi cuerpo, solo podía sentir las manos de Ander sujetando fuerte mi cintura.

Admito que fui un poco peliculera, pero dejé caer al suelo el bolso y la bolsa que llevaba en las manos para agarrarle el rostro y apretarlo más contra mí. No se acababa, no quería que aquel beso se acabara. Sus manos ahora me subían por la espalda, me agarraban, sentía que querían arañar mi cuerpo. Le tiré del pelo, me agarré con fuerza a él. Ander.

—Estás empapada —fue lo único que dijo con una sonrisa de oreja a oreja y los labios hinchados.

—¿Qué haces aquí? —«Olé pregunta inteligente, Alina.»

—Me voy a trabajar y quería volver a verte —dijo mientras me quitaba el pelo mojado de la cara.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—Bastante, la verdad, pero no sé, quería probar suerte.

—No sé cómo tomarme esto, Ander. —Comencé a temblar de frío—. No puedes aparecer aquí así, de golpe, ¿y si hubiera estado con mi hijo?

—No te habría besado. —Se puso serio y miró su caro reloj—. Sube a casa a cambiarte de ropa, te llamo desde el coche.

Volvió a besarme, esta vez despacio y dejando que su dedo pulgar acariciara mi mejilla. Quería más, quería mucho más de él. De no ser por el frío, su trabajo y la pronta llegada de mi hijo a casa le habría dicho de subir. Lo necesitaba, quería estar con él. Quería mirarlo a los ojos y hablar durante horas de todo y de nada. Alina, ay, Alina.

—Sube, anda. —Se agachó para recoger las cosas del suelo y me las dio—. Hace frío.

Me quedé mirando cómo se subía el cuello del abrigo que llevaba sobre una camisa blanca, pantalones grises y zapatos brillantes, antes de entrar en su coche. Me miró desde el interior sonriendo y desapareció rápidamente.

Yo entré en el portal y corrí, literal, por la escalera hasta mi casa. Tenía mucho frío. Dejé las cosas mojadas en la cocina, incluidos los zapatos, y mi móvil comenzó a sonar. Sonreí para mí sabiendo quién era y no me equivoqué.

—¿Ya te has quitado toda la ropa? —La profunda voz de Ander hizo que me recorriera un

escalofrío.

—Estaba en ello —respondí pícara.

—Perfecto entonces. Cuéntame cómo lo haces, ¿quieres?

—No sabía de estas preferencias tuyas —jugué.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, Alina. —Silencio—. Pero espero que podamos descubrirlas juntos.

—Ander…

—¿Te has quitado ya la ropa? Te vas a poner enferma, te lo dice un médico.

Caminé hasta el cuarto de baño de mi habitación y puse el manos libres.

—Ya no llevo la camisa y ahora me estoy quitando la falda…

—¿Medias o pantis? —preguntó él.

—Para el trabajo pantis. Pero tampoco los llevo ya…

—Alina, Alina…

—¿Desnuda? —pregunté.

—Para mí de cualquier manera —soltó—. Me vuelves loco y no sabes cuánto.

—¿Cuándo nos veremos? —inquirí ya sin ropa, antes de irme a la ducha.

—Déjame que mire mi cuadrante y te aviso —Suspiró—. Me encantaría continuar, pero en un coche y camino del trabajo… Cuando me baje voy a tener que ir agachado o con los documentos por delante.

—Me voy a la ducha, pensaré en ti. —Y era verdad.

—Buf —Suspiró de nuevo—. Te envío un mensaje luego.

—Adiós, Hierro.

—Adiós.

Dejé el teléfono y me metí bajo el agua caliente. Aún sentía los labios de Ander comiéndose los míos, sentía su mano apretando fuerte mi cuerpo. Bajé la mía a mi sexo, necesitaba recordarle.

Capítulo 27

El ascensor estaba ocupado, así que Elena subió por la escalera. Todos los artículos de salud hablaban de que el cambio estaba en las pequeñas cosas. Y no, no pensaba en la broma de Groucho Marx: «Un pequeño yate, una pequeña mansión, una pequeña fortuna…». Sino en aquello de, mejor subir por la escalera que por el ascensor, mejor ir caminando que en coche, mejor un vaso de agua que… No, eso sí que no, la cerveza de la tarde en su casa no se la iba a quitar nadie.

Miró de nuevo su móvil para ver la hora que era, demasiado tarde para cualquier persona sana. Ese día había echado horas en el trabajo como si no hubiera un mañana. Debería haber llegado a su casa hacía ya dos horas, pero en el último momento un proyecto nuevo la requirió. En realidad era la única que podía hacerlo, había ya tan poca gente en su oficina que si ella no lo hacía podían perder a un buen cliente. Pero bueno, por fin allí estaba, llegando a su rellano, cuando vio que en su puerta había un paquete.

Se acercó con cuidado. No sabía qué clase de vecinos tenía. Con el nuevo de al lado tenía suficiente como para temer que algún loco le hubiera dejado una cabeza cortada, una oreja estilo Van Gogh o la locura de turno que fuera.

Le dio un par de patadas para ver si sonaba a duro o había algo dentro que la hiciera sospechar de las intenciones del que lo hubiera dejado. Ese día no tenían que llegar más bragas, tampoco había pedido nada por Amazon… Lo cogió no sin temer que fuera una caja llena de ántrax que le mandaba su jefe tras enterarse de que tenía dos trabajos. Sí, andaba un poco loca y pensaba demasiado, pero bueno, lo recogió y entró en su casa.

Dejó las cosas, se puso cómoda y después de coger un cuchillo de la cocina, se dispuso a abrir la caja.

—¡La madre que me parió! —Era un conjunto de ropa interior de una prestigiosa marca.

Sacó la preciosa caja original de la horrorosa caja marrón en la que lo habían mandado y miró la talla. Se quedó bastante sorprendida, era la suya. No solo eso, sino que, además, debajo de aquella pieza de ropa interior había una nota.

¿Se venderá bien después de que tú la uses?

—Pero ¡qué cojones! —La soltó de golpe.

Miró a un lado y a otro, sintiéndose observada. Le pareció todo bastante siniestro. ¿Quién le había enviado aquello? ¿Quién cojones sabía qué negocio tenía? Y, sobre todo, ¿quién sabía dónde vivía?

Respiró un par de veces y corrió a la cocina a sacar un botellín de cerveza. Se lo bebió de un tirón, asustada. Como para no estarlo. ¿Llamar a la policía? ¿Decírselo a las chicas? Aquello era una puñetera locura.

Dejó el envío encima de la mesa del salón y no lo volvió a tocar. Se sentó en el sofá e iba mirándolo de reojo de vez en cuando.

*

Habían pasado tres días desde el último en que Ander y yo nos habíamos visto. Me envió su cuadrante y con mi agenda, la de madre, intentamos encontrar una tarde de cualquier día para poder vernos. Podría hacer de tripas corazón y no asistir un día a CrossFit e irme directamente a verlo. Podría esperarlo a la salida del hospital…

Lo llamé.

—Hola, Alina, me pillas en medio de una reunión —respondió con voz muy seria.

—Lo siento, ¿te llamo luego?

—No, no, tranquila, así me escapo. —Oí cómo se cerraba una de las puertas—. Joder, qué alivio. Cuánto odio el papeleo y las reuniones.

—Ya, tú eres más de abrir cabezas —le dije sin pensar.

—Efectivamente, ni que no me conocieras —rio.

—Oye —me aparté un poco de mi compañera, que, aunque llevaba los cascos puestos, no me fiaba—, había pensado ir mañana a buscarte al hospital y así pasar toda la tarde juntos. ¿Te va mal? ¿Tienes algo que hacer?

Se hizo silencio al otro lado de la línea y luego, de fondo, se oyó un leve susurro.

—¿Ander? —insistí.

—Perdona, Alina, un compañero me preguntaba una cosa —dijo—. Ya, lo siento. Sí, me encantaría, podríamos ir a tomar algo.

Otra vez silencio.

—Alina, te paso la dirección del hospital por mensaje. Lo siento mucho, tengo que dejarte —se excusó—. Cosas de gerencia. Las odio. —Bajó la voz al decirlo.

—Tranquilo, nos vemos…

Regresé a mi mesa y seguí trabajando, me sentía un poco rara. No sé, como si le hubiese molestado más que otra cosa. Pensaba que me iba a tratar como siempre hacía, pero era cierto que nunca hablábamos de su trabajo y mucho menos de cómo se manejaba allí. Igual que yo, así que quizás no debería darle tantas vueltas.

Abrí el nuevo correo que me había llegado al mail y continué trabajando.

*

Elena llegó a una hora más decente a su casa y de nuevo en el descansillo, encima de la alfombrilla, había una caja. Miró de un lado a otro, nada. Asomó la cabeza hasta por el hueco de la escalera por si veía una cabecita o algo asomarse. Nada.

La cogió y la metió en casa. La dejó encima de la mesa, al lado de las otras cajas abiertas. Esta vez se lo tomaría con más calma, se cambiaría de ropa y, con la cerveza en la mano, miraría el conjunto que le habían enviado y la asquerosa nota que lo acompañaría.

Antes de que eso ocurriera, sonó el timbre de su casa. Se asustó y antes de abrir cogió su espray antivioladores y se lo escondió en la mano.

—¿Quién es? —preguntó seria.

—Soy Mario, tu vecino de al lado.

—Sí, ya sé quién eres —respondió aliviada, pero intentó que él no lo notara cuando abriera la puerta.

—Hola, perdona que te pique a estas horas, pero venía a avisarte de que voy a hacer un agujero y no quiero molestarte con el taladro.

Ella elevó las cejas sorprendida.

—Uy, y este cambio de actitud ¿a qué se debe?

—Paz. Viene a que quiero, de verdad, que nos llevemos bien. —Mario se metió las manos en los bolsillos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, bueno, dos? —Él asintió—. ¿Has visto a alguien merodeando por aquí? —Negó— Y dos, ¿me podrías decir qué coño estás haciendo en tu casa?

—Si quieres, puedes venir a verlo —le ofreció.

—Un momento —se guardó el espray en el bolsillo trasero y cogió sus llaves.

Entraron en la casa de Mario y Elena no supo qué decir. No tenía nada que ver con la suya. Exceptuando la habitación, todo lo demás estaba sin paredes. Se había hecho un *loft* en un piso.

—Madre del amor hermoso —dijo—. No había visto un tabique tan bien reformado desde el de la reina Letizia.

—¿Cómo? —le preguntó Mario.

—Nada, nada… —Miraba a un lado y a otro—. ¿Te dedicas a esto?

—Sí y no. Quiero decir, soy arquitecto, pero normalmente no entro en harina en las obras. Esta sí, es especial para mí.

—Estoy flipando.

Parecía que hubiese entrado en otro edificio, en otra dimensión. Sabía que los de aquella parte eran más grandes que su piso, tenían tres habitaciones y dos cuartos de baño, pero lo que veía era casi como un palacio.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó él.

—Sí, por favor.

Elena se fue a su piso después de un par de cervezas más y la historia de cómo Mario había cambiado absolutamente toda su casa y que estaba de excedencia por unos meses de su propia

empresa, incluso lo observó hacer un par de agujeros en la pared para colgar unos cuadros que, según le contó, le había regalado su hermano después de uno de sus viajes. Mira, por lo menos, con ese rato charlando se había librado de oír la taladradora desde su casa y se había olvidado del paquete que tenía encima de la mesa de su salón.

Al llegar lo abrió. Verdaderamente, quien fuera tenía un gusto exquisito con el conjunto de ropa interior, pero como escritor de frases de amor no tenía precio:

Te la voy a meter con este conjunto puesto.

Buf. Tiró la tarjeta dentro de la caja.

Luego se marchó a la habitación donde guardaba todo el material para la web y de nuevo se puso a cotejar envíos, paquetes y cobros realizados. Le pasaría a Alina el excel para que hiciera los correspondientes pagos a las colaboradoras y algunos *copys* nuevos para que los subiera. A Irache tenía que comunicarle algunos cambios para los cobros y para el diseño de algunas cosas. Poco a poco parecía que aquello iba a funcionando. En casi una semana habían duplicado las ventas y los ingresos se estaban disparando. Iban a tener que hablar para ver cómo podían constituir la empresa y hacerlo todo mucho más legal.

Un ruido en su estómago le indicó que ya era hora de cenar y de sentarse un rato a ver alguna película o algún documental de comida italiana. Sí, sería algo italiano, pues le apetecía cenar pasta.

*

Irache estaba desesperada, aún quedaba un rato para que se marchara al trabajo. La niña comenzaba a dormir más tiempo en su cama, dejándoles así algo más de margen a Jesús y a ella para poder dormir solos en la suya, pero para lo que les estaba sirviendo, era bien poco. Él seguía tenso como la cuerda de un violín, ni siquiera lo había pillado alguna vez mirándole el culo, como hacía antes. Algo pasaba entre ellos e Irache no sabía exactamente cómo solucionarlo. Era verdad que ni se había atrevido a tocarlo, quizás…

—Jesús —lo miró seria—, no podemos seguir así.

—Así. ¿Así cómo?

—Como si no pasara nada. —Se sentó a su lado en la cocina.

—Es que no pasa nada —respondió él, mientras terminaba de comerse una fruta.

—Ya —suspiró—. Y que no me mires como antes no es nada, ¿verdad?

—En serio, Irache, no pasa nada. —Se levantó para recoger los platos y ponerse a lavarlos en la pila.

Irache se levantó también y se le acercó por la espalda. Lo abrazó acariciándole los abdominales, como a él tanto le gustaba que hiciera.

—Déjalo, anda —le dijo Jesús—, o llegarás tarde al trabajo.

—¿Lo ves? —Irache se apartó de él con lágrimas en los ojos.

Jesús se dio la vuelta y la vio a punto de llorar. Se secó las manos en el paño de cocina para después ir hacia ella y abrazarla.

—Sí me pasa, Irache.

—Te quieres separar, ¿verdad? ¿Por lo que hice?

—¿Qué dices, loca? —Se apartó de ella y la miró a los ojos—. Sí, sigo enfadado por lo de la niñera, pobre Lola —sonrió avergonzado—, pero es que me han ofrecido un cambio de trabajo y no sé qué voy a hacer.

—¿Cómo? ¿Vas a dejar…?

—No, en realidad me quieren ascender, pero tendría que marcharme fuera…

—¿Y yo? ¿Y nosotras? —lo miró asustada.

—Tranquila, aún no he dicho que sí. Ni siquiera sé si quiero seguir trabajando en lo mismo.

—Pero, Jesús —le cogió las manos—, este trabajo es tu vida.

—No, Irache. Tú y la niña sois mi vida y os estoy perdiendo. Sobre todo a ti. —La volvió a abrazar.

—¡Dios! —Suspiró antes de volver a hablar—. A mí no me estás perdiendo. ¿Puedo hacer algo? ¿Quieres que hable con alguien?

—Gracias, Irache, pero no quiero que nadie me mire mal. No me malinterpretes.

—Si decides irte unos meses, ya veré cómo nos lo montamos la pequeña y yo. Pediré favores para poder tener un turno mejor, tú piensa en ti y en tu carrera —sentenció ella, abrazándolo más fuerte.

—Aún no he decidido nada.

Irache se marchó al poco rato a trabajar, con la cabeza dándole vueltas, pensando qué hacer para que durante esos meses en los que Jesús estuviera fuera le cambiasen el turno. Pediría que le devolvieran algunos favores, sobre todo a los que la acompañaron a Afganistán.

Cuando llegó a casa, se había escapado del trabajo antes de tiempo, todo estaba en silencio. Se quitó la ropa en el salón y en ropa interior se fue a la habitación para ponerse el pijama. Imaginó que su hija estaría ya durmiendo con su padre, pero cuál no sería su sorpresa al ver que Jesús estaba solo, despierto y mirando el móvil.

—¿No has dormido bien? —le preguntó Irache.

—La verdad es que no —confesó.

Iba a ponerse el pijama, pero pudo ver en los ojos de él algo que hacía tiempo que creía haber perdido. Se quitó el sujetador y después le siguió el tanga. Apartó las sábanas bajo la atenta mirada de su marido, que dejó el móvil en la mesilla. Irache se acercó a él y lo acarició por debajo de la camiseta.

—He echado mucho de menos estos abdominales —le dijo.

Jesús se quitó la ropa y se tumbó encima de su mujer.

—He echado mucho de menos este pelo moviéndose como un torbellino mientras hacíamos el amor.

La besó con ansia; ella ya sabía que había tomado una decisión. Se iba a ir, era su sueño.

Hicieron el amor como hacía mucho que no lo hacían. Se quisieron casi con desesperación.

Los pequeños gritos de una niña que se despertaba los pilló abrazados y desnudos. Se rieron.

*

—Vamos, dale alegría, hija —Irache alentaba a Elena a que continuara haciendo *burpees*—. Estás de un vago últimamente…

—No estoy vaga, estoy en modo ahorro de energía —contestó Elena lanzándose contra el suelo otra vez.

—Ya. Oye, ¿y Alina? ¿Dónde anda que no ha venido?

—Ha quedado con el vasco.

—Hombre, otra que folla hoy. —Irache se puso a hacer sentadillas.

—¿Cómo que otra? Nena que yo hace ya que lo he dejad… —Elena se paró de golpe—. ¡Has follado!

Todos los compañeros del *box* se volvieron para mirarlas.

—¡Menos cachondeo y más *burpees*! —gritó la *coach* Betty—. Si podéis hablar aún, tenéis fuerzas para más.

Irache se puso colorada como un tomate y continuó a lo suyo, después de echarle a Elena una mirada que hubiera congelado el mismo desierto del Sahara. Elena encogió los hombros e intentó explicarse:

—No pensaba que se fuera a oír tanto —se excusó.

—Es que no piensas, joder. —Irache volvió a mirarla mal.

Mientras tomaban su reglamentario café, Elena volvió a pedirle disculpas a Irache y esta se las aceptaba, pero siempre se sentía algo desprotegida cuando le pasaban esas cosas en público. Ella era bastante reservada con su vida.

—En serio, lo siento y me alegro de que hayas arreglado las cosas con Jesús. Esos abdominales seguro que te estaban echando demasiado de menos —sonrió su amiga.

—Bueno, más que arreglarlas, se han enredado un poco más.

—¿Y eso, Irache? —La miró mientras removía el café—. ¿No lo habrás hecho sin condón y vas a quedarte embarazada?

—Tonta, tomo la píldora. —Elena le hizo una mueca—. A Jesús le han ofrecido un ascenso.

—Pero ¡eso es una alegría! —exclamó.

—Espera —detuvo su explosión—, pero tendrá que irse unos meses de casa. De ahí que estuviera tan mohíno, que no me mirara y que casi no habláramos.

—Ostras, tía. Qué putada. ¿Cómo lo vas a hacer?

—Ahora mismo no tengo idea, Elena, pero sé que ha estado esperando ese ascenso mucho tiempo. Nos vendría muy bien económicamente hablando, pero bueno…

—Si al principio se te hace muy cuesta arriba o no puedes con todo, avísame —le dijo Elena.

—Gracias por ofrecerte, lo tendré en cuenta. Pero veremos cómo nos lo montamos, aún no le han dado fechas definitivas. Solo serán unos meses, pero va a ser un gran lío.

—Por cierto, ¿sabes que ayer estuve en la casa de mi vecino?

—¿Le has agredido o algo? —Irache preguntó asustada.

—No, hombre, vino a avisarme de que iba a hacer un agujero con el taladro en la pared y como ya sabes que yo no me corto —asintió con la cabeza—, le pregunté sobre qué estaba haciendo.

—Una cámara de tortura —sonrió su amiga.

—Tortura la que me ha dado a mí el tío —respondió Elena—, pero a lo que iba, se ha hecho una casa nueva. Me he enamorado.

—¿De él?

—De la casa, hija. Es espectacular, ahora entiendo tanto golpe y tanto ruido.

—Pues nada, el día que te dé a ti por tirar muros, lo llamas.

Sonrieron las dos mientras le daban el último sorbo a su café antes de marcharse cada una por su lado.

Capítulo 28

Miré el reloj del móvil, llegaba con algunos minutos de adelanto. No había pasado ni siquiera por casa, llevaba un bolso grande en el que había metido algunas cosas que usé en el trayecto: un poco más de maquillaje para verme más guapa y un peine para atusarme el moño que había decidido hacerme ese día.

Cuidé un poco más mi atuendo. A ver, cuidar, me había puesto algo más mono y con posibilidad de desabrocharme un botón más para que se viera algo más de escote. Sí, estaba intentando seducir a aquel hombre del norte, aunque no sé si me estaba pasando un poco.

El móvil sonó y vi que era él.

—Hola, Ander —respondí de inmediato.

—Lo siento, vas a tener que esperarme cinco minutos. Me he retrasado con una cirugía y estoy vistiéndome.

—Tranquilo, no hace mucho frío y lo mejor de todo —quise hacer una gracia— es que hoy no llueve.

—Estabas preciosa.

Silencio.

—Te espero —le dije y colgué.

De nuevo sonó el móvil. Era Samuel, que decía que Diego quería quedarse a cenar con él y si lo dejaba. Mi respuesta fue inmediatamente afirmativa, sonreí al decirlo. ¡Tendría algo más de tiempo con Ander! ¡Bien!

Noté unas manos en mi cintura y un beso en el cuello. Me sobresalté, pues aún seguía hablando por el móvil, pero al volverme sabía muy bien que sería Ander el culpable de aquel sobresalto. No me soltó mientras colgaba con Samuel y le decía adiós a mi hijo.

En cuanto dejé el teléfono en el bolso, Ander, sin mediar palabra, me besó como aquella tarde en el portal de mi casa. Con la intensidad de lo que se echa de menos; yo hice lo mismo. Y lo abracé.

—Parece que alguien ha echado de menos a alguien —me dijo cuando nos separamos.

—No seré yo —bromeé.

Me cogió de la mano y me llevó hasta el aparcamiento donde tenía el coche, para irnos de allí.

—¿Qué tal el día? —le pregunté—. ¿Mejor que ayer?

—Perdona por haber estado tan seco, lo siento. —Se volvió en el coche para hablarme—. Es

que odio el papeleo a más no poder, pero siendo el director del equipo, no me queda otra.

—Tranquilo, te lo perdono si me das otro beso. —El juego de la seducción en marcha y conscientemente realizado.

No habló, se acercó despacio hacia el asiento del copiloto, donde yo me encontraba, metió una mano bajo mi abrigo y me atrajo hacia él. La punta de su lengua recorrió mis labios, tentándome con suavidad, pero yo no aguanté más. Se la atrapé con mis labios y se la mordí despacio.

—¿A mi casa? —preguntó sin más.

Asentí, pensando: a la mierda lo de tomar algo y dar un paseo.

No sabía lo que me pasaba con ese hombre, bueno, sí que lo sabía, pero estaba obnubilada con la necesidad de estar con él. Si bien nunca había sido una mujer mojigata en cuestiones sexuales y había disfrutado de lo lindo, con Ander siempre quería más. A ver, también era posible que estuviéramos «sufriendo» los síntomas de los recién enamorados, no pudiendo apartar las manos el uno del otro, como si de adolescentes se tratara.

—Pasa. —Como un caballero de los de antes, me permitió entrar antes que él por la puerta.

Pero ahí se acabó toda la caballerosidad que llevaba dentro, porque luego me quitó el bolso de las manos, tirándolo a un lado, desabrochó los botones de mi abrigo, que dejó caer al suelo, y acto seguido se abalanzó sobre mí, levantándome la falda hasta la cintura.

—¿Medias? —Me agarró el culo—. Pero ¿tú no llevabas pantis al trabajo?

Lo besé antes de responder.

—Es que hoy tenía una reunión muy importante y ni siquiera he podido pasar por casa a cambiarme…

Metió la nariz en el hueco entre mi cuello y el hombro, mientras su lengua hacía su propio recorrido. Yo bajé las manos a su pantalón y le desabroché la hebilla del cinturón y después los pantalones, que dejé caer a sus pies.

Me miró con ojos llenos de necesidad. Me empujó hacia la pared y, agarrándome de nuevo por el culo, me levantó una pierna, apartó un poco mi tanga y se metió en mi interior.

Abrí la boca intentando tomar más aire del que en esos momentos entraba en mis pulmones. No nos movimos durante unos segundos, suficientes para que nuestras miradas volvieran a conectar y su mano libre, la que no sostenía mi pierna, subiera de mi cuello a mi pelo y me deshiciera el moño.

—Déjate el pelo suelto, así podré tirar de él luego. —Empujó en mi interior con fuerza.

—¡Ah! —Fue lo único que salió de mi garganta.

Follamos contra la pared, pues lo que en esos instantes intercambiamos fue un cúmulo de necesidad almacenada, que salió por los poros de nuestra piel sin censura. Medio vestidos y con más intensidad que suavidad, los dos acabamos respirando atropelladamente cuando nuestros cuerpos encontraron su liberación. Gotas de sudor salpicaban la frente de Ander, que aún

mantenía mi pierna sujeta a su cintura, mientras su otro brazo se apoyaba en la pared y los míos le rodeaban el cuello.

—No he podido aguantar llegar a la cama, Alina. —Lo noté salir de mi interior, dejándome una sensación de vacío.

—Los aquí te pillo aquí te mato se nos dan bien, ¿no? —bromeé, quitándole intensidad al momento.

—Es que es verte y no puedo contenerme —me besó con fuerza.

—Necesito ir al baño. —Tenía que limpiarme.

—Oh, sí. —Se apartó un poco, a la vez que se subía los pantalones.

Después de asearme, me miré en el espejo. Labios hinchados, mejillas sonrosadas y el pelo revuelto combinaban a la perfección con una falda mal colocada y una camisa medio desabrochada, con varios botones del escote saltados. Iba a tener que pedirle que me comprara algo de ropa, dos camisas ya iban siendo demasiadas como para que le dejara romperme ninguna más. Eso, o dejaría algunas en su casa para poder cambiarme. Me arreglé la ropa y volví a hacerme el moño para salir más o menos adecentada del cuarto de baño.

Cuando lo hice, me encontré con Ander en la cocina, llevando solo los calzoncillos puestos. Me miró al oírme entrar.

—¿No llevas demasiada ropa? —preguntó acercándose y de nuevo deshaciéndome el moño.

—Ander… —me quejé.

—No, Alina —Hizo saltar los botones de mi camisa, definitivamente, tendría que hablar con él—. No quiero nada de ropa que moleste. —Y después me desabrochó la falda para dejarla caer al suelo. Cuando me fui a quitar los zapatos de tacón, me paró…—. No, estos déjatelos puestos.

Sonrió de manera maquiavélica y se dio la vuelta para después ofrecerme una cerveza.

—Vengo de una familia un poco rara —comenzó a hablar, mientras me llevaba a la cama—. Soy hijo único de un matrimonio mixto…

—¿Mixto? ¿Qué quieres decir con eso? —No vi que sus padres fueran de razas diferentes.

—Sí, mi madre es vasca con milenarios apellidos y mi padre es riojano —sonrió para sí, yo imaginé que eso debía de ser algo muy para tener en cuenta en el País Vasco—. Por eso, mi madre siempre ha sido un poco especial con respecto a mí. Quiero decir que si su hijo traía a una mujer a casa, lo más importante para ella es que fuese vasca. —Bebía mi cerveza escuchando con atención—. Si me licenciaba, tenía que abrir una clínica especializada o trabajar en el mejor de los hospitales, pero allí, al lado de casa.

—Exactamente todo lo que tú has hecho —respondí, entendiendo un poco más las reacciones de su madre, que no a ella.

—Más o menos. Estudié en Bilbao, me enamoré de una compañera que, por suerte para mi madre, era de San Sebastián, pero —suspiró— cuando todo se torció, me fui a Estados Unidos y no quise volver a saber nada de trabajar en mi tierra. Ahora, lo tuyo…

—¿Lo mío qué? Si quieres pongo un poco de acento a ver si así «aibalaostia». —Nos reímos

los dos por la gilipollez—. Aún llevo los zapatos puestos —le advertí.

—Déjatelos —dio un sorbo de su bebida—. Pues eso, que al llegar tú a mi vida, has desbaratado todos los planes que mi madre tenía para mí.

—Lo siento. —Mentira.

—No lo sientas, lo divertido de todo esto es que lleva haciendo planes para mí toda la vida y yo se los estoy desbarajustando uno a uno.

—Pero ahora sí tiene un buen blanco al que tirar —me señalé.

—A ver, te explico todo esto no para que te agobies, sino para que puedas más o menos comprender cómo se comportó en casa. —Fui a decir algo, pero él me interrumpió—. No estoy pidiendo que la perdones, ni tampoco la estoy justificando, solo te lo expongo para que veas cómo es tener que lidiar con una madre así.

—No sé si decirte que lo siento o que te comprendo. —Dejé la botella vacía en la mesilla de su pulcra e inmaculada habitación—. Los padres casi siempre pretenden que sus hijos sean algo que ellos siempre han soñado ser y luego, cuando vuelan, es aún más frustrante. Pero todo hay que decirlo, con muy buen pie no entré en tu casa.

—No te creas, mi padre está encantado —le di un golpe en el hombro y me puse colorada— y a mis tíos y primos también les caíste bien, sobre todo a mi prima y a la mujer de mi primo, ya se han apuntado a CrossFit con el chaval ese.

Me reí.

—Bueno, tampoco es que nos vayamos a casar o algo así —lo miré sonriendo de soslayo.

—¿Quién sabe? —respondió serio.

—Anda, qué tontería —le contesté, aunque su mirada me dio escalofríos.

—Ven aquí —me cogió y me puso boca abajo sobre el colchón, para, a continuación, recrearse mordiendo mis nalgas, con sus dedos paseándose por el interior de mi tanga.

—Ander —gemí.

*

Miré el móvil, era hora de vestirme y marcharme a casa. Diego estaría a punto de cenar y yo debía volver lo antes posible.

—¿Prisa? —Ander besaba mi clavícula.

—Tengo que estar en casa en media hora. —Me bajé de la cama para buscar parte de mi ropa interior—. Diego llegará de cenar en casa de su padre dentro de un rato.

—Te llevo —dijo medio adormilado.

—No, llamo a un taxi y descansas para mañana —respondí, al ver su cara de sueño.

—¿Qué clase de novio sería si no acompañase a mi chica a su casa? —Buscó en el armario ropa deportiva.

—¿Somos novios? —Uis, qué de bolero de Luis Miguel me había salido.

—Bueno, no sé. Nos vemos, follamos, intentaré que salgamos algún día a cenar… —Se ató las zapatillas—. Eso es de novios, de parejas o llámalo como quieras.

—Estás un poco chapado a la antigua, ¿no crees?

—No sé, dímelo tú, que has estado casada. Yo aún soy virgen en esas lides. —Se acercó con mi falda y mi camisa—. Te compraré un par más. —Miró la talla y me besó.

Ciertamente, parecíamos una pareja, exceptuando lo de conocer a mi hijo, pero todo llegaría.

Me dejó poco después en casa, en el portal, y nos despedimos besándonos de tal manera que parecía que no nos hubiéramos visto en años. Lo dicho, dos adolescentes que no se daban cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Como en ese momento me estaba pasando a mí.

Al bajar del vehículo y cruzar la calle, me di de bruces con Samuel y Diego, que ya llegaban a casa.

—¡Mamá! —Diego se echó en mis brazos.

—Hola, mi vida. —Sabía que Ander estaba al otro lado de la calle.

—Hola, Samuel —le dije a mi ex.

—Hola, Alina, espero que tu amigo no se moleste al verme por aquí —Samuel lo miró.

—Tranquilo, como bien has dicho, solo es un amigo —contesté por lo bajo, para que no se enterara mi hijo.

—Buenas noches, cielo. —Se despidió de Diego.

—Buenas noches, papá, hasta mañana. —Lo besó.

—Adiós, ya está bañado. —Se volvió sin dejar de mirar a Ander, que no se amilanó y le devolvió el desafío.

No quise darme la vuelta para decirle adiós, así que me metí en el portal y subí directa a casa. Dejé a Diego en el salón un momento, viendo dibujos, mientras yo me quitaba la camisa rota y la tiraba, no quería que me preguntara por ella… Las bragas… Estuve a punto de guardarlas para la web, pero me eché atrás pensando que aquello era demasiado íntimo. Las metí en la lavadora.

Después de que Diego se durmiera, me tiré literalmente en la cama y miré el móvil, un escueto «Llámame cuando estés tranquila» de Ander iluminaba la pantalla.

Y eso fue lo que hice sin dilación.

—Hola —respondió somnoliento.

—¿Te he despertado?

—No, pero estaba terminando de leer un informe y casi me duermo —bostezó—. Creo que he hecho demasiado deporte.

—A mí me parece que mañana voy a tener agujetas en lugares que no sabía que existían —bromeé.

—Pues yo creía que con esas piernas que tienes lo de las agujetas habría pasado a mejor vida.

—¿Cómo estás? —pregunté seria, tanto él como yo sabíamos a lo que nos referíamos.

—Bien, bastante bien, por cierto, he cenado muy bien —toreó la respuesta, pero me había dado cuenta de que cada vez que no quería hablar de algo el acento del norte se le acentuaba.

—Me alegro. Por cierto, ese al que has visto en mi casa era Samuel —le dije yo.
—Guapo, el tío —respondió.
—Qué tonto eres, ¿o es que esperas que te diga que tú lo eres más?
—No sé, quizás para dormir tranquilito y tal… —respondió burlón.
—Déjate de tonterías, anda.
—Es que necesito que me arropen para dormir —farfulló.
—Buenas noches —le dije.
—Buenas noches, mañana te llamo —me respondió.
Me fui a dormir con una sonrisa boba en la cara.

Capítulo 29

Elena se despertó con un resfriado de antología, le dolía el cuerpo y casi no podía levantarse de la cama. Llamó a su trabajo para avisar que estaba mala y que no podría ir, así que se pertrechó con el maravilloso kit del «moqueador» y se quedó en la cama con la televisión encendida.

No sabía cuánto tiempo había pasado entre la «toma de la Bastilla» —lo llamaba así porque tomarse un paracetamol le parecía lo mismo que tomar aquel edificio de París, imposible a primera vista—, y su segunda taza de infusión calentita, cuando oyó un ruido en la puerta de casa. Hubiera saltado de la cama de no ser por el dolor que notaba en las articulaciones. ¡Gripe!, se dijo, una puñetera gripe… Al final consiguió llegar casi arrastrándose hasta la puerta de su casa y mirar por la mirilla como si fuera una verdadera espía, sin hacer ruido. O eso fue lo que pensó, porque entre que arrastraba una manta y que se había dado dos golpes contra los marcos de la puerta, si el que llamaba no se había enterado, había tenido suerte.

—Nadie —se dijo tras mirar.

Abrió un poco la puerta y pudo ver que había otro paquete en el felpudo de la entrada. Se cagó en todo lo cagable y, aunque lo metió para dentro, se largó de nuevo a la cama pasando de aquel envío. Se puso una alarma para llamar a Irache en cuanto se despertara, aquello no podía seguir así…

*

—¿Sí? —Una voz adormilada contestó al teléfono.

—Irache, ¿estás despierta? —era Elena.

—Ahora mismo sí, hace un momento no —respondió su amiga más en el otro lado que en aquel—. Pero ¿qué te pasa? ¿La web? Lo he cambiado todo ya…

—No, no es eso. Necesito de tu ayuda y es algo vital —dijo Elena con voz misteriosa.

—¿Qué te pasa ahora? —Irache se incorporó un poco en la cama y se tumbó.

—Hemos de montar un operativo de vigilancia —le soltó, justo antes de comenzar a toser como una desesperada.

—¡Ehhh! ¿Qué te pasa? —Irache miró el móvil como si los virus hubieran traspasado al otro lado.

—Estoy mala, creo que es gripe o yo qué sé, pero ese no es el tema. Necesito averiguar algo.

—Ahora mismo lo único que puedo intentar averiguar es el día que es hoy, estoy dormida, joder. ¿Ni un café? —pidió clemencia Irache.

—No, ni uno. Me debes una muy gorda después de lo de tu marido y me lo vas a pagar ahora mismo.

Elena, sin darle posibilidad de réplica, comenzó a contarle todo lo que le estaba pasando en casa y los regalos envenenados que aparecían cada día en el felpudo de la entrada de su domicilio. Quería montar un dispositivo de grabación y seguridad que ni la mismísima casa de Gran Hermano había visto en su vida. Necesitaba ponerle cara y ojos al depravado que le estaba haciendo esos obsequios y meterle un puro del que no iba a olvidarse en la vida.

—¿Cómo? —Irache se despertó de golpe—. A ver, ¿no podías haber avisado desde el primer momento?

—Hija, qué quieres que te diga, no le di tantísima importancia al principio —mentira, estaba quitándole hierro al asunto porque conocía a Irache—. Pero después de cuatro envíos, pues como que me he mosqueado un poco. ¡Y lo peor de todo es que lo he oído!

—¿Y no has salido a darle una hostia? —casi gritó.

—Sí, claro. Con los dolores y el embotamiento que tengo estoy para hacer los *CrossFit Games* y ganar a Tia-Clair Toomey —bufó.

—Déjame que le dé una vuelta al tema y te digo algo en breve. —Irache se levantó de golpe de la cama y comenzó a hacer varias llamadas.

Elena volvió a quedarse dormida, le dolía la cabeza.

Irache consiguió hablar con Jesús y, después de comentarle el asunto, le pidió el teléfono de la pobre Lola. Quería ser ella quien le pidiera disculpas por el malentendido y decirle si podía ir a recoger a su hija y quedarse con ella hasta que Jesús regresara a casa. Después de hacerlo y de pedirle dos millones de veces disculpas a la pobre chica, salió corriendo de casa.

Cogió lo que necesitaba y se plantó en casa de Elena.

—¿Quién es? —preguntó esta con voz cavernosa.

—Securitas Direct, no te jode…

—Ains, sé buena conmigo, Irache, me duele la vida. —Se apartó de ella—. Y no te acerques mucho, que contamino…

—He dormido contigo alguna vez, no creo que sea peor que tus pedos —soltó su amiga, dejando una bolsa en el suelo.

—Yo no me tiro pedos.

—No, claro, tú los pierdes sin querer. —Irache comenzó a sacar cosas de la bolsa.

—Pero ¿qué es eso, MacGyver? Tienes más cosas guardadas ahí que el del programa del bricolaje. Si sacas ahora a uno de los gemelos de los cambios de casas, me lo quedo…

—Calla, boba, y déjame trabajar. —Miró a Elena con cara de agente del CNI—. ¿Está tu vecino?

—No tengo ni puta idea, pero creo que no. He oído una puerta. ¿Por?

—Por nada, pero cuanta menos gente sepa lo que estamos preparando, mejor.

Tardó cerca de dos horas en dejarlo todo listo. Un par de cámaras y tres sensores que hacían que se activaran; estaban bien escondidas, para grabar a todo el que se acercara a la puerta. Había tardado más en esconder las cámaras que en conectarlas.

—Mira —le quitó el móvil y empezó a bajarle cosas—. Aquí está el programa que te avisa cada vez que se activa la cámara, podrás ver quién se acerca y quién no y, además, grabar lo que te interese para tenerlo como prueba.

—Irache, te adoro. —Le cogió el móvil para ver cómo iba todo aquello—. De no ser por la gripe, te daba un abrazo que…

—Que nada. —Su amiga se puso seria—. Cuando yo me vaya, cierras la puerta. ¿Tienes el espray que os regalé a ti y a Alina? —Elena asintió—. Pues cuando llame alguien a la puerta y…

—Sí, tranquila, lo tengo aquí. —Señaló el mueble de la entrada.

—Perfecto entonces. Yo me voy, que entro a trabajar ahora mismo y he de dejar preparadas varias cosas. Jesús se marcha dentro de un par de semanas —hizo pucheritos.

—Pues aprovecha ahora para follar que no se os olvide, hija. —Volvió a toser como una posesa.

—¡Puaj! —Irache abrió la puerta—. Me voy, que al final lo pillo y con el calor que ya hace será peor.

—Oye, si algún día necesitas que me quede en tu casa cuando no esté Jesús —se tapó un poco, tenía frío—, cuenta conmigo, ¿vale?

—Gracias —le lanzó un beso a lo lejos—. Lo tendré en cuenta.

Elena entró y, de nuevo, volvió a tirarse en el único sitio donde le apetecía estar, la cama. Se acurrucó entre las sábanas y en la mantita que se había agenciado y esperó a ver si era posible que aquel incipiente dolor de cabeza dejara de martillearla.

¡Din! El móvil sonó y lo cogió deprisa, era la aplicación que le había bajado Irache para ver lo que captaban las cámaras. Pulsó y pudo ver a su vecino que se acercaba por el pasillo de la planta hasta su casa. Llevaba un montón de bolsas. Se veía perfectamente, tan bien que Elena se entretuvo mirando cómo le quedaban los pantalones por la parte trasera.

—¡Apaga eso, Satán! —se dijo apagando el móvil—. Es la fiebre, que me está subiendo, lo tengo clarísimo.

Durante un tiempo los envíos se pararon, su vecino entrando y saliendo de casa era lo único que veía a través de aquellas dos cámaras tan bien colocadas por la «Villarejo» de Irache.

Capítulo 30

Llevábamos dos meses viéndonos a menudo. Esta vez sí que podría decirse que Ander y yo estábamos intentando construir algo más allá de la pasión de las tardes de sexo en su casa o alguna en la mía, las menos, la verdad. Los fines de semana que él no trabajaba intentábamos hacer un poco de vida de pareja normal. Salíamos a tomar algo, dábamos un paseo, cenábamos juntos… Todo lo que dos personas que están conociéndose suelen hacer.

Y no era nada fácil. Yo pensaba que eso de salir con un médico sería algo sencillo, pero lo que no lo era tanto es estar haciéndolo con uno de los mejores. Llamadas a cualquier hora, urgencias médicas que tenían que ser atendidas en mitad de una comida, o papeleo que nunca se acababa. Lo que no lograba entender era cómo podía tener tan bien compartimentado su cerebro para, después de todo aquel trabajo, cuando estaba conmigo convertirse en una persona normal.

Y digo normal porque a veces a mí pensar en Diego, los horarios y mis cosas me volvía loca. Pero luego miraba a Ander y sabía en qué estaba su cabeza en cada momento, sus miradas lo delataban y me encantaba poder jugar a saber qué hombre era cada vez. No me costó mucho, la verdad. Recuerdo la primera vez que estábamos viendo una película en su casa, sí, después de hacer el amor, y le enviaron algo al móvil del trabajo. Nada más sonar el mensaje, su rostro cambió por completo, era la primera vez que el Ander al que yo conocía se convertía en el médico que yo desconocía. Sus ojos se cerraron, su mentón se apretó y unas pequeñas arrugas de expresión se le dibujaron en la frente.

Allí, frente a mí, leyó lo que fuera que le hubiesen enviado y, sin decir nada, se marchó a la habitación, regresó con el ordenador y pasó unos minutos buscando cosas. Creo que no tardó más de diez en encontrar lo que quería y enviarlo. Al cerrar el ordenador, me miró y sonrió. Había vuelto el Ander que yo conocía… Desde aquel momento sé que cuando algo da vueltas en su cabeza, su rostro cambia.

Ya veis, una tontería que puede parecer insustancial, pero que me facilita un poco saber más cosas sobre ese hombre que cuando se mete en la cama conmigo y me habla en vasco, he de confesar que hace que me corra.

—Deberíamos ser un poco más normales —le dije.

Acabábamos de tener sexo en su sofá, yo estaba sentada a horcajadas sobre él y sus manos aún me sujetaban la cintura. Sus labios se dirigieron a uno de mis pezones para succionarlo antes de contestar.

—¿Por qué? —preguntó después de soltarlo haciendo un gran ruido.

—Es que nos pasamos el rato follando cada vez que nos vemos —me quejé falsamente.

—¿Y qué tiene de malo eso? —Volvió a mirarme, poniendo carita de niño bueno.

—No sé, que quizás deberíamos intentar salir algo más de lo que lo hacemos. —Separé nuestros cuerpos—. Hace buen tiempo, estamos a finales de primavera y el sol está en el cielo más rato.

—¿Sol? ¿Tú no sabes que hay dos tipos de personas a las que no les gusta el sol y que yo las aúno ambas…?

—Ahora no estás hablando en euskera, ¿verdad? —le pregunté—. No pillo nada.

—Pues que a los del norte nos pasa como a los vampiros, el sol nos hace desaparecer —puso cara de tonto—. Y a los médicos que tenemos tantos turnos, el sol nos parece algo digno de un programa de misterio.

—Hijo —me levanté para buscar una camiseta—, rarito lo eres desde que te conocí. Y cuanto más te conozco, más raro eres.

Me la puse para ir al baño y asearme. Oí que sonaba su teléfono y no quise pensar que se tratara de una urgencia, la noche anterior ya tuvo que irse corriendo, para regresar casi de día. Asomé la cabeza del cuarto de baño para ver si podía pillar algo de la conversación.

—*Ama*, no. Y no sé cómo voy a decírtelo más veces —suspiró—. Lo que pasó, pasó, y no va a volver a suceder. ¿Cómo? —Y todo su discurso cambió de repente, cambió al euskera…

Me quise quedar para ver si descifraba su tono al hablar con su madre, pero decidí que lo mejor sería que me metiera en la ducha. Solo era sábado por la tarde y quedaba un montón de tiempo para que yo regresara a mi casa y a mi mundo real, fuera de la burbuja en la que estábamos metidos Ander y yo.

—¿Hay hueco para mí? —preguntó desnudo, entrando en la ducha.

—Si no lo hubiera habrías entrado igualmente, ¿no? —Me eché el pelo hacia atrás con el agua.

Ander aprovechó para besar mi cuello y me sujetó por los hombros. Le hice parar y que me mirara a los ojos.

—En serio, ¿no has tenido suficiente? Parecemos dos adolescentes en plena ebullición hormonal —me quejé.

—Te tengo para mí cada dos semanas, nos vemos un rato un día de lunes a jueves… —Atrapó mis labios con su boca y me los recorrió suavemente, despacio y sin prisa.

—Ander, por favor…

—Va, y esta noche te prometo que salimos —dijo, antes de bajar una mano por mi espalda y atraparme una nalga.

El domingo me desperté sola en la cama. Miré hacia la ventana y el sol ya estaba bastante alto en el cielo, así que miré el reloj. Eran casi las doce del mediodía, demasiado tarde para estar remoloneando en un lecho que no era mío. Y hablando sobre el dueño de aquella cama, la casa

estaba extrañamente silenciosa, así que me levanté y, con una camiseta que encontré por ahí, me dispuse a averiguar la ubicación del culpable de mi tardío despertar.

Nada. No había nadie. Pude ver que el ordenador no estaba en el salón, lugar donde se quedó la noche anterior, y las llaves del coche tampoco se encontraban en la entrada. Imaginé que Ander se habría marchado a hacer algo, así que solo me quedaba esperar a que me llamara o ver si había alguna nota por ahí, pero no. Siendo tan tarde, y con más hambre que otra cosa, abrí la nevera para ver qué me podía preparar para desayunar.

No era la primera vez que se marchaba de golpe, pero me costaba acostumbrarme a que lo hiciera de repente, para regresar un par de horas más tarde. ¿A qué hora se habría ido esa mañana? Miré a mi alrededor y pensé que para un fin de semana me había traído demasiada ropa…

Dos horas más tarde llamaron a la puerta. Me pareció raro que no abriera con su propia llave, pero era probable que trajera documentos del hospital y tuviera las manos ocupadas, así que, tal como estaba, en camiseta y braguitas, me dispuse a abrir la puerta.

—Ya era hora de que…

—¿Tú qué haces aquí?

Las dos nos miramos como si Medusa hubiera puesto en marcha su magia y nos hubiera convertido en piedra. Nos quedamos inmóviles, yo del estupor que me causaba aquella mujer y ella porque no veía a su hijo.

—Hola, Nerea —la saludé.

—Anda, quita. —Empujó un poco la puerta para entrar hasta el fondo—. ¿Dónde está mi hijo?

Lo que tampoco esperaba era que con ella apareciera su magnífica «Zorrone», vestida con ropa de marca de arriba abajo y mirándome con aires de superioridad.

Me quedé apartada junto a la pared, mientras aquellas dos mujeres entraban en la casa de Ander dejándome a mí sin saber qué hacer.

—Pasad, por favor, como si estuvierais en vuestra casa —solté por lo bajo.

—Hola, Alina —Zorione me saludó altiva.

—Hola. —No quise decir su nombre porque era capaz de soltarle la burrada que siempre me venía a la cabeza.

—¡Alina, no cierres! —La voz de Ander me llegó desde el ascensor—. He tardado más porque te he comprado un par de co…

Miró mi expresión e inmediatamente entró en la casa. Su cara cambió por completo, en ese momento tenía la de estar hablando con su madre: mandíbula muy tensa y ojos que se le oscurecían.

—¿Qué haces aquí, *ama*? —soltó, mirándolas a las dos.

—No, hijo, ¿qué hace esta mujer aquí? —replicó su madre sin más.

—*Ama*, no empecemos. —Dejó todas las cosas en la entrada—. Te dije anoche que no

vinieras, te lo dejé muy claro.

Yo me escabullí entre la multitud que se estaba congregando en aquel salón y comencé a vestirme. Todo aquello se estaba poniendo bastante complicado y lo que menos me apetecía era volver a estar en el medio de cualquier cuestión familiar. Suficiente tuve en San Sebastián, suficiente tuve con la familia de mi ex…

Había recogido todas mis cosas y el sonido que venía del salón cada vez era más y más intenso. Lo bueno que tenía la casa de Ander era que había una puerta en la cocina que daba a la puerta de la calle. Me marché sin decir adiós. Sabía que él se enfadaría mucho conmigo, pero mejor era eso que tener que escuchar ni un segundo más los gritos de Nerea y los berrinches de alguien más que no fuera mi hijo.

Cuando ya estaba dentro del taxi, mi teléfono móvil comenzó a sonar. Era Ander.

—Alina, ¿en serio te has ido? —Se oían las voces de las otras mujeres.

—Sí, Ander. Tres son multitud, así que imagínate cuatro —suspiré—. No pasa nada, arregla lo tuyo y ya veremos qué podemos hacer con lo nuestro…

—No empieces, Alina, que te conozco, no empieces.

Colgué el teléfono, no quería más historias. Aquello me sobrepasaba… Una madre, una exnovia que parecía una modelo de cualquier revista internacional y una incapacidad por parte de la madre de entender que la vida de su hijo era de él.

No tenía ganas de hablar con nadie más, así que al llegar a casa me di una ducha, me puse el pijama y pasé el resto del día esperando a Diego y a que mi móvil dejara de sonar. No quería saber nada de nadie… Abrí el ordenador y me puse a repasar todas las cosas pendientes que teníamos de la empresa en común, demasiado lío en nuestras vidas como para estar también con aquello. Bufé, pero me puse con los *copys*, los envíos y los pagos.

*

Ahí estaba de nuevo el mensaje del teléfono que indicaba que alguien entraba en el perímetro de la cámara. Hacía días que Elena no lo miraba, pues hacía tiempo que había dejado de recibir aquellos extraños paquetes con delicada ropa interior y al único que veía era a su vecino de al lado, con el que, por cierto, desde el día en que le pidió permiso para hacer ruido, no había vuelto a hablar.

Todo estaba muy tranquilo… Pero como era domingo al mediodía y estaba más aburrida que la locución de una partida de ajedrez en la radio, miró la aplicación.

Sus ojos se abrieron de par en par. Mario llevaba una caja como las que ella tenía en casa apiladas una encima de la otra en la mesa del salón. Sin dilación, le dio a grabar y se fijó en que él miraba a un lado y a otro, como vigilando que no hubiera nadie en su rellano. Al sentirse seguro, dejó el paquete en el descansillo, encima del felpudo, y de nuevo volvió a mirar si había alguien. Después sacó las llaves de su casa y se metió en ella.

—¡Será cerdo, el tío! —gritó Elena por toda la casa, tras dejar el móvil en el sofá.

Abrió la puerta de su casa de golpe y, sin más, llamó como una desesperada a la puerta de Mario.

—Hola, Elena, ¿qué quieres? —preguntó él de lo más tranquilo.

—¿Que qué quiero? —Se agachó para coger la caja del felpudo y casi se la espachurró contra el pecho—. ¡Esto!

—¿Qué es esto? —disimulaba muy bien.

Elena lo miró con cara de pocos amigos y entró de nuevo en su casa, cogió todos los conjuntos en las cajas en las que aún los guardaba y salió otra vez al rellano.

—¡Eres un puto depravado! —gritó, tirándole la ropa interior a la cara—. ¡Voy a llamar a la policía! —Le dio un empujón—. No puedes escribir esas cosas. Eres un puto acosador.

—Pero ¿de qué hablas, Elena? —Levantó las manos en señal de rendición, dejando caer la caja que aún sostenía.

—Mira, ahora mismo estoy de muy mala leche y de la hostia que te voy a dar vamos a morir los dos. Tú del golpe y yo del eco.

—Madre mía, si ya lo sabía yo, estás como una chota, tía.

—¿Qué? ¿Yo? Claro, yo. La chica que recibe ropa interior con mensajes de lo más cerdo es la loca. Siempre somos nosotras. —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cerdo? ¿En serio? Mira, Elena, yo contigo ya no sé cómo hacerlo. —Mario se echó el pelo hacia atrás.

—¿Hacer el qué? ¿Ser un acosador de manual? —Elena estaba a punto de lanzársele a la yugular.

—¿Tú crees que soy un acosador? Joder, que eran regalos. Mensajes bonitos. Me gustas, cojones, me gustas mucho —confesó.

Elena volvió a entrar en su casa, cogió una de las notas impresas que habían llegado junto con el regalo de turno y se la dio a leer a Mario.

—«Quiero metértela hasta el fondo» —leyó él en voz alta.

Después miró a Elena y se puso rojo como un tomate. Ella entró de nuevo y le dio dos papeles más.

—«El tanga te lo voy a quitar a bocados» —Más rojo aún—. «Te la voy a meter con este conjunto puesto.»

—¿Qué, cerdo? Te juro que te voy a dar tal…

—Para, para, para… —levantó las manos, rindiéndose de nuevo—. Estos no son mis mensajes. Te lo juro.

—Encima mentiroso. ¡Que tengo un vídeo tuyo dejando el paquete!

—Te prometo que no son mis mensajes. —Levantó una mano—. ¿Puedo entrar en casa y enseñarte lo que envié a la tienda?

Elena asintió poco convencida, pero ahí estaban los dos, puerta con puerta abierta, gritando

ella como una loca y posiblemente los vecinos disfrutando como si aquello fuera un pequeño «13, Rue del Percebe».

Mario salió al rato con su portátil y una web de ropa interior abierta. Le enseñó todos los mensajes que él había escrito, con cada uno de los regalos que le había hecho.

«Lo siento, me gustaría conocerte más», decía el primero. «Quizás sea muy atrevido, pero este me recordó mucho a ti», decía el segundo y así varios mensajes a cuál más dulce. Elena los iba leyendo todos y viendo cada uno de los modelos que le habían llegado. Aquello no tenía nada que ver con la perversión que había llegado a creer que poseía la mente de su vecino.

—Elena —Mario la miró a los ojos quitándole el portátil—, me gustaste desde el primer día que vine a vivir a este edificio. Me retabas y eso me encantaba, me parecía que eras una mujer valiente e independiente. Siempre me ponías trabas. Sé que no he sido el mejor de los vecinos, con el ruido, ni tampoco el mejor de los tipos intentando conquistarte, pero…

—Pero nada, Mario. Necesito ir a casa, ¿lo comprendes? Y reza para que no te ponga una denuncia de las que hacen antología.

Él asintió mirando al suelo.

Elena cerró la puerta de su casa de un portazo. Suspiró sin saber qué hacer. Quería reír al comprender el equívoco de la tienda, pero por otro lado se sentía confusa. Seguro que habría alguna amante que había pensado que su *partenaire* le estaba pidiendo ir más allá en su relación basada en el sexo. Y ella, sin embargo, estaba cagada pensando que tenía a un cerdo guarro que la estaba acosando…

Miró una braga que se había quedado tirada en el suelo del salón al darle aquel arrebato y la recogió mirándola pensativa. Suspiró mientras, de camino a su habitación, se iba quitando la ropa que llevaba puesta para, después, ponerse solo aquella bonita prenda. Luego buscó en el armario una bata de seda que nunca había usado. Se miró en el espejo, solo se abrocharía un poco el cinturón para tapar sus pechos.

Mario recogió todas las prendas que se habían quedado en la entrada de su casa, cerró la puerta y suspiró. Se había equivocado con ella. Sí, era una loca encantadora, pero él no necesitaba a más personas como Lidia, su ex. Se lo había quitado todo, hasta la ilusión de vivir. Conocer a Elena le había dado fuerzas para atreverse a ver algo diferente en ella. Lo retaba, pero lo miraba con aquellos ojos que, lo más seguro, había confundido.

Dejó el ordenador cerrado encima de la mesa del salón, cuando sonó el timbre. Se lo pensó dos veces antes de abrir la puerta, no tenía más ganas de enfrentarse a Elena y sabía que seguro que sería ella con más ganas de guerra.

Mario miró confundido a la mujer que estaba frente a él, no comprendía nada. Llevaba una delicada bata de seda de color negro semiabierta.

—Se me había olvidado devolverte otra prenda —dijo ella, sin dejar que él hablara.

Mario la miró ladeando la cabeza. No entendía absolutamente nada. Estaba más confuso que al principio, no se fiaba.

—¿Qué? —La miró alerta.

Ella, que era de las que no se cortaba cuando quería algo, se abrió la bata que la cubría y le enseñó la prenda que llevaba puesta. Solo esa, ninguna más.

—Se me ha olvidado devolverte este tanga.

El cuerpo de Mario respondió más rápido que su mente y metió un brazo por debajo de aquella bata, agarró a Elena por la cintura y la hizo entrar en su casa.

—Estás loca —le dijo antes de cerrar la puerta y empezar a besarla, a la vez que Elena dejaba caer la bata a sus pies.

Mario la cogió en volandas mientras ella se sujetaba a su cuello con los brazos y a su cintura con las piernas. Sus bocas no se separaban, sus lenguas batallaban sin cuartel hasta que Mario se detuvo en su habitación.

—¿Cama? —preguntó Elena.

—Es que no vas a salir en mucho tiempo de ella —respondió él.

—Te veo muy convencido.

—No tengo ningún vecino al que molestar. —Bajó para morderle un pezón, y se oyó el grito de Elena.

—Quizás molestemos a los demás —sonrió ella.

—Me da igual, yo no quiero molestarte a ti, quiero que ahora gritemos juntos.

Y sí, era posible que los vecinos de arriba y de abajo se estuvieran preguntando qué sucedía en aquel piso en el que dos personas estaban disfrutando de la devolución de una prenda interior de calidad excepcional…

—¡No lo rompas! —Fue lo último que logró decir coherentemente Elena, antes de que Mario entrara en ella haciéndola gritar.

Elena intentaba recobrar el resuello. Estaba tumbada boca arriba, desnuda y con Mario a su lado. De uno de sus tobillos aún colgaba el pobre y desventurado tanga. Respiraba a duras penas, había sido uno de los mejores polvos que había echado en su vida. Y lo peor era que no entendía por qué lo había hecho. A ver, que sí, que Mario le gustaba, pero por desgracia le gustaba tanto como para dejarlo de lado y no volver a enredarse con nadie. Ahora iba a ser difícil, era guapo, un poco capullo, algo descarado y follaba como los dioses. Se había metido en un buen lío, pero en el fondo le gustaba. Sonrió mirando al techo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Mario.

—¿Ahora? —Él asintió—. Ahora voy a probarme todas y cada una de esas prendas y vamos a jugar.

Mario sonrió y se lanzó a besarla, mientras su mano bajaba a buscar su clítoris de nuevo.

*

Irache cerró la aplicación desde su casa. Lo que Elena no sabía era que ella estaba al tanto de

todas las veces que se encendía aquel programa, pues temía por su seguridad.

Después de la discusión que tuvieron Mario y Elena, a la que Irache estuvo muy atenta, por si él soltaba algo inapropiado, se quedó vigilando que no pasara nada más, pero cuando al rato vio a su amiga salir de su casa con aquella bata puesta suspiró. Estuvo a punto de llamarla por teléfono para advertirle que estaba haciendo una tontería, pero como la pobre llevaba demasiado tiempo sin follar, la dio por perdida.

Miró a su hija y continuó jugando con ella antes de irse a trabajar.

Capítulo 31

—¡¿Que has hecho qué?! —grité en medio del vestuario.

—Pues eso, liarme con mi vecino —soltó Elena sin más.

Entre unas cosas y otras, hacía mucho tiempo que no iba a entrenar y no había tenido tiempo de ponerme al día de sus cosas, ni contarle lo que me había vuelto a suceder con la madre de Ander y su exnovia modelo de pasarela de Milán.

—Pero ¿no era un pesado, un cansino, un…? —Irache quería enumerar las magníficas cualidades con las que Elena siempre se refería a Mario, aunque sabía lo ocurrido de antemano.

—A ver, sí, pero todo ha cambiado. Resulta que sí que era él el que dejaba los paquetes.

—¿En serio? ¿Todo mi curro para nada? —Irache se hizo la ofendida.

—Tranquila, Irache —le dije—. Todo ha acabado bien.

—Sí, ya. Pero si yo no llego a montarle todo el circuito de vídeo…

—Bueno, lo que no os he contado es que en realidad los mensajes estaban mal y que Mario me enviaba cosas muy románticas y discretas. No sé lo que me pasó después de discutir con él y cerrar la puerta. Dio la casualidad de que se quedó uno de los tangas en el suelo y…

—Ya, ya —Irache puso cara de horrorizada—. Tienes síndrome de Estocolmo.

—Y tú de tontalaba —le soltó Elena—. Hija, que no todo el mundo es malo. Madre mía, cuánto mal te ha hecho tanto viaje a lo Rambo por el mundo. —Una de las compañeras de clase le dio una bolsa—. Ah, vale. Como siempre, ¿de acuerdo?

—Sí, tranquila —le respondió la chica—. El próximo día te traigo más.

—¿Qué pasa? —Irache la miraba extrañada—. Miro por el negocio. ¿O crees que sobrevivimos solo con las nuestras? De verdad, qué poca visión empresarial tenéis.

—Como comprenderás, yo a mis compañeras no les voy a pedir las bragas —se defendió Irache.

—Y yo paso de las de mi curro —dije yo. Ya lo que me faltaba, la asquerosa sabiendo de lo mío y las bragas.

—Pues al final me voy a quedar yo con el negocio y os voy a hacer una OPA hostil, seré la única CEO de la empresa.

—¿Qué le ha dado a esta? —Miré a Irache.

—Me temo que haber estado célibe tanto tiempo y ahora haber follado, le está haciendo algún tipo de efecto en el cuerpo. Vamos, en el cerebro.

—Estoy aquí y os oigo —dijo Elena—. Menos mal que de logística sé más que vosotras, pero

a ver si espabilamos, Alina, que tienes una lista de cosas por hacer.

—Este fin de semana no sé si podré —había quedado con Ander.

—Uish, la ennoviada esta liada —Elena se rio de mí—. Pues le dices que te ayude con el tema bragas.

—No creo ni siquiera que se lo haya contado. —Irache me miró seria.

—Pues no, aún no. La verdad es que no he encontrado el momento de explicarle de dónde saco algo de dinero extra.

—Ya, no sea que se entere y te deje, ¿no? —continuó Elena—. ¿Sabes qué te digo?, que tiene pinta de que, si se lo cuentas, hacemos una caja de bragas en una tarde.

—¡Cerda! —Le lancé un calcetín sucio a la cara.

—Calcetines… —Elena lo cogió y lo miró.

—¿No estarás pensando en venderlo? —pregunté.

—Estaba pensando que ya es hora…

—¡Por favor! —exclamamos Irache y yo a la vez, mientras nos encaminábamos hacia la puerta de salida del vestuario.

Ander y yo no habíamos hablado mucho desde el domingo anterior. La verdad era que habíamos hablado más bien poquísimo, por no decir que nos habíamos enviado mensajes de voz por WhatsApp y poco más. Yo era la que, de nuevo, le estaba poniendo más excusas de lo normal con tal de apartarme un poco de su tema familiar. No podía mezclar a mi hijo con todo eso. Que una mujer como su madre fuese a mirarlo mal o a decirle alguna cosa horrorosa me ponía de los nervios y quizás hasta fuera capaz de darle un zapatillazo en la boca.

No hubo café aquella tarde, así que tampoco hablé mucho con mis amigas, me marché directa a casa. Al rato mi ex llamó al portero automático para avisar de que Diego subía a casa. Dejé la puerta abierta mientras yo iba a la cocina y sacaba un refresco de la nevera. Al darme la vuelta, Diego ya estaba en casa, y también Samuel.

—¡Joder, qué susto! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

Diego me dio un beso y se marchó a su habitación a dejar sus cosas.

—Nada, hacía mucho tiempo que no te veía. —Samuel se acercó peligrosamente—. Veo que sigues en forma.

Me miró de arriba abajo.

—Samuel, por favor —lo separé de mí.

—Y fuerte —bajó la voz—. No sabes lo que me ponía cuando eras tú la que llevaba las riendas.

—Samuel, ¿qué coño te pasa? —Ya me cabreé—. Tú y yo hace tiempo que estamos divorciados, y lo de continuar acostándonos de vez en cuando acabó.

—Ya, como tienes quien te caliente la cama… —Me miró enfadado.

—Vete a la mierda, en serio te lo digo. —Señalé la puerta—. Lárgate, pero lárgate ya. ¡Diego, papá se va!

—Volverás a llamarme, lo sabes. —Se acercó a mi cuello y me mordió el lóbulo de la oreja.

—¡Papá! Decir secretos es de mala educación —dijo mi hijo al ver a su padre tan cerca de mí.

—¿Lo ves, Samuel? Hasta tu hijo lo sabe.

Me miró con ojos de deseo, pero no como cuando necesitábamos estar el uno con el otro, sino de una manera que prometía que volveríamos a estar juntos. No se creía él ni borracho.

Cerré la puerta enfadada, muy enfadada. ¿Ahora que tenía a alguien en mi vida me venía con esas? Hacía mucho tiempo que no habíamos vuelto a intimar, a tener relaciones sexuales, a follar juntos y ahora, ¿qué eran, celos? «Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio», escribía un poeta y parecía que lo hubiese hecho expresamente para Samuel. Él, que me quería, me alejó con otra y cuando yo era feliz, me quería cerca.

Qué complicado era todo y qué complicados eran todos.

Estaba en la cama sin poder dormir, frustrada por lo que me había pasado y porque no podía ni quería contárselo a nadie. Sonó mi teléfono móvil y lo cogí de inmediato.

—¿Quién es? —No había mirado la pantalla.

—Soy yo, ¿te molesto? —Ander lo preguntó casi con miedo.

Admito que al oír su voz tuve sentimientos encontrados.

—No, no estaba durmiendo. ¿Qué ocurre? —pregunté algo seca.

—¿Puedo subir a tu casa? —Me quedé muda—. Sé que está tu hijo, que es tarde y que lo más seguro es que esté durmiendo. ¿Puedo?

Suspiré antes de decirle que sí. Estaba abajo, miré el reloj, eran más de las once de la noche.

Abrí la puerta antes de que llamara al timbre.

Ander no quiso esperar al ascensor, subió caminando despacio, tenía cara de cansado, ojeras y los ojos rojos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, apoyándome en el marco.

—¿Puedo entrar? —Se pasó una mano por el cabello despeinado.

Me aparté lo suficiente para que entrara y cerré la puerta. Lo miré, esperando que me dijera lo que pasaba. Sabía que yo había sido bastante borde los últimos días, que no habíamos hablado mucho y que además aquel día estaba cabreada por algo que no le iba a contar.

Crucé los brazos, esperando que dijera algo más… Pero se echó a llorar. No comprendía nada, no sabía qué decirle…

—Ander…—Fue lo único que salió de mi garganta.

—No he podido hacerlo, Alina, lo he intentado todo…

—Ven, siéntate. —Lo dejé en el salón y fui a cerrar la puerta de la habitación de mi hijo.

—Juro que lo he intentado todo, que lo he hecho con todas mis fuerzas, pero ha sido imposible.

—Ander, por favor —me senté a su lado—, ¿qué ha pasado?

—Se ha muerto por mi culpa, no he podido hacer nada por él y se ha muerto. —Volvió a

llorar como un niño.

—¿Quién se ha muerto? ¿Qué ha pasado? —Estaba totalmente desconcertada.

Lo miraba y me sentía perdida, nunca me habría imaginado ver a un hombre como él llorando como un niño pequeño, desvalido y con la mirada perdida. Hice lo único que podía hacer en esos momentos, me acerqué a él y lo abracé. Ander lloró muchísimo más y su cuerpo se convulsionó.

—Un niño, un crío… solo tenía quince años y una preciosa vida por delante. No he sido capaz de ayudarlo. —Me apretó con tanta fuerza que creí no poder respirar.

—Chis, estoy aquí. Estoy segura de que has hecho todo lo posible por ayudarle.

—Podría haber hecho mucho más, estoy seguro. —Lloró de nuevo.

Con cuidado, lo llevé a la habitación y lo ayudé a desvestirse. Aquella noche los dos dormimos por primera vez abrazados y admito que no me importaba que Diego nos hubiera visto. Estaba segura de que el pobre habría tenido más preguntas que respuestas a las mismas, pero había que ir pensando cómo lo hacíamos Ander y yo a pesar de su madre.

Me puse el reloj antes de mi hora, quería poder despertar a Ander con tiempo para que por lo menos pudiéramos hablar con más tranquilidad, pero no hubo ocasión. Sentí su mano acariciando mi cuerpo. En realidad, sus dedos jugueteaban con mi estómago. Me tumbé y vi que aún era de noche.

—¿Qué hora es? —pregunté adormilada.

—Las cinco y media —respondió.

—Aún no es hora de despertarse —me quejé.

—Tengo que irme a casa, Alina. —Se abrazó fuerte a mi espalda.

—Hummm…

—Siento haber venido así —se excusó—, no sabía qué hacer.

Me volví para mirarlo a los ojos. Aún tenía aquella expresión desesperada, triste y perdida.

—Ander…

—No es la primera vez que fallece un paciente —acarició mi rostro—, pero esta vez me ha sobrepasado todo.

—Lo siento. —Pensé en mi reacción del domingo.

—Me voy. —Se levantó de la cama para vestirse.

Me incorporé sentándome y encendí la luz de la mesilla.

—¿Un café? —pregunté.

—No quiero molestarte más, ni siquiera sé qué está pasando entre nosotros. —Se mesó el cabello.

Puse los pies en el suelo y caminé descalza hacia la cocina. Antes me pasé por la habitación de Diego, que seguía durmiendo como un bendito. Volví a cerrarle la puerta, no quería que el ruido lo despertara antes de tiempo. El rato que Ander tardó en aparecer, mi cerebro comenzó a ir a cien por hora. Su madre, su exnovia, Samuel, mi vida y él… ¿Era posible que estuviera

haciendo algo mal y yo no fuera capaz de verlo? ¿Y si me estuviera complicando la vida yo sola? ¿Y si todo fuera más fácil y no lo viese?

Respiré mientras miraba cómo el café comenzaba a subir en la cafetera. Me gustaba mucho Ander, muchísimo, podría decirse que estaba enamorada de él, sí, pero ¿estaba dispuesta a cambiar toda mi vida por esa relación? ¿Él estaría dispuesto a dejar las cosas claras con su madre? ¿Estaría yo dispuesta a aguantar a una mujer así en mi vida? ¿Y él?

—Me voy, Alina —anunció desde la puerta de la cocina.

—Estoy preparando café. —Lo miré.

Se acercó despacio hacia mí y se inclinó para besar mi cuello, noté que inspiraba mi perfume.

—Me hubiera gustado hacerte el amor, pero me das miedo, Alina —confesó—. Un día eres abierta, sincera y adorable. Y otro desapareces, te escabulles y me «obligas» a no hablar contigo.

—Yo…

—Alina, te quiero. —Abrí los ojos de par en par—. Pero no sé si tú estás dispuesta a estar a mi lado.

Acarició mi rostro y me besó, para después darse la vuelta y marcharse en dirección a la puerta de salida. Me di cuenta de que se estaba yendo, y no solo de mi casa. Recorrí los pasos que nos separaban y lo sujeté por la cintura. Se volvió, mirándome serio, muy serio, y a pesar de sus profundas ojeras, sentí cómo me atravesaba con sus preciosos ojos claros.

—Ander —tragué saliva—, no… Yo te qu…

Me cerró la boca con un beso, sus grandes manos sujetaron mis mejillas y mis labios aceptaron aquel íntimo contacto de inusual delicadeza.

—Alina —separó nuestras bocas—, no digas nada de lo que te vayas a arrepentir. Me voy. Por favor, llámame cuando quieras.

No dije nada, me quedé plantada en mitad de la entrada, mirando el vacío. Eso era lo que me quedaba si no podía aclarar las cosas en mi cabeza. Él me gustaba, me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero ¿cómo podía luchar contra mí misma? Tenía que hablar con él con tranquilidad, necesitaba tener una conversación con él, después de tener la mía propia y aclarar mis sentimientos.

Capítulo 32

Miré el reloj dos veces más y una la pantalla del móvil, por si el tiempo se había detenido en alguno de los dos aparatos. Pero no, aún quedaban unos minutos para que Diego saliera del colegio. Llevaba todo lo necesario para que merendara bien. Un brik pequeñito de leche y un bocadillo.

Estaba nerviosa, muy nerviosa, tanto que probablemente tendría que haberle comunicado a alguien mi decisión. Sobre todo para que me dieran ánimos, me alentaran o me esperaran en un coche cerca del lugar, para poder salir corriendo si todo salía mal.

Aquel iba a ser el día. Sí, esa tarde Diego iba a conocer a Ander a pesar de todo. Y digo a pesar de todo, porque no es que las tuviera todas conmigo. Su madre tenía mucho que ver, pero llevábamos varios meses juntos y, de momento, él se estaba portando de manera impecable.

Volví a mirar la hora, solo había pasado un minuto desde la última vez que la miré.

Diego no sabía nada, no tenía idea de que su mamá se estaba viendo a menudo con un amigo, pero esa tarde iba a cambiar todo. Ander tampoco sabía que estaba a punto de conocer a mi hijo, tanto es así que desconocía que yo fuera a ir al hospital a recogerle. Sabía que, como iba a estar con mi pequeño, no nos veríamos esa tarde. Pensaba que haríamos como siempre, hablar un rato por teléfono y despedirnos, con ganas de volver a abrazarnos y contarnos tonterías, mientras uno de los dos preparaba algo de cenar el viernes o el sábado… Sonreí para mis adentros al darme cuenta de lo mucho que había cambiado mi vida. El paso que iba a dar ese día la cambiaría por completo, podríamos formar una familia…

Es verdad que la noche que vino a mi casa después de su operación, nuestros sentimientos quedaron un poco desbaratados. Él me pidió que no le dijera que lo amaba, tras dejarme claro que él estaba enamorado de mí. Pero no podía dejar de quererle a pesar de sus circunstancias y no podía dejar de meterme en su cama a pesar de las mías. Así que tomé la decisión más importante que iba a tomar en mi vida: poner las cartas sobre la mesa y decirle que estaba dispuesta a todo. Que si le presentaba a mi hijo era porque quería estar con él y ver las posibilidades que teníamos de un futuro juntos.

—¡Mamá! —oí la voz de Diego desde lejos.

Levanté una mano y lo saludé. Venía corriendo hacia mí. Y justo después de darme un abrazo, vino la pregunta:

—¿Qué me has traído de comer?

—Anda, que solo me quieres para eso —le respondí, mirándolo con cara de falso enfado.

—No, mamá, te prometo que te quiero para muchas más cosas —respondió serio.

—Toma —le tendí el bocadillo y la leche.

—¡Bien! Es que tengo mucha hambre. —Le dio un mordisco a su bocata—. ¿Vamos al parque? Están Lucas y Pedro.

—No, cielo, hoy vamos a ir a otro sitio —caminábamos hacia mi coche.

—Pero yo quería ir al parque —hizo un mohín.

—Lo sé, mañana te prometo que estaremos más rato, además, ahora hace más sol, así que podremos jugar más tiempo —intenté convencerlo.

—Jo —se enfadó un poco mientras se subía a su asiento.

—Es que vamos a ir a un sitio para que conozcas a un amigo mío.

—Mamá, ya conozco a todas tus amigas —respondió muy serio, después de abrocharse el cinturón—. Elena, Irache y todos esos que van contigo a CrossFit.

—Bueno, sí, es verdad que conoces a todos mis amigos —arranqué el vehículo—, pero este es un amigo nuevo de mamá.

—¿Un novio? —soltó de golpe.

—Venga, cómete el bocadillo, que si no vas a llegar con la boca llena de migas.

Apretaba el volante más de lo necesario, estaba muy nerviosa, así que subí el volumen de la música, ya que sabía que la canción que estaba sonando le gustaba a Diego. Cantamos un rato los dos juntos, él encantado y yo intentando soltar un poco de la adrenalina que corría por mis venas.

Miré el reloj del salpicadero del coche, en menos de media hora Ander saldría del trabajo. Lo había preparado todo con discreción, siguiendo las indicaciones de Irache, para sonsacarle el horario exacto de ese día. Porque, aunque lo sabía, quería que no se me escapara ni un segundo, que no tuviese una complicación o que lo llamasen de urgencias. Sabía a la perfección que tenía día de papeleo y que por la tarde saldría pronto, porque quería ir al gimnasio. La hora la tenía reservada, así que…

Aceleré un poco, no quería que me pillara el toro.

Tuve la suerte de poder aparcar después de dar solo dos vueltas. La zona en la que estaba el hospital no era de las más concurridas, pero seguía siendo el centro de Madrid y, dependiendo de las horas, no es que fuera complicado aparcar, era más que imposible.

—Va, Diego —le sacudí un par de migas de pan que tenía en la chaqueta—, dame la mano, que vamos a cruzar hacia allí.

—Eso está muy lejos y es un hospital —me miró serio—. No me irán a pinchar y me has engañado…

—No, te prometo que no te van a pinchar. Y sí, es un hospital. Mi amigo es médico —le expliqué.

—Hala, qué guay, así si te pones mala te puede curar rápido. —Abrió los ojos sorprendido.

—Sí, me puede curar rápido si me pongo mala —respondí sonriendo, mientras atravesábamos por el paso de cebra que nos llevaría a la entrada principal del hospital.

Caminamos solo un par de minutos. Diego miraba a un lado y a otro alucinado. Todo lo veía muy grande y diferente a lo que estaba acostumbrado. Las veces que habíamos ido al médico había sido a su pediatra y si alguna vez había sido a urgencias, las puertas de atrás de los hospitales no eran tan espectaculares, y menos en los públicos.

—Vamos a quedarnos aquí, ¿vale? —le dije a mi hijo—. Así, cuando lo vea salir nos acercamos y lo saludamos.

—¿Va a tardar mucho?

—No cielo, ahí est…

No pude seguir hablando, miré hacia la puerta de salida y allí estaba él, tan guapo y tan bien vestido como siempre. Con su sonrisa y su mirada arrebatadora, pero no iba solo… De la mano lo cogía la «Zorrone». Me quedé absolutamente paralizada, como si dos clavos helados hubieran traspasado mis pies y no me dejaran caminar.

—Mamá —Diego me miró—, ¿ese es tu amigo?

«Sí, hijo —contesté para mis adentros—, él es mi amigo, mi amante, el hombre al que más he querido, aparte de ti. Pero también es el tío que está cogiendo de la mano a su expareja, mientras la mira con una mirada indescriptible, a la par que ella lo acaricia y ahora se acerca para darle un beso en los labios.

»¿Qué significa todo esto, Ander? ¿Por eso te marchaste unos días a San Sebastián? ¿Por eso me…?»

—Mamá…

—No, Diego, no es él. Creo que ya se ha marchado. Vámonos a casa.

—Jo, qué lástima. Quería conocer a un médico.

—Sí, una verdadera lástima.

Salimos casi corriendo, no tenía ganas de ver nada más. Todo tenía sentido, el sentido que debió tener hacía mucho tiempo, el sentido que tienen todas las cosas cuando no se hacen bien desde el principio y no se cortan de raíz.

—¡Alina! —Oí su voz llamándome desde lejos.

No quise mirar, ni siquiera me paré.

Diego entró en el coche y se volvió a poner el cinturón de seguridad. Yo corrí a mi asiento. Vi a Ander intentando cruzar la calle, metí la llave en el contacto y me marché. Me marché sin mirarlo.

«¿Qué te pasa, Alina? ¿Es que no veías todas las señales? La madre, las llamadas a escondidas, su insistencia en viajar a San Sebastián…»

Le di un golpe al volante y mi hijo se asustó.

—¿Qué haces, mamá?

—Lo siento, cielo, es que se me ha cruzado un coche sin avisar. —Mentí, a la vez que sentía las lágrimas cayendo por mis mejillas.

Mi móvil comenzó a sonar con insistencia. Como pude, lo apagué. Apagué todo lo que

pudiera tener algo que ver con él. ¿Cómo no fui capaz de verlo?

—Samuel —llamé desde el teléfono de casa—, ¿puedes venir a por Diego y quedarte con él esta noche?

—No hay problema, pero ¿pasa algo? —Oí que cerraba la puerta de su coche.

—No y sí. Quiero decir, que tengo un montón de trabajo por terminar y con Diego por aquí me va a ser imposible. Te debo una, te lo prometo. —Intenté mantener el tipo, debía hacerlo por Diego.

—Sí, sí. Por eso no te preocupes. Estoy en cinco minutos.

Al rato, Samuel estaba llamando al portero automático y Diego, después de darme mil besos y abrazos, bajó la escalera para encontrarse con su padre.

Cerré la puerta y lloré. ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué justo cuando había decidido que merecíamos una oportunidad? ¿Qué pretendía Ander? Había sido él el que quería que estuviéramos juntos, el que quería formar parte de mi vida y ahora…

Encendí el teléfono móvil, tenía demasiadas llamadas perdidas como para tener en cuenta ninguna. Todas eran de él, Ander… Ander… Ander… Ander…

Llamé instintivamente a Elena.

—¿Qué pasa, follavascos? —contestó en su tono habitual, pero yo no podía hablar—. ¿Alina? Alina, ¿estás ahí?

Sólo podía llorar.

—Alina, ¿qué ha pasado? Háblame por favor…

—Estaba con ella —sollocé—. Iban cogidos de la mano. Se han besado.

—¿Quién, Alina? ¡Por Dios, dime algo coherente!

—Ander iba cogido de la mano de su exnovia y se han besado. Iba a presentarle a Diego, era una sorpresa. —No paraba de llorar.

—Y la sorprendida has sido tú —finalizó la frase Elena, consternada.

—Sí. Soy una gilipollas de manual. ¿Ves por qué no tenía que haberme enamorado? ¿Lo ves? ¡¿Es que nadie me va a hacer caso por una puta vez en mi vida?!

—Tranquila, cielo, voy a tu casa —dijo y colgó, sin darme ocasión de replicar.

No habían pasado más de diez minutos cuando llamaron a la puerta de mi casa. Abrí sin más, imaginé que Elena traería cervezas para un regimiento… Pero no, ahí estaba él, mirándome serio, con los brazos caídos a los lados.

—Ander. —Traté de cerrar la puerta, pero él consiguió entrar en casa antes de que pudiera hacerlo.

—Alina, no es lo que parece —dijo, haciendo que mis ojos se abrieran de par en par, y a punto estuve de darle un bofetón. Algo que nunca se me hubiera pasado por la mente hacer antes.

Tuve que cerrar los puños con fuerza y lo miré a la cara con rabia.

Elena entró detrás de él apartándolo y echándome para atrás a mí.

—Esa es una frase que parece que todos los tíos tenéis tatuada en el ADN.

Como imaginé, traía un par de bolsas repletas de cosas. Y una mirada asesina hacia Ander que pocas veces había visto en ella, más bien nunca.

—Eres Elena, ¿verdad? Por favor, haz el favor de marcharte…

—No, Ander. Si una mujer te cuelga el teléfono varias veces o, como es el caso, te quiere cerrar la puerta de su casa en las narices, te vas, te marchas, te largas a tomar por culo si no quieres que llamemos a la policía.

—Alina, por favor, ¿por qué no dejas que me explique?

—Ander, ¿por qué no te vas? —logré decir—. Hoy te iba a presentar a Diego, quería dar ese paso que desde hacía tiempo me estabas pidiendo. ¿A qué querías jugar conmigo? Con mi hijo no se juega, haz conmigo lo que quieras, pero con él no.

—Por favor, Ander —Elena le tocó el brazo—, no eres de los que montan espectáculos, vete, por favor.

—Alina, no me vas a dejar hablar, ¿verdad?

—No, Ander. He aguantado demasiado por las promesas de amor eternas que me creí y esto…

—Vete, por favor —insistió Elena.

Ander suspiró, no dijo nada más y se marchó con la cabeza baja, mientras sus pasos lo llevaban hacia la escalera y hasta la calle. Elena cerró la puerta y echó el cerrojo. Me miró suspirando cuando vio que me acercaba a la ventana del salón.

Ander se encaminaba hacia su coche, pero antes se paró en la puerta y miró hacia donde yo estaba. Creí verlo llorar, yo solo apoyaba una mano en el cristal.

«No, Alina, para esto, ya no hay más cuerda.»

Elena habló desde la puerta del salón:

—¿Una cerveza o un abrazo?

—¿Pueden ser las dos cosas? —respondí llorando.

Capítulo 33

—¿Cómo? —Irache se quedó mirando el teléfono móvil igual que si hubiera visto una aparición mariana—. No me puedes hacer eso, de verdad que no, Lola.

—Lo siento mucho, estoy con una gastroenteritis de caballo. Además, me han dicho que es vírica, por lo tanto, puedo contagiar a todo el mundo —dijo con voz de dolor, la pobre.

—Joder, y no conocerás a nadie…

—La única persona que conozco es a mi hermana, y la pobre también ha cogido el virus.

—Bueno, pues mejórate mucho…

Irache se quedó igual que antes, pálida y sin saber qué hacer. Bueno, lo fácil habría sido decir en el trabajo que estaba mala y no ir, pero estaban justo con las vacaciones y su turno tenía los mínimos efectivos indispensables, aunque pareciera raro.

Elena se había marchado de fin de semana con Mario, y Alina… bueno, ahora mismo ella no estaba más que para cuidarse a sí misma y en casa de sus padres, o eso le había dicho.

Miró a su hija, que dormía plácidamente en su cama. No lo dudó, la cogió en brazos, la subió al carrito y, junto con todas las cosas que necesitaba para el trabajo, llevó todo lo necesario para que su hija, si le diera por despertarse, pudiera estar cómoda.

—Hola. —Saludó en el vestuario a su única compañera de turno.

—Hola, Irache. ¿Y esto? —Miró a la niña.

—Esto es un ser humano, es mi hija y me han dejado colgada como a un chorizo parrillero. Así que me toca conciliar y punto.

—Tranquila —le dijo la otra—. Lo que no sé es cómo va a poder estar a gusto la pobre.

—Mira, no lo sé. En estos momentos de mi vida soy madre soltera y me he quedado sin niñera. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no vamos al despacho y le montamos una camita o algo así? —propuso su compañera.

—Pues no es ninguna tontería, así por lo menos la pobre estará tumbada.

—Verás cuando la vean los otros… —Sonrió su compañera.

—Mientras hagan su trabajo… Yo estaré en el despacho, con todos los papeles y los problemas.

Una vez que se hubo cambiado de ropa, entró con su compañera en el despacho donde tenía todo el papeleo que debía mirar durante la noche. A esas horas el aeropuerto solía estar bastante

tranquilo después de los últimos vuelos intercontinentales, así que como su niña dormía bien a primera hora, seguro que luego podría estar pendiente de ella al cien por cien.

—Buenas noches a todos. —Miró a su equipo cuando llegaron—. Sintiéndolo mucho, esta noche tenemos a una pequeña invitada. —Señaló el apaño de cama que le habían hecho—. No ha habido más remedio, así que procurad que esta noche no tenga que salir mucho de aquí, ¿de acuerdo?

Todos los que tenían turno con ella asintieron sin más.

La noche estaba siendo de lo más tranquila, hasta que uno de los documentos que tenía en la mano le pareció raro. Se levantó despacio de su despacho y, casi sin hacer ruido, se acercó a un par de compañeros que estaban enfrascados en otros quehaceres más banales, o lo que es lo mismo, mirando vídeos de Instagram.

—¡Qué huevones sois! —les dijo desde lejos, y ellos escondieron el móvil corriendo—. Venga, echadme una mano con estos papeles, va a ser una noche más movida de lo que pensaba. Leed y decidme cómo nos lo vamos a montar, ¡va!

No tardaron más de media hora en decidir entre todos cómo tenían que proceder para que no hubiera problemas por la mañana, pero al mirar un poco más la documentación, Irache vio que tenía que ir a una de las puertas exteriores y avisar a todo el personal para que estuvieran preparados dentro de unas horas. Esos trabajos, además de ser tediosos, solían ser bastante poco agradecidos.

—Escuchad, tengo que ir a la puerta 39. —Miró a sus compañeros—. Por favor, echadle un ojo a la niña, que no se escape.

—Tranquila, no nos moveremos de aquí —contestó uno de ellos.

Tranquila, lo que se dice tranquila, no estaba, pero si se daba prisa no tardaría más de veinte minutos en llevar la documentación y hacer que el jefe de mecánicos, junto con el de pista, se lo firmara todo, para que así no tuvieran que estar esperando cuando el avión aterrizase. Todo un aburrimiento.

Tardó algo más de lo previsto, pues el jefe de mecánicos estaba justo en su pausa de descanso, pero ya, finalmente, estaba entrando donde estaban sus compañeros, a los que de nuevo pilló mirando vídeos.

—¿En serio? Joder, chicos, estáis enviciados con eso —se quejó—. Como sigáis así, voy a tener que dar parte.

—Va, jefa, hoy es una noche muy tranquila —replicó uno de ellos.

—Sí, la noche sí, pero veréis cuando aterrice el avión —sentenció ella, abriendo la puerta de su despacho—. ¡La niña! ¿Dónde está mi hija?

—¿Cómo?

—¿Que dónde está mi hija? —A Irache le entraron los siete males—. La puerta estaba cerrada, ha tenido que abrirla. —Los miró con cara de pocos amigos—: ¡Una cosa! ¡Sólo os he pedido una puñetera cosa y no habéis sido capaces de hacerla!

—Jefa…

—Ni jefa ni cojones —se plantó delante de ellos—. Ya estáis moviendo Roma con Santiago para encontrarla. Se llama Angélica, poned un puto dispositivo en marcha.

Irache tenía que sacar la mala uva por la que era conocida pocas veces, pero esa vez no le quedó más remedio. Su pequeña había desaparecido por su culpa. Sí, ella se echaba la culpa por no haber sido capaz de cuidarla en esos momentos. Estaba sudando y el miedo recorría todas y cada una de sus venas. La adrenalina circulaba sin límites por su cuerpo y temblaba por dentro.

—Ya está todo en marcha —dijo uno de los que estaban con ella—. Hemos descrito el pijama que llevaba y su pelo negro rizado.

—Ahora mismo están revisando todas las cámaras —añadió el otro.

Justo en ese instante apareció su compañera, esa noche solo eran dos chicas en su zona y le comentó:

—Me acaban de decir por radio que han visto en la zona sur a dos turistas que llevaban de la mano a una niña parecida a la tuya.

Irache salió corriendo hacia las cámaras de vigilancia y pidió que se las pusieran; por desgracia no era ella, sino otra niña que se le parecía mucho y a la que sus padres acunaban. Respiraba con fuerza…

—Aquí Delta Alfa dos —se oyó en uno de los intercomunicadores—. Necesitamos que venga alguien a la sala de cámaras de la zona de maletas.

—¿Zona de maletas? —repitió Irache.

—Sí, necesitamos que lo veáis.

Si ya todo estaba siendo muy raro, lo único que le faltaba era que la llamaran para ir a ver lo que sucedía por las cámaras del interior del aeropuerto.

—No paréis de buscar a mi hija u os juro que acabaréis sellando solicitudes. Lo juro por mi vida. —Y salió corriendo.

Lo que Irache no esperaba al abrir la puerta era ver por las cámaras de seguridad a su hija encima de una de las maletas que corrían de un lado a otro por ese laberinto de pasillos y toboganes. Y no, no estaba asustada, sino más bien sonriendo, pues parecía que se lo estuviese pasando pipa, disfrutando de la velocidad a la que iba el equipaje y las curvas que describía de un lado a otro.

—¡Parad esas putas máquinas! —gritó desesperada Irache.

—No podemos hacer eso —le dijo uno de los vigilantes.

—Entonces ¿cómo cojones vamos a sacar a la niña de allí? —le vociferó al tipo que se lo dijo.

—Intentaremos que un operario entre y pueda cogerla —respondió el hombre con voz temblorosa.

—Más vale que sea rápido e indoloro para todos, y cuando digo para todos —miró a todos los que se encontraban en la sala— es para todos.

No tuvo que decir nada más, pues todos se pusieron manos a la obra para ir en busca de la niña. En aquella pequeña sala llena de televisores solo quedaron ella y el encargado de dar las órdenes, que pronto dejó de serlo, pues Irache le quitó el intercomunicador.

—Me da igual cómo lo hagáis, pero quiero que sea rápido y que nadie se haga daño, ¿entendido?

—Sí, lo hemos comprendido a la perfección —le respondieron.

Irache no perdía de vista cada una de las pantallas que tenía frente a ella. Iba mirando de un lado a otro, intentando seguir el camino, o en ese caso la cinta, que había tomado la maleta en la que su pequeña iba montada.

Aquello no podía ser, no quería que le quitaran a la niña por haber sido una imprudente, por no haber podido cuidar de ella en un momento de necesidad. Si es que era gilipollas, seguro que Alina hubiera podido echarle una mano aunque estuviese hecha un puñetero guiñapo.

«¡Me cago en el puto trabajo! ¡En la puta conciliación! ¡Y en las pocas ayudas a las familias!» Se echó a llorar, pero con toda la contención que pudo; no podía, no quería, que nadie en el aeropuerto la viera llorar.

—Ahí esta —dijo el controlador de la sala.

Estaba señalando a uno de los compañeros de Irache, que se habían abierto paso entre cintas y rampas y casi se había lanzado en plancha para poder sujetar, cogiéndola como a un perrito, a la niña y atraerla después contra su cuerpo. Tal era la velocidad que llevaba la pequeña, que cuando aquel hombre la atrajo hacia él, cayeron los dos por un pequeño hueco que había quedado.

Desparecieron de la pantalla por unos instantes. Irache se estremeció, su hija ya no estaba a la vista. Fueron unos segundos sobrecogedores, en los que sintió que la vida se le iba por momentos. Pero luego una mano se alzó entre las cintas y vio a su compañero, que se izaba despacio, con una niña sujeta contra su pecho. Angélica estaba bien…

Irache se dio la vuelta y salió de aquella sala y, una vez fuera, se puso a llorar irrefrenablemente, mientras corría por los pasillos interiores del aeropuerto y se presentaba en la puerta de las cintas transportadoras. ¿Cómo podía haber llegado Angélica hasta allí? Era casi imposible. Y preguntarle a ella sería inútil.

Su compañero salió por la puerta y miró a Irache, no se dijeron nada, solo le entregó a la niña y se marchó para llamar al médico de urgencias. Ella se abrazó a su pequeña, que lloraba asustada, solo tenía visible unos pequeños rasguños y se abrazaba a su madre, que corría de nuevo hacia su despacho. Allí había alguien a quien no esperaba…

—¿Qué ha pasado, Irache? ¿Qué haces con la niña aquí? —Jesús miraba a su mujer, a la que había querido darle una sorpresa, pues tenía varios días libres y había decidido ir a verla.

Por desgracia, la sorpresa se la llevó él a ver cómo Irache se abalanzaba sobre él, que tuvo que sostener a su mujer y a su hija entre sus brazos.

—Jesús —sollozó Irache—, lo he hecho todo mal. No he podido siquiera cuidar de nuestra

hija…

—Tranquila, cielo —suspiró esperando a que ella se tranquilizara y se lo contara todo—, ya ha pasado y estoy con vosotras.

Capítulo 34

—Y ahora que tienes unos días a Jesús en casa, ¿estás mejor? —Alina miró con preocupación a su amiga.

—No es que esté mejor, estoy tranquila, pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de aquel vacío en mi despacho —suspiró—. Y después a Angélica desapareciendo por la cinta transportadora.

—Pero hija, ¿cómo ha podido ocurrir? —Elena la miró preocupada.

—No tengo idea, no tenemos ni puñetera idea de cómo pudo entrar ahí. Joder, lo único que se me ocurre es que se subiera en alguna maleta que estuviera dando vueltas en alguna cinta, pero tampoco tiene sentido…

—Bueno, tranquila —alargué una mano para acariciarla—, ya está bien y en casa. Pero joder, Irache, si te vuelve a ocurrir algo como eso de Lola, llámame, sea la hora que sea.

—Alina, en estos momentos no creo que estés como para encargarte de una niña más. —Me miró preocupada.

—¿En serio, Irache? Me decepcionas —le dije enfadada—. Una cosa es como yo me sienta y otra muy diferente que necesites ayuda. ¡Joder!

—Ya, venga —Elena puso paz entre nosotras—. Lo que pasó ya no tiene remedio, pero bueno… Irache, puedes contar con nosotras para cualquier cosa, lo sabes. —Ella asintió algo azorada—. Sabemos que eres una mezcla entre Capitana Marvel y Wonder Woman, pero a veces hasta ellas necesitan ayuda.

—Tú no estabas —se justificó.

—Yo no estaba, pero sí Alina…

—Bueno, ya está —Irache miró su café.

—Pues como ya está, ya sabes, si necesitas ayuda, a quién puedes pedírsela, ¿vale?

—De acuerdo… ¿Y tú cómo estás? —me preguntó.

—Estoy, que no es poco —respondí por decir algo.

—En realidad creo que aún no sabe ni cómo está —Elena se metió—. Tengo la sensación de que es demasiado Drama Queen para centrarse en lo que quiere. Por una puñetera vez en la vida ha encontrado un hombre que la respetaba como ella se merecía, pero como tiene un miedo que se muere, lo ha mandado todo a la mierda.

—¡No es verdad! —me defendí—. Estaba con su ex muy arrimadito y los vi besarse.

—¿Dejaste que se explicara? —Irache me miró.

—¿Qué os pasa a todos con las explicaciones? —ataqué—. Cuando Samuel me quiso explicar sus cuernos, me echó la culpa a mí.

—Alina, pero que quizás todo tenga una explicación —dijo Elena.

—Elena, ya vale. Tú estabas conmigo, lo viste.

—No, Alina, yo fui a consolarte y a «echar» de tu casa a un hombre que quería hablar contigo y tenía cara de preocupación. —Me miró seria.

—¿Y si hablaras con él? —Irache insistió.

—¡Que no, joder! Que verlo dándole un beso a su ex justo el día en que quería presentarle a mi hijo me ha dolido. ¿Y si después de hacerlo, después de intentar tener una familia, de nuevo se va?

—¿Y si mañana cae un meteorito y nos vamos todos a tomar por culo? —Elena se me enfrentó—. Mírame a mí, joder. Separada y volviéndome loca por el mundo buscando pollas, solo eso… y ahora estoy con el capullo de mi vecino. ¿Quién me iba a decir eso a mí? ¿Quién me iba a contar que la oportunidad de mi vida iba a venir de la mano de alguien que me estaba amargando la vida vecinal?

—Ya, bonita, lo tuyo siempre es peor que lo de los demás —me quejé.

—Que no, hombre, que no es solo eso. Que yo me empeñé en no querer unirme a ninguna persona después de lo mío y ahora, mírame… Feliz, hasta que deje de estarlo.

—Anda, que tú también eres muy positiva —se metió Irache.

—Jo, entendedme. Estoy bien, estoy feliz, pero no me fustigo pensando que mañana puede acabarse, pienso que, si acaba, habré sido feliz.

—Hija, lo que has cambiado… —Irache me miró de nuevo—. Alina, ¿no hay marcha atrás?

—¿Cómo va a haber marcha atrás? Su madre se empeñó en joder lo nuestro, o lo que tuviera con otra mujer para que regresara con la «Zorrone» esa y él se ha dejado. No, no hay marcha atrás con alguien que pone por delante a su madre.

—Hija mía…

—¿Qué, Elena? ¿Qué? —le pregunté, ya enfadada.

—Nada, paso. Tú sabrás lo que haces con tu vida —levantó las manos, rindiéndose.

—Eso es, y lo primero en mi vida es mi hijo. Si Ander no tiene claro qué es lo que quiere, yo sí.

—Alina, cielo —Irache me cogió la mano—, haz lo que tú consideres, eso lo primero… pero quizás te estés precipitando.

—Sí, creo que me precipité desde el primer momento. Desde que supe que él era el de Tinder, desde que volví a caer y luego me dejé convencer en San Sebastián. Sí, me he precipitado desde el principio.

—Te arrepentirás, luego tendrás un hijo adolescente que pasará de ti y tú estarás sola por pensar en él. —Elena se levantó de la mesa y nos dejó sin más.

Vimos que en la puerta de la cafetería estaba esperándola Mario. Entró con él en el coche y

desapareció.

—Es mala —dije.

—No, lo que pasa es que no pasa por montaje y tal como le vienen las cosas las suelta —me dijo Irache más tranquila que mi otra amiga.

—Ya, pero podría pensar que hace daño —me quejé.

—En realidad cree que, diciéndolo así, hace que te des más cuenta de las cosas. Aunque una cosa te digo, Alina, algo de razón tiene. —La miré enfadada—. No, espera, quiero decir que si solo piensas en tu hijo, los niños al final se hacen mayores y pasan de nosotros. Es lo normal, es lo que hay que hacer, pero…

—Lo sé, Irache; sin embargo, ahora lo primero es él —dije.

—También lo debe de ver así Samuel. Él ya está saliendo con alguien y tu hijo la conoce, ¿no?

Y era verdad, desde hacía ya dos semanas Diego conocía a la mujer con la que su padre estaba haciendo algo más que encaje de bolillo. Vamos, que ya vivían juntos, cosas rápidas de la vida, y me temía que era posible ya estuvieran viéndose desde nuestra separación.

—Si solo pensara en él, Diego ni sabría quién es esa mujer, ¿verdad, Alina?

—Cierto, pero…

—Nada, Alina, cada uno es un mundo. Quizás Ander no sea para ti, o tú para él, pero no cierres puertas solo porque tengas un hijo. Debes pensar que ese niño ha de tener una madre feliz, sea como sea. Y ahora mismo no lo eres.

—Joder, Irache…

—Me voy, Jesús se va el domingo y quiero estar con él.

—Yo también me voy a casa. Diego está hoy con su padre y su novia, me espera un largo fin de semana sola.

—Ven a casa cuando quieras. —Nos levantamos y salimos a la calle—. Sabes que te lo digo en serio.

—Lo sé, pero tengo muchas cosas que hacer en la web —me excusé—. Y además querréis estar solos antes de que se marche tu marido.

—Sí, pero regresará el fin de semana que viene. No pasa nada por tener a una amiga en casa un rato.

Nos dimos un abrazo al despedirnos. Sabía que mis dos amigas tenían razón, pero ¿cómo podía cambiar mi forma de ser? ¿Cómo podía pensar solo en mí, sin tener en cuenta a mi hijo? No, yo no metería a nadie en mi casa hasta no estar segura.

Miré extrañada cuando llamaron al timbre de casa. No esperaba a nadie y al único al que podía esperar hacía mucho que le había cerrado toda posibilidad de comunicación. Así que me acerqué a la puerta y antes siquiera de preguntar, miré por la mirilla. Me quedé sorprendida. Samuel estaba allí arriba, sin haber llamado al timbre del portal.

—¿Qué quieres? —le espeté al abrir, sin ni siquiera decirle hola.

—Buenas noches a ti también. —Entró en casa—. He venido a recoger algunas cosas que Diego me ha dicho que quería.

—¿Lo has dejado solo con tu novia? —Lo miré mal, lo admito.

—No, en realidad está en casa de mis padres, igual que yo. —Levanté una ceja preguntando —. Está de viaje y nos hemos ido a cenar y a pasar la noche allí, pero Diego quería un pijama nuevo que al parecer le has comprado.

—Ah, sí. Le compré uno de superhéroes. —Cerré la puerta—. Espera aquí.

—¿Y tú no sales con tu amigo esta noche? —Se burló al ver que iba en pantalón corto y con camiseta de tirantes, además de tener el ordenador abierto.

—No tengo ningún amigo con el que salir —respondí sin más, dándole el pijama e indicándole la puerta.

—Pues es una verdadera pena que estés hoy tan sola…

—Samuel, no empieces. Sabes que eso acabó hace mucho tiempo, y además tú tienes novia. —Me aparté de él.

—¿Recuerdas lo bien que lo pasábamos en la cama? —Dejó el pijama del niño encima de la mesa del salón.

—Sí, Samuel, recuerdo muchas cosas. Por eso mismo ya no quiero volver a caer…

—Ni siquiera pudimos despedirnos como mandan los cánones. —Me acarició la clavícula, bajando un dedo hacia mi pezón erizado.

—Déjalo, anda. —Pero no me separé de él.

—Una vez más, hagámoslo una vez más, nadie se va a enterar…

Me atrajo hacia él y me besó. No sé qué me ocurrió, pero fue como regresar a aquel momento en que los dos estábamos bien, en que tanto él como yo hacíamos el amor todos los días sin pensar en nada más que en eso. Mi necesidad de borrar todo lo que me había pasado en los últimos meses me hizo creer que todo había regresado al punto de partida, cuando cubría mis necesidades teniendo sexo con Samuel y olvidándome de él al rato siguiente.

No llegamos siquiera a la cama. Allí, encima de la mesa del salón y medio desnudos, nuestros cuerpos se encontraban con más necesidad que pasión, con más fuerza que sentimiento. Sentía que Samuel solo quería volver a marcar su territorio y yo solo quería que se borrara todo lo que Ander había dejado dentro de mí… Pero no pude, no cuando el orgasmo que se fraguaba en mi interior escapó, haciendo que fuera su nombre el que balbucí despacio. Gimiendo cada una de sus letras al aire.

—¡Joder, Alina! —dijo Samuel cuando acabó y salió de mi interior—. Se me había olvidado lo bien que lo hacíamos.

Gracias al cielo, no me había oído pronunciar el nombre de Ander. Pero allí, expuesta y desarmada, lo miré… Había sido un tremendo error volver a caer en lo que ya se había acabado. Me bajé de la mesa y busqué el pantalón sin mirarlo a la cara.

—¿Hacemos otro asalto en la cama? —me sugirió Samuel besándome el cuello, pero lo

aparté.

—Samuel, vete. Ha sido un error. Un error que no va a volver a ocurrir —respondí.

—Eso prometiste la otra vez y míranos, te dije que volverías a caer y míranos. —Se subió los pantalones sonriendo de manera triunfal.

—Vete, haz el favor de irte —le pedí, con el pijama de nuestro hijo en la mano.

—De acuerdo, me iré, pero que sepas que siempre caerás. —Me besó la mejilla antes de cerrar la puerta de casa.

Suspiré, sabiendo que aquello había vuelto a ocurrir por mi culpa y solo por mi culpa.

*

¿Sabéis eso que dice la ley de Murphy de «si algo malo puede pasar, pasará»? Pues solo a mí podían pasarme cosas malas aquella noche…

—Buenas noches. —Samuel miró a la persona que entraba en el portal, a la vez que él salía.

—Buenas noches. —Ander lo miró receloso.

—Perdona, ¿tú no eres el amigo de Alina? —Su tono sonó bastante burlón.

—Sí. —Ander sabía quién era él perfectamente.

—Ah, mira qué bien. —Sonrió con maldad—. Esta noche tendrá sesión doble de…

—¿De qué? —se le encaró Ander.

—De nada, amigo. —El muy cerdo hizo como que se subía la cremallera del pantalón—. Que te lo cuente ella.

Y de esa manera, sin querer tener ningún tipo de enfrentamiento, Samuel salió del campo de visión de Ander, que apretó los puños tan fuerte que los nudillos se le tornaron de color blanco.

No cogió el ascensor y escalón a escalón subió a mi casa. No sabía lo que había sucedido, pero después de lo que Samuel le dijo, su mente se había nublado demasiado como para pensar cabalmente. Ya tenía demasiado con lo que iba a decirme como para, además, pensar en lo que aquel hombre le había insinuado. Solo quería hablar conmigo y aclarar algo que debía decidir…

Llamaron a la puerta de nuevo. Estaba demasiado cansada de aquel juego y no me apetecía volver a discutir con Samuel. Abrí sin siquiera preguntar y me lancé:

—¡Te he dicho que se acabó! —casi grité, cortándome un poco por los vecinos, pero a quien me encontré fue a Ander, con una mirada enfadada.

—Entonces, ¿es verdad? —me preguntó.

—¿Verdad el qué? —Notaba el color carmesí en mi rostro.

—Te acabas de acostar con él…

—No tengo por qué darte explicaciones —repliqué.

—¿Puedo pasar? No quiero montar ningún espectáculo aquí en el rellano —dijo contenidamente.

De nuevo, como hacía un buen rato, me aparté para dejarlo pasar y caminé hacia el salón. Por

lo menos no había nada que indicara lo que había sucedido hacía… Vi el envoltorio del preservativo en el suelo, Ander también, pero no dijo nada.

—Venía pensando en preguntarte algo, pero ahora imagino que te dará igual. —Me volvió a mirar enfadado.

—Puedes preguntar lo que quieras, yo ya no puedo decidir nada por ti. Tienes a tu madre y a tu Zorrione para que manejen tu vida —solté

—Alina… —Se contuvo, llevándose los dedos al puente de la nariz—. Quería saber si entre nosotros se podía arreglar algo, pero veo que no.

—¿Te han dejado venir a preguntármelo? ¿Te ha dejado tu madre? —Me estaba portando como una idiota, pero en realidad no le hablaba a él, el enfado era conmigo. Era por lo que acababa de ocurrir.

—Sólo quería preguntarte si… Déjalo. —Se dio media vuelta—. Me marcho de nuevo a Estados Unidos.

Y se dirigió caminando despacio hacia la salida. Quizás esperando a que yo le parara, pero ¿para qué?

—Adiós, Alina.

No dije nada, solo miré cómo la puerta se cerraba y yo me convertía en una estatua de sal.

Capítulo 35

—Llama tú al timbre.

—¿Por qué yo, Elena? —Irache miró a su amiga.

—Pues porque si te manda a tomar por culo, tú tienes más mala leche que yo —soltó, quedándose tan ancha.

—Ya, como soy más alta y fuerte, tengo que tener más mala uva, ¿no?

—A ver si al final todas las batallitas que nos has contado eran mentira, que si Afganistán, que si Haití…

—Oye… —Irache levantó un dedo delante de la cara de su amiga.

—¿Lo ves? A mí ya me has acojonado.

—Mira que eres gilipollas —contestó Irache.

—Sí, pero por lo menos no soy yo quien va a llamar —sonrió sacándole la lengua.

Para su sorpresa, ninguna de las dos recibió ninguna mala contestación por mi parte. Sabían que estaría sin el niño y me iban a montar algo así como, según ellas, una fiesta de pijamas, pero sin maquillaje ni manicura y sí mucho alcohol y comida basura.

—¿Tú qué haces aquí? —le pregunté a Irache, viendo el día y la hora que eran.

—Pues venir a hacer que una amiga mía pase una buena noche —soltó.

—Aparta. —Me quitó de en medio Elena, haciéndose la dueña de mi cocina.

—¿Podéis ir por partes y explicarme qué hacéis aquí? —insistí.

—Repito, venir a pasar un buen rato con una amiga a la que hace semanas que no vemos por el *box* y no coge nuestras llamadas, ni siquiera responde a los mails de trabajo, pero sabemos qué haces.

—Irache lleva una semana de vacaciones —dijo Elena—. Y yo he dejado a Mario diseñando no sé qué remodelación, que espero que no sea en su casa. —Puso cara de agobiada.

Irache me agarró de los hombros y me llevó al salón.

—De momento, quítate esta ropa, que apesta.

La miré con cara de pocos amigos. Diego se había ido dos semanas de vacaciones con su padre y yo, bueno, yo llevaba varios días sin salir de casa. Mintiendo sobre una inexistente gastroenteritis que hacía que el estómago me doliera horrores…

—No apesta, es que hoy ha hecho mucho calor —me quejé.

—Ya. —Me miró con mala cara—. Y el pelo ese que llevas, ¿qué? Ahora se lleva aceitoso, ¿no? Tira ahora mismo para la ducha o te meto yo.

—Vale, vale —levanté las manos en señal de rendición, no tenía ganas de que aquella mujer me levantara en volandas y me metiera en la ducha con la ropa puesta—. Voy yo solita. ¿Sí?

—Asegúrate de que te da la ropa sucia. —Oí a Elena desde la cocina. Y miedo me daba, pues no tenía ni idea de lo que estaría haciendo allí.

Vi que Irache me seguía hasta el cuarto de baño y se colocaba en la puerta, esperando a que le diera toda la ropa. No hizo falta siquiera que me hablara, con la mirada que me echó me desnudé y le di todas las prendas que llevaba puestas. Fue gracioso verla coger mi muda con dos dedos y poniendo cara de asco.

—Exageradita eres un rato, nena —le dije—. No habrás cogido tú veces los calzoncillos de tu marido con resbalones.

—¡Cállate, cerda! —Fue lo último que le oí decir antes de que cerrara la puerta.

Sí, llevaba varios días sin ganas de nada. Aquella última vez que vi a Ander lloré, lloré todo lo que tenía que llorar por idiota, por no ser capaz de tener una relación normal y ser una anoréxica emocional. Lo único que me había mantenido cuerda todo ese tiempo había sido mi hijo, mi trabajo y las tareas que me tocaba hacer de nuestra web. Y no, no me había puesto en contacto con nadie, no había hablado con nadie y ni siquiera sabía por qué aquellas dos amigas mías estaban en mi casa para obligarme a ser una persona normal.

Yo solo quería estar sola, ver series, dramones de época y dejarme llevar hasta que Diego regresara de las vacaciones con su padre, al que, por cierto, no había vuelto a ver desde aquel incidente. Quería dejarme morir en el sofá hasta que el dolor se me pasara o cicatrizara y cuando recordara la herida solo rememorara los buenos momentos.

Oí unos golpes en la puerta del baño.

—¿Estás viva o te has querido ahogar con la ducha? —Elena metió la cabeza en aquel cubículo lleno de vaho—. Joder, hija, que estamos en verano… ¡Qué horror!

—Déjame en paz, coño —me quejé—. Ya salgo.

—Pues ten cuidado, que entre el calor que hace y el vaho que has hecho con el agua caliente, lo mismo has encogido. —Dejó la puerta abierta.

—Ya estoy aquí —anuncié cinco minutos más tarde, con el pelo mojado y entrando en el salón.

Allí estaban mis dos amigas, armadas con dos cervezas, una cada una, y algunas cosas para picar en la mesa.

—¿De qué te has estado alimentando? —preguntó Irache levantando la ceja como si fuera un agente de la CIA.

—Sí, ¿de qué? Porque no hay nada en la nevera. —Elena puso cara de preocupación.

—De comida, ¿sabéis lo que significa «a domicilio»? —solté, sabiendo que muchas veces comía una vez al día por desidia.

—No me gusta lo que estás haciendo, Alina. —Elena volvió a mirarme seria.

—¿Por qué habéis venido? —Por tercera vez lo intenté.

—Calla ya, que te repites más que un remordimiento, hija. —Elena se levantó y fue a la nevera para traerme una cerveza—. He estado hablando con mi amigo, ese que conocía a quien tú ya sabes y sé que hoy se marcha a Estados Unidos, regresa allí.

—Ya. —Me senté al lado de ellas y abrí la lata de bebida.

—¿Ya? ¿Y eso es todo? —Irache fue quien tomó ahora la palabra.

—Sí, eso es todo. ¿Qué queréis que os diga? ¿Queréis que os cuente qué pasó? ¿Cómo fue? ¿Lo que me dijo?

—¡Echa el freno, Magdaleno! —Elena me miró mal—. Dale un buen trago a la cerveza y verás como luego me puedes hablar con calma y felicidad.

—¿Qué queréis que os diga? —repetí, hundiendo los hombros.

—No era necesario que nos contaras todos los pormenores, pero joder —Irache dio un trago a su cerveza— contarnos al menos que se marchaba y que lo sabías, pues sí. Es lo mínimo.

—Pero ¿para qué? ¿Para recibir miradas de pena, miraditas de esas que se compadecen de uno? No.

—Ya, lo mejor era quedarse sola en casa como una indigente o un ermitaño de la cueva, que ni come ni se lava. —Elena tomó la voz cantante—. Eso sí que es maduro.

—Bueno, seguro que se me pasa. —Sonreí falsa.

—¿Por qué no has luchado por él, Alina? Estás totalmente enamorada y te niegas a darle una oportunidad. —Irache me cortó antes de que hablara—. No me vale lo de la madre y la otra. No sabes lo que ocurrió, ni siquiera le preguntaste.

—¿Para qué?

—Pues para que te lo contara, cortita. —Elena se exasperó—. Ya sé que somos muy pesadas, pero es que no queremos verte así.

—Vino a verme para decirme que se marchaba, quería hablar conmigo, pero vio algo que le hizo marcharse y yo no le retuve. No podía, después de lo que había pasado…

—Pero ¿qué había pasado? ¿Ni que te hubiera pillado follándote a otr…? —Mi rostro era el reflejo de la culpabilidad—. No puede ser, Alina, no quiero creerlo ni saberlo…

—Alina… —Irache me miró seria.

—Se encontró a Samuel cuando este salía de casa y vio un envoltorio de preservativo en el suelo. —Bajé la mirada.

—Tú eres tonta, en serio. —Elena se levantó y se marchó al baño a hacer pis, mientras Irache no decía nada.

—¿Qué? —Me defendí ante ella.

—Nada, yo no te voy a decir nada. Bueno, una cosa sí. —Me miró muy seria—. Eres muy tonta, mira que volver a caer en los brazos de Samuel…

—No sé, estaba mal, estaba triste, no sé lo que pasó por mi mente —le dije.

—Te lo voy a contar yo. —Elena regresó—. Te voy a contar que lo que pasó por tu cabeza fue una apisonadora que te dejó alelada. ¡Joder, que ese tío no es bueno para ti! Que ahora está

con su novia y tu hijo de vacaciones…

—Lo sé, lo sé… Imagina cómo me sentí yo al abrir la puerta y ver a Ander allí mirándome. Quería que habláramos y…

—Y todo se fue a la mierda. —Elena sacó su móvil y me enseñó un mensaje—. Mira, se va esta noche a las doce.

—¿Qué queréis que haga?

Las miradas de Irache y Elena entre ellas no me gustaron nada. Las dos sonreían de manera maquiavélica, una sonrisa que decía que entre las dos estaban pensando hacer alguna maldad.

—Alina, ¿tú quieres a Ander? —me preguntó Elena.

—No, no lo quiero —mentí, aun a sabiendas de que sabían la verdad, pero me daba miedo lo que estuvieran pensando.

—¡Deja de decir gilipolleces! —Irache me gritó de una manera que me hizo ponerme tiesa como una vara—. Si no le quisieras no estarías como estás ahora, cojones.

—Eso es, amiga —Elena sonrió.

Yo las miraba con miedo, con mucho miedo.

—Haz el favor de vestirte —me dijo Irache…

*

—¡Date prisa! —Irache me gritaba como si fuera un soldado haciendo la instrucción.

—¡No puedo más! —Casi se me salía el corazón por la boca.

—¡Y tú vas de crossfitera? —Daba unas zancadas que me costaba seguir—. ¡Que se note! Cojones, voy a liarla parda de nuevo en el aeropuerto, lo mínimo es que me sigas.

—No puedo hablar. —Ni siquiera pensar, solo correr.

Creo que nos estábamos saltando cerca de diez leyes, cuatro decretos ley y una de esas no escritas, la de no liarla parda. Sabía que debería estar llorando en casa como una gilipollas, pero desde el momento en que aquellas dos aparecieron por casa, sabía que cualquier cosa podía suceder.

Irache se había metido en un lío de esos que seguro le traerían cola, pero ¿por qué les había hecho caso? ¿Qué hacía yo a las doce menos diez de la noche corriendo por la T4? ¿Por qué era capaz de volverme loca cuando era justo lo que nunca había querido?

—Date prisa —me dijo, abriendo una puerta y subiéndonos a un coche para ir de un sitio a otro de la terminal por la pista.

—Irache, por Dios…

—Alina, me estoy jugando el puesto. —Me miró mientras conducía como una loca—. Sé cómo puedo hacerlo, pero vas a tener que hacerme caso. Esto es lo mismo que me pasó en Malawi cuando…

—¿Malawi? —pregunté.

—Es que nunca me escucháis, cojones… —se quejó, siguiendo unas líneas perfectamente pintadas en el suelo.

—Irache, ¿hago bien? —le dije con los nervios en la boca del estómago.

—Si yo he podido follar como Dios manda, tú también vas a poder —sentenció, aparcando el vehículo frente a otra puerta—. Baja y sígueme.

—¿Vamos a tener que correr más? —La miré mientras cerraba la puerta.

—Sí, llegamos tarde.

Menos mal que me habían obligado a darme una ducha y cambiarme de ropa, así que solo había tenido que ponerme unas zapatillas de deporte y salir corriendo, no sin pasar antes por casa de Irache y explicárselo todo a Jesús. Bendito Jesús, pero bueno, continuemos conmigo y lo de la ropa.

Sí, tenía pinta de yonqui de los ochenta. En cualquier esquina me hubieran dado un eurillo, fijo.

—Por aquí. —Me indicó que subiera una escalera.

—No sé si voy a llegar a tiempo, pero yo que tú iría avisando al médico del aeropuerto por ataque al corazón —la avisé, subiendo los escalones de tres en tres.

De nuevo volvimos a salir a aquel largo y vacío pasillo de altos techos y columnas amarillas que distingue a ese aeropuerto. Pero nada, yo no estaba allí para admirar arquitectura, sino para correr y llegar hasta la puerta número ciento ocho mil setecientos treinta y dos, o casi, porque era la última de la puñetera terminal.

Los pocos seres humanos que estaban sentados por allí o tomándose un café para mantenerse despiertos nos miraban. Yo, por mi parte, con la poca claridad que regía mi cerebro, pensaba en lo que debían de pensar al ver a Irache correr y a la yonqui ochentera siguiéndola como una loca.

—Ahí —Irache señaló a las dos azafatas que justo cerraban la puerta.

—A tomar por culo —dije, viendo, frustrada, que no había servido de nada todo lo que habíamos hecho.

—Tranquila. —Irache se plantó frente a las dos mujeres—. Buenas noches —hizo un saludo marcial—, el avión no puede salir.

—¿Cómo? —Una de ellas se quedó espantada—. Las puertas ya están cerradas y el *finger* separándose.

—Pues ya lo están parando, señoritas. —Sacó una documentación que yo no tenía ni idea de qué contenía—. Hay un pasajero que está siendo buscado y necesitamos que salga inmediatamente.

La que parecía más veterana cogió los papeles, los leyó y enseguida llamó por teléfono.

—¿Qué es eso, Irache? —pregunté por lo bajo.

—Jesús me ha estado echando una mano, es una denuncia real. Es lo único malo de esto, que si sale bien vamos a tener que ir a juicio.

—¡Juicio! —casi grité.

—Cállate, que tú vas de secreta.

—Sí, solo me falta que el chándal sea de tactel. —Me quejé por lo bajo.

—Tranquila, son sanciones de tráfico. —Me guiñó un ojo.

—Agente —la azafata se dirigió a Irache—, están de nuevo poniendo el *finger*, en cuanto abran la puerta podrán pasar.

—De acuerdo, muchas gracias —respondió ella con aquel aire marcial que le daba el uniforme verde—. En cuanto abran, tú te vienes conmigo.

—Al trullo me voy a ir contigo. Ya lo estoy viendo.

—Relájate. —Me miró como una madre mira a su hija para que confíe en ella—. No pasará nada, me deben muchos favores de cuando estuve en Nigeria…

Ojiplática me hallaba. Irache cada vez me sorprendía más y más. Al final iba a ser verdad que eso que contaba era cierto. Que teníamos como amiga a la mismísima Rambo y a 007…

—Pero tú… —quise preguntar; sin embargo, justo en ese instante abrieron la puerta.

—Vamos, que vas con una teniente coronel de la Guardia Civil. Esto no lo para nadie. —Y sonrió preparando las esposas.

La seguía como si fuera su perrito faldero. Me sudaban las manos, la espalda y hasta el mismísimo final de la misma… sí, el culo.

La canción de Marifé de Triana *Tengo miedo* no se me quitaba de la cabeza. Revoloteaba de un lado a otro de mi cráneo, dándose golpes con el duro hueso.

Veíamos la puerta del avión ya abierta, al comandante, a la azafata y a la sobrecargo a su lado. Nos miraban como si fuéramos Michael Jackson y Freddy Mercury aparecidos. Yo era el de Queen, por las pintillas con aquellas mallas apretaditas, estaba claro.

—Agente. —El comandante del avión saludó a Irache y me miró raro a mí.

—Teniente coronel, comandante —dijo Irache con una voz que hasta me asustó a mí—. Necesitamos sacar del avión a Ander Zabarrieta —explicó—. Sé que su maleta está siendo descargada en este momento. —Señaló la puerta abierta de la bodega del aparato.

—Sí, lo comuniqué en cuanto me llamaron —contestó el comandante, más serio que antes—. Puede pasar cuando quiera.

Irache entró acompañada de él por el estrecho pasillo del avión, mientras yo me quedaba en la puerta. A mi lado tenía al operario que manejaba el *finger* mirándome como el que mira una aparición. La sobrecargo estaba, a su vez, mirando hacia el pasillo y, de vez en cuando, se volvía hacia mí como preguntándose qué hacía allí sin entrar.

—Asiento 15c —le señaló a Irache el comandante.

—Perfecto, puede quedarse aquí —le dijo ella, sin ni siquiera pararse—. ¡Ander Zabarrieta!

—Sí, soy yo —contestó, mirando de un lado a otro.

—Tiene que venir conmigo y espero que lo haga sin aspavientos, ya que no quiero montar un escándalo en el avión. —Habló rápido y con fuerza, para dejar claro que no quería que dijese nada.

—Pero ¿qué significa esto? —Como era de esperar, Ander no se achantó.

—Por favor, salga del avión inmediatamente si no quiere que lo espose. —Se acercó a él, muy cerquita de su cara para que nadie los oyese—. Y no quiero que hagas más preguntas, ¿de acuerdo?

Tal fue su tono amenazante, que la persona que estaba sentada al lado de Ander se apartó un poco. Temía que la cosa se pusiera más tensa y fuera a pillar algún golpe despistado.

—No puedo creerlo —Ander se desabrochó el cinturón—. No sé qué mierdas es esto, pero prometo llegar hasta el final.

—Por favor —volvió a cortarlo ella—. Contenga su lenguaje y dese prisa. El avión tiene que salir a su hora.

—¡Joder! ¡Que yo voy en este avión!

—Haber pensado antes en las consecuencias de no pagar las multas de tráfico.

Los ojos de Ander se abrieron como platos bajeros en la cena de Navidad. No sabía si soltarle un buen grito o mandarla a la mierda. Pero ¡coño!, ¡era una maldita guardia civil!

—Teniente coronel —oyó decir al comandante del avión—, ¿todo bien?

—Todo perfecto, el caballero me acompaña tranquilamente. Ya tiene en su poder todas sus pertenencias. —Lo miró con muy mala uva—. ¿Verdad, señor Zabarrieta?

Ander no dijo nada más. Todo lo que estaba sucediendo era demasiado extraño. ¿Multas de tráfico? ¿Una guardia civil? ¿Su maleta? ¿Su…?

Notó cómo lo agarraba del antebrazo, forzándolo a caminar por el estrecho pasillo con destino a la salida del avión.

—Que yo tengo que irme a Estados Unidos —se quejó.

—Pues hoy va a ser que no —soltó Irache caminando detrás de él.

—¿Qué cojones es esto? ¿Qué mierda está pas…? —Dejó de murmurar de golpe.

Y sí, allí estaba yo, con mi chándal de yonqui, mirándome las punteras de las zapatillas de deporte, cuando sentí sus ojos clavados en mí. Ni siquiera tuve que levantar la vista, sabía que lo tenía delante.

—Tú…

Noté la vibración de su voz en mi cuerpo.

—¿Has visto? —soltó Irache—. Te pensabas que no te teníamos vigilado, ¿verdad? —Le dio un empujón que por poco hizo que se cayera de bruces en el *finger*—. Vamos, no te pares.

—¿Estáis gilipollas o qué? —se quejó Ander con razón.

—Ni gilipollas ni hostias. —Irache se le acercó por detrás—. Y haz el favor de caminar, por Dios.

Yo temblaba y ya no sabía si era por los nervios, por el miedo a volver a verlo, por no saber si íbamos a salirnos con la nuestra o porque me mandara a tomar por culo en el momento en que estuviéramos solos.

—Muchas gracias, comandante. —Sujetaba del brazo a Ander como buen guardia civil

arrestando a alguien—. En cuanto salgamos ya pueden marcharse. Compañera —se dirigió a mí —, camine por delante.

Y así lo hicimos.

Ninguno de los tres hablamos durante el trayecto hasta la puerta de embarque. Nos despedimos de las dos azafatas de tierra y más rápido que lento, desaparecimos por una de esas puertas que solo pueden abrir los empleados del aeropuerto.

Y allí estalló la guerra. A solas.

—Pero ¿qué cojones estáis haciendo? —Ander se deshizo de la sujeción de Irache—. ¿Y tú quién coño eres, vestida de guardia civil?

—Soy guardia civil, gilipollas. —Irache se lo quedó mirando.

—¿Y tú? —Me miró enfadado.

—Yo no…

Ander levantó una ceja pensando que le vacilaba, pero no me había salido otra cosa para responder.

—Mirad, tontolitos —dijo Irache—, voy por el coche, no os mováis de aquí…

Ander la ignoró y se dirigió a mí.

—¡¿Qué quieres de mí, Alina?! ¡Volverme loco! —me gritaba y yo lo miraba.

Estaba a punto de ponerme a llorar, mis manos temblaban descontroladas. Yo también sin poder parar.

Ander se acercó mucho a mí, me enfrentó y me gritó de nuevo:

—¿No podías dejarme marchar? ¿No podías olvidarte de mí para que yo lo hiciera de ti? ¡Dime algo! ¡Di algo! ¡Joder!

Se apartó de golpe y dio un puñetazo contra la pared.

—Joder, Alina, joder. —Se puso a llorar llevándose las manos a la cabeza.

—Ander, lo siento. —No paraba de temblar, pero tenía que decírselo. Tenía que decirle lo que sentía. Era en ese momento o nunca.

—¿Qué sientes, Alina? ¿Haberme dejado tirado? ¿Echarme? ¿Follarte a tu ex de nuevo? No sé… —Me miraba impotente.

—Siento no haberte dicho antes que te quiero, que estoy enamorada de ti y que no quiero que te marches. Quédate a mi lado, quédate conmigo.

—¡La hostia, Alina! —Alargó un brazo y, sin más, me agarró por la muñeca atrayéndome hacia él. Me abrazó, nos abrazamos mientras llorábamos como dos niños pequeños—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—No lo sé. —Yo sollozaba—. Pero quédate conmigo.

—¡Rápido! —Irache abrió la puerta—. Al coche, que os marcháis.

Ander me cogió de la mano y salimos en la dirección indicada por mi amiga.

Cuando el vehículo arrancó, Ander, sin soltarme y con cara enfadada habló de nuevo:

—Tenéis que contarme muchas cosas. —Miró el uniforme de Irache y las desastrosas pintas

que yo llevaba.

—Suficiente tengo yo con deshacer este entuerto como para perder tiempo en contarte mi vida —le soltó Irache—. Os quiero fuera de aquí echando hostias, yo me encargaré de tus maletas.

—Siempre he pensado que eras un poco rara, Alina, pero esto me supera…

Capítulo 36

—¿Qué haces aquí tan pronto, Elena? —Mario abrió la puerta de su casa asombrado de que su «novia», que estaba consolando a su mejor amiga, apareciera por la puerta.

—Nada, solo que me encanta que los planes salgan bien. —Sonrió, entró en su casa y se abalanzó sobre él.

*

—Irache, ¿tú no estabas de vacaciones? —le dijo una compañera.

—Sí, pero he tenido que venir a sacar a una persona de un avión —se justificó.

—Pero ¿eso no podía haberlo hecho otro? —preguntó.

—No, me lo han pedido desde arriba y…

—Buff, qué mal, lo siento. —Se apartó del ordenador y dejó que fuera Irache la que se sentara para rellenar el parte de aquel lío que le iba a costar más de un disgusto.

Le sonó el teléfono y vio que era Jesús. Descolgó con una sonrisa en los labios, aunque lo avisó de que llegaría tarde a casa. Él lo entendió, notó su sonrisa a través del teléfono.

*

Fue una situación de lo más extraña. Ninguno de los dos hablamos hasta que llegamos a mi casa. Abrí la puerta y pensé que en ese momento Ander explotaría y me mandaría a tomar por culo. Me equivoqué. Caminó hacia el salón y viendo la que tenía liada encima de la mesa me miró.

—¿Vas borracha? —Se acercó a observar mis pupilas.

—Ya no. —Y era verdad. Lo mucho o poco que hubiera podido subírseme una cerveza, ya lo tenía por los pies.

—¿Qué has hecho, Alina? ¿Por qué lo has hecho? —Me miró muy serio—. ¿Crees que después de todo lo que ha pasado puedes llegar, sacarme de un vuelo porque tienes una amiga que es Rambo y luego pretender que haga como si no hubiera pasado nada?

—Ander…

—No, Alina. Vine a tu casa a hablar contigo, quería explicarme, que me explicaras qué pasó, por qué nunca me dejaste hablar contigo. Me echaste sin más, sin poderte explicar lo que viste. Y

cuando las dudas sobre mi marcha me agobiaban, veo que tu ex acaba de salir de tu casa, después de echar un polvo contigo. —Caminaba de un lado para otro.

—Lo siento, Ander. —Fue lo único que supe decirle.

—¿«Lo siento»? Más lo siento yo, que estoy aquí en vez de en un vuelo a Nueva York. —Se paró para pasarse una mano por el pelo—. No lo entiendo, no te entiendo, Alina, no comprendo nada…

—Te quiero, Ander. —Era lo único que podía decir con sinceridad.

—Ya, y ahora esto. ¿De verdad? —Me miró y yo asentí, dejando caer una lágrima—. ¿Me querías cuando te lo volviste a tirar?

Lo miré enfadada, muy enfadada por que tuviera los santos de reaños de decirme eso. Él, que estaba conmigo y con su ex a la vez…

—No te atrevas, Ander —levanté la voz.

—¿Que no me atreva a qué? ¿A decir la verdad? —Me señaló directamente—. Venía a por todas y tú…

—Ni se te ocurra, tú estabas jugando a dos bandas. —Me acerqué a su rostro enfadada—. Mientras yo pensaba en presentarte a mi hijo, tú andabas con tu exnovia. Esa que te hizo tanto daño, esa que te hizo lo que te hizo, esa…

—Esa que me daba las gracias por haber operado a su padre de un tumor y por eso estaba en Madrid con mi madre…

El silencio se cernió sobre nosotros. Me miraba enfadado, casi con ganas de ponerse a gritar, lo veía en su mirada.

—¿Y por eso te besó en los labios? —solté sin pensar.

—Por eso saliste corriendo de allí, por eso me echaste de tu vida y por eso no me dejaste ni siquiera explicar qué paso… Alina, tienes un puto problema. —Se volvió a mirar la pared y bufó —. Ni siquiera sé que cojones estoy haciendo aquí contigo. ¡Yo debería estar en un avión, lejos de aquí! ¡Lejos de ti, Alina!

Me quedé mirándolo sin saber qué decir. Temblaba por dentro y por fuera, las lágrimas salían de mis ojos sin parar. Mi cerebro iba a mil por hora intentando buscar algún tipo de argumento para responder a sus demoledoras palabras.

—Alina, ¿acaso pensabas que haciendo un gesto de película romántica americana lo iba a olvidar todo? ¿Que te abrazaría y te amaría para siempre? —No hacía más que mesarse el cabello—. Has usado a una guardia civil para detener el avión y hacerme bajar. ¿Esperabas que después te diera la mano y se me olvidara todo? Has jugado conmigo. Cuando te ha convenido has estado a mi lado, cuando no, me alejaste… ¡Venga ya!

Hizo un gesto tan exagerado con los brazos que pensé que iba a darme un golpe con una mano y me agaché y puse las mías delante de mi cara, asustada. Él se detuvo y me miró, y por primera vez en todo aquel tiempo pude reconocer su mirada, pude ver que me veía a mí y no a la loca que estaba describiendo con toda la razón del mundo. ¿En qué cabeza cabría que una mujer

que había echado de su vida a un hombre porque sí, fuese a ir corriendo a buscarlo? ¿Cómo había podido dar pábulo a las locas ideas de mis amigas?

No me dijo nada y se acercó a mí, quitó las manos de mi cara y su mirada se posó en la mía. Los dos nos miramos. Yo triste y él enfadado. Secó las lágrimas de mis ojos y después pasó sus brazos alrededor de mi cuerpo, me abrazó fuerte y yo me abracé también a él como una estúpida.

«¿Qué has hecho, Alina? Ahora sí que la has cagado del todo.»

—Ander, tu madre, ella… Todo lo que veía en ti me hacía dudar. Todo era tan perfecto que temía que se fuera a la mierda. —Lloré contra su pecho—. Pero de lo que no me estaba dando cuenta era de que era yo quien lo estaba estropeando con mi actitud de mierda.

—¿Qué quieres que te diga yo ahora? —Su voz, con mi rostro pegado a su pecho, vibraba dentro de mí.

—No quiero que digas nada, Ander; en realidad ni siquiera pensaba estar contigo hace dos horas —suspiré.

Nos separamos y él me dio la mano para ir a sentarnos en el sofá.

—¿Tienes más de esto? —Señaló una cerveza—. Es tarde, lo sé, estoy cansado y ni siquiera sé lo que voy a hacer. No tengo mis maletas, no sé dónde pueden estar y mucho menos dónde enviarlas. Necesito beber y comer algo.

Me levanté del sofá y traje dos cervezas y algo para picar…

*

Abrí los ojos desorientada. Estaba en la misma postura en la que me dormí, en el sofá, hecha una bola. Ander no estaba en casa, el sol ya entraba de lleno en el salón. No se oía ningún ruido en la casa, se había marchado y yo lo tenía claro.

La noche había sido larga, hablamos mucho de todo y de nada. Me contó muchas cosas de su juventud, de su infancia y yo le hablé de todas las cosas que nunca había hecho. Le expliqué que tenía una familia encantadora y una hermana, pero que cada uno de nosotros llevaba una vida bastante libre. Como ya le había contado en otra ocasión, mi hermana residía desde hacía tiempo en Lisboa, y mis padres estaban los dos jubilados y viviendo una segunda juventud.

Yo había estudiado para ser socióloga, pero trabajaba en un departamento de ventas de piezas para maquinaria agrícola.

Sí, todas esas pequeñas cosas que hacen que dos personas se conozcan, pero que yo me había encargado de dejar escondidas en un cajón para que, cuando él me dejara, o eso quería pensar yo, no me doliera tanto. Y pensar que iba a dejarme hizo que fuera dándole patadas a lo mucho o poco que habíamos construido.

Y sí, le confirmé que me tiré a Samuel, le dolió, lo vi en su rostro. Intenté explicarle qué fue lo que sentí en aquel momento, lo que pensaba cuando todo sucedió. No sabía qué más contarle.

Me abrazó, nos abrazamos y ni siquiera así me sentí mucho mejor. Ander callaba, siempre lo hacía en esos momentos, y creo que eso era lo mejor de él…

Me levanté del sofá y caminé por la casa, intentando encontrar algo que me lo recordara, algún olor que se hubiera quedado en algún lugar, pero no. Solo olía a café recién hecho y a cocina recogida.

Se había marchado. Se había ido de mi casa. Se había marchado sin decir adiós.

Miré al techo, no quería que me salieran las lágrimas. No así, no de esa manera, no culpándome por no haberlo retenido a mi lado. Pero ellas tenían su propia decisión tomada. Lloré, lloré tanto que las piernas ni siquiera me podían sostener. Caí al suelo de la cocina y continué llorando.

*

El sol me daba directamente en los ojos y busqué en el bolso las gafas. Soplaba la brisa y mi rostro recibía aquel frescor con ganas. Me apoyaba en la barandilla, mientras en mi estómago se formaba un nudo. Lo había dejado todo, me había liado la manta a la cabeza y ahora, al ver cómo el sol se ponía en aquella preciosa bahía de San Sebastián, sabía que mi suerte estaba echada.

Miré el reloj del móvil un par de veces y su voz, de nuevo llegó a mí.

—¿Alina?

*

Después de pasar mucho tiempo tirada en el suelo de la cocina, me recompuse como pude, aunque sentía que todo me daba vueltas, que el aire me faltaba y no podía respirar. Me cogí con las manos a la mesa para poder sujetarme y no volver a caer al suelo, así una silla y me senté. Al ir a coger papel de cocina para limpiarme un poco, la vi, era una nota de Ander.

Alina:

Qué difícil es escribir esto mientras tú duermes en el sofá. Me marcho, y sí, sé que podríamos haber hablado mucho más por la mañana, pero no estoy preparado para esto. Estar contigo ha sido como una montaña rusa de emociones. Era estar y no estar, ver a una mujer que me lo daba todo y luego escondía todo lo demás. No conocía a Alina, solo a una persona que me encantaba, que era bella por fuera y por dentro. Nos volvíamos locos para encontrar un momento y poder estar juntos, pero casi nunca estábamos completos. Alina, mi Alina… Déjame irme, déjame alejarme de ti y pensar…

De nuevo mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas, hice un gurruño con el papel y lo lancé lejos de mí.

*

Y ahí estábamos los dos, mirándonos a los ojos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—He venido por ti. —La respuesta era bastante obvia.

Yo quería besarlo, abrazarlo y que todo lo que había pasado entre nosotros se borrara para siempre. Pero sabía que era imposible. Sí, habíamos dado un paso de gigante. Yo por estar en aquella barandilla del paseo de la Concha y él por tener claro que era una emboscada.

—Tenía miedo de que mi mente me estuviera engañando. —Me miraba casi como miedo.

—*Sentitzen dut min egin izana, barka iezadazu.* —Le pedí perdón en euskera.

Sus ojos se abrieron de par en par y sonrió. No hubo necesidad de decir nada más, sus pasos y los míos se dirigieron hacia el mismo sitio. Casi colisionamos, pero solo necesitábamos que nuestros cuerpos se juntaran, que nuestras manos se tocaran, que nuestras bocas, ausentes durante tanto tiempo, volvieran a encontrarse y reconocer el sabor de nuestros labios.

Lo había echado tanto de menos…, tenía tanto miedo de que llegara aquel momento… Sin embargo, todo se fue, todo desapareció en el instante en que nuestras bocas volvieron a encontrarse y se fundieron en un millón de caricias y juegos conocidos para nosotros.

Cuando aquel primer beso finalizó, le siguieron algunos más, nuestras frentes se apoyaron la una contra la otra y sonreímos de verdad. Los dos sonreímos sabiendo que quedaba demasiado camino por recorrer, pero que lo haríamos juntos.

—*Maite zaitut.* —Ander acababa de decirme que me quería.

—*Nik ere maite zaitut* —respondí, volviéndolo a sorprender.

—¿Y este nuevo conocimiento tuyo? —Se separó para darme la mano.

—He tenido mucho tiempo para pensar y… —miré al otro lado de la calle y asentí— aprender nuevas cosas.

Ander miró sorprendido cómo su madre llevaba de la mano a un niño pequeño. Se quedó algo noqueado al principio, pero inmediatamente después se dio cuenta de que era Diego, mi hijo.

—Alina, ¿mi madre? —No sabía qué decir ni qué hacer.

—Sí, Ander, tu madre me ha ayudado mucho, aunque no lo creas.

—No sé qué decir. —Estaba al borde del balbuceo.

—No digas nada.

—*Kaixo maitia.* —Nerea saludó a su hijo y después me miró a mí sonriendo.

—Ander, quiero presentarte a alguien muy especial para mí —dije, abrazando a mi hijo—. Este es Diego. Diego este es Ander, el amigo del que te hablé.

—Hombre, mamá, creo que es más que un amigo. —Nos echamos todos a reír a mandíbula batiente.

—Encantado de conocerte, Diego. —Ander le tendió la mano y se la estrecharon como dos adultos—. Y vosotras dos tenéis que contarme muchas cosas.

—Anda, anda —su madre le dio en el hombro para que caminase hacia el coche—, tira para casa, que le he prometido al chiquillo que le iba a hacer natillas.

Ander me miró sonriendo.

—Tienes mucho que contarme.

—Tenemos que hablar mucho, Ander. —Le di la mano a él y mi hijo se fue corriendo para seguir hablando con Nerea.

Sí, tenía muchas cosas que contarle.

Capítulo 37

Ander dormía desnudo a mi lado, mientras yo le acariciaba el pelo. Tenía la cabeza apoyada en mi estómago. Se quedó dormido mientras hablábamos, pues al llegar a su casa no tuvimos más remedio que ponernos a hacer natillas con Nerea y Diego. No hubo discusión aquella tarde, cuando el sol del otoño se ponía en aquel caserío al lado de la capital donostiarra.

Cuando Diego, excitadísimo por finalmente conocer la casa a la que tantas veces insistió Nerea que fuéramos a pasar unos días, cayó agotado, Ander y yo lo dejamos en la habitación que yo una vez ocupé. Luego, los dos nos fuimos a la que fue suya y que se iba a convertir en nuestra aquella noche.

Durante horas, en aquel lugar que habíamos convertido en nuestro pequeño refugio nocturno, hablamos mucho de todas las maneras posibles. Primero fueron nuestras pieles las que se fundieron sin mucho más, pues la necesidad de volver a reconocernos fue mucho más fuerte que la de aclarar nuestra situación. Después, ya tranquilos, acariciándonos, hablamos de cómo acabé yendo al norte.

*

Salí aquella tarde de CrossFit más apurada que otra cosa, la empresa estaba yéndonos bastante mejor de lo que esperábamos. Tanto, que trabajábamos en ella todos los días.

Irache, la pobre *Irache, tuvo que pedir más favores de los que pensaba, para que aquel incidente ocurrido en el aeropuerto no la salpicara demasiado. El papeleo la tuvo más entretenida de lo normal y tuvo que hacer algún que otro turno más. Lo bueno era que Jesús ya estaba de nuevo en casa y ahora era ella la que estaba intentando cambiar el turno para poder disfrutar más en familia.*

Mientras, Elena estaba cada vez más enamorada de su vecino, el arquitecto con despacho propio, y poco a poco iba liberándose cada vez más de su trabajo. Tenía claro que su futuro estaba en nuestra web de venta de ropa interior usada.

Sonó el teléfono y, aunque esperaba que fuera Samuel, me equivoqué, era un número que desconocía.

—¿Quién es? —pregunté.

—Eres Alina, ¿sí? —Una voz que me sonaba mucho hablaba fuerte por el móvil.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Nerea. Soy la madre de Ander. —Pensaba que me iba a quedar sin poder hablar ni caminar—. Quería hablar contigo.

—Pero es que yo no…

—Nada, estoy llegando a tu casa, porque quiero que hablemos…

*

Sentí que Ander se movía en la cama y levantó la mirada hacia mí.

—¿Qué haces despierta? —Se incorporó para sentarse a mi lado.

—No podía dormir. —Lo miré con la poca luz que entraba por la ventana—. Es que no puedo creerme que esté contigo, Ander.

—Lo que yo no puedo creer es lo de mi madre. —Se pasó una mano por la cara, intentando despejarse.

—Yo tampoco, he de confesarte que cuando la vi en el portal de mi casa, me cagué viva —sonreí—. ¿Le diste mi dirección?

—¿Yo? —Negó moviendo la cabeza—. No tengo la más mínima idea de cómo…

—¿Qué? —Lo miré.

—A ella no, pero a mi padre sí que recuerdo una conversación en la que hablamos sobre ti… —Silencio—. ¡Qué cabrón!

Comenzó a reírse de manera exagerada. Tanto que tuve que pedirle por favor que se tranquilizara; eran las tres de la madrugada y, por muy bien que me llevara con Nerea, no me apetecía nada que volviera a aparecer por la puerta de aquella habitación.

—Tienes una familia un poco peculiar —le dije cuando se relajó.

—Bueno, somos vascos y hacemos lo que nos da la gana. —Se tumbó encima de mí y comenzó a besarme el cuello. Lo aparté un poco, yo sí estaba cansada—. Por cierto, ¿qué fue eso que hablaste con mi madre?

—Cosas de mujeres. —Me hice la interesante y, para no contestar, ataqué besándolo yo.

*

—Adelante —la hice pasar a mi casa—. Te escucho.

—¿No me vas a ofrecer ni un café? —Demasiado sosegada estaba.

—Es que no sé, Nerea, tú conmigo nunca has sido lo que se dice amable. —¿Qué más me daba decirle la verdad a esas alturas de la vida?

—Bueno, de eso también quiero hablar. —Tomó aire—. Quiero pedirte disculpas por cómo te traté aquel fin de semana. Pero te confesaré que estropeaste todos mis planes y por eso la tomé contigo.

—Pues qué bien, conseguiste tu propósito, separarnos a Ander y a mí.

—Espera, después cuando regresé a Madrid y os vi, la verdad es que tampoco fui nada amable. Pero déjame hablar. La primera vez, al traer a Zorione a casa, solo quería que Ander dejara su trabajo en la capital y que se asociara con ella, conseguir que volviera a San Sebastián. Estropeaste lo que había pensado para él —respiró hondo—. Ya ves, cosas tontas de madre que quiere manejar la vida de su hijo.

—Pues te ha salido todo fenomenal —dije por lo bajo, pero me oyó.

—Sí, eso es. —Ups—. Me arrepiento mucho, echo de menos a mi hijo.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado con él?

—Espera, la segunda vez que vine a Madrid fue porque no quise dejar sola a Zorione. Ella perdió a su madre de joven y solo le queda su padre. Necesitaba que un buen médico le operara un tumor en la cabeza y solo quería que lo hiciera Ander. —Se sentó en una silla que apartó de la mesa del salón—. Admito que no soporté volver a verte con él, fue como darme cuenta de que no tenía ninguna influencia sobre mi hijo. Que el joven que se marchó a Estados Unidos había desaparecido y el que había regresado era un hombre maduro y, como siempre había hecho, decidía sobre su vida como le daba la gana.

—Todos podemos equivocarnos. —Entendía su sentimiento de madre protectora, yo tenía un hijo.

—Pero yo he tardado demasiado tiempo en darme cuenta, tanto que ahora él no es feliz. No es feliz, Alina. Le tengo a mi lado, vive en San Sebastián, pero no es el Ander que yo crie, el que sonreía cuando nos veía y disfrutaba hablando de su trabajo. Sí, trabaja con Zorione —abrí los ojos de par en par—, pero no tiene vida, trabaja muchas horas. Necesito que me ayudes, Alina. —Me cogió la mano y me miró a los ojos.

—¿Qué puedo hacer yo, Nerea?

«¿Qué puedo hacer si lo eché de mi vida? Sí, participé en un verdadero operativo digno de cualquier película americana, pero no sirvió de nada, absolutamente de nada, pues a la mañana siguiente se marchó y nunca más supe de él.» Ni siquiera me respondía a los mensajes que le envié durante las dos semanas que siguieron a su marcha. Lo entendí, lo comprendí a la primera, no quería saber nada de mí, así que ni siquiera sabía en qué lugar del mundo se encontraba.

¿Aparecer por su antiguo piso? ¿Para qué? Si era alquilado.

Tener a Nerea allí, en mi casa, me daba más miedo que tranquilidad, pero necesitaba saber qué ocurría.

*

—¿Este beso que me has dado ha sido para callarme? —me dijo Ander al finalizar.

—Sí, ¿tanto se ha notado?

Le di la vuelta y me acerqué a su cuerpo.

—Pero si me acabas de apartar… —Se quejó falsamente, mientras ponía sus manos en mi cintura—. ¿Por qué has venido? —Me miró, a la vez que se volvía a sentar sin soltarme. Quería mirarme a los ojos.

—Nunca debí dejarte marchar, Ander. No dejo de recordar aquel despertar solitario y tu carta, el hecho de que ignoraras mis mensajes. —Lo abracé.

—Estaba perdido, Alina, no sabía qué hacer ni cómo hacerlo. —Su voz sonaba en mi oído como un lamento—. Lo más fácil hubiera sido regresar a Estados Unidos, donde no entendían mi decisión de quedarme en España a pesar de lo que les hice. Estuve un par de meses escondido en casa de mis padres hasta que decidí marcharme por mi cuenta.

—Lo sé, me lo contó tu madre. Me dijo que te pusiste a trabajar en el hospital y que te asociaste con Zorione. —Metí la cabeza en su cuello.

—Alina, te he echado tanto de menos… —Me abrazó fuerte—. ¿Sabes qué día es hoy?

—Sí. Y me sorprende que te acuerdes —respondí sorprendida por que se hubiese acordado.

—Fue la primera vez que nos acostamos…

*

—¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito que regreses a su lado, que hables con él. Creo que no puede olvidarte, pero sé que esta vez no tiene nada que ver contigo. Fue él.

—Sí, Nerea, fue él quien decidió que se había acabado. A pesar de la locura que cometí para detenerle —confesé.

—Lo sé. A mí no me lo ha contado, pero su padre lo sabe todo.

El timbre sonó, Diego venía de casa de su padre.

—Nerea, tengo que decirte una cosa. —Me adelanté.

—Lo sé, tienes un hijo —sonrió— y estás divorciada.

Me sorprendió que lo supiera todo de mi vida, que estuviera en mi casa pidiéndome ayuda y no solo eso, sino que al ver a Diego se comportase de manera admirable. Hasta le había traído un juguete y me sorprendió aún más.

Estuvimos viéndonos un par de días más, hablamos de todo, de cómo podíamos hacer para que Ander apareciera o quizás coincidir en el sitio y a la hora indicada. Nerea me dijo que no me preocupara por eso, yo solo tenía que estar a la hora y el sitio adecuado y llevar a Diego.

*

—Pues no sabes cuánto me alegro, por primera vez, de que mi madre sea una «manejanta». —Se apartó un poco.

—De vez en cuando, meterse en la vida de los demás puede tener algo bueno. —Sonreí.

—¿Por qué no te duermes? —Me acarició el pecho, haciendo que el pezón se endureciera.

—Porque te he echado demasiado de menos, Ander.

—No sabes, ni te imaginas, cuánto yo a ti, a pesar de que me has vuelto loco. —Atrajo mi boca hacia sus labios.

Yo solo tuve que moverme un poco para hacer que su pene entrara en mi cuerpo sin problemas.

Sí, ya estaba en casa.

Epílogo 1

Nos movíamos de un lado a otro de la casa.

—Yo no se lo voy a decir. —Miré seria a Ander.

—Pero si te llevas mejor con ella que yo. —Se quejó.

—Sí, pero una cosa es llevarme bien y otra que yo tenga que darle la noticia —bufé.

—Pero ¿es que esto no es cosa de dos? —me preguntó serio.

—Claro que estas cosas son cosa de dos, pero ella es tu madre y yo ya se lo he dicho a mi familia. —Levanté los brazos dándole a entender que el problema era suyo.

—Joder, Alina, que ya sabes cómo es.

Lo miré levantando una ceja.

—Creo que te estás pasando un poco, respira, hijo, que no es para tanto.

—Ya, ¿cómo se puso Samuel cuando se lo dijiste? —me preguntó.

—Pues al principio se quedó bastante noqueado, pero con eso de que va a ser padre de nuevo, pues como que lo entendió.

—Mi madre no lo va a entender.

—Pues queda media hora para que vengan a comer a casa, así que tú mismo. Yo no se lo voy a decir —sentencié.

Había dejado mi trabajo y me había mudado a San Sebastián con Ander hacía ya un año. Habíamos decidido que Diego viviera conmigo, arreglando las visitas con su padre. Con él iba todo bien y con mi hijo mejor, quienes lo echaban más de menos eran mis padres, pero venían a verme bastante más de lo que yo habría imaginado. Tanto Nerea como Txema estaban encantados con ellos, tanto es así que se quedaban a dormir en su caserío.

Y no, no vivía del cuento, pues a pesar de la locura de las tres amigas locas, poniendo en marcha un negocio algo «truculento», nos estaba yendo bastante bien. Lo suficiente como para que pudiera dejar mi trabajo. Tanto Elena como yo pudimos hacerlo y dedicarnos por completo a la gestión de aquel fascinante mundo de la venta de ropa de segunda mano, que mudó a una web de juguetes sexuales con más éxito que problemas.

Irache, por su parte, consiguió cambiar su agotador turno nocturno en el aeropuerto, después de «pagar» por el pequeño equívoco de unas multas impagadas, que fueron en realidad un error administrativo. Pero bueno, ahora trabajaba en la Dirección General de la Guardia Civil, en la sección de información. Mucho papeleo, poca acción real, pero mucha más tranquilidad para ella y para Jesús, que también trabajaba allí en otro departamento, antiterrorismo.

Llamaron a la puerta y miré a Ander. Negué con la cabeza reiterándole que no iba a ser yo quien le dijera nada a su madre. Que él se las fuera apañando con toda la tranquilidad del mundo, yo podía esperar hasta el café, la sobremesa o justo el momento en que la puerta de la casa volviera a abrirse para que se marcharan.

—Eres mala —me dijo de lejos.

—Si le da un ictus, eres el indicado, no yo. —Le saqué la lengua antes de abrir la puerta y

recibir a sus padres.

*

—A ver, hija, no está tan bueno como el que yo hago —miré a Ander levantando una ceja—, pero se puede comer.

—Anda, Nerea —le dijo Txema—, no seas así, que está delicioso.

Se hizo la falsa ofendida.

—Por cierto, Diego —él miró a la madre de Ander—, mira dentro de esa bolsa, que hay una cosa para ti.

—*Ama*, por favor —Ander la regañó—, ¿quieres hacer el favor de dejar de comprarle cosas al niño?

—Pero si es una tontería… —Se quejó ella.

—Una tontería tras otra se convierte en un montón de cosas y no va a entender lo que es conseguirlas por su propio esfuerzo —dijo muy serio.

—Te lo dije, *maitia* —intervino su marido.

—Bueno, bueno… Yo hago lo que quiero.

La miré riéndome, no iba a cambiar nunca. Haría lo que le diera la gana, cuando le daba la gana e intentando así ganarse a los que estaban a su lado. Cuánto había cambiado…

—Por cierto, *ama*, *aita* —Ander se lanzó—, queremos deciros una cosa.

—¡Os casáis! —gritó mi «suegra»—. ¡Qué alegría! Txema, hay que llamar al párroco de San Juan de Gaztelugatxe a ver si nos pueden hacer un hueco a cualquier hora. Da igual. ¡Ay, que mi Ander se casa con la madrileña!

—Tranquila, Nerea —le dije—, que no es eso. Intenté ayudar a Ander.

—¿No me digáis que estáis esperando un hijo? —Suspiró—. Bueno, no pasa nada, también es una alegría tener un nieto, aunque no estéis casados. No importa, qué bonito…

—Nerea —dijo Txema—, ¿quieres dejar a los muchachos que hablen? Pero ¿no ves que los estás interrumpiendo a cada minuto? Déjales acabar.

—Bueno, pero ¿estáis embarazados o no estáis embarazados?

—No, mamá. —Su cara pareció relajarse, ella era de las que primero boda y después niño—. Lo que pasa…

—A ver, Nerea que tu hijo no arranca y podemos estar así hasta el año seis mil veintidós —intervine yo—. Nos marchamos a Estados Unidos.

—¡Cómo? No, a ver, me estáis tomando el pelo. —Se puso a beber agua.

—¿Cómo ha sido eso, hijo? —preguntó su padre.

—Me han llamado del Monte Sinaí para trabajar en un nuevo proyecto con células madre y…

—Y habéis decidido iros para que los últimos años de mi vida sean un infierno…

—Nerea, no seas tan exagerada, que no es para tanto, sólo… —Intenté decirle por cuánto tiempo nos íbamos, pero no me dejó.

—Sólo que os marcháis dejándonos solos. Estamos viejos y en cualquier momento nos puede pasar algo, ¿quién nos va a cuidar?

—*Maitia*, ¿no crees que te estás pasando un poco? Menos mal que Alina ya te conoce y no te toma en serio —pudo meter baza Txema.

—Bueno, vale, pero ahora que estábamos tan bien… ¿Y tú *Crossfi* ese que hacías? Con lo bueno que estaba tu entrenador… —soltó Nerea, haciendo que Ander la mirara mal.

—¿Cómo que está bueno? —Hizo un poco de teatrillo, mirándonos a las dos alternativamente.

—A mí no me mires, Ander —le dije—. Ella tiene ojitos y lo vio un día cuando vino a buscarme con Diego.

—Así que está bueno. —Se puso serio mirándome.

—Sí, pero no para mí. —Le di un beso en la mejilla—. Yo ya tengo otro entrenador personal a otras horas.

—¡Eh! Parad —soltó su padre—. Hace mucho que yo no sé de esas cosas.

—Exagerado. —Nerea se quejó y luego dirigió de nuevo la atención hacia nosotros—. ¿Y cuándo os vais?

—Nos marchamos en dos semanas —contestó Ander—. Y ya que no me dejaste terminar el otro día, te cuento que solo estaremos fuera un año. He pedido excedencia y ya le he presentado a Zorione a mi sustituto.

—Y yo que pensaba que os ibais a quedar para siempre aquí…

Me levanté de la mesa y me acerqué a ella, Diego andaba jugando con el nuevo coche que le habían regalado.

—Sólo nos vamos un año. Regresaremos a casa; mientras, te toca a ti vigilar el fuerte.

*

Oía a Ander haciendo algo en la cocina con Diego mientras reían, me iba a levantar para echar un ojo, cuando el móvil me sonó. Era una videollamada.

—*¡Kaixooooo!* —Irache y Elena estaban juntas.

—¡Ja, ja, ja! Qué payasas sois —respondí al verlas.

—Oye, nos hemos pasado tres días practicando —dijo Elena—, Irache tiene un compañero vasco y lo hemos atosigado a preguntas.

—Es verdad, pobre mío. Pero era eso o el calabozo —soltó riendo.

—Te aprovechas de tus galones, Irache —la acusé.

—Efectivamente, de no ser por ellos, no sabríamos decirte hola en euskera. —Se defendió.

—¿Qué tal con la suegra? —Elena tomó de nuevo el control de la conversación.

—Bien, ha hecho un poco de pucheritos, pero lo normal en ella. Lo hemos controlado sin mucho daño colateral. —Me reí.

—Oye, sabrás que iremos todos a visitarte, ¿verdad? —anunció Irache.

—Lo imagino, porque tenemos que seguir trabajando en nuestras estrategias de ventas. —Les guiñé un ojo.

—Te vamos a echar mucho de menos.

—No seáis tan exageradas, que no habéis subido a verme en un año que llevo viviendo aquí —les eché en cara.

—Es que siempre bajas tú —me respondió Irache—, y no nos das tiempo a ir. Y eso que yo quería ir un día a entrenar con Alex. —Puso cara de pervertida.

—Tú cállate, que eres la menos indicada para mirar a otros hombres. —Elena le echó la bronca.

—¿Por qué? —pregunté.

—Estoy embarazada de nuevo —soltó la noticia.

—Iracheeee, eso es maravilloso. No sabes lo que me alegro por vosotros. ¿Cómo está Jesús?

—Feliz, la verdad es que estamos muy contentos. Nuestra vida ha cambiado mucho, bueno, tenemos vida. Y ahora es el momento, o ahora o ya nunca, que yo ya estoy en ese límite maligno.

—Pues no te quiero contar yo, que soy mayor —le soltó Elena.

—¿Tú no te animas? —pregunté.

—Mira, con Mario suficiente tengo. Ahora le ha dado por querer remodelar las dos casas. Quiere unirlas. Está loco. No para, no puede, es superior a él.

—Doy fe —metió baza Irache—. Comenzó haciendo una puerta para unir las dos casas y ahora dice que quiere hacer un gran salón y no sé qué.

—Me niego a irme de mi casa, no sé si me divorciaré.

—Chica —le dije—, llevas muy poco casada. No seas tan exagerada.

—Si me casé tan rápido con él, soy capaz de divorciarme igual de rápido.

—Tan rápido que no invitó a nadie —le echó en cara Irache.

—Eso es verdad —yo también le dije.

—A ver, que fue un arrebato. Prometemos que algún día haremos algo para todos —se defendió Elena al hablar de aquel enlace.

Lo hicieron a espaldas de todos y sin avisar a nadie por petición personal de Elena a Mario. Su anterior pareja se fue a pique por las muchas personas que se metieron por medio y tenía miedo de que alguien se entrometiera esa vez.

—Te perdonamos porque nos estás haciendo ganar mucha pasta con tu idea loca. —Sonreí.

—Eso es verdad. —Irache le dio un beso en la mejilla.

—¡Quita! —Se quejó Elena—. Las hormonas te tienen loca.

Nos reímos todas. Echábamos de menos aquellos momentos en que nos juntábamos después de CrossFit para poder charlar de lo que nos había sucedido durante el día. Pero aún nos

quedaban esos momentos vía móvil.

—Te vamos a dejar —anunció Irache.

—Sí, yo tengo que leer mil millones de mails —se quejó Elena—. Que tengo una compañera de marketing que es una vaga.

—Oye —me defendí—, ayer respondí a los siete que tenía pendientes y, además, me adelanté en un par de temas más.

—Venga, mañana hacemos una videollamada para trabajar —puso como siempre paz Irache.

—Adiós, hasta mañana. —Las vi despedirse con la mano y me sentí triste al pensar que en breve estaría demasiado lejos para poder abrazarlas.

Ander se sentó a mi lado.

—¿Y Diego? —pregunté.

—Está en su habitación, leyendo un cuento, ha querido estar tranquilo. Dice que hablamos mucho y que no se puede concentrar. —Se encogió de hombros.

—Qué mayor está —reflexioné en voz alta.

—La verdad es que sí. —Ander se acercó a abrazarme—. Me da pena que crezca.

Metí la cabeza entre sus brazos y suspiré.

—¿Qué te parece si a mi madre le damos una alegría y hacemos caso de alguna de sus insinuaciones?

—¿Casándonos? —le pregunté.

—No, teniendo un hijo —me dijo serio.

—Estás loco. —Lo besé, recordando todo el trabajo de mudanza que nos esperaba.

Epílogo 2

El año que íbamos a estar en Estados Unidos se convirtió en dos seguidos, en los que pasó casi de todo.

El frío se me estaba metiendo por todos los poros de la piel, mientras caminaba lo más deprisa posible para llegar a mi casa. Si bien siempre me había caracterizado por ser una mujer a la que el helador invierno no la achantaba, allí, en Nueva York, me estaba convirtiendo en el mismo Yeti, y no por mimetizarme con la nieve, sino más bien por la de ropa que llevaba encima para poder soportar aquellas bajas temperaturas.

Tardé algo más de lo que esperaba en llegar a casa, pero al final allí estaba.

—¿Qué?, ¿cómo ha ido? —Irache y Elena me miraban nerviosas.

—¿Puedo quitarme el abrigo? —pregunté yo, haciéndome la interesante.

—Pero adelántanos algo, ¡por Dios! —Elena se acercó a mí, me agarró por los hombros y me zarandeó de manera teatral.

—Tú sigue así y parecerás un árbol de Navidad —solté—. Deja que me quite todo esto lleno de nieve.

—En serio, Alina. —Irache se habría abalanzado sobre mí de no ser por Jesús, que llevaba en brazos a su niño pequeño. Angélica jugaba con Diego.

—Mira, bonita… —Elena se movía arriba y abajo—. No nos hemos hecho *chopomil* quilómetros solo para pasar contigo unas vacaciones…

—¿Ah, no? Qué decepción. —Me quité las botas y pasé al salón.

—Venga, no empecéis con vuestras cosas. —Ander bajaba del piso de arriba con nuestro hijo recién nacido en los brazos.

—La voz de la tranquilidad —soltó Elena.

—Soy la voz del que te operará cuando te dé un algo en la cabeza. —Se acercó a mí y me dio un beso en los labios—. ¿Cómo ha ido?

Le sonreí.

—Venga —tomé aire—. Ha sido un sí.

Los gritos de Elena e Irache era posible que se oyeran a tres manzanas de la casa en la que todos estábamos reunidos en ese instante. Bueno, todos no, Mario salió del baño casi abrochándose los pantalones al oír el ruido que su novia y su amiga estaban haciendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó desorientado.

—Han dicho que sí. —Elena se tiró a su cuello—. ¡Han dicho que sí! ¡Somos ricooooooooos!

—No exageres, Elena —dije yo.

—¿Cómo que no? —Irache me miró—. Voy a poder pagar de golpe la hipoteca. Yo sí que soy rica, cojones.

—No hables así delante de los niños. —Jesús la miró reprendiéndola.

—Perdón. —Lo miró avergonzada.

—Bueno, a ver cómo ha sido todo. Ven, ven, vamos a sentarnos. —Elena me sentó en el sofá del salón de la casa.

—¿Saco el champán? —Ander me miró, y yo asentí.

—Os cuento. —Tomé aire de nuevo—. Nos han comprado el cuarenta y nueve por ciento de las acciones, así que seguimos siendo las jefas.

—¡Bien! —Elena aplaudió.

—Nos han pagado lo que pedimos y, además, quieren que sigamos con la misma línea. Así que, aparte de estar asociadas con la mayor empresa de juguetes sexuales de Estados Unidos, nos dejan hacer lo que nos dé la gana, mientras continuemos dando los mismos beneficios que hasta ahora.

—Enhorabuena, chicas —dijo Mario—. Admito que cuando Elena me lo contó todo, no daba un duro por lo vuestro.

—Yo sí —dijo Jesús—. Si Irache se mete en algo, es porque sabe que va a salir bien.

—Así me gusta, cariño. —Le dio un beso a su marido.

—Toma. —Ander me dio la botella de champán, después de dejar a nuestro hijo en el cuco.

—¡Y ahora, a beber hasta ponernos piojos! —anunció Elena.

—Eso tú, querida, los demás hemos venido en plan familiar y la verdad es que no queda nada bonito un niño y una borrachera —contestó Irache.

—Bueno, pero una copita sí, ¿no? —La miré.

—Que no, que…

—Anda, Irache —le dijo Ander, repartiendo copas a todos—, que hay que celebrar mucho más.

—¿Otra vez embarazada? —Elena me miró—. Tú has dicho eso de, como ya estoy vieja, me salto la cuarentena y hale, que Diego haga de canguro cuando sea más mayor.

—Pero qué burra eres, cariño —la reprendió Mario.

—Es verdad. —Elena seguía a lo suyo.

—Anda, calla y deja que hable Alina. —Ander la miró.

—Eso, déjame hablar. —Levanté la copa—. Brindemos por las ideas locas que se convierten en empresas legales y prósperas. Y brindo por nuestra nueva mudanza…

—¡Joder! ¿Adónde os vais ahora? —Irache nos miró.

—Regresamos a Madrid. —Ander se sentó a mi lado con su copa y me pasó un brazo por la cintura.

—Sí, regresamos a casa. —Sonreí, lo miré y lo besé en los labios.

—Esto sí que es una buena noticia, al fin volvemos a reunirnos el Trío Calavera. —Elena se bebió su copa de golpe.

—¿Y a los socios no les importa? —Irache preguntó.

—No, al revés. Además, fue una de las cosas que avisé desde un principio. No quise deciros nada a vosotras por si acaso, pero desde hace un par de meses ya sabíamos que el proyecto de

Ander iba a acabar y decidimos que queríamos volver a Madrid.

—Tu suegra te mata —dijo Elena rellenándose la copa.

—A mi suegra me la conquisto yo —repliqué y vi cómo Ander se reía antes de darme un beso en la coronilla.

*

—¿Ya se ha dormido Aritz? —Ander me miró bajándose las gafas que ahora llevaba, mientras leía un informe.

—Sí y me ha dejado seca. —Me masajeé un poco los pechos y él sonrió.

—Anda, ven aquí. —Me senté en su regazo y apoyé la cabeza en el hueco de su hombro.

—Nunca pensé que mi vida iba a ser así —le dije.

—¿Así cómo? No te va tan mal, ¿no? —Me acarició el pelo mientras se quitaba las gafas con la otra mano, para dejarlas en la mesa del despacho.

—A eso me refiero, Ander. Me imaginaba en mi casa, con mi hijo y mi trabajo de siempre. Quizás ni siquiera habiéndome separado. —Noté que se revolvía en su silla—. Pero aquí estoy, lanzada totalmente a una aventura empresarial donde las bragas dieron paso a los juguetes sexuales y viajando de un lado para otro con los hombres de mi vida. —Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Eres feliz? —preguntó Ander.

—Más de lo que nunca hubiera podido imaginar. —Lo besé despacio, volviéndome para encararlo.

—Y eso que durante un tiempo te has imaginado mucho —respondió al finalizar el beso.

—Me arrepiento de haber perdido tanto el tiempo antes de estar con mi vasco —lo abracé.

—Si quieres, dejo estos informes y nos dedicamos a recuperarlo, que este vasco es muy vasco y de muchos apellidos —insinuó.

—Tenemos la casa llena de gente y de niños —dije, haciendo referencia a mis amigas—. Además, déjate de muchos apellidos, que yo solo quiero a un vasco.

Mis amigas y sus parejas habían querido venir a pasar el puente de diciembre con nosotros, pues hacía ya más de un año que no nos veíamos en persona. Eso, y la excusa de la reunión con los posibles inversores, hizo que se liaran la manta a la cabeza y los seis se vinieran a pasar una semana a Nueva York. Teníamos la casa llena de colchones y camas plegables. Pero no nos importó, pronto volvería a estar con ellas en Madrid y regresaría a mi vida «relativamente» normal. Pero con Ander.

—Podemos hacerlo aquí, en mi despacho. —Se levantó de la silla llevándome en volandas hacia la puerta para echar el cerrojo—. ¿Ves?

Me apoyó en silencio contra la pared y metió una mano dentro de los pantalones largos de pijama que llevaba.

—Si no gritas mucho, podríamos celebrar que ahora vas a ganar más dinero que yo. —Tocó mi sexo, haciendo que tuviera que aguantar un grito sordo.

—Ander…

—Alina…

Me besó para hacerme callar y esa noche celebramos que el círculo se cerraba.

Regresábamos al lugar donde todo comenzó cuando solo éramos dos, después un tercero que entraba en mi ecuación y luego en la de Ander y más tarde un cuarto, que llegó sin pedir permiso y que hizo que la familia que teníamos fuera simplemente perfecta. ¿Casarnos? ¿Quién sabía? ¿Más niños? Tal vez.

Mientras, Ander se afanaba porque mis gritos no despertaran a nadie de la casa, tapándome la boca con sus labios.

Agradecimientos

Normalmente, cuando uno se pone a agradecer a las personas que de una manera u otra le han ayudado a escribir una novela, suele hacer una lista más larga que la de la compra semanal, o la mensual. Y no hablamos ya de la lista de los reyes godos, porque probablemente ninguno sepa más de tres o cuatro nombres, si es que te lo sabes.

En mi caso, quiero agradecerle a Esther, mi editora, la confianza de siempre. Y más en este extraño año que hemos vivido. Escribo esto en 2020, a finales, así que ni siquiera sé qué pasará cuando este libro esté en tus manos.

También querría agradecerle a mi familia todo el apoyo brindado y la confianza que ciegamente tienen en mí, pensando que voy a escribir algo tan bueno como siempre; si no es así, yo les hago creer que sí. Ya veis.

A mi marido y a mi hijo, por aguantarme, no hay nada más que decir.

Gracias a todas las componentes del club de fans de Can Yaman en España, las canyamitas. Seguid soñando con ese pájaro volador. :-)Mención especial a Estefanía, mi prima, porque sigue siendo mi conejillo de indias y a Aitziber Mínguez, por ser la traductora que me ha ayudado con el euskera, que mira que es raro :-).

Por lo demás, lo de siempre, si te ha gustado mi historia, coméntalo, cuéntalo, vocéalo. Si no… Bah, no creo que eso pase. Mil gracias a todos los que me leen, me siguen y, además, confían en mis historias.

Gracias a todos.

Referencias a las canciones

Gravity, ℗ 2007 Sony Music Entertainment, interpretada por Sara Bareilles.

Tengo miedo, ℗ 2000 BMG Music Spain, S. A., interpretada por Marifé de Triana.



Yo nací y no había nadie en casa. En ese momento mi madre estaba comprando y cuando regresó ¡me echó tal bronca…! Bueno, no fue realmente como el maestro Gila lo contaba, pero pasó algo parecido. Esta pobre que os escribe vino al mundo en un momento en el que su madre casi no la esperaba, ella tan tranquila y, ¡hala!, aparecí yo hace bastantes más años de los que me gusta recordar.

Desgraciadamente, dicen que la edad es un grado, pero a mí los únicos grados que me gustan son los del verano y los de la cervecita helada que te sirven en el chiringuito. En ese orden.

Nací y crecí. Me casé y procreé. También por ese orden.

Y de mayorcita, antes de casarme y procrear, los dedos ya les daban a las teclas de manera incontrolada. Algo así como la escritura automática, pero sin poseerme ningún espíritu. Por lo tanto, lo de poner orden y sentido a las letras, las palabras y las frases, y conseguir que se entiendan, es algo que llevo haciendo mucho tiempo (aunque me daba vergüenza admitirlo).

No hablaré de qué hago, dónde vivo u otras cosas, no vaya a ser que el libro no os guste y deseéis venir a devolvérmelo, o algo peor. Pero si buscáis mi nombre en el listín telefónico, aparezco por la M de McMahou.

Por lo tanto, aquí me hallo, me encuentro y creo que soy. Espero no perderme. Y que dure.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:
Instagram: https://www.instagram.com/pattyhervias/
Facebook: https://es-es.facebook.com/PatriciaHerviasD

Muchos apellidos y yo solo quiero a un vasco

Patty McMahou

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Imagen de la cubierta: Sitographics (barandilla) y. Freepik (ropa)
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Patty McMahou, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2021

ISBN: 978-84-0824348-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!